

CRIMEN & CIA.

**Peter
Lovesey**

**SU ALTEZA
Y EL JOCKEY**



«Su Alteza y el *jockey*» presenta una curiosa aventura detectivesca entresacada de las memorias del rey Eduardo VII de Inglaterra. El príncipe de Gales, Alberto Eduardo, apodado «Bertie», tenía una merecida reputación de hombre de vida mundana y fumador de excelentes puros..., pero sin embargo pocos conocen sus correrías detectivescas. Gran aficionado a las carreras de caballos, el príncipe de Gales se ve involucrado en la misteriosa muerte de un popular *jockey*, y para salvaguardar su honorabilidad no tiene más remedio que investigar personalmente, bajo una falsa identidad, las extrañas circunstancias que rodean ese caso...

«Su Alteza y el *jockey*», es una magnífica novela policiaca y en ella Peter Lovesey hace gala de su más refinado sentido del humor.



Peter Lovesey

Su Alteza y el jockey

Memorias detectivescas del rey Eduardo VII

Crimen & Cia. - 39

ePub r1.2

Titivilius 05.07.15

Título original: *Bertie and the Tinman*

Peter Lovesey, 1987

Traducción: Esteban Rimbau Saurí

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



1

EL

TINMAN

[1] preguntó: «¿Vienen?», y buscó su revólver.

Su hermana Emily no contestó. Se encontraba de pie junto a la ventana de un dormitorio de Falmouth House, cerca de Newmarket, contemplando la curva del camino de gravilla entre las zonas de césped. Era el lunes 8 de noviembre de 1886, por la tarde, más o menos a las dos y veinte minutos. No ofreció ninguna respuesta porque no entendió la pregunta.

Estaba muy fatigada pero también se sentía profundamente aliviada al observar que su hermano había mejorado después de un terrible fin de semana. El jueves por la tarde había regresado de las carreras de Lewes, quejándose de escalofríos terribles. Al día siguiente, su temperatura había aumentado de un modo alarmante. Le vieron dos médicos y se contrataron los servicios de una enfermera de Cambridge. Hasta el domingo por la noche no empezó a bajar su temperatura, y la última noche, gracias a Dios, había dormido. Y esta mañana se sentó en la cama al llegar el médico que le visitaba regularmente. Su temperatura era ya normal. Le habían visitado algunos amigos y él había charlado alegremente con ellos. Hacía unos minutos, había pedido a Emily que llamara a la enfermera para que le sirviera el almuerzo.

«¿Vienen?». ¿Qué podía querer decir con eso?

Emily oyó un rumor detrás de ella y se volvió.

El Tinman había abandonado la cama y, en camión, se dirigía

hacia la puerta. Empuñaba el arma con la mano izquierda.

La garganta de Emily se contrajo. Exclamó al tiempo que se llevaba la mano al cuello:

—¿Qué haces?

Él apoyó la espalda en la puerta y ésta se cerró de golpe. Ella se quedó como paralizada.

Él había levantado el revólver y lo apuntaba contra su propia cara.

Hasta que ocurre una crisis semejante, nadie puede saber cómo reaccionará. Emily luchó contra aquel terror paralizante, extendió un brazo y trató de detenerle. Consiguió apartar el arma a un lado. Él la agarró con su brazo derecho, rodeó con él su cuello y la empujó contra la puerta. Lucharon los dos durante lo que pareció ser un minuto.

Repetidas veces, ella gritó pidiendo auxilio.

Él apretó su presa. Los brazos de Emily cayeron, privados de toda fuerza. Considerando lo muy enfermo que había estado su hermano, su vigor era extraordinario, casi sobrehumano. La mantuvo a su lado derecho, mientras él volvía la cara hacia la izquierda y dirigía el cañón hacia su boca.

Ella se vio impotente para impedirlo. Sólo podía gritar.

Él no pronunció ninguna otra palabra. Apretó el gatillo y el disparo lo impulsó hacia atrás. Se desplomó.

Sollozando histéricamente, Emily cruzó tambaleándose la habitación y tiró del cordón de la campana.

¿Venían? Esto había dejado de importarle ya al Tinman.

2

Sandringham, 31 de diciembre de 1886

DEBO DECIR que es un tanto peculiar estar sentado en mi estudio el último día de 1886, dirigiéndome a alguien que todavía no ha nacido, pero así les veo a ustedes. Y para ustedes es mejor que así sea. En cuanto a mí, soy un hombre muerto, o lo seré cuando ustedes lean esto. Y más que calumniado en los libros de historia, cosa de la que no dudo.

Para no prolongar la mixtificación, mi nombre es Alberto Eduardo y, entre otras cosas notables y notorias, soy el príncipe de Gales, el hijo primogénito de Su Graciosa Majestad la reina Victoria. Para complacer a la Madre y al País, llevo una camisa de fuerza, esta prenda desagradable que se conoce con el nombre de protocolo. Me obliga a guardar este relato íntimo de ciertas aventuras mías en una caja metálica de seguridad en las oficinas del Registro Público, durante cien años. Por tanto, puedo informarles confiadamente de que estoy muerto. Como lo están todas las pobres y benditas almas que ahora resucitaré.

Buenos días a todos, pues. No es mal día para empezar a aplicar la pluma al papel. Terminadas las festividades navideñas, con demasiada niebla para ir a cazar, acabadas las carreras hípicas en llano por este año, y sabiendo que cierta dama de la que se sabe que efectúa agradables incursiones en mi tiempo y mis energías va a estar ocupada por una temporada en los escenarios de Nueva York.

En caso de que les sorprenda el que las horas de vigilia del

heredero del trono no estén llenas de citas oficiales, permítaseme manifestar que cumplo con mi parte en la colocación de primeras piedras, inspección de filas de soldados de la Guardia, y entrega de premios a alumnos brillantes en las universidades. Cumplo con mi parte y también con la de la reina, ya que no es ningún secreto que la emperatriz de la India practica su propia versión del *pardah*. El año 1887 será el quincuagésimo de su reinado, su Jubileo de Oro, y ¿quién creen ustedes que actúa como anfitrión? Lo que será posiblemente la mayor reunión de testas coronadas en este siglo tendrá a Londres como punto de convergencia, y mi tarea más ímproba consiste en persuadir al personaje principal de todo el festejo para que salga de su salón en Windsor por una tarde.

¡Vaya tarea! Es como sacar a un tigre de su madriguera sin elefantes ni batidores.

Tranquilo, Bertie. Esto son unas memorias, no un memorial de quejas.

Han pasado siete semanas desde que recibí la tremenda noticia que me impulsó a convertirme en detective. Sí, en detective. ¿Les sorprende? También me sorprendió a mí. Ni siquiera hubiera soñado en semejante eventualidad hasta que me agarró por la barba y me extrajo materialmente de mi sillón. Y sin embargo, al reflexionar ahora al respecto, veo que mi posición, única, me vino de perlas para asumir este reto.

La tarde del 8 de noviembre de 1886, un cable desde Newmarket trajo a Londres la primera noticia de que Fred Archer se había suicidado. No es posible imaginar la sensación que esto causó. Archer, el mejor *jockey* que jamás había honrado el Turf —y confío en que ustedes, a la distancia de un siglo, conocerán su nombre, aunque jamás le hayan visto en carne y hueso—, se había volado los sesos con un balazo de revólver. Tenía veintinueve años. Este año había ganado su quinto Derby, su Clásico vigésimo primero.

¿Cómo describir la impresión que estremeció a la nación?

Archer era una leyenda. Se congregaban multitudes, sólo para verle por un momento, allí donde él hiciera acto de presencia. Mujeres a las que nunca había conocido le metían en la mano cartas apasionadas. Todo propietario del reino deseaba contratarle. Se rozaba con lo más encumbrado de la tierra... bien, el segundo encumbrado al menos, puesto que mamá no frecuenta las carreras

de caballos. Aquí, debo reconocer un interés personal. En abril de 1886, Archer llevó a una valerosa y joven yegua llamada *Counterpane* a la victoria en una Maiden Plate en Sandown Park, y fue con ello mi primer ganador en una carrera. Recibimos una sonora ovación por parte del público. Desgraciadamente, dos semanas más tarde *Counterpane* sufrió la ruptura de un vaso sanguíneo y cayó muerta. Lo admití con filosofía, pero, rememorando, me pregunto si el final prematuro de mi yegua no presagiaba la tragedia que se abatiría sobre su jinete.

Me cuentan que, cuando la penosa noticia de la muerte de Archer llegó a Londres, no era posible pasar por Fleet Street, debido a la muchedumbre apiñada ante las redacciones de los principales periódicos. Las ediciones especiales de los diarios vespertinos, que sólo comunicaban sin más detalles que el gran *jockey* había muerto, se agotaron en pocos minutos. Se imprimieron ediciones especiales extra y las hojas eran arrancadas, aún sin doblar, de los fajos, antes de que los vendedores pudieran ofrecerlas al público.

Casualmente, el día siguiente, 9 de noviembre, era el 41 aniversario de mi nacimiento. Como de costumbre, se izaron las banderas en el país, se dispararon salvas de artillería y las campanas de las iglesias repicaron a intervalos desde horas tempranas, pero las dotaciones de los cañones y los campaneros bien hubieran podido quedarse en la cama a juzgar por la atención que mereció mi cumpleaños. Un tema, y sólo uno, absorbía a la nación. En la City, miembros del Stock Exchange se disputaban a paraguazos la primera edición de *The Times*.

Quienes pudieron conseguir un ejemplar leyeron en el artículo de fondo: «Un gran soldado, un gran estadista, un gran poeta, incluso un príncipe real, podrían morir súbitamente sin causar ni la mitad de la impresión general que ha producido la noticia de la trágica muerte de FRED ARCHER, el jockey».

¡Cuán cierto! Yo me sentía tan estremecido como cualquier otro hombre, aunque no puedo dejar de señalar que la observación acerca de un príncipe real era de un gusto deplorable, en particular en el día de mi cumpleaños. Nunca se sabe qué sorpresas desagradables acechan, insospechadas, en los periódicos. Todavía me crispo al recordar que en 1876 me enteré, por *The Times of India*, de la propuesta para conceder el título de emperatriz de mi

madre. Ni ella ni Disraeli (que el mismo año aceptó su título de conde) habían juzgado apropiado hablarme de la Ley de Títulos Reales, y yo protesté vigorosamente ante ambos, puedo prometérselo. En ningún otro país del mundo, el primer heredero del trono hubiera sido tratado con tanto desapego.

Pero, pese a mis resquemores respecto a la prensa, yo quería enterarme de lo ocurrido con Archer. Salí antes de desayunar y pedaleé enérgicamente en mi triciclo, por el camino de entrada en Sandringham, a fin de salir al encuentro del repartidor. Creo que incluso le di un susto. En aquel momento no leí los comentarios en *The Times*. Todo venía gráficamente referido en aquel otro órgano más congénito que era *The Sporting Life*.

—Por muchos y felices años, Bertie, querido —pió mi primera dama, cuando entré en la sala de desayuno.

Mi estimada Alix había hecho un esfuerzo excepcional para formar a la hora. Puedo revelar a la posteridad que la princesa de Gales no es conocida por su puntualidad.

En la mesa se apilaban regalos en cajas de vistosos colores, atadas con cintas. Junto a mi lugar había una jarra de Duminy *extra sec* y un criado esperaba mis órdenes. Alix arrullaba como un cesto de palomos.

—Mi cumpleaños se ha ido al cuerno —le informé.

Debo explicar que Alix aún no estaba enterada, en aquel momento, de las trágicas noticias procedentes de Newmarket. La noche antes se había retirado temprano. Yo agasajé a varios de mis invitados a la cena de cumpleaños hasta muy tarde. Oí lo de Archer de labios de Knollys, mi secretario, a eso de la una y media de la madrugada.

Alix palideció. Tiene una cierta propensión a la anemia, y se quedó más almidonada que el mantel de la mesa.

—¿No será otro escándalo, Bertie?

—En absoluto. ¡Vaya idea! —protesté con tono ultrajado.

—Entonces ¿qué puede haber ocurrido? —Se llevó la mano al collar, como si se le hubiera ocurrido otro pensamiento—. ¿No serán... dime que no... malas noticias desde Windsor?

Inoportunamente, un asomo de color volvió a sus mejillas.

—Que yo sepa, mamá está rebosante de salud —respondí fríamente, y seguidamente repetí—: Rebosante de salud. —Alix es

bastante sorda—. *Largo tiempo reine sobre nosotros*, como el himno nos recuerda perpetuamente.

Ella suspiró levemente y se apoyó en su respaldo.

—¿Qué es, pues?

Le acerqué The Sporting Life.

—¿Se quitó la vida? —leyó en voz alta, con aquel acento danés cantarín que siempre da la impresión de que narra un cuento infantil—. Qué cosa tan absurda, ¿verdad?

—Debida a una aberración del cerebro, si hay que dar crédito a esta información —expliqué—. Al parecer, el pobre hombre padecía los efectos de la tifoidea.

—Dices «al parecer». Te veo escéptico.

—Me siento escéptico —admití, añadiendo con una voz mesurada—: No dejo de estar algo familiarizado con los síntomas.

—Claro, querido —afirmó Alix con los ojos bajos, sin duda recordando que mi padre, el príncipe Alberto, que en paz descanse, había muerto a causa de tan odiosa enfermedad, y que yo había estado a punto de sucumbir por su causa cuando tenía treinta años.

Procedí a un rápido resumen que le ahorrara a ella la tarea de seguir leyendo.

—Parece ser que ayer por la mañana Archer se encontraba mejor y que ya hablaba normalmente con sus amigos y familiares. A primera hora de la tarde, y por sugerencia del propio Archer, la enfermera abandonó la habitación para prepararle un almuerzo. La señora Coleman, su hermana, permaneció en el dormitorio. Cruzó la habitación para mirar desde la ventana y Archer se levantó de la cama con un revólver en la mano. Ella corrió hacia él y lucharon, pero él se metió el cañón en la boca y se pegó un tiro.

—Espantoso —comento Alix.

—Singular es la descripción que utilizaría yo —dije—. Reflexionaré al respecto.

Envié recado al *chef* para que preparase un buen desayuno, como para un día de caza. Es decir, tocino y huevos, y en cantidad, seguido por eglefino ahumado, seguido por pollo, seguido a su vez de tostadas y mantequilla, y todo bien regado con café en abundancia. Para mí, el desayuno ha de ser como el parco condumio en la Biblia: suficiente para hacer frente a la jornada. Tenía la intensa premonición de que ese día iba a poner a dura

prueba mi constitución.

El desayuno no tardó en llegar, ni en desaparecer. Comí con rapidez y con buen apetito.

Para complacer a Alix, desenvolví una caja de Coronas y Coronas y un par de zapatillas que, según me informó ella con poca delicadeza eran para uso exclusivo en mi dormitorio de Sandringham, y después pude dedicarme a profundizar en el extraño suicidio de Frederick James Archer.

¿Tifoidea?

Yo puedo atestiguar su efecto dramático en el cuerpo y el cerebro. Cuando se abatió sobre mí, a fines de 1871, pasé varios días delirando. Me dicen que gritaba a las personas que me asistían, que lanzaba almohadas a través de la habitación y que entonaba canciones de la índole que no es posible encontrar en los Himnos Antiguos y Modernos. A la pobre Alix tuvieron que impedirle que permaneciera en la habitación conmigo, a causa de ciertos nombres que yo articulaba en mis accesos. En cierta ocasión, trató de entrar disimuladamente, avanzando a gatas, y la derribé con la almohada. Había olvidado por completo mi comportamiento, y ustedes ya me entienden. Incluso mi abnegada madre, la reina, se vio obligada a parapetarse detrás de un biombo. Durante largas semanas, oscilé entre la vida y la muerte. Como tan dramáticamente expresó el poeta:

*A través de los alambres llegó el mensaje eléctrico:
«No ha mejorado; es prácticamente el de siempre».*

Cuando me recuperé, todo el Imperio lanzó un suspiro de alivio. En San Pablo se celebró un servicio público en acción de gracias.

En el caso de Archer, si el relato era la verdad, el día de la tragedia no hubo síntomas de delirio. Ésta fue la impresión de sus amigos, que le dejaron al cuidado de la enfermera y de la señora Coleman. Con toda calma, envió a la enfermera en busca del almuerzo, y después se envió a sí mismo al otro mundo de un balazo. Extraño caso de tifoidea, si quieren saber mi opinión.

Llamé a *sir* Francis Knollys. ¿Dónde estaría yo sin Knollys? Jamás ha empuñado una pluma un secretario más leal. Ahora, al sobrepasar los cincuenta, se muestra un tanto envarado, pero es un

amigo de pies a cabeza en un aprieto, y en nuestros tiempos pasamos por más de uno. Podría explicar toda una historia acerca de Francis y su colección de ligas, pero él me ha salvado de unos cuantos momentos peliagudos, por lo que cambio de tema.

—Me propongo asistir a la diligencia judicial —le comuniqué.

—¿La diligencia judicial? —repitió atónito.

—Sobre la muerte de Archer. Bien tiene que haber una. Haz el favor de prepararlo todo, Francis.

—Desde luego, señor. —Titubeó—. ¿Supongo que desea que su asistencia no sea oficial?

—Si con ello te refieres a un asiento en la última fila, procura que esté bien tapizado.

Abrí otro regalo mientras él iba a hacer sus gestiones. Mamá me había enviado los usuales gemelos y un ejemplar de *The Golden Treasury*, con la cinta debidamente insertada en la página de un poema titulado «Una renunciación». La esperanza brota eternamente en el pecho de mi madre.

Knollys regresó antes de que yo tuviera tiempo para abrir otro paquete.

—Es hoy, señor. La diligencia judicial tiene lugar esta tarde.

—Me parece insólitamente rápido. Me pregunto a qué viene tanta prisa.

—Por desgracia, tiene un día lleno de compromisos.

—¿Y cuando no lo tengo?

—El alcalde de Cambridge viene esta mañana para hablar del fondo para el Instituto Imperial.

—Bórralo, Francis. Prefiero asistir a la investigación judicial.

—Los trabajadores de la Real Heredad se reúnen en los Mews para la cena tradicional en honor de su cumpleaños.

—¿Los trabajadores? ¡Por el amor de Dios, no necesitan mi presencia para gozar de un excelente apetito!

—Hay también los invitados con motivo de su cumpleaños: lord y lady Randolph Churchill, el *comte* y la *comtesse* de París, el príncipe y la princesa Christian...

—¿Y dónde tiene lugar, exactamente, esa diligencia judicial?

—En Newmarket, señor. En la residencia privada de Archer.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Entonces puedo estar de regreso a las seis, como máximo. La princesa se ocupará de mis invitados y yo los veré a la hora de la cena. Pida el carruaje.

Aunque yo pudiera pensar en motivos más alegres para visitar Newmarket, no estaba dispuesto a perderme aquella morbosa sesión por nada del mundo. Fred Archer había tomado parte en unas cuantas finales de las rápidas en sus días, pero una investigación judicial a las veinticuatro horas de su muerte representaba una marcha notable, incluso medida por su rasero.

En cuanto a quienes me visitaban con motivo de mi cumpleaños (reflexioné mientras mi carricoche traqueteaba por la carretera, camino de Newmarket), no me pesaba en la conciencia abandonarlos durante la tarde. Randolph podía considerarse afortunado sólo con que se le recibiera (y él lo sabía) después de su aborrecible comportamiento años antes, con respecto a unas cartas inocentes que en cierta ocasión yo había escrito a *lady* Aylesford. (Mientras yo me encontraba fuera del país, en la India, se dirigió a mi esposa Alix con amenazas de publicarlas, a no ser que yo ejerciera mi influencia en un caso de divorcio en el que su hermano era la parte culpable. Me enojé tanto que le reté a un duelo, y, luego, él no fue lo bastante hombre para aceptarlo. A partir de entonces, a lo largo de ocho años, me negué a cenar en cualquier casa en la que él estuviera invitado). Entre mis otros huéspedes, el *comte* de París sólo había venido para cazar faisanes. Y el lamentable y tuerto Christian venía a la fuerza, porque estaba casado con mi hermana Lenchen (Helena). Dejando aparte nuestras diferencias familiares referentes al Schleswig-Holstein, el pobre carecía de los conocimientos más básicos en conducta social. Su broma predilecta consistía en exponer, durante la cena, sus varios ojos de cristal y alinearlos sobre la mesa. Si esto no repugnaba suficientemente a sus compañeros, hacía circular uno, inyectado en sangre, que era el que lucía cuando padecía un resfriado.

La vivienda de Archer, Falmouth House, resultó ser una mansión impresionante para un *jockey*, una estructura de ladrillo rojo y múltiples gabletes erigida en terrenos propios en la Bury Road. La había hecho construir tres años antes, cuando se casó con la hija del entrenador John Dawson, pero resultó un hogar infortunado para la pareja. Su primer hijo murió en ella, pocas horas después de nacido,

en enero de 1884, y el noviembre siguiente su mujer falleció también tras haber dado a luz su segundo hijo. Y ahora Falmouth House había presenciado una tercera defunción, al cabo de tres años de edificada.

Salió al encuentro de mi carruaje un individuo con una chaqueta Norfolk, al que tomé por un miembro de la familia Archer hasta que se presentó como el capitán Buckfast.

Buckfast. Tomen nota de este nombre. Yo lo conocía por el Calendario de Carreras. Era propietario de caballos y los hacía correr, y era un íntimo amigo de los Archer. Supuse que le había enviado la familia para recibir al real visitante a causa de su graduación militar. Es la forma usual: encontrar un ex oficial y situarlo, en primera fila. Buckfast era hombre adecuado para esta tarea, aunque un tanto apocado. Yo hubiera jurado que pasaba de los cuarenta, pero mis estimaciones en lo que se refieren a la edad me han dado últimamente varias sorpresas, no siempre agradables. Observo que clasifico a los hombres de mi edad como algunos años mayores que yo, y tendré que revisar mi estimación de lo que significan en realidad los cuarenta y cinco años en función de pérdida de cabellos y adquisición de volumen en otras partes. Si quieren tener una imagen del capitán Buckfast, éste era poseedor de un mostacho militar con las guías enceradas, detrás del cual acechaba un físico de menor cuantía, con unos ojos pardos y muy separados entre sí, y unos labios pálidos poco propensos a la sonrisa, si no era mediante un estímulo excesivo. Su rasgo más interesante era un brazo izquierdo imposibilitado, que, según supe después, casi le había sido cercenado por una lanza en la guerra con los zulúes.

Puesto que no deseaba hacer pública mi presencia, despedí el coche e interrogué a Buckfast acerca de la disposición del lugar. Una vez tuve establecido el plano de la casa, hice que él me indicara el cuarto de baño. Soy muy aficionado al juego del escondite en las casas de campo. Después de fumar tranquilamente un cigarro mientras el *coroner* se ocupaba de los preliminares abajo, yo tenía planeado dirigirme hacia el comedor adyacente a la sala de estar. Desde allí, podría seguir los procedimientos a través de una puerta abierta, sin ser observado por la prensa.

La cosa no funcionó tal como estaba programada.

La cacofonía de las voces, abajo, se incrementó a medida que llegaba más gente. Además del juez y sus oficiales, había testigos, la familia, el jurado y la prensa. Cuando consideré que las diligencias habían dado comienzo, al menguar súbitamente el ruido, me asomé desde el rellano y oí que los miembros del jurado prestaban juramento. Las palabras no eran audibles, pero podía captar los diferentes tonos de voz, y pronto distinguí el acento mesurado del juez.

Decidí iniciar mi descenso por la escalera, pero, desgraciadamente, apenas había pisado el tercer o cuarto escalón, oí que se movían todas las sillas.

Me detuve como petrificado.

Se abrió una puerta y la gente salió en tropel al vestíbulo, tras lo cual empezaron a subir por las escaleras.

Por suerte, la curva de la escalera me ocultaba a su vista. Di media vuelta, volví a subir aquellos cuatro escalones y abrí la puerta más cercana.

Me encontraba en un dormitorio, cosa que no me sorprendió. La habitación estaba ocupada, y esto sí me sorprendió. El ocupante yacía en un féretro abierto. Me encontraba a solas con los restos mortales de Fred Archer.

Pero no por largo tiempo, pues el jurado subía para echar un vistazo al difunto.

3

MI PRIMER GESTO instintivo fue el de buscar un escondrijo. Tenía elección entre un gran armario ropero de caoba o el espacio existente debajo de la cama, pero ninguno de los dos me pareció apropiado. De haber estado en peligro el honor de una dama, no lo hubiera pensado dos veces antes de trepar a la alto de un armario o buscar refugio junto a un orinal, pero éste no era uno de esos casos de emergencia.

Miré hacia los cortinajes y deseché también esta posibilidad. Yo no era el protagonista de una comedieta francesa. Mi categoría en la nación me obligaba a comportarme con la mayor dignidad que las circunstancias permitieran. Nada podía hacer, sino abandonar toda idea de conservar el anonimato.

Adopté una postura regia (el pulgar izquierdo metido detrás de la solapa del abrigo, y la mano diestra sosteniendo bastón, sombrero y guantes al nivel de la cintura) al lado del ataúd, cuando entró el jurado al dormitorio, precedido por el *coroner*. Éste les alentaba con unas maneras que delataban larga práctica:

—... una formalidad desagradable pero necesaria. Sin embargo, caballeros, el aspecto del difunto no es tan impresionante como pudieran suponer, ya que la bala ha pasado a través de la boca y encontrado su salida por la parte posterior de la cabeza. Por tanto, si me hacen el favor...

Se alinearon a cada lado. Con gran asombro por mi parte, nadie me miró dos veces. Simplemente, se reunieron conmigo alrededor del féretro. Sólo me cupo suponer que su melancólico deber les

había cegado ante todo lo demás, inclusive un encuentro con el heredero del trono.

El *coroner* hizo un leve movimiento con los dedos, como para alzar algo, y por lo menos supuse que tenía algún significado ritual. Después repitió: «Si me hace el favor...», y entonces comprendí que se estaba dirigiendo a mí.

Aquí debo introducir una nota sartorial. Para estar a juego con tan sombría ocasión, yo me había puesto un abrigo oscuro con solapas de terciopelo negro y una corbata negra, y llevaba sombrero de copa y guantes de cabritilla también negros. O bien el juez me había tomado por el encargado de las pompas fúnebres, o bien me estaba brindando la oportunidad de hacerme pasar por tal.

No necesité más indicaciones. Obedientemente, me incliné y levanté el trozo de tela de lino que cubría el rostro del pobre Fred.

Era una visión penosa. La última vez que le había visto fue dos semanas antes, inmediatamente después de que hubiera perdido la Cambridgeshire en una final desesperada, y había ofrecido entonces un aspecto extremadamente abatido, exageradamente trastornado para un hombre que ese mismo año había ganado el Derby. Parece innecesario decir que ahora lo tenía sin duda peor, y conviene que me explique mejor. Era, inconfundiblemente, el perfil de Archer: la frente despejada, la nariz bien modelada, unos pómulos salientes y un mentón acusado y voluntarioso. Sin embargo, era, esencialmente, la cara de un hombre joven. Yo diría que el *rigor mortis* produce efectos extraños y sin duda lo que yo observé no tenía nada de notable, pero juro que en aquellas facciones había una expresión. Una expresión de terror.

—El jurado tal vez desee examinar la parte posterior de la cabeza —me dijo el *coroner*, sacándome de mis cavilaciones con un sobresalto.

Ya no cabía duda. Me había tomado por un empleado del servicio de pompas fúnebres.

Estaba empezando a preguntarme si estaría yo a la altura de esa tarea, cuando uno de los jurados, a quien Dios bendiga, hizo uso de la palabra.

—Sugiero que en este aspecto nos atengamos a las pruebas médicas. Ninguno de nosotros está acostumbrado a ver heridas de bala.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Muy bien —dijo entonces el juez, y se volvió hacia mí—. En este caso, ya es suficiente.

Volví a colocar inmediatamente el lienzo y retrocedí un paso.

—Mientras nos encontramos aquí —dijo el *coroner* al jurado—, hagan el favor de observar la ventana, donde uno de los testigos, la señora Coleman, les dirá que se encontraba antes de que ocurriera la desgracia. Y también la mesa de noche, junto a la cama, donde al parecer se guardaba el revólver. Y la alfombra frente a la chimenea, sobre la cual se desplomó el finado. Y ahora, con su cooperación, propongo reanudar la diligencia abajo.

Abandonaron silenciosamente el cuarto sin cambiar ni una sola palabra entre ellos, dejándome a mí con el difunto. Debo confesar que me sentía ligeramente molesto por el hecho de que no me hubieran reconocido, pero en conjunto la situación había acabado bien. Y la historia de Bertie, el hombre de la funeraria, sería más que celebrada en mi fiesta de cumpleaños.

Rememorando ahora mi carrera como detective aficionado, veo que comenzó en realidad cuando me dejaron solo en el dormitorio de Archer. Por puro accidente, se me presentaba la oportunidad espléndida para buscar pistas en el misterio de su muerte repentina. No tengo la costumbre de fisgonear entre las pertenencias de otras personas, como ustedes comprenderán, pero, como el hombre del que se trataba no iba a presentar la menor objeción, hice aquí una excepción. Por consiguiente, antes de seguir a los demás abajo, abrí el armario ropero.

El difunto señor Archer tenía una excelente colección de trajes, que yo registré metódicamente. Desgraciadamente para mí, tenía también un eficiente ayuda de cámara que había vaciado los bolsillos. No encontré ni siquiera un botón de muestra. Me volví hacia el perchero situado junto al aguamanil, pero allí no habían dejado nada que pudiera ofrecer interés para el investigador. Registré la cómoda y la mesita de noche, sin resultado. No pude hallar ni una carta, ni tan sólo una tarjeta. Ni siquiera un boleto de apuestas. Me resultaba muy difícil creer que un hombre pudiera llevar una vida tan incolora, y sobre todo el *jockey* más famoso de la historia. Alguien había retirado diligentemente todos los objetos personales, incluso las fotografías. Todo dormitorio en el que yo he

dormido —y hablo con la voz de una experiencia que no deja de ser considerable— ha dispuesto siempre de una exposición de fotos familiares encima de la cómoda: Mamá y la Abuela y las Tías Abuelas y Nuestra Boda (que yo suelo volver de cara a la pared). En esta cámara mortuoria no había ni una foto de la difunta señora Archer, ni siquiera de la criatura que tan trágicamente se había quedado huérfana. Salí de allí sin una pista, pero con mi curiosidad muy acrecentada.

El capitán Buckfast estaba ofreciendo su declaración cuando yo bajé por la escalera. Crucé discretamente el vestíbulo y entré en el desierto comedor, donde alguien había tenido el acierto de colocar una silla cerca de la puerta abierta. Pude conseguir una visión del *coroner* y del testigo sin exponerme yo a los ojos de la prensa.

—Hace unos cuatro años —estaba diciendo Buckfast.

—¿Tenía usted una amistad muy íntima con él?

—Sí, señor.

—¿Usted le visitaba con frecuencia?

—Sí.

—¿Y le acompañó a América en una visita?

—Así es.

—¿Esto fue a fines de 1884, después de la defunción de la esposa de él?

—Sí.

—¿Y usted ha identificado formalmente el cadáver que hay arriba como el de Frederick James Archer?

—Sí.

—¿Quiere decirnos ahora cuándo le vio por última vez con vida, y qué aspecto tenía él?

La invitación a aportar una información propia pareció inquietar un tanto al digno capitán. Se sentía más a sus anchas contestando con monosílabos.

—Estuve con él hasta cerca del mediodía de ayer. Parecía muy mejorado, y por tanto me marché. Cuando volví, poco después de las dos, oí decir que se había pegado un tiro.

—¿Le oyó hablar alguna vez de suicidio?

—Nunca.

—¿Usted le creía un hombre propenso a cometer ese acto?

—No, señor.

—¿Tuvo conversación con él por la mañana?

—Sí.

—¿Dijo él algo que indicara semejante intención?

—No, señor.

El *coroner* hizo una pausa mientras Buckfast, muy rígido, esperaba la siguiente pregunta. Si alguien hubiera gritado: «¡Media vuelta!», estoy seguro de que habría obedecido la orden.

—¿No notó nada inusual en su conversación?

—Sólo la divagación.

El juez se inclinó hacia adelante para captar la palabra.

—¿La qué?

—La divagación. Conversaba hasta cierto punto y después parecía divagar.

—Comprendo. ¿Cómo describiría usted su estado de ánimo cuando se despidió de él al mediodía?

—Feliz y contento.

—¿Verdaderamente? —El *coroner* tomó una pluma de la escribanía de plata que había ante él, la mojó en el tintero y escribió unas notas. Después reanudó el interrogatorio—. Recientemente, el difunto se había estado privando de alimentos. ¿Es esto exacto?

—Sí, señor.

—¿Y por qué, exactamente?

—Estaba adelgazando para el Cambridgeshire. Corrió en St. Mirin con ciento diecisiete libras.

—¿Era éste un peso excepcionalmente reducido para él? —Sí.

—¿No era él un hombre alto como *jockey*?

—Cinco pies y ocho pulgadas.

—Cuando dice «adelgazar», ¿se refiere a perder peso pasando hambre?

—Y por otros métodos —adelantó el capitán.

—¿Podría ser más específico?

—Tomaba baños turcos. Y su mezcla.

—¿Su mezcla?

—Una poción que tomaba.

—¿Y en qué consistía, precisamente, esta poción?

—No sabría decirlo. Él lo guardaba muy en secreto.

—¿Tenía efectos purgantes?

—Creo que así los consideraría usted.

El juez mostró una leve sonrisa.

—Es más que improbable que lo pruebe. Gracias, capitán. No tengo más preguntas para usted, a no ser que el jurado desee hacerle alguna.

Encontraron una silla para la siguiente testigo, la señora Emily Coleman, hermana del *jockey*. Estaba profundamente afectada por la tragedia, e incluso la simple formalidad de identificarse le causó dificultades. Por su aspecto y actitud, me recordó ligeramente a Beatrice, mi hermana más joven, con su apariencia desamparada y al mismo tiempo atrayente.

Después de un intervalo, durante el cual todos nos movimos inquietos en los asientos, la señora Coleman recuperó la voz y, a partir de entonces, resultó difícil pararla.

—Vivo aquí, en la casa de mi hermano, y me encontraba junto a él cuando murió. He estado junto a él constantemente, desde que le trajeron a casa el jueves, desde las carreras de Lewes.

—Esto debió de ocurrir el cuatro de noviembre —puntualizó el juez para ayudar a su escribiente, pero ella no hizo ninguna pausa.

—No creí que estuviera muy enfermo aquella noche y fue a acostarse hacia las once y media. Al día siguiente fue incapaz de levantarse, por lo que hice llamar al doctor Wright, y éste le tomó la temperatura y era tan alta que el doctor dijo que quería una segunda opinión, pero Fred se negó. El doctor Wright habló conmigo e insistió en que el doctor Latham viniera de Cambridge el sábado...

—Seis de noviembre —interpuso el juez.

—... y para entonces el pobre Fred divagaba. Parecía olvidar cosas que había dicho unos pocos minutos antes. Se negaba a tomar su medicina. Sólo pedía una y otra vez su mezcla. Los médicos dijeron que padecía un grave enfriamiento y dispusieron que vinieran dos enfermeras para ayudarme. Lo curioso es que el lunes parecía encontrarse mucho mejor. Tuve con él varias conversaciones largas.

Dado el ritmo de salida de sus palabras, me sentí inclinado a creerla. Cuál pudo ser la contribución del paciente ya era otra cuestión.

—Aunque se encontraba mejor, a veces todavía divagaba, y se

mostraba muy ansioso acerca de su recuperación. Después, hacia las dos, dijo que deseaba hablar conmigo a solas. Me dijo que enviara a la enfermera a otra parte, cosa que hice.

—Por lo tanto, llegamos ahora al incidente fatal —dijo el juez con un tono *fortissimo* que finalmente indujo a la señora Coleman a hacer una pausa en su narración. Él pudo añadir entonces, sin tanta vociferación—: Dígame, ¿observó usted algo peculiar en su actitud?

—No, estaba muy normal. No era nada inusual en él pedir que alejara a la enfermera, y ello no me llamó la atención. Después de marcharse ella, yo me acerqué a la ventana y miré al exterior. De pronto, Fred preguntó: «¿Vienen?». Oí entonces un ruido y, al volverme, él había abandonado la cama y caminaba a través de la habitación, hacia la puerta. Horrorizada, vi que tenía un arma de fuego en la mano. Corrí hacia él y traté de apartar el arma a un lado. Él me rodeó el cuello con un brazo y me empujó contra la puerta. No sé de dónde pudo sacar tanta fuerza. Empuñaba el revólver con su mano izquierda. Después se lo llevó a la boca y...

La señora Coleman inclinó la cabeza y estalló en sollozos.

Respondiendo a un gesto del *coroner*, otra mujer se adelantó para consolar a la testigo. Creo que todos nos sentíamos profundamente apiadados. Nadie que hubiera oído aquel relato podía dejar de imaginarse el horror de lo que la señora Coleman había tenido que soportar. Podía imaginar ya el jugo que le sacarían los periódicos más sensacionalistas.

Cuando la dama se hubo recuperado lo suficiente, el juez dijo:

—Hay unos cuantos detalles más que el tribunal solicita de usted. Durante esta escena que ha descrito, ¿dijo el finado alguna otra palabra?

—Ya le he dicho la única palabra que pronunció.

—«¿Vienen?».

—Sí, señor.

—¿Habló usted con él?

—No tuve ninguna oportunidad. Yo gritaba pidiendo auxilio. Nadie me oyó, porque la puerta se había cerrado mientras forcejeábamos. Finalmente, pude pedir ayuda haciendo sonar la campanilla.

—¿Cuánto tiempo calcula que duró toda esa transacción?

—No más de dos minutos, señor.

—¿Y cómo lo explicaría usted?

—Pareció como si se apoderase de él un impulso repentino. No sé explicarlo mejor.

Con esto concluyó el interrogatorio de la señora Coleman, que fue ayudada a levantarse de su silla.

¿Qué hubiera pensado usted, querido lector, en estos momentos? A juzgar por las declaraciones del capitán Buckfast y de la señora Coleman, ¿parecía la conducta de Archer corresponder a un ataque de delirio o a una aberración de la mente, como había sugerido la prensa?

El delito del suicidio nos presenta un problema. Por una parte, es un acto abominable, que puede ser castigado por la ley si el delincuente no tiene éxito en su intento. Por otra, sentimos la más profunda compasión por los parientes próximos del individuo que se ha quitado la vida. Y esto nos conduce a la hipocresía. Si a un hombre se le impide apretar el gatillo, lo mandamos a la cárcel. Si llegamos demasiado tarde, buscamos signos de que se encontraba temporalmente fuera de sus cabales. A juzgar por las pruebas y hasta el momento, parecía probable que Archer sabía lo que estaba haciendo. Esperaba con interés escuchar los testimonios médicos.

Primero, sin embargo, compareció el criado de Archer, Harry Sarjent. Él fue el primero que atendió a la llamada de la campana y acudió en ayuda de la señora Coleman. Explicó que había visto a su amo tendido sobre la alfombra de la chimenea, y que había recogido el revolver que se había desprendido de la mano de Archer. Su declaración versó toda ella sobre el arma. Cosa de un mes antes, Archer se había puesto nervioso a causa de un robo cometido recientemente en Newmarket y había enviado su revólver a reparar. Se lo había regalado un propietario de caballos agradecido. Él mismo lo había cargado y había dado instrucciones al criado para que lo pusiera en la mesa de noche, junto a su cama, cuando él estuviera en casa. En otros momentos, Sarjent tenía instrucciones de dormir en la casa, con el arma a su lado. Cuando Archer regresó de Brighton el jueves, el criado, siguiendo sus órdenes, depositó el revólver en el cajón de la mesita de noche.

La enfermera, Charlotte Hornidge, compareció a continuación. No tendría aún diecinueve años y, con el saludable color de sus mejillas y los negros rizos que salían de su cofia, era, en mi opinión,

una criatura demasiado linda para vaciar un vaso de noche.

El *coroner* estuvo de acuerdo conmigo, a juzgar por su manera de quitarse las gafas y proceder a limpiarlas dos o tres veces.

—Me mandaron que fuese a comer a las dos y diecisiete minutos —manifestó la enfermera Hornidge, cosa que nos impresionó a todos. He aquí, pensamos, una testigo meticulosa, además de decorativa—. El señor Archer lo sugirió a la señora Coleman.

Tal vez el pobre Fred no estuviera en sus cabales, después de todo. Cualquiera hombre hubiera enviado a su hermana a comer y pedido a la enfermera que se quedara.

—Apenas llevaba abajo un minuto cuando sonó estruendosamente la campanilla —prosiguió con aplomo—. También oí gritos que pedían auxilio, y un ruido como si se hubiera disparado una pistola. Subí corriendo y vi al paciente echado en la alfombra, sin duda muerto. La señora Coleman estaba gritando. También estaba presente el ayuda de cámara. Se encontraba precisamente delante de mí.

—Dice usted que su paciente estaba muerto, joven. ¿Acaso lo examinó?

—Vi que sangraba por la boca. Miré sus ojos y le busqué el pulso, pero no hice ningún otro examen. Esperé que llegara el doctor.

—Totalmente sensato —comentó el *coroner* con una sonrisa cordial—. Ahora, tal vez pueda decirnos algo sobre su estado mental, tal como usted lo percibió esta mañana. ¿Se mostraba él racional, hasta donde pueda usted afirmarlo?

—Sí, ya lo creo. Cuando yo hablaba, él siempre contestaba racionalmente, pero cuando le cuidaba se mostraba muy bajo de ánimo. Recuerdo una conversación en la que me dijo que pensaba que iba a morir. Yo le contesté que debía animarse, porque nada hacía pensar que fuera a morir. Él replicó: «Ojalá yo pudiera pensar lo mismo que usted».

—Pero, a pesar de todo, ¿usted le vio racional? ¿No le pareció que divagaba?

—No, señor.

—¿Ni siquiera en algún otro aspecto?

—En absoluto.

—¿Está bien segura?

—Segurísima.

Tal vez me equivoque, pero pensé que el juez se mostraba algo menos hechizado por la enfermera Hornidge cuando le dio las gracias por su testimonio y le dijo que regresara a su asiento.

Se adelantó el testigo final. El doctor J.

R. Wright

, de Newmarket: era un hombre de cabellos plateados y frases precisas, que debía de haber comparecido muchas veces ante el *coroner*. Su manera de prestar testimonio reflejaba autoridad.

—Fui el médico de cabecera del señor Archer durante catorce años. Gozaba de una salud excelente. Nunca le había asistido por una dolencia grave hasta ese caso de tifoidea. Me llamaron para que le visitara el viernes cinco de noviembre, por la mañana, y le encontré en un estado muy febril y extremadamente inquieto. Extendí una receta y volví a visitarle a las dos. Para entonces, los síntomas febriles habían aumentado. De hecho, su temperatura era tan alta que sugerí contar con una segunda opinión. El paciente rehusó, pero yo asumí la responsabilidad de llamar al doctor Latham, de Cambridge.

—¿Es él una autoridad en fiebres? —inquirió el juez.

—Es un colega cuya opinión tengo en estima —contestó el médico en un tono que hizo que la pregunta pareciera superflua.

—Prosiga, por favor.

—El doctor Latham vino a buscarme en su coche la mañana siguiente, a las siete y media. Examinamos juntos al paciente. No había mejorado. La temperatura era la misma y no estaba dispuesto a mostrarse cooperativo.

—¿En qué sentido, doctor?

—Nos dijo que no necesitaba otra medicina. Quería su mezcla para adelgazar.

—¿Y esto por qué?

—Sufría la ilusión de que una cena que había tomado tres días antes seguía aún en su estómago.

—Ah —dijo el *coroner*, quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesa—. Su mente divagaba.

—No es inusual en casos de fiebre.

—Estoy seguro de ello. Le ruego que continúe, doctor.

—El doctor Latham le visitó de nuevo aquella tarde y dijo al

paciente que padecía una fiebre tifoidea, y entonces se mostró más sumiso.

—¿Estuvo usted de acuerdo con el diagnóstico?

El doctor Wright contestó:

—No hay la menor duda al respecto. Desde luego, el paciente pareció recobrar fuerzas durante el fin de semana y su temperatura bajó el domingo por la tarde, pero esto no es inusual. De hecho, el lunes por la mañana estaba mejor.

—Cuando dice usted «mejor», ¿quiere decir que su temperatura era normal la mañana que murió?

—Cabe esperar fluctuaciones en la temperatura —respondió el doctor Wright.

—Debo tener una respuesta más precisa a mi pregunta, doctor.

—La temperatura del paciente era normal ayer por la mañana.

—¿Y su actitud?

—Estaba muy abatido. Me decía continuamente que iba a morir. Tuve con él una charla tranquilizadora y me marché hacia las nueve y media. Por la tarde volvieron a llamarme, alrededor de las dos y media. Cuando vi al difunto, estaba tendido boca arriba en el suelo, cubierto por una sábana, muerto. Había una herida en su paladar. Al examinar la parte trasera de su cabeza, encontré un orificio entre las dos vértebras cervicales superiores. Me enseñaron el revólver y he visto la bala que encontraron en la cómoda, y no tengo duda de que fue la bala que atravesó la columna vertebral, causándole la muerte.

—Estoy seguro de que el jurado ha tenido en su declaración una valiosa ayuda, doctor. Tengo tan sólo una o dos preguntas referentes a la condición mental del finado.

El doctor no necesitaba que se las hicieran. Sabía lo que se esperaba de él.

—Yo diría que no estaba tan delirante a causa de la fiebre, como desconectado en sus pensamientos. Desde el comienzo de la enfermedad, esto pareció adquirir la forma de una depresión. También hay que tener en cuenta el debilitamiento en que se encontraba a causa de haber reducido exageradamente su peso. Esto, seguido por la fiebre, desordenó de tal modo su cerebro que dejó de ser responsable de sus acciones.

Se oyeron murmullos de aprobación. Era como si el médico

hubiera hablado en nombre de todo Newmarket, y no cabía duda acerca de cuál sería el veredicto del jurado.

Se declaró que Fred Archer había cometido suicidio en un estado de demencia temporal inducido por la fiebre tifoidea.

4

AFÍRMENSE LOS SOMBREROS en la cabeza y reúnan su sangre fría, porque vamos a dar un salto atrás. Después de esa deprimente investigación, me propongo obsequiarles con unas bocanadas de aire fresco y un poco de deporte. De la variedad de cuatro patas, naturalmente. Nos proyectaremos hacia atrás un par de semanas, y por breve tiempo devolveremos la vida al pobre Archer, lo colocaremos sobre St. Mirin y contemplaremos su última carrera de peso, la Cambridgeshire de 1886. Mi debilidad por el Turf es bien conocida y, por consiguiente, en caso de que esto huelga a capricho personal, permítanme asegurarles que la carrera es fundamental para el crimen que yo desvelaré.

Al Cuartel General, pues, el martes 26 de octubre. (Cuartel General es el nombre con el que Newmarket es afectuosamente conocido por todos los patronos del Turf). Un día para llevar abrigos gruesos y tapabocas: helado, de un gris pizarroso y con una brisa persistente soplando desde los pantanos. No es que el tiempo propio de octubre fuera a disuadir al público aficionado a las carreras. Llegaron a miles, apiñados en trenes desde Liverpool Street y St. Pancras, los Midlands y el Norte. Personalmente, me abstengo de viajar el día de una gran carrera si me es posible evitarlo. Llego el primer o el segundo día de la reunión y pasó la noche en mis habitaciones del Jockey Club. Si los asuntos de Estado me obligan a viajar en día de carreras, inicio la jornada a una hora ultrajantemente temprana. La alternativa es esto o bien arrastrarme las últimas cinco millas en lenta procesión, entre un coche de cuatro

caballos lleno de joviales jovenzuelos de Cambridge, y un cochecillo de dos ruedas que contiene un granjero y sus hijas, todas ellas muertas de risa. No, gracias.

No mencionaría este punto ante las buenas gentes que viven allí, pero, entre nosotros, la población de Newmarket produce una tremenda decepción cuando uno la ve por primera vez. Es poco más que un tramo de la carretera de Londres a Norwich, flanqueada por feos edificios, en su mayor parte modernos. El único que presenta interés es el Jockey Club, y ha optado por darle la espalda a High Street.

Afortunadamente, en Newmarket hay algo más que edificios. Desde las primeras luces del alba, en High Street resuenan los ecos de los cascos de caballos, cuando los entrenadores conducen sus animales al galope. Vean la vaharada de su aliento bajo el aire matinal y el lustre de sus bien cepillados flancos, y sabrán lo que anima este lugar. Ha tenido relación con el caballo desde que la reina Boadicea, en su carro de guerra, condujo a los icenos contra los romanos, pero el mérito de haberlo convertido en el cuartel general de las carreras debe otorgarse a los Estuardos. Aquel desvergonzado y viejo réprobo que era el rey Jacobo I construyó aquí un palacio y unos establos reales, y fue reprendido por pasar demasiado tiempo en las carreras, como harían su hijo y su nieto, Carlos I y II. Tienen toda mi simpatía. ¿Sabían que mi mamá, la reina, nunca ha patrocinado una carrera de Newmarket? Antes de que yo tuviera la edad suficiente para proclamar un interés propio, ella puso a subasta el viejo palacio de Newmarket, el cual fue demolido por el comprador y hoy se alza en su lugar una capilla congregacionalista.

En el día de la Cambridgeshire, High Street resulta prácticamente intransitable. Siempre hay una muchedumbre ante las Subscription Rooms, donde se hacen las apuestas principales. Yo me había asegurado unas apuestas razonables la noche anterior y por consiguiente, a los efectos de esta narración, podemos pasar seguidamente al Heath, es decir, al terreno de la lid.

La Cambridgeshire es la última gran carrera de la temporada, poseedora de unas características propias. Proporciona a un caballo la última oportunidad para causar una cierta impresión antes de pasar a su retiro invernal, y se trata de una prueba de 1 milla y 240

yardas para ejemplares de tres años como mínimo, en la que *sprinters*, los caballos aptos para carreras cortas, y *stayers*, los más avanzados en pruebas de fondo, puedan llegar a ciertas conclusiones. En los resultados se juegan fortunas. Para el inclinado a las apuestas, la buena y vieja Cambridgeshire ofrece mayores posibilidades que las pruebas clásicas. La forma y el hándicap no son infalibles, gracias sean dadas al cielo, y existe un rico historial de resultados sensacionales. *Alive*

Catch'em

fue el vencedor en 1863, pero después, en la sala de pesaje... ¡una calamidad! Su *jockey* no pudo dar el peso. Estaban a punto de descalificarlo y conceder la victoria al segundo caballo, cuando a alguien se le ocurrió examinar la báscula. ¿Quién hubiera podido creer que algún granuja la hubiera manipulado, fijando una lámina de plomo bajo la balanza? Otro drama que conmovió a muchos fue la victoria de *Isonomy* por dos cuerpos y con unas apuestas de

40-1

, en 1871, después de que su astuto entrenador, John Porter, ocultara su excelente forma a lo largo de doce meses. Se dice que su propietario, Fred Gretton, se embolsó con ello nada menos que 40 000 libras. ¿Puede extrañar que yo confiara mis caballos a Porter? Y les ofreceré otra controversia de la Cambridgeshire: la victoria de *Bendigo* por una cabeza en 1883, en la que sólo creyeron quienes lo respaldaban, y, para ser fieles a la verdad, muy pocos de ellos.

Pero volvamos a 1886. El día no hubiera podido comenzar mejor. Mi yegua *Lady Peggy* hizo triunfar con facilidad mis colores,

a
10-1

en las apuestas, en la Maiden Plate para caballos de dos años, con lo que sembró el buen humor entre el público y metió cien guineas en mi bolsillo. Rodeado por un coro de leales aclamaciones, me trasladé, junto con varios miembros de mi séquito, al lugar apropiado para presenciar el desensillado.

El *jockey* era Archer. Para mí, nada puede compararse con el placer de conducir uno de mis caballos al recinto del vencedor, y no me importa admitir que mi corazón se ensanchó cuando el *jockey* campeón desmontó y se colocó junto a mí y mi humeante yegua.

Mientras escribo estas líneas, tengo en mi escritorio una fotografía borrosa que me recuerda vívidamente esta escena: Archer ostentando mis colores, el púrpura con el festón en dorado y las mangas escarlata, y la gorra de terciopelo, negra con festón de oro.

Revuelvo mi memoria tratando de recordar algún signo que denotara que él estuviera bajo alguna tensión, pero es difícil. La expresión adusta es común entre los *jockeys*, excepto los muy jovencitos, y Archer, como ustedes saben, había perdido más de lo aconsejable con tal de dar su peso en la carrera Cambridgeshire. Me aventajaba en estatura una pulgada y media, y pesaba ochenta y cuatro libras menos que yo (aunque yo no he tenido aspiraciones de ser *jockey*).

La única señal fuera de lo corriente era que se mostraba muy hablador. Debo decirles, aquí, que el más grande de los *jockeys* en toda la historia nunca se distinguió por su conversación. Generalmente, reservaba su aliento para enfriar el *porridge* de su desayuno, como suelen decir por ahí. Sin embargo, en aquel recinto y rodeado por los usuales admiradores y seguidores, fui obsequiado por un considerable torrente de palabras.

—Esta yegua es muy buena, Alteza —dijo—. Yo no la clasificaría como una perspectiva clásica, pero conseguirá buenas ganancias si se le eligen con cuidado sus carreras. Ha hecho un buen trabajo en el último tramo, ¿no cree? Cuando empecé a aplicarle mis manos, casi se detuvo, y enderezó las orejas como si se preguntara qué pretendía yo. Pero después ha hecho todo lo que yo he querido. ¿No ha sido todo un espectáculo contemplarla?

—Sin la menor duda —contesté—. Pero hay que conceder también su mérito al *jockey*.

—Muchas gracias, señor.

—Debe usted tener confianza en sí mismo —comenté yo, tratando de pescar información.

—Siempre dispuesto a ganar, señor.

—Por consiguiente, ¿puedo arriesgar diez libras en *St. Mirin*?

—Todos los billetes de diez libras a los que pueda echar mano, señor. Todavía no he ganado una Cambridgeshire, pero nunca he tenido unas perspectivas como las de hoy.

Casualmente, lord Edward Somerset, el propietario de *Carlton*, el favorito, era uno de los que me acompañaban, y estaba lo bastante

cerca como para oír estas palabras.

—¡Vamos, Fred! —exclamó—. No puedes ganar a mi potro, y tú lo sabes muy bien. Tu montura todavía no ha aprendido a galopar. Alec Taylor los probó a los dos y *Carlton* la aventajó por todo un tramo.

—Así lo he oído comentar, milord —repuso Fred con impasibilidad, mientras aflojaba el bocado de *Lady Peggy*—, pero ¿ha tenido en cuenta a los jinetes? El muchacho que montaba a *St. Mirin* era un novato.

—¿Y dónde se ha enterado de esto? —inquirió Somerset, sonrojándose hasta las orejas.

—Me lo indicó el propio caballo —respondió Fred con toda seriedad, e hizo una pausa antes de añadir—: El pobre animal ni por un momento se libró del bocado.

Y, dicho esto, se echó la silla de montar al hombro, se llevó una mano a la gorra, a guisa de saludo, y me dejó a mí riéndome y a Edward Somerset con la cara purpúrea.

—Obstinado como una mula —comento Edward, cuando el *jockey* ya no podía oírnos—. Se le ofreció montar a *Carlton* y se negó.

—¿Acaso detecto una leve confidencia? —pregunté.

—Ni por asomo.

Sin embargo, envié a uno de los de mi séquito al círculo de Tattersall para apostar cincuenta libras por *St. Mirin* a 10-1

. En las Subscription Rooms, la tarde anterior, yo ya había respaldado a un *outsider* ya veterano, *The Sailor Prince*, a 25-1

por razones sentimentales (era el hijo de un caballo llamado *Albert Víctor*, y mi A.V. pasó sus pruebas en Dartmouth, y mi otro chico, George, se encuentra todavía en la Armada).

La historia de Edward Somerset acerca de la prueba entre *Carlton* y *St. Mirin* era cierta, y corría ya en boca de todos. Ambos potros fueron entrenados en Manton por Alec Taylor, y considerados como útiles en la categoría de los tres años. Una mañana, en los Marlborough Downs, observado por expertos de toda la prensa deportiva, los hizo correr la milla, y *Carlton* salió vencedor sin dificultad.

¿Por qué, entonces, se mostraba Archer tan confiado en que *St. Mirin* ganara la Cambridgeshire? ¿Y por qué tan hablador? Como única excepción en su carrera, se había asegurado de que todos los periódicos pudieran pregonar su confianza. «*El rey de los jockeys siente una admiración inmensa por su montura*».

Desde luego, *St. Mirin* tenía una buena ascendencia, ya que su padre era *Hermit*, aquel esforzado ganador del Derby, y la madre era *Lady Paramount*. Había ofrecido buenas promesas, pero como ejemplar de dos años no había ganado nada. Si se me puede considerar como juez de caballos, era demasiado ligero de lomo y de flancos para poseer mucha energía. A mí me gusta un animal que tenga algo encima, aparte de costillas.

Mis pensamientos volvieron a centrarse en los cuartos traseros de *St. Mirin* cuando los participantes en la Cambridgeshire se alinearon en el recinto de ensillados, conocido por todos los aficionados como la «Jaula de los Pájaros». Destacaba entre los propietarios de los animales la duquesa viuda de Montrose, la mujer más formidable que jamás haya agraciado con su presencia el Turf. Se la conoce, de modo no muy amable, pero tampoco inadecuado, como el «Trasero de Seis Millas», y si *St. Mirin* sólo hubiera gozado de la mitad de la generosa dotación que ella mostraba en esa parte de su anatomía, la carrera habría podido darse por decidida.

¿Acaso esta observación les parece a ustedes poco galante? Lo cierto es que hacía largo tiempo que Carrie Montrose se había puesto a sí misma más allá de todo límite. Antes de que yo naciera, ya escandalizó a la sociedad insultando a mi madre, la reina. Ello ocurrió con motivo del llamado «Complot del Dormitorio» en 1839, cuando mamá, alentada por lord Melbourne, se negó obstinadamente a destituir a algunas de sus damas de honor, que eran de ideas liberales, y con ello frustró el intento de Peel de constituir una administración conservadora. Como ustedes saben, mamá tenía en gran estima a lord Melbourne y, gracias a la firmeza de ella, éste fue elegido primer ministro. En las carreras de Ascot, invitó a Melbourne a sentarse junto a ella en su carroza para dar la vuelta al hipódromo, y esto fue demasiado para la joven duquesa de Montrose y otra mujer de filiación *tory*, que se adelantaron osadamente y silbaron a la reina. Mamá se indignó y dijo que semejantes criaturas merecían ser azotadas con un látigo. En mi

opinión, hubo intemperancia por ambos lados. A mamá no le gustaría oírlo, pero ella y Carrie Montrose tienen mucho en común. La diferencia es que las rabietas de Carrie tienen lugar en público.

En esa tarde de la Cambridgeshire, la duquesa se había envuelto en un manto de armiño que debía haber diezmado la fauna de Canadá. Estaba arengando a Archer mientras éste se disponía a montar a *St. Mirin*, la mitad del público pudo oír sus palabras:

—No quiero que te duermas en la silla, Fred. Es un caballo en un millón y yo lo adoro, pero no le escatimes el látigo si se te afloja.

Con un rostro pétreo, el mejor *jockey* de la época mantenía los ojos fijos en aquel caballo en un millón. Nadie sabía con exactitud cuánto le había pagado la duquesa como anticipo, pero la cantidad se aproximaba a las cinco cifras para cualquier tipo de reclamación, de modo que Archer quedaba bien compensado por todos los inconvenientes.

En el extremo opuesto de la Jaula de los Pájaros, Edward Somerset daba las últimas instrucciones al mayor de los hermanos Woodburn, que montaba a *Carlton* con sólo 97 libras de peso, en comparación con las 119 con las que debía cargar *St. Mirin*. En el círculo de Tattersall, *Carlton* se mantenía como claro favorito, aunque su precio se había alargado ligeramente. *St. Mirin*, pese, a toda la confianza depositada en él por Archer y por su propietario, estaba un tanto bajo en el terreno de las apuestas. *Melton*, el ganador del Derby y el St. Leger de 1885, se estaba viendo sólidamente apoyado a

100-6

, a pesar de su forma incierta y su hándicap de 133 libras de peso. *Tyrone*, del que poca cosa sabía yo, se cotizaba a

8-1

, y el precio de *St. Mirin* en carrera había aumentado en un

100-8

.

Se dio la orden de montar y los patronos del Turf marcamos nuestra mejor velocidad en lo que se refería a llegar a nuestros ventajosos puntos de observación. Pedí mi carruaje y trotamos cuesta arriba hasta el punto de la llegada. Debo explicar aquí que la Cambridgeshire adopta un curso diferente del resto del programa de la jornada. Comienza cerca de la nueva tribuna en la Rowley Mile y

procede a lo largo de una empinada cuesta, siempre trabajando de firme, hasta la parte del Heath conocida como lo alto de la población. Se concede un intervalo de cuarenta minutos después del final de la carrera anterior para permitir al público que llegue a pie a lo alto de la colina, pero pocos de los que hacen este esfuerzo llegan a sentirse satisfechos con lo que ven. Es muy difícil conseguir una vista realmente buena de la Cambridgeshire. Se requiere encontrarse sobre la capota de un carruaje, como mínimo, para poder observar, a lo largo de la abrupta pendiente, el punto de salida. Los coches se alinean a lo largo de todo el trayecto junto a las vallas, y mucho me temo que quienes pisan la tierra firme sólo perciben un atisbo de las blusas de los *jockeys*, a no ser que quieran perderse el momento final y se sitúen frente al Poste Rojo, a un cuarto de milla de la llegada.

Mi carruaje se hallaba junto al poste de la victoria. Gritos bien intencionados y aplausos me saludaron al trepar yo al pescante y enfocar mis prismáticos hacia la bandera que había de dar la salida. Los ayudantes del juez todavía trataban de imponer una cierta apariencia de orden en la pista, por lo que dejé a un lado los prismáticos y tomé un reconfortante trago de *brandy*. Apuesto cualquier cosa a que nadie puede dejar de sentirse con la boca seca de emoción a la vista de aquella franja esmeralda de césped recién segado que se extiende a través del Heath.

¿Carlton o St. Mirin?

¿Lord Edward Somerset o la duquesa de Montrose?

Dieciséis caballos habían trotado hacia la salida, una de las formaciones menos nutridas en mi recuerdo. Trepé al techo de mi carruaje y obtuve nuevas aclamaciones. Me aseguré con mayor firmeza mi chistera, puesto que soplaba allí un viento de todos los diablos, capaz de incomodar a cualquiera excepto a los más vigorosos. Otros acompañantes que se habían reunido conmigo en el techo hicieron lo mismo.

Empuñé con fuerza los prismáticos y los enfoqué de nuevo hacia la salida.

Había movimiento en dirección a las cintas, y se registró un cierto titubeo cuando uno de los caballos retrocedió y trató de dar media vuelta, pero el *jockey* no tardó en recuperar su control sobre él.

Cayó la bandera y se alzó aquel grito familiar e irresistible. Apunté mis prismáticos hacia la línea multicolor, que se movía y ondulaba como la cola de una cometa. Sin duda alguna, avanzaban ya por la pista, y sin embargo parecía como si apenas progresaran. Durante un intervalo angustioso fue imposible decir quién se había situado en cabeza, pero después el nombre de *Carlton* estuvo en todos los labios. Los colores de Mr. Somers, como se conoce a Edward —azul, con rombos blancos—, se mostraron claramente al frente del pelotón más interior. Ya resultaba obvio que *Carlton* fijaba un paso imperioso. Todos estaban trabajando de firme, y durante largo tiempo no pude aclarar quién iba segundo.

Tuve entonces un atisbo de *St. Mirin* útilmente situado tras el líder; comprenderán ustedes que yo tenga un ojo muy agudo para las mangas escarlata, y los colores Montrose son de este tono. Tom Cannon, sobre *Melton*, se mantenía cerca. Los tres caballos favoritos habían optado por disputar su carrera juntos en el terreno más bajo, perseguidos por otros varios, mientras otro grupo, en el que figuraban *Tyrone* y *The Sailor Prince*, optaban por correr a su derecha.

Al aproximarse a la Casa Roja, el favorito seguía en cabeza, y aquellos expertos jinetes que eran Archer y Cannon se disponían a desafiario. Agarré con fuerza mis prismáticos y grité con la muchedumbre. Pude ver al joven Woodburn tratando desesperadamente de avivar a *Carlton* con unos golpes en los flancos, pero el potro de Somerset parecía tener dificultades para dominar la cuesta. Los tres caballos que enfocaba levantaban una auténtica nube de vapor. El viento y el gradiente les exigían un duro esfuerzo y todavía quedaban dos tramos por correr. El paso de *Carlton* se acertaba visiblemente. ¿Y el de *St. Mirin*? Así lo temía yo.

Provocando otro rugido de la multitud, *Melton* se dispuso a medirse con el líder. La blusa de Cannon, color *eau de nil*, apareció en primera línea. El *jockey* iba bien afianzado y, en cuanto a *Melton*, estaba realizando una acción brillante y no era necesario decirle a Tom que se encontraba en buen momento.

¡Pero entonces, por Júpiter que se mostró el escarlata de *St. Mirin*! ¡Se puso al nivel de *Carlton*! Retó a *Melton*. Se situó en cabeza. ¿Demasiado pronto?, me pregunté. Siempre era mejor que encontrarse encajonado entre los demás, traté de decirme. La

aprensión me hizo apretar los dientes, al ver la temeridad de Archer. Mi corazón suele flaquear notablemente cuando contemplo algo en lo que se juega mi dinero.

Tom Cannon no es nada lerdo. En su tiempo se hizo con todos los clásicos. En 1882 se apuntó el 2000 Guineas, el Derby y el Oaks, y ha competido con Archer más veces de las que yo pueda recordar, como *jockey* campeón, en esa fase de una carrera. Ahora mismo estaba presentando batalla.

Pasé momentos de agonía cuando *Melton* se situó más cerca de *St. Mirin*. Cannon tiene la reputación de tratar con gentileza a los caballos, pero debo decirles que, en ese tramo final, azotó a su montura tan cumplidamente como hubiera podido Archer castigar a una de las suyas. Y es innecesario añadir que tampoco *St. Mirin* se ahorró el látigo. Cualquiera que fuese el resultado, Carrie Montrose no tendría motivo de queja, ya que Archer seguía instrucciones al pie de la letra.

Y yo hubiera tenido que confiar en él. ¿Quién más, sino Archer, era el hombre fiable para confiarle una de esas finales cuello contra cuello? Era maestro en ellas. Cuando el caballo, desbocado, se lanzaba a toda velocidad hacia el último poste, Fred sabía con exactitud cuándo tenía que utilizar la fusta y cómo había de alzarse sobre los estribos e inclinarse tanto hacia adelante que era su gorra lo que primero cruzaba la línea de llegada.

A cincuenta yardas de ésta, *Melton* flaqueó. En su año del Derby, hubiera podido aguantar, pero con sus cuatro años y un peso máximo auestas, no pudo sostener el esfuerzo. Alzó la cabeza y comprendí que se daba por vencido.

¡Vaya susto me había dado!

Bajé los prismáticos y vitoreé a *St. Mirin* y a su jinete.

¡Cuántas veces he tenido que admitir que en este deporte nada puede darse por seguro! Procedente de ninguna parte, me pareció, hizo su aparición una masa borrosa, negra y roja, en el lado más lejano. Algo estaba desafinado a *St. Mirin* en la parte alta de la pista. Se había despegado del pelotón y estaba terminando la carrera con mayor rapidez que *Carlton* y *Melton*. ¡Maldita mi estampa, más rápido que *St. Mirin*!

Archer debió de ver el peligro por el rabillo del ojo. No volvió la cabeza, pero usó el látigo de nuevo. *St. Mirin* y su rival pasaron

juntos la línea. Yo me encontraba más allá de ella y no me fue posible separarlos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a uno de los de mi grupo.

—*The Sailor Prince*, señor.

¡*The Sailor Prince*! ¡Mi *outsider* a

25-1

!

¿Ven lo que quiero decir al hablar de la Cambridgeshire? La forma en que se encontraba ese animal era risible. Era el caballo más viejo en la pista, un animal de seis años que por dos veces había corrido en esa prueba y nunca había conseguido superar un noveno puesto.

Entre la muchedumbre se oía aquel zumbido de ira y frustración que sucede a un resultado inesperado. Pocos habían respaldado con sus apuestas ya fuese a *St. Mirin* o a *The Sailor Prince*, pero yo me sentía doblemente satisfecho. Cualquiera que fuera el resultado, había escogido el vencedor. ¿Cuál iba a ser éste ahora?

Estas cosas siempre requieren más tiempo del que uno espera y yo odio los momentos de suspense, por lo que me apeé dé mi carruaje para recabar una opinión entre los *jockeys*.

Cuando llegué a la sala de pesaje, Archer bajaba de la báscula, pálido, salpicado de barro y con los ojos nublados.

—Y bien, Fred, ¿cuál es tu opinión? —le pregunté sin circunloquios—. Vamos, hombre, no calles como una ostra.

Al oír mi voz, miró a través de la estancia, compuso en sus facciones algo que pretendía ser una sonrisa y contestó sin gran entusiasmo:

—Creo que lo dejé atrás, señor.

Observé que «Tiny» White, el hombre que había montado a *The Sailor Prince*, sacudía levemente la cabeza, pero nada más se dijo hasta que estuvimos todos afuera, esperando que colocaran los números en el cuadro de resultados. Entonces *sir* George Chetwynd se acercó a Archer y le pidió su opinión, y el campeón contradijo su anterior veredicto al responder:

—Me han vencido. Permití que Tom Cannon me engañara.

Tenía razón. Un momento más tarde *The Sailor Prince* fue declarado ganador por una cabeza. Era el caballo más viejo que nunca hubiera vencido en una Cambridgeshire.

Dije a Archer que no se apenara por lo que a mí se refería, puesto que había apostado por el vencedor, y después le pregunté por el significado de la observación que había hecho referente a Cannon.

—No hubiera tenido que avanzarle tan pronto —me dijo—. Mi caballo ya no podía dar más de sí cuando se adelantó al *outsider* ése.

—No te has deshonrado, Fred —traté de asegurarle.

Me dirigió una mirada de tristeza y pronunció las últimas palabras que yo le oiría decir:

—Ojalá estuviera de acuerdo con usted, señor.

Yo lo tomé como una observación típica de Archer después de perder una carrera que él creía haber tenido que ganar. Pobre infeliz, pensé, tienes ante ti otra dura prueba cuando Carrie Montrose te eche mano. Poco me hubiera gustado a mí recibir una de sus reprimendas. Casi tan atemorizadoras como una convocatoria para presentarme en Windsor, después de haber pasado una noche por ahí con el grupo de Marlborough House.

No sé qué pudo decirle Carrie a Archer, pero aquella misma tarde ella vendió *St. Mirin*, el potro que «adoraba», al duque de Westminster por 4500 guineas.

Y la verdadera historia de la carrera todavía tenía que salir a relucir.

5

DESPUÉS DE LA DILIGENCIA judicial, permanecí algún tiempo en el comedor de Falmouth House, para que los caballeros de la prensa no se enteraran de mi presencia. Al contemplar lo que me rodeaba, parecía más que razonable que Archer hubiera decidido proveerse de un revólver, ya que la alacena crujía prácticamente bajo el peso de los trofeos de plata y las paredes estaban atestadas de cuadros. Cuatro de sus vencedores en el Derby estaban representados allí al óleo, y el lugar de honor, sobre la chimenea, le había sido otorgado al retrato de *Bend Or* realizado por Arnall, y ello no tenía nada de extraño si recordamos de qué manera fenomenal ese gran potro zaino aventajó a *Robert the Devil* en 1880. ¿Han oído contar alguna vez lo que le ocurrió a Archer antes de esa célebre carrera? Si es usted un lector serio (es decir, carente de sentido del humor), tiene mi permiso para saltarse los párrafos que vienen a continuación, porque nada tienen que ver con el misterio, pero si, al igual que yo, le agrada alguna que otra historieta divertida léalos.

Para algunos, Fred Archer era un modelo entre los *jockeys*, pero la verdad es que se mostraba inusualmente duro con sus monturas. No titubeaba en utilizar fusta y espuelas con tal de estimular a un caballo que se mostrara reacio en su cometido, y uno de ellos, adecuadamente llamado *Muley Idris*, se tomó su desquite una mañana tras un galope de entrenamiento. Agarró el brazo derecho de él entre sus mandíbulas, le derribó y le hubiera pisoteado si alguien no hubiera acudido en su ayuda. Su brazo quedó en un penoso estado y sólo faltaban tres semanas para el Derby. El médico

de Archer envió a éste a Harley Street, y el especialista que le vio resultó ser *sir* James Paget, un hombre tan ignorante en la materia deportiva que si alguien mencionaba a Epsom él pensaba en un medicamento laxante. *Sir* James vendó la herida, puso el brazo del *jockey* en cabestrillo y le dijo que dentro de tres semanas la mejoría sería manifiesta.

—Pero ¿estaré bien para el Derby? —quiso saber Fred.

—Creo que ya puede marcharse.

—Sí, pero ¿puedo montar?

—Mejor será que conduzca un carruaje, muchacho.

Con un admirable dominio de sí mismo, Fred observó:

—Creo, señor, que no se ha dado usted cuenta de quién soy yo.

Sir James examinó su libro de visitas y repuso:

—Veo que he tenido el honor de visitar a un señor llamado Archer...

—Sí, *sir* James —manifestó Fred—, y creo que debo decirle que lo que es usted en su profesión, yo lo soy en la mía. Si monto a *Bend Or* y gano, mis ganancias pueden alcanzar dos mil libras.

—¿Dos mil? —dijo el especialista, tras una pausa reflexiva—. ¡Y dice usted que somos más o menos iguales! Nunca he cobrado eso por una dentellada de caballo, pero, por tratarse de usted, señor Archer, estoy dispuesto a hacer una excepción.

Para completar la historia, Archer comenzó ese Derby con el brazo derecho casi inútil y soportado por un entablillado metálico. En el viraje de Tattenham, corría en quinto lugar, seis cuerpos por detrás de *Robert the Devil*. En el último octavo de milla, echó mano al látigo, pero el dolor en su brazo le obligo a soltarlo en seguida. Milagrosamente, sólo con el poder de su voz y con sus extraordinarias facultades como jinete, persuadió a *Bend Or* para que acortara aquella ventaja, yarda tras yarda, y finalmente adelantara su nariz. Más tarde, me comentó:

—*Bend Or* no era de lo mejorcito que yo haya montado, señor, pero sí el caballo con más sentido del deporte. Ésa nos la hemos ganado a pulso.

Los aficionados a las historias detectivescas pueden reanudar aquí su lectura. Muy apropiadamente, la habitación contenía también, en una mesa junto a la ventana, una estatuilla de bronce de aquel hermoso animal, *St. Simon*, que no tuvo la oportunidad de

ganar el Derby, pero se retiró imbatido y en ningún momento tuvo serios rivales. Observé que el escultor era Boehm, del que volveré a hablar. Me hallaba todavía frente a la ventana cuando dije en voz alta:

—Toda una pantomima, ¿no es cierto?

El capitán Buckfast (cuyo reflejo yo había atisbado cuando entró) contesto:

—¿Cómo dice, señor?

—La indagación judicial —le aclaré—. Una demostración artificiosa... con el final que todos deseaban. —En vista de que no me respondió a tan neta definición, me volví y dije—: ¿No me dirá usted que se ha creído el veredicto, verdad?

Admito que me estaba mostrando injusto... su futuro monarca invitándole a cuestionar la decisión de un jurado británico. El pobre hombre se quedó anonadado. Su boca se abrió de par en par y sus ojos marrones registraron algo que se encontraba entre la confusión y el pánico. Para reinstaurar la confianza, di una orden (cosa que nunca falla con los militares):

—Enséñeme la casa, capitán, y se lo explicaré. ¿Se han marchado ya todos, excepto los familiares y los sirvientes?

Así era, y comencé mi visita de inspección por el sótano. Mi respeto por el difunto propietario se incrementó todavía más cuando vi su champán... que yo estimaría en más de doscientas docenas de botellas de las mejores cosechas, pulcramente alineadas.

—Lo bebía con moderación —me aseguró Buckfast, con la voz reverente que suele utilizar al hablar de los recientemente fallecidos.

—¿A qué hora del día?

Con el almuerzo, señor.

—¿Y en qué consistía su almuerzo?

—Una copa de esto y una sardina.

—¿Una sardina?

—Sí señor.

—¿Y después? ¿Una dosis de aceite de ricino? —bromeé.

—No, señor. La tomaba con el desayuno.

Hablaba completamente en serio y decidí no ahondar en los detalles íntimos de la digestión de Archer.

—Si no recuerdo mal, usted dijo en su declaración que hacía

cuatro años que le conocía.

—Sí, señor.

—¿Como amigo?

—Me agrada pensar que sí.

—¿Un amigo en el que él confiaba?

—En ocasiones.

No sacaba yo mayor provecho que el *coroner* en su interrogatorio. Debí de hacer una mueca, pues añadió, a la defensiva:

—Tengo fama de discreto, señor.

—De esto no me cabe la menor duda. ¿Llegaría hasta el punto de decir que, desde la muerte de la esposa de él, el año pasado, estuvo usted más cerca de Archer que cualquier otra persona?

—Lo afirmarí, señor.

Esperé.

Finalmente, se aclaró la garganta y agregó:

—Yo me ocupaba de sus asuntos de negocios, de sus compromisos en las carreras, y cosas por el estilo.

Mi silencio resultaba más productivo que mis preguntas, pues añadió:

—Cuando digo que me ocupaba, debo puntualizar, señor, que Fred tomaba sus decisiones. A mí me dejaba, simplemente, el papeleo.

—¿O sea que él no era muy amigo de la pluma y la tinta?

—Era analfabeto. Apenas sabía garrrapatear su nombre para firmar.

Subimos al salón donde habían tenido lugar las diligencias judiciales. Sus paredes también estaban llenas de óleos y grabados, incluidos retratos de dos de los patrones de Archer, Lord Falmouth y el duque de Westminster. En seguida me llamó la atención un objeto familiar sobre una mesa de jugar a cartas: una caja de plata para cigarrillos montada sobre un trozo de metal sin desbastar que, según explicaba una inscripción, era un fragmento de una granada que había explotado en la cubierta de la cañonera *Condor* cuando mi viejo amigo Charlie B. (lord Charles Beresford) se ganó la fama en el bombardeo de Alejandría. Yo tengo una idéntica. ¡Sabe Dios cuántas repartiría Charlie!

Hice un comentario ingenioso al respecto, dirigido al capitán

Buckfast, y éste empezó a relajarse un poco. Me escoltó a través de la habitación, señalando los ganadores de los Classics, y cambiamos recuerdos acerca de algunos triunfos notables de Archer. Decidí que la reserva de aquel hombre no era consecuencia de la obstinación, sino más bien de su lealtad a una gran figura del Turf, que además había sido su amigo, y ello le hizo ganar unos puntos en mi aprecio.

—El historial de Fred requería un buen espacio —observé, fresca mi memoria después de haber leído las necrológicas—. Trece años seguidos como Jockey Campeón y más de dos mil setecientas victorias.

—Veintiuna de ellas Classics —apuntó Buckfast.

—Una lástima lo de ese suicidio —añadí como por casualidad—. Puedo comprender la decisión de proceder tan pronto a la diligencia judicial... o creo poder comprenderlo. ¿Ha sido cosa suya, capitán?

—De la familia —me contestó—. Del señor Archer, padre, y de Charles, el hermano de Fred. Apenas ocurrió esa tragedia, quisieron... bien...

—¿Enterrarle lo antes posible?

Buckfast carraspeó y murmuró en un tono confidencial:

—Él estaba acostumbrado a las intrusiones de la prensa, pero su familia no lo está.

—Desde luego. No quieren encontrarse por doquier a los cazadores de noticias.

—Exactamente, señor.

Asentí con la cabeza y observé:

—Creo que todos han cooperado admirablemente.

O bien le pasó por alto mi ironía o bien decidió ignorarla. Sonrió un tanto forzosamente y dijo:

—¿Le agradaría ver el baño turco, señor?

El baño turco, donde según se decía el pobre Archer pasaba la mayor parte de su tiempo cuando estaba en casa, era un edificio exterior, detrás de la cocina, que contenía dos cuartos revestidos de azulejos. Entramos en la cámara de aire caliente y allí, entre las tuberías y los listones de madera, un lugar más aislado, hablamos del verdadero significado de la investigación judicial.

—Me gustaría ampliar mis anteriores observaciones —me brindé—. No tengo motivo para creer que ninguno de quienes han tomado

parte en esa investigación haya sido insincero. Observo meramente que algunas de las pruebas eran inconsistentes. Veamos, por ejemplo, la índole de la enfermedad que había afectado al pobre Archer.

—Fiebre tifoidea.

Arqueé una ceja.

—Esto es lo que convenientemente nos explicó el doctor. Convenientemente, porque es bien sabido que la tifoidea induce alucinaciones cerebrales. Yo mismo la padecí.

—Y toda la nación padeció con usted, señor.

—Es muy amable por su parte mencionarlo.

Tras un intervalo adecuado, Buckfast preguntó:

—¿Se siente escéptico respecto al diagnóstico, señor?

—Tal vez usted recuerde que el doctor dijo, en su declaración, que él y su colega diagnosticaron la tifoidea el sábado por la tarde.

—Sí, ciertamente.

—Es extraño, pues, que la señora Coleman no fuera informada. Ella creía que su hermano sufría un grave enfriamiento. ¿No es esto lo que ella dijo?

—Parece existir una discrepancia, desde luego...

—¿Cuándo fue usted informado de que Archer sufría una tifoidea?

—Ayer, señor.

—¿Después de pegarse el tiro?

—Pues... sí.

—¿No el sábado, cuando afirmó el doctor que se estableció el diagnóstico?

—No, señor.

—¿Y esto no le parece extraño?

Buckfast titubeó.

—No tengo ninguna duda de que él estaba muy enfermo a fines de la semana, señor. Febril. Una temperatura muy elevada.

—Indudablemente... —admití— durante un par de días. Estaba muy mal el sábado y el domingo, pero ayer se sentó y sostuvo conversaciones.

Buckfast asintió con la cabeza.

—Perfectamente cierto señor.

Dije entonces, con un tono de razonamiento:

—Me suena a algo muy distinto de la tifoidea que pasé yo. Yo estuve tres semanas a las puertas de la muerte. Un enfriamiento serio puedo creerlo, pero una tifoidea...

Buckfast se mantenía muy erguido, sin decir nada.

—Claro —proseguí, disfrutando bastante con la situación (ustedes ya me están viendo florecer como detective, ¿verdad?)— que si uno desea darle la vuelta a la lógica e inventar causa y efecto, surge una posible explicación. Suicidio igual a fiebre cerebral igual a tifoidea. Un médico de familia lleno de buenas intenciones puede considerar como su deber confirmar semejante diagnóstico.

Buckfast consideró apropiado defender la profesión médica.

—Había también la cuestión de las divagaciones.

—¡Ah, las divagaciones! —exclamé—. Todos se han esforzado en mencionar las divagaciones. Se trata, al fin y al cabo, de un síntoma bien conocido de la tifoidea. Es decir, todos excepto la enfermera.

—Creo que ella las citó —dijo Buckfast frunciendo el entrecejo.

—Lo hizo el coroner, cuando la enfermera declaraba. Le preguntó en particular si la mente del paciente divagaba. Ella lo negó. Dijo estar perfectamente segura de que no era así.

—Tal vez ella estuviera ausente del dormitorio cuando ocurrió —apuntó el capitán.

—Posiblemente —dije; y después sugerí, no sin cierta ironía—: ¿Salimos de aquí? En este lugar, la ventilación deja algo que desear.

Nos dirigimos hacia el invernadero, y camino de él nos cruzamos con la señora Coleman. No creo que ella hubiera podido oír nuestra conversación en el baño turco. Efectuó una pasable reverencia, a la que yo correspondí con una inclinación de la cabeza, ya que dadas las circunstancias me estaba vedado sonreír. Por su tipo y facciones, era muy semejante a lo que había sido su hermano, aunque estaba mejor nutrida. Todavía tenía los ojos enrojecidos por el llanto, lo cual me recordó que a la familia no podía agradarle demasiado ver puesto en tela de juicio el veredicto judicial. Sin embargo, si a Archer, tal como yo sospechaba, se le había aterrorizado hasta el punto de obligarle a quitarse la vida, alguien era responsable y había de hacerse que respondiera de ello.

Entre los helechos y las palmeras descubrí rápidamente la única silla de madera curvada provista de cojines, y envié a Buckfast en

busca de una de las botellas de espumoso de Archer. Como con toda razón señalé, al propietario ya no le hacían ninguna falta. Conociendo la reputación de tacañería de Archer —no en vano se le había dado el apodo de Tinman— dudo, para mis adentros, de que él nos hubiera ofrecido siquiera un vaso de cerveza de haber estado con vida, pero no me agrada hablar mal de los difuntos y, por ello, le concedí el beneficio de la duda y descorché su champán cuando me lo trajeron. Incluso ofrecí a Buckfast un cigarro. No es frecuente que yo obsequie con mis cigarros especiales a virtuales desconocidos, pero se estaba formando en mi cerebro la noción de que el capitán podía serme útil. Cuando me hubo llenado una copa, le invité a acomodarse en el taburete que había frente a mí. Sin ningún aspaviento, se colocó una caja de cerillas entre las rodillas, encendió una con su mano buena y me la ofreció. La mano tembló un poco al aproximarse a mi cigarro, pero ¿a quién no le habría temblado? En conjunto, aquel hombre era ejemplo de las mejores prendas en el oficial del ejército británico: recursos, buenos modales y lealtad a la Corona.

—Hábleme de usted —le invité cordialmente—. ¿Es usted un hombre con familia como yo?

(Este «como yo» es mi truco para lograr que el interlocutor se sienta a sus anchas).

—No, señor.

(No siempre sale bien).

—¿Cuál es su estado, pues?

Soy soltero y tengo mi vivienda en Londres, en Jermyn Street.

—Un buen barrio —le dije—. No lejos del mío. Yo tengo un lugar en Pall Mall.

—Lo sé, señor.

—¿Y pasó algún tiempo en el ejército? ¿Con la Guardia?

—Caballería, señor. El 17 de Lanceros. Fui herido en Kambula, durante la guerra con los zulúes.

—Mala suerte.

—Me crucé en el camino de una azagaya.

Meneé la cabeza con una expresión compasiva.

—Una bestia salvaje.

—Era una lanza, señor.

—Me refería al nativo que la arrojó, capitán. ¿Y entonces

regresó a Inglaterra... con una pensión generosa, quiero suponer?

—Suficiente, señor. Poseo unos modestos ingresos privados.

—¿Y sabe lo bastante sobre carreras de caballos como para ganarse unos peniques de vez en cuando?

Exhibió una sospecha de sonrisa.

—Por desgracia, uno nunca sabe bastante.

¡Bien cierto!

—Fui propietario de un potro —añadió— que ganó las Guineas —y llegó segundo en el Derby.

—¿Sí? ¿Cuál era?

—Paradox.

Quedé verdaderamente impresionado. Me estaba hablando de uno de los pura sangre más notables de los años recientes.

—¿Usted era el propietario de *Paradox*? Yo creía que era Brodrick-Cloete.

—Lo vendí cuando tenía dos años.

—Qué lástima. ¿Cuánto obtuvo por él?

—Seis mil. Yo lo compré añal, por setecientas.

—¡No está mal! Comprendo que Archer cultivara su amistad. Bebamos a la salud de *Paradox*. —Nuestras copas se tocaron y yo le miré intensamente a los ojos—. Quiero confiar en usted, capitán —le informé sin ceremonia—. A juzgar por todo lo que he oído esta tarde, no creo que a Archer le trastornara la mente la tifoidea. Pienso que se pegó el tiro deliberadamente. ¿Le escandaliza eso?

Guardó silencio por unos momentos.

—¿Por qué había de hacer semejante cosa, señor?

Bajé mi copa y me incliné hacia adelante.

—Éste es el meollo de la cuestión, Buckfast, éste es el meollo. Espero que usted pueda iluminarme. Hemos oído decir que estaba bajo de ánimos. ¿Es verdad esto? Cuando usted le dejó ayer al mediodía, él parecía feliz y contento. ¿No fueron éstas sus palabras exactas?

—Pues sí. Tal fue mi clara impresión, señor.

—Y sin embargo, el médico y la enfermera declararon que estaba bajo de ánimos. Él les dijo que iba a morir.

Buckfast bajó los ojos por un momento y apoyó la barbilla en un puño, en actitud pensativa.

—Debieron de hablar mucho antes. El doctor se marchó a las

nueve y media. Al mediodía, cuando me marché yo, Fred estaba muy mejorado. Puede preguntárselo a la señora Coleman.

—No creo que debamos molestarla ahora.

—A mí ni siquiera se me habría ocurrido marcharme si hubiera pensado que él estaba deprimido, señor. Yo apreciaba mucho a Fred. Le había visto pasar momentos terribles... ataques calumniosos de personas que sabían que estaban obrando mal, las muertes de su primer hijo y de su esposa. Yo le llevé a América, para que se recuperase de su dolor. Cuando uno ha visto un hombre sumido en la más profunda desesperación, reconoce los signos. Estaba en paz la última vez que le vi. Lo juro.

Tratándose de un hombre normalmente reticente, éste fue un discurso lleno de singular emoción. Buckfast había adquirido una coloración muy rosada mientras lo pronunciaba y ahora sacó un pañuelo y se enjugó el rabillo del ojo.

Volví a llenarle la copa.

—Y ahora que él ya no está, ¿qué se propone hacer?

—Apenas he tenido tiempo para pensarlo, señor. He estado enseñando la casa al juez y haciendo todos los preparativos para el entierro. Más tarde, sin duda me permitirán que ayude a los ejecutores de la testamentaría a revisar los papeles.

—Una vez cumplimentados estos deberes, ¿accedería a prestarme un servicio a mí?

No movió ni un músculo, pero sus ojos brillaron como el diamante Koh-i-Nor. Creo que pensó que me disponía a ofrecerle un empleo como mi administrador de carreras.

—Cualquier cosa que usted me juzgue capaz de realizar, señor.

Dije:

—También yo le tenía un vivo aprecio a Archer, y no estoy convencido de que lo que hemos oído hoy fuese toda la verdad. Efectuaré algunas pesquisas por mi cuenta —en la más estricta confianza— y usted está en la mejor situación para asistirme en esta empresa.

Pareció un tanto alicaído, pensé, pero debo anotar en su crédito que contestó en seguida:

—Será para mí un honor y un placer, señor.

—No un gran placer, sospecho —repuse yo.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Dejé mi copa y adelanté el cuerpo en mi asiento.

—De todas las palabras pronunciadas en el juicio, una me intriga poderosamente. ¿Por qué? Pues porque fue la última que dijo Archer.

—«¿Vienen?».

Asentí.

—Una simple pregunta, pero con un significado pavoroso dadas las circunstancias. «¿Vienen?».

¿Qué sentido le daba él? Parece como si el *coroner* hubiera pasado completamente por alto este punto. Al parecer, él considera esta palabra como una insensatez propia de un hombre enloquecido. ¿Enloquecido? ¿O atormentado? Esto es lo que tenemos que descubrir, capitán.

Sus ojos se habían abierto de par en par.

—Luego, ¿usted cree que él esperaba que alguien viniera, señor? ¿Alguien real?

—Dudo de que se refiriera a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis —contesté—. La señora Coleman se encontraba junto a la ventana, mirando afuera, y Archer creyó que había visto a ciertos visitantes, cosa que le alarmó tanto que echó mano al revólver. Capitán, ¿tiene usted alguna idea de quiénes pudieran ser?

Meneó la cabeza.

—Todo *jockey* es vulnerable para los elementos criminales, señor. En el mundo de las carreras abundan los tipos de baja estofa.

Asentí en silencio. Ambos conocíamos las tentaciones que se les presentan a los *jockeys*, y más de una vez se le había pedido a Archer que explicara un resultado curioso, pero en cada ocasión había dejado satisfechas a las autoridades del Turf. En dieciséis años de carreras, sólo una vez se le había suspendido, y fue cuando era un chicuelo de catorce años.

—¿Tenía enemigos entre los *jockeys*? —pregunté.

—Que yo sepa, no. Rivales, sí. Fordham, Cannon, Wood. En la carrera, él no daba cuartel y ellos lo sabían. Pero le respetaban.

Saqué mi reloj. Ya me había entretenido más de lo que pretendía. Mis invitados a la fiesta de cumpleaños se reunirían en la antesala de Sandringham dentro de tres horas.

—Muy bien. Es evidente que nos espera una labor detectivesca muy seria. ¿Lo acepta? Está en perfecta libertad de contestar que no, si así lo desea.

—Haré todo lo que pueda ser una ayuda, señor.

—Espléndido. ¿Cuál es su nombre de pila?

La pregunta le desconcertó un tanto.

—Charles, señor.

—¿Así le llaman sus amigos?

—Ellos me llaman Charlie, señor.

—Pues me parece muy bien. De acuerdo, Charlie. Yo soy Albert Edward, Bertie para mis íntimos, pero será mejor que usted me siga llamando señor.

—Lo que usted desee, señor.

—He aquí sus instrucciones. Busque inmediatamente en su memoria cualquier incidente relacionado con Archer y que pudiera sugerir que él se encontraba sujeto a amenazas. Dice que los ejecutores de su testamento querrán que les ayude, en estos próximos días, a clasificar los papeles de él. Estudie esos papeles antes de entregarlos, aunque ello suponga pasarse toda la noche en vela. Busque todo aquello que pueda tener algún significado en las cuentas, la correspondencia, el libro de apuestas... Querré un informe cuando vuelva a verlo y quiero esperar que habrá descubierto algunos caminos prometedores para la investigación.

—¿Acaso nos veremos en el entierro, señor?

—Creo que no, Charlie. Mandaré a un caballerizo de la casa real.

—Entonces, ¿cómo podré informarle? ¿Por carta?

—¡Cielo santo, no! Nos encontraremos privadamente. Ésta es una investigación altamente secreta. —Me levanté y tomé mi sombrero—. ¿Cuál era el nombre de aquel ayuda de cámara... el individuo que metió el revólver en la mesa de noche?

—Sarjent, señor.

—Me gustaría verle, si aún se encuentra aquí. ¿Y quiere llamar a mi coche? Está esperando en el pasaje, detrás de la iglesia.

Tengo la reputación de ser muy exigente en cuanto a la indumentaria, y supongo que está justificada. No poseo una guardarropía extensa, comparada con la normal entre la realeza europea, pero lo que tengo es lo mejor, y me esmero en mantenerlo así. Cuando llegó Sarjent, le dije:

—¿Sabes quién soy?

No era necesario preguntárselo. Sólo con verme se le había puesto la piel de gallina. Era un joven alto y esbelto, de unos

veinticinco años.

—Creo que sí, Su Alteza Real...

—¿Cuánto tiempo hacía que trabajabas para el señor Archer?

—Cuatro años, señor. Primero, como mozo de cuadra.

—Debía de tener buena opinión de ti. ¿Era incumbencia tuya guardar la casa cuando él estaba afuera?

—Sí, señor.

—¿Observaste alguna vez algo sospechoso? ¿Intrusos, o algo por el estilo?

—Nunca, señor.

—¿Qué dijo, exactamente, el señor Archer cuando te pidió que guardaras la casa?

—Dijo que no deseaba que robaran en ella mientras él se encontraba afuera, señor.

—Un sentimiento razonable. ¿Y eres tan buen ayuda de cámara como guardián?

—Sí, señor.

—Entonces llévate este sombrero y este abrigo y dales una buena cepillada. Los quiero en el vestíbulo principal dentro de diez minutos.

Volvió antes de que transcurrieran, lo cual fue infortunado, puesto que en aquel preciso momento yo salía del retrete con toda una orquestación de agua corriente. Después de ayudarme a ponerme el abrigo, se metió en el bolsillo el florín que le entregué como propina y se retiró muy sonrojado.

Mi coinvestigador, Charlie Buckfast, hizo su aparición en un momento más oportuno.

Para redondear nuestro negocio, le dije confidencialmente:

—Me las arreglaré para verle en Londres, más o menos dentro de una semana. De vez en cuando, tengo compromisos de índole privada en la metrópolis.

Contestó con semblante impasible:

—Mis habitaciones en Jermyn Street están a su disposición en cualquier momento que usted desee, señor.

Le guiñé un ojo y exclamé:

—Tengo esperanzas puestas en usted, Charlie.

6

Y AHORA EMPRENDEREMOS juntos un viaje a unos ambientes más ligeros y llenos de fantasía. Considérense invitados al «Baile del Condado» en Sandringham, el viernes 12 de noviembre de 1886. Hagamos que tiemblen las arañas de cristal con mi baile favorito, *The Triumph*. Como saben, debe ser bailado con vigor, y el *signor* Curti y sus instrumentistas no tendrán misericordia hasta que yo les haga una señal para que se callen. Y en caso de que piensen quedarse sentados, debo advertirles de que en mi sala de baile soy un tirano. A nadie se le permite escurrir el bulto.

Tomo a *lady* Randolph Churchill por la mano y la conduzco a la pista. Si se me considera juez en la materia, los ánimos de Jennie necesitan remontarse. Desde su llegada, se ha mostrado inusualmente mansa, y se rumorea que antes de presentarse aquí ella y Randolph apenas se hablaban. El eterno problema. Yo no sería Randolph ni por todo el té de China cuando ella le humilla con aquellos ojos exquisitos de tonalidad violeta. Pero a través del blanco guante de encaje, la mano de Jenny me ofrece un tacto tibio, y no siento la menor tensión de sus dedos cuando Randolph se dirige a *lady* de Grey y la invita a bailar. Ese viejo y astuto Randolph, político en todas las cosas. Gladys de Grey es una belleza de negros cabellos que parece sacada directamente de una tela de Goya, toda ella pasión y fuego, pero el año pasado se casó por segunda vez y está tan prendada de su noble conde que Randolph no podría dejarse ver con mujer más segura en toda la sala.

Antes de que Curti alce su batuta, distingo a unos cuantos

simuladores detrás de las columnas, lugar apto para ocultarse cuando se anuncie *The Triumph*.

—¡Los lacayos tienen instrucciones para anotar los nombres de todos los desertores! —grito, y repito la frase en francés, en beneficio del *duc* de la Trémouille, lo cual le aterroriza tanto que agarra el rollizo antebrazo de la esposa del virrey de Irlanda y la arrastra hasta la cuadrilla encabezada por mi querida esposa Alix y el *comte* de París.

Miro sonriente a Jennie.

—¿Preparada, querida?

—Cuando usted lo diga, señor.

¿Pretende esta frase ser sugestiva? No puedo estar seguro, pero le dirijo aquella mirada que nunca deja de sonrojar una mejilla preciosa. Después hago un gesto afirmativo a Curti y suenan los primeros compases. Cada caballero se inclina y cada dama hace su reverencia, y éste es el primer y último movimiento majestuoso en la danza. Nos lanzamos todos al galope más desenfrenado que imaginarse pueda, con las faldas y las colas de frac al vuelo. Jennie y yo conducimos la cuadrilla, hasta el centro y vuelta de nuevo, ante una hilera borrosa de chaquetas rojas y negras y vestidos de tafetán de todos los colores. Ella se ve obligada a aferrarse a mí para tenerse en pie, y no negaré que éste es uno de los atractivos de la danza. En este relato de mis aventuras pretendo ser franco en lo que se refiere a las *liasons*, y lo seré, de modo que han de aceptar ustedes mi palabra de que jamás me he acostado con Jennie... Nuestras intimidades son exclusivamente platónicas. Es decir, hasta el momento de escribir esto.

Retrocedemos para presenciar la danza menos turbulenta de la pareja siguiente, el *comte* y la *comtesse* de París, que son mis principales invitados. Pobrecillos, han estado viviendo en Sheen House desde que fueron expulsados de Francia. ¿Quién sería pretendiente al trono francés? Hasta el más obstinado antirrepublicano tendría sus reservas respecto a la *comtesse*, que fuma en pipa (aunque no mientras baila) y echa mano a mis cigarros con todos los pretextos imaginables.

Mis simpatías por los realistas del otro lado del Canal son bien conocidas, y en ciertos círculos notorias. Cuando ofrecí Chiswick House a la emperatriz Eugénie después de la caída del Segundo

Imperio, fui llamado a Windsor para dar explicaciones. Se me informó de que mi acción era diplomáticamente inepta, lo cual me ofreció la oportunidad para replicar que, puesto que yo nunca era objeto de la confianza de los diplomáticos, difícilmente se me podía culpar si se disgustaban conmigo.

A medida que avanzamos, miro a Jennie, pero los ojos de ella están puestos en Randolph o la dama con la que éste baila, por lo que dirijo un vistazo hacia el extremo más lejano de la sala de baile, donde encuentro una mirada penetrante procedente de un rostro ajado por dieciséis años de prestarme heroico servicio a mí: el de *sir* Francis Knollys. ¿Quién podría creer que Knollys fuera capaz de distraerme de la fascinante *lady* Churchill?

Sepan que éste era el día del entierro de Fred Archer en Newmarket. Imposible para mí asistir a él, por lo que mandé una corona gigantesca y a Knollys. Y ahora espero con extrema impaciencia el informe de éste.

Decido ejercer la prerrogativa de la clemencia y limito a dos las repeticiones de la danza, y seguidamente mis huéspedes se dirigen cojeando hacia las sillas más próximas. Por desgracia, la cena no será servida hasta dentro de veinte minutos. Después de devolver a Jennie a su esposo, digo al *signor* Curti que nos ofrezca una cuadrilla lenta, que al menos ofrezca alguna oportunidad para la comunicación. A continuación, llamo a Knollys.

Formamos un cuadro consistente en yo mismo y Alix, el príncipe Christian y mi hermana Lenchen, el *comte* y la *comtesse* de París, y su joven hija Hélène, la *princesse* d'Orléans

, con Knollys como pareja. El *tempo* es poco exigente, de modo que cada vez que me acerco lo bastante a Knollys puedo deslizarle discretamente una pregunta.

—¿Una despedida apropiada para el Tinman?

—Desde luego, señor. Más de treinta carruajes.

—¿Abundantes coronas, verdad?

—Más de las que he podido contar. Llenaban el vestíbulo y la escalera de la casa.

Y dicho esto, Knollys da un paso a un lado y me encuentro ante mi tosco cuñado, que me está mirando fijamente con su único ojo. Christian tiene aspiraciones de convertirse en un turfista, y algo

debe de haber oído, puesto que dice con una voz audible para todos los componentes de la cuadrilla (excepto, posiblemente, Alix):

—Debéis de estar hablando del *jockey* que ha muerto. ¿Dónde han enterrado al pobre hombre?

Lenchen agita una mano ante el zoquete de su marido y dice:

—Éste no es un tema apropiado para el salón de baile, querido.

Knollys murmura embarazosamente algo acerca del cementerio local y la joven Hélène exclama con viveza:

—¿Cementerio? *Que veut dire ceci?*

Alix, que ha captado la estridente pregunta de la criatura, y que siempre agradece una oportunidad para intervenir en las chanzas, facilita a nuestros invitados franceses una definición del vocablo, y a continuación enriquece su vocabulario con algunas otras, tales como «mausoleo», «sepulcro» y «cripta». Mientras, yo me encuentro lo suficientemente cerca de Knollys para preguntar:

—¿Has hecho una lista de las coronas?

—Dentro de lo posible, señor.

—¿Además de la mía...?

—Lord Falmouth, su primer patrón.

—Naturalmente. ¿Y...?

—El duque de Westminster.

—¿Sí, dónde está? —dice Alix, mirando a su alrededor—. No le he visto.

—La marquesa de Ormonde —continúa Knollys, que está tan acostumbrado como yo a que Alix se salga por la tangente—. El conde Kinsky.

—¡Tan apuesto! —murmura la *comtesse*, igualmente en la luna.

—*Sir* George Chetwynd.

Equivale a un catálogo de la aristocracia aficionada a las carreras. Después de oír los nombres, pregunto con cierta confianza:

—¿Supongo que mi corona era la mayor de todas, no?

La secuencia de la danza exige esperar un poco la respuesta, y cuando llega Knollys hace gala de toda su diplomacia:

—La suya gozaba del lugar preferente, señor.

Parpadeo sorprendido.

—¿No era la mayor?

Menea la cabeza y, cuando nos cruzamos, le digo al oído:

—Dime, ¿quién ha podido cometer la grosería de enviar una

corona mayor que la mía?

—La duquesa viuda de Montrose.

—¡Carrie Montrose! —exclamo con tono de ultraje.

—¿Quién es Montrose? —inquire la *comtesse*.

—*Mes sentiments, exactement* —le digo.

La cena se sirve en el comedor. La banda del Regimiento de Norfolk interpreta a Bizet, mientras yo interpreto mi papel de anfitrión con mis huéspedes franceses... ello sin mencionar los otros trescientos que atacan la *Mousse de Saumon aux Concombres* y los *Ortolans a*

L'Aspic

como si no hubieran comido en dos semanas. Supongo que el baile les ha abierto el apetito. El *duc* de la Trémouille asalta la *Noisette a d'Agneau*

l'Anglaise

como si se estuviera vengando de Waterloo.

Después de las fresas, se retiran los platos, circulan el café y los cigarros y yo me convierto en objeto de excepcional interés, puesto que nadie puede levantarse para atender a una llamada de la naturaleza hasta que yo abandone mi silla.

Me levanto y hago un amplio gesto que señala alivio para todos aquellos que lo necesiten. Es también, la señal para que las retozonas *debutantes* se libren de sus carabinas y den citas en los pasillos.

Me dirijo hacia la mesa donde está sentado Francis Knollys con algunos allegados, entre ellos Christopher Sykes y lord Arthur Somerset, conocido por todos los del grupo de Marlborough House como «Podge».

Antes de que se reanude el baile, tengo la intención de obtener un relato más coherente acerca del entierro. El cortejo, según nos informa Knollys, consistía en seis coches fúnebres con familiares de luto, la carroza fúnebre propiamente dicha, un gran carruaje cargado de coronas y otros tributos florales, y hasta una veintena de coches privados. Aunque los principales propietarios de caballos de carrera no habían considerado apropiado asistir, el Turf estaba honorablemente representado por el señor Tattersall, de la famosa firma del mismo nombre; John Porter y Tom Jennings, dos de los entrenadores más distinguidos en los años recientes; Tom Cannon,

el viejo rival de Fred sobre la silla, y mi coinvestigador Charlie Buckfast. Totalmente indigno de ser incluido en esta compañía (me veo obligado a mencionar al monstruo porque figurará en nuestra historia), estaba también Abington Baird, el notorio corredor amateur conocido como el «Squire».

El cortejo salió de Falmouth House a las dos y recorrió la milla y pico en la población siguiendo el camino junto al Heath, ante una fila continua de mozos de establo, que mostraban un respeto conmovedor por el gran Fred, colocándose como una guardia de honor en un entierro oficial. En la larga calle principal de Newmarket, donde todas las tiendas estaban cerradas, así como todos los porticones de las ventanas, los habitantes esperaban de tres o cuatro en fondo, sin hacer caso de la lluvia. La marea de gente ante las verjas del cementerio retrasó el cortejo varios minutos, ya que la policía había impedido que el público entrase. Sólo los familiares más allegados pudieron penetrar en la pequeña capilla para asistir al servicio funeral. Después, se procedió a depositar a Archer en una fosa rodeada por hojas de laurel y crisantemos blancos, junto a las tumbas de su esposa y su hijito. Se supo que su padre, demasiado afectado, no había podido asistir.

—¿Se dijo algo acerca del suicidio? —pregunto a Knollys.

—¿Por parte del vicario, señor?

—Por parte de cualquiera.

—Se habló en general de él como de una tragedia espantosa.

—¿Y no como un misterio?

—Que yo pudiera oírlo, no, señor.

«Podge» Somerset ha estado escuchando atentamente, pero ahora se retira y contempla con exagerado interés su cigarro, como si acabara de aparecer en su mano. No estoy dispuesto a tolerar esta clase de evasión.

—¿Qué sabes tú, al respecto? —le pregunto.

—Nada que valga la pena mencionar —esquiva.

—Suéltalo ya, Podge. Estás bastante rollizo, pero eres muy transparente.

Su cara adquiere una coloración escarlata.

—Sólo me atrevo a comentar, señor, que no me sorprende que Archer se pegara un tiro. Tenía muy mala fama después de la Cambridgeshire.

—¿Sí? ¿Y con quién?

—Con mi hermano Edward, por ejemplo.

—¿Y de qué puede quejarse Edward? Su caballo fue netamente vencido.

—Fue refrenado.

Le miro estupefacto. Me está diciendo que a *Carlton*, el favorito por 4-1

, no se le permitió ganar. Uno oye a menudo acusaciones injustificadas después de que un favorito cause un desengaño, pero éstas proceden del propietario. Y si son ciertas, ocasionan, como mínimo, una investigación del Jockey Club.

Estoy tratando de seguir la lógica de lo que acaba de sugerir, pero me ha desorientado. Aunque *Carlton* hubiera sido refrenado, ¿por qué echarle las culpas a Archer? Era Woodburn el jinete, y no Archer.

Explica:

—Woodburn fue sobornado por Archer para que perdiera la carrera.

Me quedo privado del habla, y él añade:

—Desde que su esposa murió, Archer sólo vivía para las carreras. Ganar la Cambridgeshire llegó a convertirse para él en una obsesión. Estaba decidido a utilizar cualquier medio. Llegó a la conclusión de que *Carlton* era la principal amenaza, de modo que pagó a Woodburn para que perdiese, pero no contó con el *outsider*. Quedó anonadado. Y por esto se mató, Bertie.

Tras unos momentos en que procuro contenerme, digo:

—Podge, ¿sabes lo que estás sugiriendo... que el más grande de los *jockeys* del reino era un hombre corrupto?

—Lo digo, señor.

Christopher Sykes, un individuo alto y flaco como un poste, con ojos tristes y la cara más larga que jamás se haya visto, que vino manifiestamente al mundo para ser víctima de bromas y que incesantemente trata de convencerme de lo contrario, pregunta a Podge:

—¿Has hablado con Woodburn? ¿Le has acusado cara a cara de haber aceptado un soborno?

—Mi hermano lo ha hecho.

—¿Y...?

—Él lo niega. Y es natural que lo haga. Se está jugando su pan.

—Entonces ¿tienes alguna otra prueba?

Podge empieza a impacientarse.

—No exactamente pruebas, pero estoy perfectamente seguro de que podríamos conseguirlas si lo intentáramos. Pero ahora, con Archer muerto, parece vano buscarlas.

Al oír esto, se me nubla la vista.

—¡Hombre, muy decente por tu parte! Tú y tu hermano difamáis a un hombre que acaba de bajar a la tumba, y después admitís que no tenéis ni una prueba que os respalde. Pero sois dos tipos tan justos que ni siquiera os proponéis aportar esa prueba. ¡Justos, a fe mía! Eres un carroñero de la peor especie, Somerset, y yo ya he oído más de lo que puedo soportar.

Y dicho esto, vuelvo a la sala de baile, y mientras avanzo, lamento decirlo, siembro el pánico entre muchos de mis invitados, que retroceden y se pegan a las paredes... lo cual siempre es una señal de que se lee la furia en mi mirada. Tal vez piensen ustedes que me he mostrado indebidamente severo con Podge, teniendo en cuenta que prácticamente le había ordenado que expusiera mi teoría. Tal vez lo haya sido. Pero yo sentía un vivo respeto por Archer. En mi opinión, ni estaba loco ni era un mal hombre, y lo demostraré.

Mientras tocan el primer vals después de la cena, trato de reponerme sentándome con el conde y *lady* de Grey, o sea Fred y Gladys tal como los conozco yo. Fred es la mejor escopeta de Inglaterra y esto es mucho decir, pero también es lo único que puede decirse de él, como saben todos, excepto posiblemente Gladys. Ella está chiflada por él, y por tanto tal vez haya en el hombrecillo algo más de lo que nosotros le adjudicamos, aunque, dicho sea entre nosotros, él la atrapó de rebote, el muy afortunado. Ella se había casado primero con el cuarto conde de Lonsdale, que la trataba desagradablemente. Su muerte repentina fue una dichosa liberación para Gladys. Sólo tiene todavía veintisiete años y no me importa insistir en que es una criatura fascinante. Le pido que bailemos.

Todavía me invade el mal humor a causa de la monstruosa alegación de Podge. Aun suponiendo que lo impensable fuera cierto,

y que verdaderamente Archer hubiera sobornado a otro *jockey*, el fracaso de su plan difícilmente podía motivar su suicidio. De acuerdo, la Cambridgeshire era, prácticamente, la única carrera notoria que él no había ganado nunca, y los sacrificios que estaba dispuesto a arrostrar para borrar esta omisión eran extraordinarios, incluso obsesivos, para usar la frase de Podge. Sin embargo, a los veintinueve años bien podía aspirar a otras Cambridgeshire. ¿Por qué jugarse su reputación, y no digamos su vida, en el resultado de esta única carrera?

Gladys de Grey interrumpe mi sombría cavilación, observando:

—Tal vez en este caso la intuición femenina pueda ser útil.

Frunzo el entrecejo.

—¿Por qué dices esto?

Sonríe. Está arrebatadora con su tiara de brillantes y con un collar de perlas antiguas que da tres veces la vuelta a su cuello y cuelga en un largo bucle desde sus hombros desnudos, a través de su busto, hasta el nivel de su cintura. Me dice:

—Como cualquier otra mujer en la sala, le he estado vigilando, señor. Es evidente que su cabeza barrunta algo. ¿Adivinaría si dijera que es algo no desvinculado con un triste acontecimiento en Newmarket?

—Válgame el cielo, Gladys, ¿cómo diablos...?

—Yo tengo mis fuentes.

Finjo una mirada severa.

—No te muestres evasiva conmigo, jovencita, o...

Florece en su cara otra sonrisa.

—¿O qué, Alteza Real? ¿Qué hace Su Alteza con las mujeres evasivas..., las encierra en la Torre, o esto ya es algo que pertenece al pasado?

El baile termina, pero hago una señal al *signor* Curti para que lo prolongue y confío a Gladys:

—El castigo que me propongo imponerte es mucho más duro que una temporada en la Torre. Te obligaré a bailar conmigo hasta que prometas cooperar.

Me dice solemnemente:

—¿Cómo no voy a cooperar con un hombre que baila tan divinamente? Quedo totalmente a vuestra merced, señor. Lo diré todo. Le vi mantener una conversación muy seria con cierto

caballero que llegó tarde al baile, y por tanto pregunté a Charlotte Knollys dónde había estado hoy su hermano.

—Ah.

Ella suspira.

—Veo que ahora ya no se siente impresionado.

—No es cierto. Pongamos a prueba esa intuición tuya. ¿Dónde buscarías tú una explicación del suicidio de Fred Archer?

Enarca las cejas como si la respuesta fuera obvia.

—*Cherchez la femme*, pensaría yo.

Dejo de bailar y causo en los demás una desviación a lo largo de la sala.

—Una mujer. Archer no tenía tiempo para las mujeres.

—Bien se casó con una —replica Gladys en el acto.

—Sí, pero se murió.

—... dejándole solo en el mundo, con una casa preciosa y dinero a espuestas. Claro que había una mujer dispuesta a llenar el hueco.

—Nómbrala, pues.

Gladys sonrío maliciosamente y recita un verso que estuvo en boga hace un par de años.

—¿No es Craw chico de suerte hoy, con Carrie Red y Corrie Roy? Corrie Roy y Carrie Red, buena gama, uno en la cuadra y la otra en la cama.

Será mejor que lo traduzca. «Craw» era el difunto Stirling Crawford, distinguida figura del Turf, y Corrie Roy ganó el Cesarewith para él. En cuanto a «Carrie Red», era su rolliza y enérgica esposa.

Exclamo, con un respingo de incredulidad:

—¡Carrie Montrose!

Gladys asiente.

Abandono toda ficción de estar bailando y conduzco a mi pareja a un lado de la sala.

—Gladys, ¡esto es grotesco! ¡Carrie Montrose debe de tener casi setenta años!

—Sesenta y ocho. ¿Y por qué ha de ser grotesco que una mujer vieja desee un joven, cuando lo contrario es tan aceptable?

Doy por no oír esta observación.

—¿Lo dices en serio... eso de Carrie Montrose?

Sus ojos pardos buscan los míos, y casi me invita a desafiarla.

—Créame, ella le estaba prácticamente persiguiendo. Le ofreció casarse con él.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Yo escucho, Bertie. ¿Qué otra cosa puede hacer una respetable dama casada, si no es interesarse por lo que hacen las no tan respetables?

Una mirada penetrante sigue a estas palabras. No se me ha escapado el hecho de que por primera vez se ha dirigido a mí llamándome Bertie. La escolto hasta la vera de la mejor escopeta de Inglaterra, pensando que, después de todo, son los dos tal para cual.

7

EL BAILE terminó oficialmente a las 2 de la madrugada del sábado. Después de marcharse los últimos carruajes, mis invitados en la casa se divertieron un rato con mi organillo, hasta que, hacia las 3, deseé buenas noches a las señoras y conduje a los caballeros al salón de fumadores. He observado muchas veces que no hay nada como una reunión de fumadores en plena madrugada para que salga a relucir el auténtico carácter de los acompañantes de uno. Randolph inició una ruidosa partida con el francés en la bolera contigua, Christian se hundió en mi butaca predilecta y empezó a roncar. Knollys atacó directamente el *brandy*; Podge Somerset, que, después de la reprimenda recibida, hubiera deseado encontrarse a un millón de millas de distancia, vagaba ante las paredes estudiando mis pinturas de Leech como si no hubiera fijado la vista en ellas en toda su vida, y el Gran Xtopher (Sykes) trataba de mostrarse indispensable hurgando en el fuego con el atizador.

Fue Sykes el que volvió a sacar a colación el tema de Archer. Supongo que intercedía en favor de Somerset, tratando de sugerir que, al fin y al cabo, tal vez hubiera algo en la historia del soborno, aunque con Christopher nadie puede estar nunca seguro. Ha aprendido a distraerme cuando se sirve el *brandy*. Una noche, después de cenar en el Marlborough Club, cuando el tedio empezaba a imponerse, obedeciendo a un impulso caprichoso vertí mi copa de *brandy* sobre su cabeza. Nada de notable hay en ello, salvo que el hombre lo soportó como un filósofo, dejando que el líquido goteara a lo largo de su rostro y su barba hasta su camisa y

su chaqueta de etiqueta, antes de volver hacia mí una cara húmeda y decir con su voz solemne: «como guste su Alteza Real», cosa que nos hizo prorrumpir a todos en carcajadas. Todavía me entra la risa cuando lo narro. Naturalmente, esto se convirtió en broma obligada y ahora no se considera completa una velada hasta haber sido regado Sykes con *brandy*, todo un botellón si es posible, o sin apagar yo mi cigarro en el dorso de su mano. Su respuesta es siempre aquella frase impecable y llena de gratitud: «Como guste Su Alteza Real», que tanta hilaridad suscita.

Antes de que me pusieran una copa en la mano, dijo:

—Hay algo que hubiera deseado mencionar antes, señor, acerca de la Cambridgeshire, pero pasó la oportunidad.

Le lancé una ojeada sin mostrar excesivo interés, y él se me acercó tanto como le permitió su atrevimiento.

—Con respecto a la posibilidad (la remota posibilidad) de que la carrera, como si dijéramos, no fuese todo lo rápida que pudiera ser, oí de cierta fuente que un personaje no desconocido en los círculos del Turf ganó apostando por el *outsider* que ganó.

—¿Y qué? —repuse—. Yo mismo aposté por él a
25-1

—Señor, ese individuo sacó cincuenta mil libras de la carrera.

—¿Cincuenta mil?

—Distribuyó su inversión entre varios corredores de apuestas.

Cenó en

Romano's

la misma noche y se jactó ante todos de su *coup*.

—Vamos, no te hagas el misterioso, Christopher. ¿Quién era ese tipo con suerte?

—Baird, señor.

Tras un momento de vacilación, dije cautelosamente:

—¿Te refieres a Abington Baird? ¿El Squire?

Sykes asintió con la cabeza y me miró muy serio... y nadie, en mi círculo, puede mirar tan seriamente como él.

No estoy seguro de cómo recibí esta información. Puede que silbara, o que mis labios vibraran como los de un caballo, o bien que murmurase alguna interjección. Sea como fuere, tomé buena nota de lo de Baird. Si ese monstruo de iniquidad había respaldado

al ganador, era indudable que había que hacer preguntas.

Estoy seguro de que a los lectores no se les habrá escapado el hecho de que el nombre de Baird ya ha sido pronunciado aquí. Me fue mencionado por Knollys como uno de los asistentes al entierro de Archer. Y ahora, para que nadie sospeche prejuicio por mi parte, pasaré a ilustrarles acerca de la reputación del señor Baird.

Es un joven que aún no ha cumplido los treinta, poseedor de una riqueza inmensa, alrededor de tres millones de libras, que heredó al cumplir los veintiún años. Su padre y sus tíos, los siete hijos de un granjero escocés empobrecido, se forjaron sus fortunas a partir del carbón, el hierro y los ferrocarriles. La empresa familiar, William Baird & Company, posee hoy y explota vastas zonas del oeste de Escocia, y aquellos hermanos que la fundaron representan todo lo que estimable hay en el carácter escocés: energía, ímpetu y previsión, todo ello regido por la frugalidad y la devoción.

Por desgracia, nada de todo esto, excepto el dinero, pasó a la siguiente generación... y con ello me refiero a George Alexander Baird, conocido en los círculos de las carreras como «Mr. Abington» o «el Squire». Fue enviado a Eton y Cambridge para educarse como un caballero, y llevó a sus profesores al borde de la desesperación. Si los rumores son ciertos, mientras estaba en el Magdalen no asistió a una sola clase. Buscó su aprendizaje en cualquier otra parte, como tugurios de juego, tabernas de ínfima estofa y otros antros por el estilo. Se relacionó con mujeres de dudosa reputación. Se codeó con una odiosa pandilla de matones y pugilistas, y mostró una aviesa satisfacción en ofender a gente decente. Una de sus jugarretas predilectas, al entrar en un restaurante o una taberna, consistía en arrancarle el sombrero a un desconocido o arrebatarle su cigarro. Si la víctima cometía la imprudencia de protestar, se hacía acreedora a que le ensangrentara la nariz uno de los miembros del séquito pugilista del Squire. Debo decir que, entre éstos, figuraban Mitchell y Smith, campeones de Inglaterra.

Al releer los anteriores párrafos, se me ocurre que ciertos periódicos obsesionados por historias de indiscreciones en los altos círculos pueden sentir la tentación de efectuar comparaciones, movidos por la envidia. Hay que señalarles que existe una distinción absoluta entre el buen humor en privado y el alboroto en público.

Uno no pretende ser un santo, claro está, como tampoco afirmar que Baird se encuentra totalmente en manos del diablo. Lo único que habla en favor del Squire es que se trata de un jinete sobresaliente, probablemente el mejor de los caballeros jinetes del reino, aunque utilizo la palabra «caballero» sólo para diferenciarlo de los *jockeys* profesionales. Mientras se encontraba en Cambridge, mantuvo una cuadra de caballos de caza, tomó parte en el University Drag e, inevitablemente, se codeó con los entrenadores de Newmarket. El Turf le excitaba más que cualquier otra cosa, y su principal ambición era la de emular a Fred Archer. Con este fin, primero se convirtió en propietario y gastó sumas inmensas en la adquisición de buenos caballos. Siguió a Archer de una carrera a otra, estudiando su estilo y sus tácticas, y por último persuadió al campeón para que le enseñara, pagándole, según se dice, los honorarios más extravagantes jamás gastados en lecciones de equitación, puesto que el Tinman jamás se vendía barato. No obstante, el Squire sacó de ello un buen provecho, ya que aprendió a ganar aquella preciosa yarda en una final apretada, y también a captar el ojo del juez encaramándose al cuello del caballo. En el último año, cabalgó casi treinta ganadores.

No obstante, los provechos en sus carreras han de quedar muy por debajo de lo que gasta en ellas. Mantiene caballos en todo el país —muchos de ellos registrados bajo otros nombres— según el principio de que, cuando hay una prueba en algún lugar, él siempre puede disponer de una montura. No tiene ni la menor idea de cuántos caballos posee. Cada vez que tiene lugar una venta en una competición a la que él asista, compra el ganador. Cuando los caballos de lord Falmouth fueron puestos a la venta hace un par de años, el Squire examinó el catálogo con Archer y ofendió a la aristocracia del Turf al comprar lo mejorcito de la colección. Por tanto, era lógico, aunque tal vez no procedente, que el Squire asistiera al entierro de Archer.

No cabe duda de que admiraba a Archer, razón más que suficiente, cabría pensar, para que le demostrara un respeto final, aunque él no tenga la menor fama de respetar a nadie. Sin embargo, esa historia de unas ganancias más que sustanciosas en la Cambridgeshire, después de la extravagante acusación de Podge, me turbaba profundamente. ¿Era posible que Archer hubiera sabido

algo y favorecido a *The Sailor Prince*? El Squire debía de sentirse muy confiado para tomarse el trabajo de repartir su apuesta entre varios corredores. Una ganancia de cincuenta mil libras poca cosa era para un millonario, pero impresionaba a la gente en general. Su principal recompensa era el prestigio que significaba haber escogido al *outsider*, y él se había asegurado de que todo el mundo lo supiera. El Squire ansiaba la admiración como personaje del Turf, y no era extraño que hubiera pregonado su éxito en

Romano's

. La cuestión era si ahora lamentaba haberlo hecho público, a la luz de la muerte violenta de Archer. ¿Habría precipitado su jactancia, de algún modo, lo que ocurrió? ¿Sería una sensación de culpabilidad lo que había impulsado al Squire a hacer acto de presencia en el entierro?

Pregunté a Sykes:

—¿Y tú cómo te has enterado de esto?

Se manoseó nerviosamente la barba y miró a su alrededor.

—A través de mi cuñada Jessica, señor. Ella lo oyó comentar a una de sus amistades.

Solté una risita.

—Esto no puede ser cierto.

—¿Por qué no, señor?

—Jessica no tiene amistades, ¿verdad que no?

Christopher se sonrojó. Su hermano mayor, *sir* Tatton Sykes, se casó con la vivaracha Jessica Cavendish-Bentinck cuando ella contaba dieciocho años y él cuarenta y ocho. Diez años más tarde, Tatton estaba en plena chochez y subsistía a base de pudines de leche y de acostarse muy temprano. Jessica, todavía en la flor de la edad y convencida de que en la vida bien debía haber algo más que un tazón de tapioca y unos dulces sueños por la noche, alquiló un caserón en Grosvenor Street y ahora ofrece unas cenas que se cuentan entre las más alegres de Londres. Entre los aficionados al comadreo, *lady* Tatton Sykes es conocida como «*lady* Medias de Satén», y no creo que a ella le importe.

¡Pobre Christopher! Estuvo a punto de atragantarse al mencionar a su liviana cuñada. Dijo:

—Su informante fue... ejem, un caballero amigo suyo que casualmente se encontraba en

Romano's

la misma noche en que Baird cenó allí.

—¿Y yo no puedo saber su nombre?

—Con toda humildad, señor, tal vez fuese más provechoso saber el nombre de la joven presente en la mesa de Baird.

—Es posible. ¿Quién era esa joven?

—Creo que se hace llamar Mis Bliss. Los dos parecían mantener una amistad de carácter íntimo.

—¿Miss Bliss? Esto suena ominosamente a una de las de la hermandad.

—Tengo entendido que no ha descendido a este nivel, señor. Es una artista de *music-hall*.

Me sentí tan agradecido por esta información que en esta ocasión me abstuve de verter *brandy* sobre Sykes. Si habían de hacerse investigaciones, Miss Bliss, la artista de *music-hall*, parecía ser un sujeto más abordable que el Squire. Mi corazón se había encogido al oír mencionar el nombre de ese réprobo. ¿Puede alguien imaginar mi situación al tratar de mantener una conversación discreta con tan vocinglero bárbaro?

Aquella noche, ya en la cama, decidí mi línea de acción. Yo tenía que visitar Londres el fin de semana siguiente. Con el pretexto de que Satán siempre encuentra alguna fechoría que poner en manos ociosas, mi querida mamá y sus consejeros se muestran infatigables en idear medios cada vez más tortuosos para ocupar mis horas. El último es el Comité de la Estatua de Wellington. ¿Que les parece? Hace algunos años, la horrenda estatua ecuestre del viejo duque, obra de Wyatt, fue retirada del arco en Hyde Park Corner y transportada a Aldershot, y desde entonces se ha mantenido abierto un debate acerca de lo que debería colocarse en el lugar que ocupó. El comité fue constituido para organizar una competición destinada a encontrar un sustituto menos expuesto a objeción, y a mí se me consideró como el presidente ideal. Si algo he aprendido, a partir de esta experiencia, ha sido que escultores y soldados debieran ser mantenidos en lugar aparte.

¿Detectan ustedes una nota de amargura en esto? Ha sido éste un año esencial en el destino de la nación, con dos cambios de gobierno y el gran debate sobre la Home Rule Bill de Gladstone. Como futuro rey, yo deseo ardientemente estar al corriente de los

asuntos del Estado, y sin embargo me veo obligado a recoger migajas de información de ministros como lord Rosebery y sir Henry James, que son además amigos míos. Ellos y yo tenemos que mostrarnos vergonzosamente furtivos al respecto, hasta el punto de adquirir una sensación de culpabilidad.

Sea como fuere, la gran decisión acerca de la Estatua de Wellington me llevó a la ciudad de la niebla. En estas ocasiones, me alojo en Marlborough House, donde siempre tengo a mi alcance compañeros predilectos y donde los sirvientes han sido elegidos cuidadosamente por su lealtad. Esta vez, envié al capitán Charlie Buckfast el mensaje de que yo visitaría privadamente sus aposentos de Jermyn Street el viernes por la noche.

Seguidamente, hice mis preparativos. Sorprendí a uno de mis jardineros al pedirle que me prestara algunas de sus prendas de vestir más viejas y, tras haberme equipado con botas, pantalones de carisea, un chaleco de piel de gamo, una chaqueta de sarga, abrigo, tapabocas y un sombrero hongo, salí de Marlborough House el viernes al anochecer, por la entrada de los proveedores, y me encaminé hacia Jermyn Street. Es un hecho poco sabido el que no es insólito en mí caminar por las calles londinenses con la indumentaria de un trabajador. Hace uno o dos años, en mi calidad de miembro de la Comisión Real para el Alojamiento de las Clases Obreras (otra de las ideas de S.M. para rellenar mi tiempo), me aventuré de incógnito por algunos de los peores rincones de St. Pancras. Puedo asegurarles que me sentí más seguro en aquella ocasión que esta noche al atravesar a pie St. James, donde fui objeto de algunas miradas manifiestamente antagónicas.

El capitán Buckfast vivía encima de
Boyd's

, los almacenistas de frutas, y me vi obligado a sortear dos cajas de naranjas para llegar hasta su puerta... lo que no dejaba de representar un cambio respecto a la alfombra roja. Empezaba a felicitarme por el éxito de mi disfraz cuando la puerta fue abierta por un mayordomo que inmediatamente me dedicó una reverencia tan profunda que me enseñó el botón posterior de su cuello.

—Aquí no, bufón —murmuré, y esto le desconcertó tanto que soltó una ventosidad.

Esto es uno de los riesgos de las reverencias, como sabrá todo

aquel que haya asistido a una investidura.

Cuando subí, Buckfast tuvo al menos el acierto de mostrarse perplejo ante mi aparición. Lo primero que hice fue preguntarle si aquél era de veras su mayordomo, y él admitió que lo había alquilado para la ocasión. Me disgusté sumamente y procuré que él se diera cuenta.

Procedí a darle instrucciones tajantes en el sentido de que despidiera en el acto a aquel hombre, no por lo que había ocurrido abajo, cosa que puede sucederles a los mejores entre nosotros, sino porque, maldita sea, yo había especificado una visita en privado. Mientras él se ocupaba del asunto, yo pasé revista al lugar, que era el propio de un ex militar, muy bien ordenado, con grabados en color de oficiales de caballería, colocados a intervalos simétricos a lo largo de las paredes; pieles de cebra a cada lado de la chimenea, unas lanzas de indígenas, un tambor zulú y, para reflejar su vinculación con el Turf, un cuadro de *Paradox*, montado por Archer. Saqué una astilla de un jarrón chino que había en la repisa de la chimenea, la encendí y alumbré con ella un cigarro.

—¿Puedo confiar verdaderamente en usted? —pregunté, cuando Buckfast regresó, deshaciéndose en excusas—. ¿Averiguó algo en el entierro?

—Tengo que admitir que no, señor. El tiempo era sumamente inclemente.

Me abstuve de preguntarle cómo pudo haberle obstaculizado esta cuestión.

—¿Revisó los papeles de Archer, tal como le pedí?

—Sí, señor.

—¿Y...?

—No encontré nada irregular.

—Pero ¿puede decirme en cuánto se evalúa su fortuna?

—Más o menos, en unas 60 000 libras, calcularía yo.

—¿Estás seguro? Hace un par de años leí que tenía un cuarto de millón.

Buckfast meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que era una exageración, señor. Nunca tuvo tanto. Claro que gastó cantidades enormes en la construcción de Falmouth House.

Esperé por si me decía algo más, pero no fue así. Si uno le

arranca tres frases seguidas a Charlie Buckfast, puede darse por más que satisfecho. Le reprendí amablemente.

—Charlie, me está decepcionando. ¿Cómo vamos a formar un equipo de investigación si todos los descubrimientos corren a mi cargo? —No sin cierta fruición, le hablé primero de las sospechas de la familia Somerset acerca del resultado de la Cambridgeshire, y después de las baladronadas del Squire en Romano's

—. ¿Usted conoce al Squire, Charlie?

—No es amigo mío, señor.

—Me alegra oírlo. Pero sí era amigo de Archer, y por tanto seguramente usted le vería alguna que otra vez, ¿no es así?

Buckfast denegó con la cabeza.

—No creo que Fred considerase nunca a Baird como un amigo. Las más de las veces, era una molestia infernal. Nunca dejaba pasar una oportunidad de jactarse de esa supuesta amistad.

—¿Qué me dice de esta historia, pues? ¿Es posible que Archer le dijera que apostara por *The Sailor Prince*?

En su rostro apareció una serie de expresiones penosas mientras trataba de digerir tan odiosa sugerencia.

—Supongo que no es imposible.

En esto yo le llevaba ventaja. Yo ya había pensado lo impensable.

—La oportunidad surgió allí, en la carrera de Newmarket. Ambos estuvieron en el hipódromo toda la semana.

La tensión arterial de Charlie Buckfast aumentaba visiblemente. Finalmente, estalló:

—No puedo creer que Fred refrenara a su caballo, señor. Simplemente, no me es posible creerlo. Se hubiera jugado toda su carrera. Hubiera preferido la muerte antes que...

Dejó apagarse estas palabras al comprender lo que acababa de decir.

—Creo que una visita al *music-hall* es lo indicado —le comunicué.

8

OTORGUEMOS A

BUCKFAST

lo que merece: su bigote se erizó ante la perspectiva de que el heredero del trono visitara un *music-hall* corriente, pero por otra parte se lo tomó como era propio de un ex oficial.

—Supongo, señor que esto debe de formar parte del deber.

—Usted lo ha dicho, Charlie.

Le hablé de la conexión (si esta palabra no resulta indelicada) entre el Squire y *Miss Bliss*, y él confesó que jamás había oído hablar de *Miss Bliss*.

—Ni yo tampoco.

—¿Cómo la encontraremos, pues?

Exhibí una sonrisa críptica.

—El domingo pasado por la mañana, Charlie, asistí al servicio divino en Sandringham, en compañía de lord Randolph Churchill, el príncipe Christian y un puñado de supervivientes del Baile del Condado, todos ellos con los ojos inyectados en sangre. Enviaron desde Windsor al subdeán de la Capilla Real para pronunciar el sermón. Como texto, utilizó la parábola de las diez vírgenes... lo que no era la opción más apropiada. Yo hubiera podido tomármelo irreverentemente, Charlie, pero no lo hice. Escuché la palabra del Señor, y en el futuro la aplicaré a mi vida cotidiana.

—¿Ser una virgen prudente? —exclamó Buckfast.

Le lancé una mirada severa.

—Estar preparado.

—Ah.

—Un sólido principio en la labor del detective, ¿no cree?

—Absolutamente, señor.

—Y por consiguiente hoy he venido preparado. Mandé que me trajeran un ejemplar de ese útil periódico llamado *Era*. Estudié las noticias del mundo del *music-hall*, y encontré en ellas que una tal Miss Bliss aparece dos veces cada noche en la sala del señor George Belmont, llamada Sebright y situada en Hackney Road.

—¿Hackney Road?

Buckfast pronunció estas dos palabras en un susurro, como si no se pudieran mencionar en voz alta. Estaba tan desconcertado que olvidó por completo felicitarme. En beneficio de mis lectores de las provincias, aclararé que la calle en cuestión va desde Shoreditch hasta Cambridge Heath, y que no es, ni mucho menos, la peor del este de Londres, pero sí un lugar en el que personas de la clase de Buckfast —y no digamos la mía— sólo se aventuran bajo su cuenta y riesgo.

El motivo de mi indumentaria de trabajador era ahora evidente, y seguidamente nos ocupamos de la suya. Abrimos un baúl y encontramos un abrigo Chesterfield que él no había usado desde los años setenta, y un par de botas del ejército que sumergimos en agua para quitarles el lustre. El sombrero ofreció más dificultades. Nos vimos obligados a emplear el único sombrero hongo negro que poseía. Después de deformarlo y de aplicarle liberalmente grasa de ganso y cenizas, dispusimos finalmente de una prenda suficientemente andrajosa.

Contemplé su mostacho de caballería y dije:

—Esto debe desaparecer.

Me miró estupefacto.

—Necesité años para cultivarlo, señor.

Se mostró tan poco proclive a someterlo a las tijeras que opté por ver qué diferencia podía representar dismantelar aquellas guías tan enhiestas. Ablandamos la cera sobre un cuenco lleno de agua hirviendo y después separé los pelos con la ayuda de un mondadientes de plata. El hombre lo soportó con fortaleza. Una vez terminada la tarea, le aseguré que el efecto de aquel desaliño era pura clase obrera.

Abandonamos Jermyn Street hacia las ocho. Propuse primero

tomar un coche hasta Shoreditch High Street y seguir a pie desde allí, pero no se me había ocurrido pensar que ningún cochero se detendría al ver nuestra pinta, de modo que nos vimos obligados a caminar hasta Oxford Circus para buscar un ómnibus. Todo esto era nuevo para mí, y disfrutaba inmensamente.

—Esto se antoja más peligroso que Hackney Road —observé mientras subíamos por Regent Street, con nuestras botas claveteadas y recibiendo miradas claramente poco amistosas de los bien calzados residentes del West End.

—Sería más seguro si usted se hiciera a un lado y les concediera precedencia, señor —sugirió Buckfast.

Tenía razón, desde luego. Es difícil romper con los hábitos de toda una vida.

Mientras esperábamos en Oxford Street el ómnibus de Clapton, tuve que admitir:

—Esto puede ser una búsqueda que no conduzca a nada, Charlie.

Él me contestó con una cortesía impecable:

—Por lo que a mí se refiere, señor, es un privilegio, cualquiera que sea el resultado.

La mujer gorda que teníamos delante se volvió y nos dirigió una mirada escrutadora. Mucho me temo que no resultáramos totalmente convincentes como miembros de la clase de los desaseados. No me extenderé sobre el embarazo que se creó en el ómnibus cuando yo saqué a relucir un soberano para pagar nuestros dos billetes de a tres peniques. Afortunadamente, Buckfast llevaba encima un chelín suelto.

Puesto que no era una noche particularmente fría, nos sentamos en la imperial, donde podíamos hablar con mayor libertad. Y hablar con mayor libertad fue lo que hizo Buckfast después de ofrecerle yo un cigarrillo, abandonando casi del todo su usual reticencia. Me interesó con el tema de las relaciones de Fred Archer con el bello sexo. Me dijo que hembras ávidas hubo que tomaron las medidas más extraordinarias a fin de conseguir encuentros con Archer, hasta el momento de su matrimonio e incluso después. No sé lo que les ocurre a las damas que patrocinan las carreras, pero a más de un *jockey* le ha sido ofrecida una cabalgada extra después de la última prueba, si me excusan esta expresión propia de salón de fumadores.

Fred, desde luego, era más bien parecido que la mayoría, con sus negros cabellos, sus centelleantes ojos pardos y su aventajada estatura. Según Buckfast, a menudo recibía invitaciones del tipo más osado, empujadas por debajo de su puerta. Rutinariamente, cuando se alojaba en hoteles rogaba a los empleados que no revelaran el número de su habitación a curiosos de uno y otro sexo, pero aun así a menudo se veía obligado a cambiar de hotel para evitar a sus perseguidoras.

—Charlie, muchacho, me describe a esas mujeres como perras de caza en pleno celo —comenté.

—A veces lo eran.

Medité unos instantes.

—Esto me hace pensar en una cosa.

—¿Qué es, señor?

—¿Vienen?

Quise dar un tono bromista a esta observación, pero no vi que Buckfast sonriera bajo su caído bigote. Supongo que, como militar, carecía de imaginación. Personalmente, me sentía muy divertido al pensar en una jauría de mujeres libidinosas avanzando hacia la casa de Archer.

Pregunté:

—¿Y nunca se dejaba pescar?

—¿Se refiere a asuntos aparte de su matrimonio?

—Naturalmente.

—No, señor. Que yo sepa, se resistió a todas. En todos los casos se mostraba amable, pero implacable.

—Me pregunto el porqué.

—Había cosas más importantes, señor.

—¿Se refiere a ganar carreras?

—Y a conservar su dinero. Las mujeres no salen baratas.

El ómnibus nos condujo a lo largo de Holborn y a través de la City, más allá de la estación de Liverpool Street y en dirección de Shoreditch. Al enfilar Hackney Road, buscamos la fachada iluminada del *music-hall*. El avance era lento por aquella calle estrecha, ya que los habitantes de Shoreditch, que parecía como si todos hubieran dejado sus compras para última hora, atestaban las aceras entre carretones de mano y cruzaban la calzada sin prestar la menor atención al tráfico. Tentadores aromas de sopa caliente,

empanadas y castañas asadas ascendían a nuestro nivel y yo me sentía tan aturdido (por no haber aceptado la oferta de comer algo, hecha por Buckfast) que el Sebright me pasó totalmente por alto cuando finalmente se presentó ante mi vista. Ojo avizor, mi compañero me lo señaló: una entrada angosta, encuadrada por multitud de querubines de yeso, festoneados por luces de colores.

Nos apeamos e inmediatamente se nos acercaron dos hembras pintarrajeadas que olían a perfume barato, una de las cuales rodeó mi brazo con el suyo y me dijo:

—¿Te vienes conmigo, gordito? No te arrepentirás, cariño.

Contesté con firmeza:

—Eso habría que verlo, señora, y no estoy dispuesto a correr el riesgo.

A lo cual ella replicó:

—¿Habéis oído... «no estoy dispuesto a correr el riesgo»? , pero ¿quién se cree ser ese tío? ¿Lord Boñiga?

No la ilustré al respecto. Nos abrimos paso a codazos a través de aquella muchedumbre de vendedores de naranjas y de empanadas, y rameras, pagamos un chelín por asiento de primera y entramos.

Me alegra explicar que el Sebright es un *music-hall* al estilo antiguo, con mesas para los clientes, donde uno puede tomar una jarra de cerveza y cenar a base de pudín de guisantes o unos pies de cerdo, si uno lo desea, mientras los artistas actúan en el escenario. Y digo «al estilo antiguo» para distinguirlo de aberraciones tales como el renovado London Pavilion, que aparecen en el West End en número cada vez mayor. Maldita libertad la que se toman al hacerse pasar por *music-halls* cuando le meten a uno en una fila de estrechos asientos sólo con una pequeña repisa para el vaso de cerveza y, hartos a menudo, con la visión obstruida por el sombrero que uno tiene delante. Tengo la impresión de que a sus propietarios sólo les interesa apiñar el mayor número posible de personas en sus aborrecibles «palacios de las variedades». Por todo lo dicho, los lectores habrán deducido que soy un decidido partidario de los establecimientos tradicionales. Hace años, efectué una visita en privado al de Evans, en Covent Garden, presencié las actuaciones desde un palco con cortinajes, y la experiencia me entusiasmó. Y regularmente invito a mis artistas favoritos a actuar en Sandringham y Marlborough House, aunque debo decir que a las

funciones en privado les falta algo en cuanto a atmósfera. ¡Los invitados a mis cenas pueden ser tan infernalmente aburridos!

Buckfast y yo encontramos una mesa conveniente, apartada del resplandor de los focos y no demasiado cerca de la pasarela. Ésta era, todo sea dicho, mi primera experiencia de *music-hall* como miembro anónimo del público, y disfruté de cada momento. Decidimos tomar salchichas con cebollas fritas y puré de patata, y nos servimos la mostaza de un tarro enorme y adornado por tremendas incrustaciones ya secas. ¡Un festín apetitoso! ¡Y qué espléndida novedad la de poder comer con el sombrero puesto!

En un *music-hall* como es debido, nadie presta indebida atención a lo que ocurre en el escenario hasta que aparecen las figuras estelares. Hay un continuo rumor de conversaciones puntuado por risas, los camareros y sus ayudantes transitan entre las mesas, y los clientes gozan de libertad para abandonar sus asientos y pasearse. De hecho, Belmont, el propietario, efectuaba una gira durante los entreactos, cigarro en mano y diciendo a los clientes:

—¿Qué les ha parecido eso por treinta chelines a la semana? ¿No está mal, verdad?

Yo estaba ocupado sobre todo en rebañar mi plato y encargar una segunda ración, pero, claro está, mantenía un oído atento a los anuncios del presentador. Éste ocupaba un asiento elevado ante una mesa situada exactamente delante de la orquesta, al pie del escenario. Hasta entonces había presentado a Sam Redman, un cómico con la cara pintada de negro, que hablaba siempre con el mismo tono y que apenas hacía pausas para recuperar el aliento; a Marie Lloyd, la cantante de *El chico en la galería*, tras decir que la chica sólo tenía dieciséis años; y a un par de mujeres acróbatas o «volatineras», que se colgaban de cuerdas sobre nuestras cabezas y que no hicieron nada notable, excepto mostrarnos sus piernas enfundadas en medias rosadas. Forzoso es decir que la mayoría de los números hubieran sido abucheados de haber actuado en el escenario de un local de mejor clase, pero el *music-hall* no es tan sólo lo que sucede en el escenario, sino que cada uno interviene ruidosamente en el espectáculo, desde el presentador con su frac hasta el vociferante estibador del puerto que ha acudido a pasar allí la velada con su chica.

No pondré a prueba la paciencia de los lectores haciéndoles

recorrer todo el programa. Hacia las diez, se oyó el golpe del gong seguido por un:

—Y ahora, señoras y caballeros, belleza y obediencia... ¡la adorable *Miss Myrtle Bliss* y *Cocky*!

—¿Y *Cocky*? —repetí sorprendido, pues no me esperaba que actuara una pareja.

Pero había hablado con un volumen más audible de lo que yo pretendía.

—¡Y *Cocky*, cocorota! —replicó el presentador, entre gritos de diversión del público.

Me disponía a gritar algo a mi vez, cuando Buckfast me redujo al silencio metiéndome un cigarrillo entre los labios. Tenía razón, claro. Por mi ocupación, estoy acostumbrado a ser el centro de la atención, pero ésta no es la manera de comportarse un detective de paisano y, una vez me hube tragado la afrenta, supe evaluar lo que él había hecho. Charlie Buckfast iba a ser un compañero valioso, pese a su falta de sentido del humor.

Mientras me ofrecía una cerilla encendida, murmuré, sólo para sus oídos:

—Yo esperaba que fuera una cantante.

—Y yo también, señor —confesó.

¡Cuán equivocados estábamos! *Miss Bliss* era una domadora de aves, por más que les cueste creerlo, y *Cocky* era una cacatúa blanca que actuaba como un ser humano valiéndose de diferentes aparatos, entre los que había un triciclo en miniatura y un tambor diminuto. A decir verdad, no era un número muy arrebatador, hasta que, sin la menor culpabilidad por mi parte, pasé a formar parte del mismo.

He aquí cómo ocurrió la cosa. Inesperadamente, el proyector cambió la dirección de su haz luminoso desde el escenario hasta el público, bailoteó sobre nuestras cabezas y finalmente, por alguna razón en aquel entonces insondable para mí, se posó en nuestra mesa. Seguidamente, *Cocky* profirió un penetrante graznido y voló directamente hacia mí, arrebató el cigarrillo de mi boca, ganó nuevamente altura y lo ofreció a alguien en el anfiteatro. Esto mereció la ovación más estruendosa de la velada. Al parecer, era uno de sus trucos habituales.

Por mi parte, yo debí de ofrecer también todo un espectáculo,

puesto que no es ninguna broma encontrarse con la luz de un proyector enfocada en pleno rostro y ver que una cacatúa de respetable tamaño vuela hacia uno.

Miss Bliss nos obsequió con toda una representación en la que riñó al pajarraco y le dijo que se disculpaba ante el caballero, pero yo agité una mano para indicar que nada más quería saber de Cocky. En vista de ello, aquella maligna criatura me volvió la espalda y dijo algo que no pude captar, pero que arrancó sonoras carcajadas entre los asistentes.

Todavía no les había dicho que *Miss Bliss* era una joven de negros cabellos y una belleza poco común, ataviada con un vestido de color limón completado con una faja plateada. Llevaba unos guantes blancos, largos hasta el codo, y un gran sombrero blanco con una pluma de avestruz de color amarillo pálido. Cuando terminó el número, me dedicó una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera.

Llamé a un camarero y le pedí papel y un lápiz. Al notar la presencia de un florín en la palma de su mano, accedió gustoso a complacerme.

«Querida *Miss Bliss* —anoté—, escribo no sólo como el que se ha sentido cautivado por su encantadora actuación de esta noche, sino también como quien ha tenido el privilegio de aportar una pequeña contribución a la misma. Yo era el fumador de aquel cigarrillo que tan diestramente me arrebató su loro. Me considero honrado al haber colaborado de modo tan modesto a su éxito tan reciente. Y me sentiría doblemente honrado si accediera a reunirse conmigo y con mi acompañante para cenar juntos».

Doblé y entregué el papel al camarero.

—¿Para quién es, amigo? —me preguntó.

Me disponía a replicarle secamente que él no era ningún amigo mío, cuando intervino Buckfast:

—*Miss Bliss*, la joven que acaba de actuar.

—¿Myrtle? Llegan tarde. —Sonrió y añadió—: El pájaro ha volado... y Myrtle con él.

—¿Qué?

—Ya debe de haber salido de aquí. Trabaja en el Royal Eagle dentro de media hora.

—¡Maldición!

Yo sabía que los artistas de *music-hall* aparecían en varios programas en una misma noche. Si hubiera estudiado sistemáticamente aquel ejemplar de *Era*, en vez de tirarlo apenas encontré el nombre de ella en el programa del Sebright, hubiera sabido que todas las probabilidades eran de que ella se dirigiera apresuradamente a otro local. Y así concluía mi decisión de comportarme como una virgen prudente.

—¿Y dónde diablos está el Royal Eagle? —inquirí.

—En City Road... como si no lo supiera.

Buckfast dijo secamente:

—Si lo supiéramos, no nos molestaríamos en preguntarlo.

—Vamos amigo... ¿no conoce la canción? «Arriba y abajo de City Road, entrando y saliendo del Eagle; por ahí corre el dinero...».

—¿Está lejos? —inquirí.

—No. En Hoxton. Fácilmente pueden llegar allí en veinte minutos.

Fácilmente no era la palabra que yo hubiera utilizado mientras nos abríamos paso a empujones entre la muchedumbre que llenaba Hackney Road, pasando por encima de borrachos y mendigos, y viéndonos importunados repetidamente por macarras y traficantes de opio. Detenerse para preguntar direcciones era ciertamente peligroso en semejante vecindario, pero gracias al cielo tuvimos suerte con las personas a las que consultamos. Resueltamente, proseguimos hasta Old Street y cruzamos entonces hasta City Road, que, puedo asegurárselo, no era más salubre que la anterior.

El Royal Eagle era otro refugio para transeúntes y tiparracos de toda catadura. Antes de entrar, eché un vistazo a la cartelera y comprobé que, ciertamente, Myrtle Bliss actuaba con sus «amigos de pluma». Su nombre figuraba allí en último lugar, lo cual significaba que era el segundo en importancia. En primer lugar, observé de soslayo, figuraba la «Maravillosa desaparición de una dama».

Avanzamos por la parte lateral del edificio hasta la entrada del personal. Me costó un soberano conseguir acceso por allí, y, además, la arpía que estaba de guardia verificó la moneda con los dientes antes de dejarnos pasar. Miss Bliss, nos fue explicando, tenía su camerino en lo alto de la escalera. ¡Todo un lujo! La razón no tardó en quedar explicada.

Cuando llamé a la puerta, se oyó un graznido de Cocky, o al menos así lo supuse, pero fue seguido por un pandemónium de gritos y chillidos. Abrí la puerta y penetré en una auténtica pajarera, un tumulto de colores y de ruidos ensordecedores. Debía de haber seis grandes loros del tamaño de Cocky e incontables ejemplares más pequeños, posados en todos aquellos lugares donde concebiblemente pudieran hacer presa sus garras. Gritaban, rebullían y agitaban las alas. Uno de ellos vociferó: «¡Cierra la puerta!», y obedecí.

Miss Bliss habló desde detrás de un biombo japonés. Tuvo que gritar para hacerse oír, y fue evidente que nos había tomado por otra persona.

—¿No te dije que no entraras así, de sopetón? Ya sabes que eso los asusta. ¡Oh, cierra ya el pico, Binky! Volverás a darme dolor de cabeza. —Y cuando Binky persistió—: Está bien, maldito escandaloso, ¡voy a estrangularte ahora mismo!

De pronto, dejó de ser una voz carente de cuerpo. En realidad, hubo allí más cuerpo de lo que Buckfast y yo estábamos dispuestos a ver, puesto que sólo llevaba puesto un corpino, unas calzas y el corsé cuando salió como un rayo en persecución de loro más ruidoso, un siniestro papagayo rojo y amarillo aposentado en el respaldo de una silla. Ella le echó encima una toalla y lo metió en una jaula, donde en el acto cesó su griterío. Puedo asegurarles que aquel pájaro no se sintió menos sobresaltado que el capitán Buckfast y yo.

Sin embargo, la sorpresa no tuvo nada de desagradable. Myrtle Bliss en corsé era, con mucho, la visión más hermosa que habíamos tenido en toda la velada. Su figura revisaba las leyes de la ciencia tal como las entendía yo. Era flotación sin inmersión, una masa que desafiaba la gravedad. Y recorrer con los ojos la longitud de sus piernas equivalía a entender el infinito.

Sin turbarse, nos miró a Buckfast y a mí y dijo:

—¿Quién diablos sois?

Contesté:

—El príncipe de Gales.

No tenía la intención de delatarme, pero soy una criatura que se deja llevar por los impulsos. Adoro sorprender a mujeres jóvenes y bonitas, y en aquel momento no deseaba otra cosa que hacer chillar

a Myrtle Bliss como sus aves y obligarla a ocultarse detrás del biombo.

No sucedió nada de esto. Ella replicó:

—Y yo soy Florence Nightingale. ¿Y ése quién es? ¿El arzobispo de Canterbury?

Habló Buckfast:

—Señora, diríjase como es debido a Su Alteza Real.

Ella titubeó, pero en seguida dijo:

—Sois un par de chiflados. Quietos aquí donde estáis. Sabed que esos pájaros tienen picos muy afilados.

—Lo sé por experiencia propia, querida —dije yo—. Uno de ellos se me llevó el cigarrillo en el Sebright.

Batió palmas y exclamó con un alivio manifiesto:

—¡Ése eres tú, y vaya tunante estás hecho! Sabía que había visto antes tu cara. Por un momento, creí que eras el príncipe de Gales.

Dirigí a Buckfast una mirada para reprimirlo. Ahora quedaba ya establecido que no éramos unos chiflados, sino un par de tunantes. Miss Bliss parecía dispuesta a entablar amistad, y yo no tenía ninguna objeción al respecto. Podía comprender por qué el Squire la había invitado a cenar en

Romano's

. Deduje que tendría unos veinticuatro años, con unos ojos castaños y centelleantes, cabello negro y rizado, y una sonrisa verdaderamente cautivadora. Le dije:

—Nos gustaría llevarte a cenar.

Soltó una risita, se pasó las manos por las calzas y dijo:

—¿Vestida así?

Para mostrar un cierto decoro, exclamé:

—No, válgame el cielo. Esperaremos abajo.

Buckfast, que seguía pensando en un aspecto más práctico que yo, le preguntó:

—¿Qué hará con sus loros?

—Primero los acostaré —contestó ella.

Pregunté con cierta cautela:

—¿Y dónde, exactamente?

—Aquí. Duermen aquí cuando yo tengo algún compromiso. Todos, excepto Cocky. Él viene a casa conmigo. —Me dirigió una mirada picaresca—. Tiene privilegios especiales.

Escandalizado, Buckfast preguntó:

—¿Piensa traerse la cacatúa a cenar?

—Iremos a casa del señor Hollis, en esta misma calle. Él ya está acostumbrado a Cocky.

Así quedó zanjado, y yo me felicité por ello, pues en ninguno de los lugares que yo conocía para cenar se nos hubiera admitido vestidos como estábamos, con o sin pajarraco. En la marisquería Hollis, en City Road, Cocky se instaló en un perchero y observó un discreto silencio.

Myrtle (no tardamos en tratarnos con toda familiaridad) lucía un gran sombrero de fieltro negro con una nota carmesí en el ala, un vestido también negro, inquietantemente corto en su parte delantera, un collar de cuentas color rubí y pendientes que hacían juego. Se había perfumado liberalmente con franchipán, y se sentó, frente a Buckfast y yo, ante una mesa resguardada en tres lados por unos tableros de madera oscura.

Encargamos la cena, charlamos unos diez minutos sobre el tema de Cocky, que resultó ser el gran papagayo azufrado y crestado, y a continuación yo encaucé la conversación hacia los animales en general y las carreras de caballos en particular. Myrtle admitió una cierta propensión a «jugarse los cuartos en el arre-arre

» cuando se lo permitían sus medios, en vista de lo cual yo le conté la historia de mi viejo amigo *sir* Ernest Cassel, cuando inició sus pinitos como propietario y pidió a lord Marcus Beresford que le aconsejara acerca de lo que debía inscribir en los costados de los cajones para el transporte de sus caballos. Ernest se siente merecidamente orgulloso de su título de nobleza y quiso saber si sería apropiado añadir las siglas KCMG después de su nombre. «Está bien claro —dijo Marcus—. Tú pones KCM en la caja y la G va dentro».^[2]

Myrtle lanzó una carcajada tan chillona que incluso sobresaltó a Cocky, y yo seguí mi historia con la pregunta de si últimamente ella había ganado algo en las carreras de caballos.

—Pues sí —nos dijo—. Aposté por el ganador de la Cambridgeshire.

—¿*The Sailor Prince*? —exclamé, tratando de parecer sorprendido—. ¡Buen ojo el tuyo!

—Bertie, yo sabía que no podía perder —admitió—. Un caballero conocido mío me dijo que me jugara en él hasta mi último penique. No hice eso, pero sí aposté toda una semana de sueldo, y conseguí muy buena tajada.

—Este caballero... ¿sería por casualidad el señor Baird, el Squire?

Abrió los ojos como platos.

—Bien, todos saben que esquiló a los corredores de apuestas, y tanto mejor para él. —Le dirigí un guiño a través de la mesa—. ¿No sabrás su secreto, Myrtle?

—¿Qué?

—Me refiero a cómo obtuvo su información.

Me contestó con pavor en la voz:

—Por el amor de Dios, Bertie, no hables tan alto. Nos mataría a los dos por chismorrear en un lugar como éste.

—¿Más tarde, quizás... en otro lugar?

—Eres un optimista, de eso no cabe duda —me contestó.

Se negó a dejarse sonsacar nada más respecto a Baird, por lo que nos dedicamos de pleno a las ostras de Hollis, que eran soberbias, traídas frescas de Colchester aquella mañana. Encargué champán. ¿Qué otra cosa puede beberse con las ostras? Hollis nos ofreció primero un tónico de quinina, pero le informé de que no era bebida apropiada para el loro. Insistí en el champaña y sugerí que mandara a buscarlo.

Él quería alguna garantía en el sentido de que podríamos pagarlo, y en vista de ello exhibí un puñado de soberanos y le di uno.

Esta transacción resultó productiva en más de un aspecto, porque pude observar los ojos de Myrtle fijos en el dinero, con unas pupilas tan dilatadas como las de un gato en plena caza. «Ahora ya comprendo qué es lo que te excita, jovencita, y lo que te condujo al Squire», pensé.

Hollis estuvo ausente largo tiempo y finalmente regresó con una botella sin año de cosecha y con una etiqueta de marca muy inferior, que me costó cinco chelines. Un par de veces durante la hora siguiente, mientras Myrtle y yo conversábamos alegremente sobre el tema del *music-hall* y nuestros cómicos favoritos, noté el contacto del zapato de Myrtle con el mío, y puedo asegurarles que

no fue accidental. Cuando llegó el momento de marcharnos y Buckfast, educadamente, fue en busca de nuestros abrigos, Myrtle se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿No puedes librarte de ese palo de escoba?

—Con la mayor facilidad —murmuré.

Mientras Myrtle recogía a Cocky, expliqué a Buckfast, con toda amabilidad, que sus obligaciones habían terminado por aquella noche, y que yo proseguiría la investigación independientemente.

—¿Lo considera prudente, señor? —me preguntó.

—Charlie —respondí—, ésta es una avenida por la que sólo uno de nosotros es libre de aventurarse.

Por lo tanto, nos separamos afuera, Buckfast para probar suerte en la hilera de coches de alquiler y yo para probar la mía con Myrtle. Ésta tenía su alojamiento en Mile End Road, no el mejor de los lugares pero sí conveniente para sus compromisos en los *music-halls*, y, me informó con un jugueteón tirón a mi barba, regentado por una casera muy comprensiva.

Myrtle no hizo remilgos en cuanto a invitarme a entrar. Subimos por una rechinante escalera al piso alto, y allí me pidió que sostuviera a Cocky mientras ella buscaba su llavín.

Nos hizo entrar y, tras manipular con cerillas y una lámpara, me enseñó una habitación de ático de modestas proporciones, que contenía una cama, un armario ropero, una mesa, un lavabo y una percha en la que tuve la satisfacción de depositar a Cocky. Dada la ausencia de sillas, me quedé plantado, sombrero en mano, mientras Myrtle buscaba unas semillas para el pájaro.

Hecho esto, se volvió hacia mí y dijo:

—Bueno, Bertie, hace demasiado frío para quedarse aquí de pie. Yo voy a acostarme directamente —y a continuación empezó a desabrocharse el vestido.

Cabe pensar que el buen gusto exija que dé por terminado aquí mi capítulo, pero queda algo de importancia por decir, aunque sea a costa de un cierto embarazo por mi parte. Al leer estas líneas, ruego que recuerden, como lo hice yo, la seriedad de mi propósito al hacer acto de presencia allí.

Decidí que tal vez fuera ahora la última oportunidad para hacer preguntas, de modo que, mientras Myrtle seguía desvistiéndose, dije:

—En la marisquería has insinuado que sabías por qué *The Sailor Prince* era un vencedor seguro en la Cambridgeshire. Se quitó el refajo por encima de la cabeza y exclamó:

—¡Que el cielo te valga, Bertie, supongo que no vas a hablarme de caballos ahora!

—Yo había pensado que ibas a hacerlo tú —repliqué.

Había vuelto a quedarse en corsé. Colgó el vestido a los pies de la cama y dijo:

—Tendrás que preguntárselo al Squire.

—Esto no es una respuesta, Myrtle —aduje.

Se acercó a mí y con aire casual empezó a desabotonarme el abrigo y la chaqueta.

—Estás acostumbrado a llevar prendas mejores que éstas.

—No seas evasiva, señorita.

—¡Ordeno y mando! —comentó con tono gentilmente burlón, mientras empezaba a desabrochar el chaleco—. Bertie, todo lo que yo sé es que se trataba de un secreto muy bien guardado. *The Sailor Prince* era mucho mejor caballo de lo que creían los corredores. El Squire distribuyó sus apuestas para no estropear los tanteos.

Mi abrigo, mi chaqueta y mi chaleco se reunieron con las ropas de ella al pie de la cama.

—¿Fue una carrera amañada?

—¿Quieres aflojarme los cordones del corsé?

Obedecí, esforzándome virilmente en mantener la investigación en primera fila de mis pensamientos.

Al deslizarse el corsé junto a las caderas de Myrtle y desprenderse ésta de él, ofreció:

—Podría tratar de averiguarlo, si quieres.

—¿Cuándo volverás a ver al Squire?

—Mañana.

Al llegar a este punto, mi concentración empezó a vacilar. No es ningún secreto que yo he batallado gallardamente toda mi vida contra mi naturaleza amorosa, con éxito variable. La visión de Myrtle en *chemise* y calzas hubiera obligado a un santo a pensar dos veces en el paraíso, pero yo tenía que soportar algo más que la provocación visual, pues ella había deslizado sus pulgares bajo mis tirantes y los había desprendido de mis hombros. Los pantalones prestados bajaron como una bandera al ponerse el sol.

—Buena ropa interior —comentó ella—. ¿Por qué no te la quitas?

—No confío en tu cacatúa.

Ella soltó la carcajada.

—¡Oh, Bertie, sólo coge cigarrillos! —Se desprendió de sus prendas restantes y quedó gloriosa y deslumbrantemente desnuda—. Ven a la cama tal como estás, pues.

¡Qué cara la suya, y lo digo en ambos sentidos!

El elemento cultivado entre mis lectores se sentirá aliviado al saber que no hice exactamente lo que la dama sugería. Antes me quité las botas.

Cuánto tiempo pasó antes de que fuéramos interrumpidos no podría decirlo, excepto que no fue lo bastante largo, ni para Myrtle ni para mí. Ya se habían oído varias veces pasos en la escalera, y por ello no prestamos atención a la aproximación de unos pies particularmente pesados hasta que la puerta se abrió de golpe, sin medir siquiera la cortesía de una llamada, y alguien entró tambaleándose, chocó con la percha de Cocky, derribándola, y se desplomó sobre mí como si fuera el puente de Tay.

Sólo el cielo sabe cómo, Myrtle se las arregló para deslizarse por debajo de mí y encender la lámpara. La cacatúa, muy trastornada, se encontraba sobre la almohada y picoteaba los pelos de mi barba. En cuanto al intruso, yacía atravesado sobre mi espalda en una postura que no trataré de describir.

Cuando la luz se encendió y Myrtle expulsó valientemente al pajarraco, conseguí recuperar mi libertad de movimientos. Por suerte, aquel huésped indeseable no era un hombre de mucho peso.

En realidad, era un famoso caballero jinete. Ambos le conocíamos.

—¡El Squire! —murmuró Myrtle.

Él abrió los ojos y dijo:

—¿Dónde me encuentro, en Marlborough House, maldita sea?

Después volvió a cerrarlos. Estaba borracho como una cuba.

9

CONSIDERANDO mi situación al finalizar el último capítulo, tal vez sorprenda al lector saber que asistí debidamente a la reunión del Comité de la Estatua de Wellington el sábado por la mañana. Siempre he sido muy puntilloso en lo referente a atender a mis deberes. *Ich Dien*, como probablemente sabrán ustedes, es el lema del príncipe de Gales. Yo sirvo, sea lo que fuere lo que haya ocurrido la noche anterior, sin dejar nunca de asombrar a mis íntimos cuando me levanto temprano después de una noche agobiante. Pero nada de notable hay en ello. En mí, todo se reduce a una cuestión de prioridades, generalmente la presión en la vejiga.

Ésta fue la primera oportunidad del Comité para examinar los modelos de yeso presentados por los escultores. Tras un par de horas de soporífero debate acerca de si la semejanza con Wellington importaba más que la anatomía del caballo, elegimos el modelo del señor Boehm, e hicimos un alto para cepillarnos el yeso que cubría nuestros trajes. La decisión vital respecto a la dirección a la que había de hacer frente la estatua quedó aplazada hasta el sábado siguiente, y se convino reunirnos de nuevo en Hyde Park Corner. Tales son los grandes asuntos de Estado que me ocupan. Primeros ministros de cada bando, Disraeli y Gladstone, han apelado repetidas veces a la reina para que se me inicie en las responsabilidades de las que soy heredero. Todavía no me está permitido ver el contenido de la caja de despachos del Foreign Office, y me ponen todos los impedimentos posibles en mis viajes y desplazamientos. «Todo estímulo a su afición constante a ir de un

lado a otro —escribió mamá a Disraeli—, en vez de quedarse en casa, o cerca de la reina, debe ser atajado con la mayor seriedad». Y sin embargo, ¿qué incentivos se me ofrecen para quedarme en casa?

Al concluir la reunión, dije a mi cochero que tenía que efectuar unas compras en Jermyn Street y que, después de conducirme allí, no le pediría que me esperase. Es un sirviente fiable, de lo más discreto. ¡Cómo llega uno a confiar en esa gente! Más de una vez me ha llevado a direcciones que yo no desearía ver impresas en la Circular de la Corte.

Charlie Buckfast en persona abrió esta vez la puerta de su casa, y no me importa admitir que se me escapó una risita al verle, pues le había sorprendido cuando procedía a la reparación de su bigote.

—¿Tan tarde es? —dijo.

No comprendió y tuve que explicarle:

—Tiene la cara en las tres y media.

Una vez dentro, me acomodé en una de sus butacas tapizadas en cuero y le permití continuar la reparación mientras yo le ofrecía el relato de mi aventura nocturna. En todos los aspectos importantes, fue un relato verídico, y si el lector advierte alguna pequeña discrepancia en lo que sigue, ello se debe a que yo siempre he creído que el buen gusto debería imponer en toda conversación.

—Tras escoltar a *Miss Bliss* a su alojamiento —expliqué—, empecé a examinarla... en el sentido legal de la palabra, usted ya me comprende. Ésta era, después de todo, la razón de mi presencia allí.

Buckfast se encontraba de pie ante el espejo de su cómoda, peinándose la mitad lacia de su bigote.

—No es necesario decirlo, señor.

—Naturalmente, Charlie.

Sus ojos encontraron los míos a través del espejo.

—¿Y ella se mostró... cooperativa, señor?

—A fe mía que sí... Durante casi una hora, fue como un toma y daca, Charlie.

—¿Y se produjo algún resultado?

Olfateé el ambiente.

—Yo diría que su cara se está calentando demasiado.

Apartó las tenacillas y retiró el recipiente que tenía junto al fuego.

Y mientras se alisaba de nuevo las guías y las retorció, le dije:

—Myrtle y yo fuimos groseramente interrumpidos en pleno intercambio. Alguien irrumpió a través de la puerta, atravesó tambaleándose la habitación y se desplomó sobre la cama.

—¡Dios mío! Debió de resultarle muy incómodo, señor.

Repliqué con énfasis:

—Me levanté de la butaca donde estaba sentado y avancé hacia la cama para expresar mi protesta. El hombre estaba evidentemente bebido, como cabía esperar. Pero lo que no esperaba era reconocerle, Charlie. Era Abington Baird, el Squire.

Buckfast dio media vuelta ante el espejo, y su mostacho volvió a colgar laciamente.

—Pero ¿cómo podía él...?

—Había acordado ver a Myrtle el sábado, y ella había supuesto que se refería al sábado por la noche, después de terminar ella sus compromisos en el *music-hall*. Ella no le esperaba a primera hora de la mañana del sábado, ni yo tampoco. Quiero decir que, simplemente, nadie irrumpe de esta manera en la habitación de una dama, en plena noche. No es como si fuera una fiesta nocturna.

—Ultrajante —manifestó Buckfast—. ¿Y él le reconoció a usted?

—Sí, ya lo creo. Tampoco estaba tan borracho.

—¿Y qué hizo usted, señor?

—¿Qué hice yo? Mi primer impulso fue el de marcharme en el acto. Sólo el cielo sabe cómo un granuja de la calaña de Baird puede interpretar la situación de una persona, por inocente que sea la explicación. Pero entonces tuve otra idea. Hasta aquel momento, yo me había sentido muy poco dispuesto a afrontar a ese individuo, cualquiera que fuera su implicación en el misterio de Archer. Ahora, en cambio, yo le llevaba ventaja. Por una vez, no le rodeaba su pandilla de matones y pugilistas. Dije a Myrtle que me entregara el jarro de agua que había en el aguamanil. Ella estuvo espléndida. Supo en seguida lo que había de hacer.

—¿Vaciarlo sobre el Squire?

—Hasta la última gota. Recuperó la sobriedad en cuestión de segundos.

—¡Buen trabajo! ¿Se mostró dispuesto a responder a las preguntas?

—Dispuesto no es la palabra que emplearía yo. Se dejó

persuadir.

Buckfast mostró una de sus raras sonrisas.

—¿Una pequeña llave que le retorciera el brazo, señor?

—No, no. Aborrezco la violencia. Le di un cigarrillo y retrocedí como si fuese un artificiero. —Sonreí, pero Buckfast no acababa de comprenderme y, por tanto, expliqué—: Cocky, la cacatúa, efectuó su número de *music hall*.

—Ah.

—Y a continuación el Squire cooperó espléndidamente.

—Por consiguiente, ¿pudo usted interrogarle acerca de la Cambridgeshire?

—Así fue. Primero, confirmé que fuera cierto lo de haber ganado él tanto dinero con *The Sailor Prince*.

Buckfast observó sin mucho tacto:

—Yo creía que en Londres todo el mundo lo sabía ya.

—Capitán, todo detective digno de este nombre no deja ni una sola fuente sin verificar.

Su semblante se coloreó perceptiblemente.

—Procedí a preguntarle qué le condujo a depositar tanta confianza en un caballo a

25-1

. Lanzó una risotada ofensiva. Hasta aquel momento, yo nunca había estado tan cerca de ese hombre. Tiene una fisonomía profundamente desagradable, Charlie. Aquellos labios gruesos como salchichas, bajo aquella nariz chata... Perfectamente repugnante.

—¿Y cuál fue su respuesta, señor?

—Dijo haber oído que también yo respaldaba a *The Sailor Prince*. Entonces le expliqué que mis razones eran enteramente sentimentales, dejando bien claro, por implicación, que las suyas no lo eran.

—¿Y cómo respondió a esto?

—Con un eructo enorme.

—¡Asqueroso!

—Desde luego.

—¿Y usted persistió, señor?

—Claro, Charlie. Yo soy un investigador serio. Pedí a Myrtle que acercara un poco más la percha de Cocky a la cama, y esto obró maravillas. El Squire me contó que *The Sailor Prince* había estado

mostrando, en sus entrenamientos de esta temporada, una forma mejor que la que jamás hubiera poseído. Era toda una revelación. William Stevens, el entrenador de *Compton*, no sabía como explicárselo, pero tuvo el buen sentido de ocultar esta buena forma a ojos de los fisgones.

—¿Stevens? No me extraña —dijo Buckfast—. Los hermanos Stevens están siempre dispuestos a toda clase de trucos.

—Lo inscribieron para la Liverpool Summer Cup y dijeron al *jockey* que lo mantuviera junto a la cerca detrás del líder, sin intentar nada espectacular. *The Sailor Prince* acabó bien, en tercer lugar y detrás de los dos favoritos, pero, de habérselo permitido, hubiera podido ganar por todo un largo.

—Y por tanto, apenas llamaría la atención.

—Exactamente, Charlie. Y ellos ya no volvieron a hacerle correr hasta la Cambridgeshire.

Hubo una pausa mientras Buckfast procedía otra vez a la operación del retorcido de guías. Después se enfrentó a mí, con los dedos dando forma a las puntas.

—¿Es esto, aproximadamente, señor?

Asentí y él aplicó la cera. Finalmente, abandonó el espejo, totalmente restaurado, y comentó:

—Cuando dice que «ellos» ya no volvieron a hacer correr el caballo hasta la Cambridgeshire, ¿a quién se refiere, exactamente, señor?

Charlie Buckfast no tenía un pelo de tonto.

—Éste es el meollo de la cuestión —le contesté—. Cuando el Squire hablaba de la preparación que se le dio al caballo para la carrera, no utilizaba el «ellos», sino que usaba el «nosotros». La primera vez que lo hice observar, me dijo que él tenía unos cuantos caballos de su propiedad en manos de Stevens, y que consideraba los Yews de Compton prácticamente como su propia casa. Dijo que había visto a *The Sailor Prince* en pleno trabajo.

—¿Quién es el propietario registrado, señor?

—William Gilbert, de Ilsley.

—Ah.

—¿Le conoce?

—Sé que es vecino de los hermanos Stevens.

—Bien, es obvio que lo habrá deducido —dije yo—. El

verdadero propietario de *The Sailor Prince* es el Squire, y está registrado a nombre de Gilbert.

Buckfast se mostró impresionado.

—¿Consiguió que admitiera todo esto, señor?

—Con algo de ayuda por parte de Cocky. Tiene docenas de caballos registrados a nombre de otras personas, y paga con creces este privilegio.

—Pero esto significa un riesgo tremendo, ¿no cree? Podía verse apartado de las carreras si llegaran a enterarse los *stewards*.

—Sí, pero recuerde lo que ocurrió la última vez que le llamaron la atención.

(Aquí, será mejor que narre esta anécdota, pues, aunque es bien conocida en los círculos del Turf, dudo de que llegue a pasar a la historia. Al igual que su ídolo, Archer, el Squire es un jinete agresivo, por no decir cruel. Su conducta en la pista y fuera de ella le ha creado incontables enemigos entre la hermandad del Turf, y ello no es extraño, pues cuando no les está enseñando el camino de vuelta a la cuadra a los caballos de los demás, se dedica a galantear a sus esposas, la mayoría de las cuales se muestran muy prendadas de él... o, con mayor probabilidad, de sus millones. La situación se puso al rojo vivo en una carrera para la venta de caballos de caza, celebrada en Birmingham, en 1882, cuando el Squire ganó fácilmente y fue acusado de juego sucio por el jinete que terminó en último lugar y que resultó ser lord Harrington. Al parecer, el Squire había hecho observaciones ofensivas acerca de la manera de montar Harrington, y había amenazado con lanzarlo por encima de la cerca. Cuando la prueba terminó y Harrington protestó, el Squire replicó: «Creí que usted era un maldito granjero». En consecuencia, fue denunciado al Jockey Club y decidimos dar una lección al insolente. Durante dos años le impedimos inscribirse en cualquier prueba celebrada en el país. ¿Y cómo creen que respondió él? Tuvo la infernal osadía de hacer saber que se disponía a comprar los Limekilns... las pistas de Newmarket que son lo mejorcito que existe, prácticamente terreno sagrado. En el Jockey Club, esta perspectiva nos horrorizó. Imagínense a ese proscrito en posición que le permitiera dictar qué entrenadores podían utilizar esas pistas. ¡Incluso hubiera podido vallar los Limekilns, o tal vez hacerlos labrar! Nos vimos obligados a iniciar negociaciones

clandestinas con el Squire, para asegurar el arrendamiento en condiciones que no empobrecieran al Club, y, desde luego, él fue rehabilitado antes de que terminara la prohibición que le había sido impuesta).

Buckfast observó:

—Yo diría que compró en secreto *The Sailor Prince* durante la temporada en que no se le permitió correr. Y la compra le compensó sobradamente.

Me sirvió una copa de jerez seco y me preguntó qué más había sabido de boca del Squire.

Contesté juiciosamente, eligiendo las palabras con cautela. Le tenía reservada una tarea a Buckfast, que tal vez él no aceptara de muy buena gana. No soy famoso por mi tacto, pero pensé que en este caso se hacía necesaria una cierta sutileza.

—Habló en favor de Archer, sin querer oír ni una palabra contra él. Dijo que Fred no tenía nada de que avergonzarse en su manera de llevar la Cambridgeshire. Ese rumor que está difundiendo lord Edward Somerset, en el sentido de que Fred pagó una cantidad para que refrenaran al favorito, *Carlton*, es una calumnia diabólica, en opinión del Squire. A Fred se le ofreció montar a *Carlton*, y él rehusó porque estaba convencido de que *St. Mirin* era el mejor caballo.

—En esto tiene razón —admitió Buckfast—. Fred lo creía un caballo ganador seguro.

Yo continué en el mismo tono:

—Dijo el Squire que había tenido una conversación amistosa con Archer el día de la carrera. Archer le recomendó encarecidamente que apostara por *St. Mirin*.

Buckfast dejó su jerez como si estuviera envenenado.

—Charlie, le veo escéptico —le dije—. En realidad, Fred me dio a mí el mismo consejo.

Se aclaró la garganta de un modo que significaba desacuerdo.

—Vamos, hombre, suéltelo ya —ordené.

—Pues bien, señor, no me cabe duda de que Fred le diera un consejo, pero dudo de que se mostrara tan generoso con el Squire. No eran los grandes amigos que el Squire quiso hacerle creer a usted.

—El Squire era el *protege* de Fred —señalé—. ¿Ha olvidado las

lecciones de equitación?

—Las lecciones de equitación más caras de las que haya oído hablar. Puro acuerdo comercial —quiso desecher Buckfast—. El Squire pagaba bien, y Fred nunca se mostró enemigo de ganarse un suplemento.

—Fred en su capacidad de Tinman —dije.

—Exactamente.

Entonces observé, como si se me acabara de ocurrir:

—¿No se habló, hace uno o dos años, de que Archer y el Squire iban a asociarse en Newmarket? ¿Una asociación con vistas a las carreras?

Buckfast parpadeó como si le hubiera asestado un golpe.

—Este rumor fue unilateral, señor. Fred jamás se hubiera ensuciado su reputación en tan desafortunada aventura. Se enfureció con el Squire por haber divulgado esa historia, pero, por desgracia, la gente la creyó. El duque de Portland fue uno de ellos.

—Ese maldito estúpido —rezongué. (Arthur Portland había actuado prematuramente al oír el rumor, y ordenado a Archer que devolviera su gorra y su blusa)—. Lo que está usted diciendo es que el Squire representaba un estorbo para Fred. Esta noche aseguraba que él era su único amigo.

—Eso es pura basura... y sírvase disculparme, señor.

Quise aguijonearle.

—¿No detecto aquí una cierta animosidad personal, Charlie?

Me contestó:

—Nunca he hablado con el Squire, señor. Siempre he procurado mantenerme fuera de su camino. Dudo de que él conozca mi existencia.

—Perfecto —dije, y nunca había pronunciado esta palabra con tanta sinceridad—, porque deseo que usted le siga.

Su rostro fue todo un estudio. A punto estuve de meterle un penique en la boca.

—¿Seguirle?

—Ir a los lugares que él frecuenta. No debe de ser difícil localizarlos. El Greyhound, en Newgate, es uno de ellos.

Romano's

, en el Strand, es otro. Allí donde se crucen apuestas dudosas, diez contra uno a que se encuentra con el Squire y su pandilla. Tome

otra copa de jerez, Charlie. Tiene todo el aspecto de necesitarla.

Tratando de dilucidar lo impensable, me preguntó:

—¿Y cuál sería la finalidad de mi presencia allí?

—Está bien a la vista, ¿no cree, Charlie? El Squire no juega limpio con nosotros. Usted mismo acaba de decir que habla pura basura. No debemos permitir que se salga con la suya, ¿no cree?

Buckfast se frotó un lado de la barbilla y se humedeció los labios.

—Supongo que si usted cree que él tuvo alguna influencia en el suicidio de Fred, señor...

—No importa lo que yo crea —le atajé—. ¿Qué cree usted?

Tras un momento de reflexión, contestó:

—Es un hombre peligroso.

—Indiscutiblemente.

—Y no se trata tan sólo del Squire. Están todos los demás; Charlie Mitchell, Jem Smith, hombres cuya profesión es la violencia física. Le sigue a todas partes. Usted debe de haberlos visto en las carreras, señor.

—Ayer por la noche les vi en la City Road —le dije.

—¿Estaban allí?

—Esperando bajo un farol a que el Squire completara su cita con Myrtle. Ella los divisó desde la ventana: al menos una docena de los más feos especímenes de humanidad que jamás haya visto yo. Me fue imposible regresar a Marlborough House, tal como era mi intención.

—¿Y qué hizo?

—Me quedé allí toda la noche.

—¿Con Myrtle y el Squire?

—Con el Squire, no. Pasada una hora, le convencimos de que se marchara. Yo le ayudé a bajar por la escalera y después pasé el cerrojo de la puerta. Era la única acción posible. Su caterva le aclamó ruidosamente cuando apareció, y finalmente, gracias al cielo, se largaron.

—¿Pero usted se quedó?

—Únicamente para proteger a una dama en peligro, Charlie. Yo no subestimo a esos rufianes, y tampoco debe hacerlo usted.

—No, señor.

—Usted irá allí para observar, no para provocar el menor

incidente desagradable. Sea inconspícuo.

Su mano se dirigió, protectora, hacia su mostacho, y yo dije con una voz suave y persuasiva:

—Debe desaparecer, ¿me entiende, Charlie?

—¿Desaparecer, señor?

Asentí con la cabeza y me miró boquiabierto.

—¿Por completo?

—Hasta el último pelo.

Se volvió hacia el espejo y se miró en él.

—Supongo que es un rasgo muy distintivo...

—A doscientas yardas de distancia —dije—. Sabe el cielo qué harían con él un Squire y su pandilla si sospechara que usted les estaba espiando.

Hubo un momento de horrorizado silencio, y después añadí:

—Myrtle me ofreció sus servicios como espía, pero yo prefiero, con mucho, confiar en usted, Charlie.

Abrió un cajón y sacó de él unas tijeras. Tal es la devoción del oficial británico de caballería frente al deber.

Mientras cortaba, le dije:

—No quisiera que pensara que yo me mantendré lejos de primera línea, Charlie. Pienso montar un ataque en otro flanco. Me las arreglaré para visitar a la duquesa viuda de Montrose.

Cortó un buen puñado de patilla y exclamó:

—¿La duquesa? ¿Y para qué?

Haciéndome eco de la observación de Gladys de Grey, contesté:

—*Cherchez la femme*, Charlie.

10

CADA DOMINGO por la tarde, si los asuntos de Estado lo permiten, tengo por costumbre recorrer la finca de Sandringham. Mis huéspedes del fin de semana —siempre hay huéspedes— gozan de plena libertad para acompañarme, si así lo desean, pero los viejos amigos (el conde de Carnarvon, lord Herschel y *sir* Henry James, en la ocasión de que hablo) generalmente se sienten en libertad para dejarme solo en esta tarea. Un desapacible día de noviembre, el 21, me abrigué con gruesa bufanda, como un cochero, ya que soplaba una ventolera violenta procedente del Wash. En tales condiciones, generalmente me dirijo a los invernaderos, sólo que en esa época no hay allí ni un mal tomate que ver. Por lo tanto, me encaminé hacia el aserradero, donde siempre arde un buen fuego, y fue allí donde descubrí a un chico que no tendría más de doce años, leyendo un ejemplar del *Newspaper Reynold's*

No sé si ustedes habrán oído hablar del *Reynolds*. Ansío que esté muerto y olvidado cuando estas líneas sean leídas, pues es un vil periodicucho, un sucio papel que, semana tras semana, promulga las más odiosas calumnias y difamaciones en nombre del socialismo. Y, para que no crean que exagero, permítanme citarles un fragmento de un artículo del mayo pasado, refiriéndose a mi hijo Eddy, destinado un día a ser rey: «[...] *Jamás existió un muchacho más lerdo y estúpido. Ni siquiera puede leer con el menor asomo de gracia o dignidad el discurso escrito que le ponen en la mano y que al*

día siguiente es celebrado en los periódicos como suyo».

Ahora bien, aunque yo soy el primero en admitir que los poderes de concentración de Eddy dejan algo que desear, es bien sabido que, después de su adiestramiento naval, el muchacho fue admitido en el colegio Trinity, en Cambridge, y que pronto se le ofrecerá un despacho de oficial, en el Décimo de Húsares. ¿Cómo puede un periodista responsable escribir con pluma tan mojada en vitriolo, cuando nosotros, los abnegados padres de Eddy, hacemos cuanto está en nuestro poder a fin de prepararle para las responsabilidades del Estado? Puedo asegurarles que la pobre Alix se mostraría inconsolable si se enterase de esos abominables insultos que cada sábado se leen en millones de hogares de un extremo a otro del país.

Y esto no era todo. Juzguen ustedes mismos la calidad de este periodismo, al citarles el resto del mismo artículo: *«El príncipe de Gales y otros “miembros de la familia real” que se aventuran a obsequiar al público con sus opiniones acerca de temas de actualidad, se hacen preparar también sus discursos por el redactor oficial de los mismos. Basta con disfrazar a un asno o un mono, y llamarlo “rey” o “real”, y la mitad de las mujeres del país se entregarán a un paroxismo de admiración, ensalzando sus maravillosas orejas, y las finamente moldeadas pezuñas y la delicada piel, así como sus modales refinados, exactamente como si fuera el más divino de los seres de la Creación. Muchas de esas pobres personas son carne de manicomio, pero, desde luego, mientras se encuentren meramente en la fase de la idiotez, y sus amigos consientan en soportarlos en casa, el Estado no necesita cargar con este peso».*

Por lo tanto, comprenderán ustedes mi reacción cuando encontré casualmente al joven aserrador leyendo el *Reynolds Newspaper*. Se lo arrebaté de sus sucias manos y le boxeé firmemente las orejas con él. Después le advertí que podía buscarse empleo en otra parte si alguna otra vez le encontraba en posesión del mismo en mis tierras. Comprendió en seguida, y me aseguró que sólo lo leía para enterarse de los resultados de las carreras. ¡Cuánto me gustaría que mi Eddy tuviera una mente tan despierta!

El encargado del aserradero, que tampoco tiene nada de lento, aprovechó la oportunidad para esquivar cualquier culpabilidad que se le pudiera achacar, ofreciéndose para darle una paliza al

muchacho y quemar el ofensivo periódico. No lo permití. Como expliqué, yo ya le había administrado una punición sumaria. En cuanto al periódico, era propiedad del muchacho, aunque al coste de un penique, y yo me proponía enseñar a nuestro joven socialista una lección de política práctica. Yo respetaba la propiedad y, por tanto, iba contra mis principios permitir que su periódico fuese destruido. Lo que haría sería confiscarlo. Lo entregué a Jarvis, el administrador de mi finca, prometiéndole al chico que, cuando dejara de trabajar para mí, cosa que bien podía esperar muchos años si su comportamiento mejoraba, podría pedir que le fuera devuelto su periódico, y le sería entregado.

Al finalizar la tarea, Jarvis preguntó qué tenía que hacer con aquel maldito periódico, y yo me sentí un tanto desconcertado hasta que pensé en Knollys.

—Entrégalo a *sir* Francis —dije—. Él lo guardará en algún lugar donde esté seguro.

La mañana siguiente, después de haberse despedido mis huéspedes y haber sido acompañados a la estación, Knollys me acechó en el camino de entrada.

—Ese, ejem, ejemplar del *Newspaper*

Reynold's

, señor.

—¿Del qué? —pregunté, recordando sólo nebulosamente el incidente. La noche anterior, yo había estado pegando la hebra con mis invitados, en el salón de fumadores, hasta que el fuego se convirtió en ceniza—. Ah, sí. ¿Lo has guardado en algún lugar seguro?

Ahora fue Knollys el que adoptó una actitud vaga.

—¿El periódico, señor?

—¿Y qué otra cosa iba a ser? No estamos hablando de elefantes de color rosa, Francis.

Hubo una pausa incómoda, y finalmente Knollys respondió.

—El periódico en cuestión me fue entregado, señor. Se me dio a entender que usted había sugerido que yo me hiciera cargo de él.

—Y así fue.

Entonces dijo con aquel tono desaprobador que tiene una misteriosa semejanza con el de mi madre:

—No es un órgano agradable... no el órgano que uno desearía

ver en Sandringham, señor.

—Desde luego que no —admití.

—Uno no desearía que Su Alteza Real o las jóvenes princesas lo descubrieran por alguna infortunada casualidad.

No me agradó la dirección que tomaba eso y me limité a asentir con la cabeza y lanzar un gruñido.

Él continuó:

—Después de serme entregado, lo examiné página por página. Algunas cosas eran extremadamente ofensivas. Las observaciones acerca de Su Alteza Real... totalmente gratuitas.

—No las he visto —dije.

Con un esfuerzo, Knollys declaró entonces:

—Ni las verá, señor. Me tomé la libertad de destruirlas.

—¿Que hizo qué?

—Recorté el único suelto posible para su álbum de recortes... y quemé el resto.

—Me sentí ultrajado y vociferé:

—¡Maldito seas, Francis! ¡No tenías ningún derecho! Eres más que incompetente. Eres un destructor, un anarquista...

Pero en realidad me estaba culpando a mí mismo. Después de mi homilía en el aserradero acerca de la santidad de la propiedad, hubiera tenido que asegurarme de que aquel aborrecible periódico fuera puesto a buen recaudo. Si aquel muchacho, al crecer, iniciaba la revolución, mía sería la responsabilidad.

Knollys estaba blanco como un papel. Supongo que me había mostrado demasiado duro con él, y para suavizar la reprimenda, dije:

—Es mejor que me enseñes el trozo que decidiste conservar. ¿Es algo divertido?

—Yo no lo describiría como tal —contestó—. Es uno de los artículos principales.

—¿Y su tema?

—El difunto señor Archer y su testamento.

Alcé las orejas.

—En este caso, deseo verlo de inmediato.

Tomó el álbum de recortes que guardaba en su escritorio. El artículo ya había sido pegado en él. Bajo el título de «La fortuna de un *jockey*», anunciaba que, de acuerdo con fuentes fiables, Fred

Archer había dejado una fortuna de más de cien mil libras. La mayor parte de lo que seguía era tedioso y, como era de esperar, una diatriba socialista acerca de la hermandad de la carrera que amasaba montones de oro mientras las clases trabajadoras se morían de hambre, sin decir ni media palabra sobre los miles a los que el deporte facilita un empleo. Archer, sugería, era un pobre mozo de establo que hubiera debido seguir siendo pobre. Había traicionado a su clase codeándose con *«lords, duques e incluso príncipes, mientras por parte de algunos de sus conciudadanos él había sido adorado durante años como una especie de semidiós»*.

Alcé la vista y dije a Knollys:

—La usual y agria propaganda.

—Si continúa leyendo, señor, creo que puede encontrar algo que le interesará.

Así fue. Era, precisamente, la frase siguiente. *«Se dice que cierta duquesa viuda, vieja y desaliñada y de proclividades deportivas, estuvo a punto de casarse con él»*.

Carrie Montrose.

—¡Vaya! —exclamé, soltando la carcajada—. No sé si ella habrá visto eso.

Knollys comentó secamente:

—No querría ser yo quien le llamara la atención al respecto, señor.

Durante el resto de la mañana me estuve riendo de las proclividades deportivas de Carrie, y no fue hasta más tarde cuando empecé a captar la importancia de esta declaración. *Lady* de Grey me había dicho que Carrie Montrose, a la avanzada edad de sesenta y ocho años, había estado persiguiendo a Archer con fines matrimoniales, y yo apenas le había dado crédito, y sin embargo ahora lo publicaba un periódico leído por millones de personas. Ocurren cosas extrañas, pero dudé de que el *Newspaper*

Reynold's

emplease a Gladys de Grey para escribir sus editoriales.

A decir verdad, el

Reynold's

iba mucho más allá de lo que Gladys había sugerido. Hablaba de que la duquesa «estuvo a punto de casarse» con Archer. Desconcertante, si es que es verdad, o, mejor dicho, desconcertante

si Archer había fomentado seriamente esta situación. Ciertamente que Carrie era extremadamente rica y había heredado de su segundo marido lo que posiblemente eran las mejores cuadras de caballos de carreras y los mejores ejemplares de cría del país. Ciertamente también que Archer tenía buen ojo para conseguir dinero. Además, desde la muerte de su esposa era un hombre solitario. Y Carrie había sabido halagarle acumulando durante años anticipos y honorarios enormes. Ciertamente todo ello, y sin embargo yo todavía no podía imaginármelos como marido y mujer, sesenta y ocho años casados con veintinueve. El Trasero de Seis Millas atravesando el umbral en brazos del Tinman.

No obstante, me alegraba poseer esta información, cualquiera que pudiera ser su valor. Confería a mi próxima reunión con Carrie un sabor picante adicional. Ella aún no lo sabía, pero el próximo sábado nos invitaría a mí y a Charlie Buckfast a cenar en su mansión de campo en Cheyne Walk. Las disposiciones debían de ser tomadas con discreción, por lo tanto correría a cargo de Jessica, la cuñada de Sykes, a la que Carrie conocía. Yo no había mencionado nada de ello a Knollys, pero, afortunadamente, éste todavía tiene el sentido común suficiente para no interferir en la organización de mis cenas en privado.

Tampoco abre mis cartas, y menciono este punto porque el martes, cuando me fue entregada mi correspondencia, emanaba del fajo de sobres un intenso aroma a espliego. Intrigado, busqué la fuente, que resultó ser un sobre perfumado y de la más vulgar de las tonalidades del azul, con un matasellos de Londres Este y la palabra «Personal» doblemente subrayada y colocada encima de un intento, curiosamente infortunado, de escribir mi nombre y dirección. No tardé en deducir que procedía de Myrtle Bliss.

Había escrito primero «Buestra Realidad», pero después lo había tachado para sustituirlo por un «Querido Vertie».

¡Baya rato pasamos el biernes por la noche! ¿Lo bes como eres un tunante y de los de los hórdago! ¿No sería estupendo volbemos a ber otra vez? Estoy imbitada a ir a Noomarkit el domindo con el Sgyrer, de manera que si quieres saber todo aquello, procura benir a berme la semana que viene. En Chewsdy a eso de las 11. Cocky dise que traigas cigarrillo. Tiene un truco nuevo y te lo quiere senñar.

Por mucho que yo aprecie los sentimientos en general, el estilo y la ortografía me escandalizaron; de hecho me obligaron a preguntarme cómo había sido tan impetuoso hasta el punto de alentar semejante vinculación. Aun a riesgo de parecer algo esnob, debo decir que, sobre el papel, la joven perdía la mayor parte de su encanto. Bien mirado, prefería confiar en Charlie Buckfast en lo referente a noticias sobre el Squire. No contesté. Si he aprendido una lección en la vida, es la de que escribir cartas a las del bello sexo, cualquiera que sea su grado de alfabetización, es un camino lleno de trampas.

Ello aparte, el hecho más excitante de la semana fue la feliz llegada al mundo, el lunes 23 de noviembre, de un hijo de Beatrice, la más joven de mis hermanas. La visité en Windsor el miércoles (y también a mamá, pero prefiero no extenderme al respecto porque hubo el sermón usual sobre aquello de saber refrenarse uno mismo). Volví a Sandringham para asistir a la fiesta del decimoséptimo cumpleaños de Maud, mi hija menor, el viernes. Los cumpleaños son ocasiones dichosas, y yo sería el último en quejarme de ellos si no fuera porque, con siete en la familia y más de treinta sobrinos y sobrinas, poca cosa más hacemos excepto enviar tarjetas y comer pastel. Aquella noche, ya tarde, salí para Londres a fin de asistir, el sábado por la mañana, a la inevitable reunión del Comité de la Estatua de Wellington.

Ansiaba escuchar a Buckfast después de su semana de seguimiento del Squire, y me las arreglé para visitarle en sus habitaciones de Jermyn Street a las seis de la tarde del sábado, con tiempo sobrado para oír su informe, antes de partir hacia la cena que teníamos comprometida con la duquesa. Inconvenientemente, cuando llegué no se encontraba en su casa y me vi obligado a esperar veinte minutos cambiando opiniones con el dueño de la verdulería acerca del valor nutritivo de las patatas. Yo soy un gran defensor de la humilde patata.

Cuando por fin se detuvo un carruaje de cuatro ruedas y un individuo se apeó de él, al principio me costó reconocer a Charlie Buckfast. Sin el bigote y ataviado con una mal cortada chaqueta Norfolk y una gorra, hubiera podido pasar por uno de los cargadores de escopetas en mis cacerías de Sandrigham, excepto que me ignoró por completo y, antes de meter la llave en la

cerradura, miró a un lado y otro de la calle. Ni siquiera tuvo la elemental cortesía de retroceder un paso y permitir que yo entrara el primero. Lo hizo él como un rayo, y dejó que yo le siguiera y cerrara la puerta.

Sin duda yo habría objetado contra esa actitud de no haber visto su expresión. Estoy muy acostumbrado a ver caras con muecas nerviosas. Me las encuentro en todo momento, al igual que las alfombras rojas y el olor a pintura fresca. Charlie no estaba meramente nervioso; se le veía acosado. Y la primera palabra que pronunció al llegar arriba, tuvo una horrible familiaridad:

—¿Vienen?

Yo me encontraba junto a la ventana. Le miré fijamente por un momento. Después me volví miré hacia la calle.

—¡No mueva la cortina, por el amor de Dios! —exclamó.

Abajo, en Jermyn Street, el verdulero había desaparecido. Un individuo con un abrigo verde oscuro y un sombrero hongo salía de la tienda de tabacos situada enfrente. Una pareja con capas de etiqueta cruzaba la calle. Nada pude ver capaz de provocar tanta alarma en mi coinvestigador, y así se lo dije.

—Me han seguido desde Newmarket —me explicó—. Miraron en mi compartimiento antes de que el tren arrancara, y les vi subir cuando ya se ponía en marcha. En Liverpool Street, salté del tren antes de que se detuviera y eché a correr hacia la barrera de salida con ellos persiguiéndome.

—¡Válgame Dios! ¿Y quiénes son ellos?

—Dos de los esbirros del Squire, sus cuidadores como les llama él. Uno es un boxeador tan corpulento como un buey. Le agrada enseñar sus cicatrices, y estas cicatrices las tiene en los puños, producidas por el choque de sus nudillos contra los cráneos de otros hombres. El otro es más alto y más joven, con los ojos grises más fríos que usted pueda imaginar. ¿No los ve todavía señor?

Eché otro vistazo a la calle.

—Ni por el forro, Charlie.

Esperó un rato, como si en cualquier momento pudiera oírme decir lo contrario.

—Quiera Dios que haya logrado darles esquinazo. Cerca de la catedral de San Pablo, cambié de coche.

—¿Tienen ellos alguna idea de quién es usted?

—Creo que no. Pero soy hombre marcado. La noche pasada; hubo peleas de perros en la trastienda del Greyhound. Él tiene aquel mortífero bull-terrier de Staffordshire, llamado *Donald*, al que suelta contra cualquier perro callejero al que sus hombres puedan echar mano. Yo no lo llamaría pelea, sino más bien matanza. Se apuesta sobre el tiempo que le durarán.

—¿Y usted estaba allí, viéndolo?

—No, señor. Aproveché la oportunidad para introducirme en Bedford Lodge, el cuartel general del Squire.

—¿Que se introdujo en el Lodge? ¡Por Júpiter, Charlie, debo felicitarle! ¿Está siguiendo alguna pista?

Buckfast había escanciado dos buenas copas de *brandy*. Me entregó una, no sin echar al mismo tiempo un vistazo a través de la ventana.

—Apostaría en ello mi vida, señor. Durante toda la semana he estado escuchando las fanfarronadas del Squire. Si la mitad de lo que ha dicho es verdad, Fred Archer debe arder en los fuegos del infierno. Dice el Squire que no hay en toda Inglaterra un *jockey* al que no se pueda comprar. Dice que tenía en su bolsillo a Archer y a Charlie Wood, y que ahora a Cannon.

Esto resultaba devastador y dije con voz enronquecida por la impresión:

—¿Archer aceptaba sobornos del Squire? ¿Es esto lo que me está diciendo, Charlie?

—Esto es lo que oí más de una vez, señor. Él y Wood falseaban regularmente carreras, y el Squire ponía el dinero.

Sólo la idea me produjo náuseas. Dos años antes, habían salido a la superficie rumores referentes a una conspiración, un «círculo de *jockeys*» del que formaban parte Archer y Wood, además de ciertos «financiadores profesionales», pero nadie les dio crédito, con la excepción de *sir* George Chetwynd, aquel veterano y vengativo turfista, cuyos propios corredores se habían visto afligidos aquella temporada por una serie de reveses. Chetwynd llegó hasta el punto de interrogar a los dos *jockeys* (ambos negaron la acusación) y publicar una nota en el calendario oficial del Jockey Club, preguntando a los Stewards cómo se proponían tratar las alegaciones. Los Stewards respondieron que ellos necesitaban unas pruebas más claras al respecto, y durante algún tiempo Chetwynd

gozó de especial mala fama en los círculos. Ahora, al parecer, su queja se veía justificada.

Lo último que yo deseaba era arrastrar el nombre de Archer por el fango, pero cosas todavía peores saldrían en boca de Buckfast:

—El Squire asegura que no necesitaba ofrecer cuantiosos sobornos una vez los *jockeys* se habían metido en el bolsillo el primer pago, puesto que les aterrorizaba una posible investigación del Jockey Club. Sus medios de vida corrían peligro y era mucho lo que podían perder.

—A diferencia del Squire, el hedor de cuya reputación llega hasta el cielo —comenté sarcásticamente.

—En cierta ocasión, compró que le alzarán la prohibición de correr que le habían impuesto. Bien podría hacerlo otra vez —dijo Charlie.

—No me cabe la menor duda. Con sus millones, tiene al Jockey Club agarrado por las orejas. Lo que no entiendo es el motivo de tantas fanfarronadas. ¿Qué saca con ellas?

—Lo mismo me extrañaba a mí, señor —admitió Charlie—. Mi primera idea fue la de que obtuvo un maligno placer al engañar a los corredores de apuestas. Pero después le oí decir algo más, una observación que me permitió ver la lógica en lo que estaba haciendo. Dijo que Fred fue un idiota al volarse los sesos, precisamente cuando se le ofrecía la mejor oportunidad de su vida.

—¿Oportunidad? ¿Qué clase de oportunidad?

—Una asociación con el Squire.

Cerré los ojos y murmuré algo sacrílego.

En cuanto a Charlie, se encogió de hombros. Ambos recordábamos los rumores acerca de una sociedad con los ojos puestos en las carreras. Y usted, lector, también debiera recordarlo, si presta la debida atención, puesto que lo mencioné en el anterior capítulo.

—Los sobornos no eran más que el cebo —dijo Charlie—. Desde un buen principio, el Squire planeaba conseguir que Fred firmara un acuerdo. Él idolatraba a Fred. Ser su socio era el reconocimiento definitivo, el supremo espaldarazo. Se redactó un contrato y Fred fue sometido a extorsión para que lo firmara. El Squire insistía en afirmar que él todavía conservaba ese documento y que no podía decidirse a destruirlo. Y por esto entré yo en Bedford Lodge.

—¿Para robarlo?

Charlie se mostró algo apenado.

—Para hacerme con él, señor. Conseguí forzar una ventana en la sala de boxear, y desde allí ganar acceso a la parte principal de la casa. Ardían luces en todas las habitaciones, pero, al parecer, no había nadie. Yo buscaba un estudio, o al menos algún cuarto donde hubiera una mesa escritorio. Toda la casa se encontraba en un estado repugnante, con botellas vacías, vasos sucios, colillas de cigarros y huesos a medio roer esparcidos por doquier, y las chimeneas atestadas de cenizas.

—¿Encontró algo?

—Dejé de mirar a partir de la planta baja, señor.

—¿Probó en los dormitorios?

Charlie asintió.

—Juzgué posible que el Squire ocultara algo de valor debajo de su cama. Localicé su dormitorio sin dificultad, pero, por desgracia, en aquel momento estaba ocupado.

—¿Estaba él en casa, acostado?

—No el Squire, señor. Dos de sus hombres, desnudos como el día en que vinieron al mundo.

—¿Dos tíos? —Pude imaginarme la escandalosa escena—. ¿Y qué más?

—Eran dos de sus amigos pugilistas, créalo o no, señor..., los dos que ahora me están persiguiendo a mí.

—Charlie —dije compasivamente—, ahora lo entiendo todo.

Y todo, para calificarlo benignamente, resultaba insatisfactorio. A pesar de nuestros denodados esfuerzos en favor de Archer, su reputación parecía ahora más negra que cuando comenzamos. Todavía no contábamos con nada de peso que pudiera ayudarnos, y Charlie Buckfast ya no podía ser utilizado por más tiempo para jugar al escondite con el Squire.

Me preguntó qué me proponía hacer y, tras unos momentos de reflexión, saqué la carta perfumada de mi bolsillo y le permití leerla.

—Quiero dejar esto bien claro —dije—. Si hay un documento que demuestre que el Squire presionaba a Archer para formar una sociedad —y el pobre Fred prefirió pegarse un tiro antes que firmar—, no me daré punto de reposo hasta haberlo visto. Creo que

tendremos que recurrir a Myrtle Bliss.

Charlie se mostró excesivamente dudoso.

—No es más que una artista de *music-hall*, señor. No tiene mi experiencia, ni mi formación militar.

—Ella tiene sobre usted una ventaja incalculable, Charlie: acceso al dormitorio del Squire.

Esto no pudo discutirlo. Sugerí que ya era hora de que se vistiera para ir a cenar con la duquesa y, ante la perspectiva de aventurarse de nuevo en el exterior, emitió unos ruidos rezongantes, pero yo me apresuré a recordarle sus obligaciones como caballero, y no digamos como ex oficial. Se retiró a su dormitorio.

Salimos hacia las siete y media. Virilmente, me ofrecí para precederle en la calle, y, cuando me aseguré de que no había ningún sospechoso al acecho, llamé al primer carricoche que pasó y negocié el precio del trayecto. Charlie cruzó rápidamente la calzada, subió y partimos al trote rumbo a Chelsea.

Puesto que nunca había visitado todavía a Carrie Montrose, no pude darle al cochero instrucciones precisas respecto a la ubicación de la casa. La calle está numerada, pero ¿a quién le interesa poseer una casa a la que se conozca por un simple número? La de la duquesa lleva el nombre de Sefton House, en honor del ganador del Derby para su difunto esposo. Tuvimos cierta dificultad para localizarla, experiencia harto corriente en un carruaje público, cuando el taimado cochero aprovecha todas las oportunidades para arrancarle a uno algo más del precio acordado. Seguimos el Walk en toda su longitud —una buena media milla a lo largo del Embankment del Támesis (ya que las casas se hallan frente al río)— y la mayor parte del mismo de vuelta, antes de que detuviera el caballo frente a la verja de la duquesa. Le entregué el chelín con seis peniques que habíamos acordado, más una propina de tres peniques, y él tuvo la cara dura de pedir seis peniques más por la distancia extra. Buckfast y yo nos habíamos apeado ya, y antes me hubiera dejado despellejar que permitir que me estafaran más de lo debido. El repugnante lenguaje del cochero me indignó y le pedí su número, que, dada la oscuridad, yo no podía ver. Fue una escena desagradable, aunque no fuera de lo corriente. Buckfast, evidentemente violento por aquella situación, abrió la puerta de hierro forjado de Sefton House y entramos.

A continuación, oí un grito sofocado que juro me erizó los pelos del cogote. La voz era la de Charlie Buckfast, que evidentemente se encontraba en apuros, y procedía del interior del jardín de Sefton House. Sospeché al instante lo que estaba ocurriendo y llamé al cochero para que nos prestara su ayuda, pero el muy cobarde fustigó a su caballo y desertó. Desde el otro lado de la alta tapia de ladrillo se oían golpes descargados con fuerza. Miré a un lado y otro del Embankment, pero no había signos de ayuda al alcance de mi voz. Y mientras estudiaba cómo actuar, llegó hasta mí un gruñido de indecible angustia.

Me pegué a la parte exterior del muro. Critíquenme si gustan, pero ¿no está fuera de toda discusión el hecho de que, en su mayoría, los héroes son personas carentes de imaginación? Como hombre sensato, gráficamente yo adivinaba, con dolor por mi parte, lo que le estaba sucediendo a mi infortunado asociado, y ello quedó confirmado cuando dos individuos de mala catadura atravesaron la puerta de la verja arrastrando el peso muerto del pobre Charlie, cuyos tacones rascaban el suelo. Ambos llevaban tapabocas que les cubrían hasta las orejas, así como abrigo y sombrero hongo. Uno tenía la constitución de un boxeador de peso pesado, con una espalda como una butaca de cuero. El otro era más alto y mejor proporcionado. No puedo mostrarme más preciso. Aquel tramo de Cheyne Walk apenas está iluminado.

Rememorándolo ahora, mi mejor oportunidad hubiera sido probablemente cruzar la verja y subir por el camino hasta la puerta principal de Sefton House. La duquesa o algún miembro de su servidumbre bien podía haber oído aquel tumulto y abierto la puerta para saber qué ocurría. Pero lo que hice, imprudentemente, fue echar a correr a lo largo del Embankment y en dirección al Albert Bridge. Correr no es un pasatiempo en el que yo demuestre la menor excelencia. A los dos pasos perdí mi sombrero, y en el siguiente perdí el aliento y mi perseguidor me agarró por el cuello. Y con ello quiero decir, literalmente, que un brazo duro como el cañón de un rifle rodeó mi cuello y a punto estuvo de darme garrote.

Seguidamente, aquel bruto me arrastró hacia su confederado, que, con gran horror por mi parte, procedía en aquel momento a lanzar a Charlie Buckfast al Támesis desde el muro del

Embankment.

—¡Lo matará! —grité.

La única respuesta fue un aumento de la presión del torniquete en mi cuello.

Vi a Charlie caer desde el muro. Oí el chapoteo al chocar su cuerpo con el agua. No hubo ni un grito. No me es posible decir si estaba consciente o no. No opuso ninguna resistencia, y no es ésta la manera en que un oficial de caballería desearía abandonar el mundo.

Ahora, eran dos contra uno.

La silueta de la figura situada junto al parapeto quedó perfilada por un momento contra la luz lunar reflejada a lo largo de Battersea Reach. Su aspecto era indiscutiblemente simiesco.

Traté de hablar, pero bajo aquella presión mis cuerdas vocales se negaron a funcionar.

El simio avanzó hacia mí y agarró uno de mis brazos. Fui impulsado hacia el muro de contención del Embankment y empujado por encima del mismo, cabeza abajo, diez pies por encima de las aguas negrísimas y relucientes. Durante cosa de un segundo, me sostuvieron por las piernas y recé para que mis atacantes mostraran misericordia y me izaran para ponerme a salvo, pues no soy un gran nadador.

Consiguiendo por fin recuperar algo de voz, murmuré:

—Soy el príncipe de Gales.

Me lanzaron al Támesis.

11

QUIEN ESCRIBIERA aquel verso que dice: «Dulce Támesis, fluye suave, hasta que termine mi canción», hubiera tenido que ser arrojado de cabeza al maldito río. Su canción habría concluido allí y en el acto.

Puedo asegurarles por experiencia personal que «dulce» no es una descripción adecuada del Támesis. Yo autorizaría los calificativos de salobre, hediondo y vomitivo, pero no dulce. Se nos dice que el maravilloso sistema de drenaje del señor Bazalgette ha transformado el río de cloaca abierta en curso de agua natural, y todo Londres le está agradecido por ello, de modo que culparé a la Naturaleza del sabor insoportable de las pintas de venenoso líquido que tragué aquella noche de noviembre.

Farfullé y forcejeé. Mis ropas y zapatos me servían de lastre y corría el inminente peligro de ahogarme. He absuelto al señor Bazalgette de responsabilidad por la condición del agua, pero este mismo caballero es reo de otra acusación, ya que él proyectó el Embakment y, en toda su longitud, no hay un asidero decente donde pueda agarrarse un hombre en trance de ahogarse. Yo lo recuerdo cuando era un muelle provisto de ganchos y anillas de hierro, e incluso cuerdas que colgaban solícitamente. Desde las mejoras de Bazalgette, el desesperado nadador se encuentra ante unos bloques de granito macizo que forman un terraplén, un muro inescalable donde sus manos se aferran vanamente a las algas y el cieno.

Si me preguntan ustedes qué fue lo que me mantuvo a flote, estoy convencido de que fue la fuerza de voluntad. Maldita fuese mi

estampa si me resignaba yo a perecer en tan sórdidas circunstancias. Me han dicho a veces que el hombre que se está ahogando ve pasar toda su vida a través de su cerebro, como si asistiera a una sesión de linterna mágica. Yo sólo puedo hablar por mí, y les aseguro que tuve una visión del director del *Newspaper Reynold's*

refocilándose en la redacción de una necrológica acerca de la moraleja de mi hundimiento en el fango. Esta visión me salvó. Braceé como el capitán Webb, el nadador del canal, a la vista de Calais.

A lo largo de unas cincuenta brazas, mantuve una resuelta braza de pecho hasta que, por suerte, mi mano entró en contacto con una sólida obstrucción, la estructura de madera de un embarcadero para los vaporcillos fluviales. Me aferré al poste de la esquina más cercana, y fue el abrazo más dulce en toda mi experiencia.

Al segundo intento, conseguí izarme y, a lo largo de un intervalo de duración incierta, permanecí echado y resoplando como una oreja, totalmente exhausto y mareado por la absorción de agua. Finalmente, adopté una posición sentada y escuché, por si oía voces arriba. Si mis atacantes esperaban allí y me encontraban vivo, no vacilarían en echarme de nuevo al agua. Al no oír nada durante largo rato, gateé por el embarcadero y localicé los escalones que ascendían en el muro del Embankment. Mientras ascendía, el agua chorreaba de mis ropas. Al llegar arriba, hice una pausa para escuchar de nuevo.

Ni el menor ruido.

Levanté la cabeza hasta el nivel del parapeto. No había ni un alma a la vista. Acabé de trepar y atravesé tambaleándome el camino, en dirección a las casas de Cheyne Walk. Ante la verja de Sefton House, escuché otra vez antes de entrar. Todo estaba silencioso. Remonté el camino de entrada y llamé a la puerta de la duquesa.

La llamada fue atendida por una camarera uniformada. Me echó un solo vistazo bajo la luz del porche, exclamó: «¡Jerusalén!», y cerró violentamente la puerta ante mis narices.

Hay que admitir que yo ofrecía un espectáculo poco atractivo. Mi cabeza y mi chaqueta de etiqueta estaban cubiertas de fango, limo y algas. Una manga se había descosido al izarme en el

embarcadero. Había perdido mi corbata de lazo, mi sombrero, ambos zapatos y uno de mis guantes, y a mis pies se estaba formando un charco de agua.

Oprimí el timbre por segunda vez. Al no haber respuesta, me agaché y grité a través del buzón para las cartas:

—¡Soy el príncipe de Gales! ¡Dejadme entrar inmediatamente!

Escuché, en espera de la respuesta, y supe que mi anuncio había suscitado, ciertamente, una excitación en la casa. Finalmente, en el vestíbulo la luz se amortiguó al avanzar una forma voluminosa hacia la puerta. Dos ojos se encontraron con los míos desde el otro lado de la abertura, y la voz de la duquesa viuda de Montrose proclamó:

—¡Si no se aleja inmediatamente de mi puerta, le echaré encima a la policía!

La cosa se convertía ya en farsa.

Como si nada hubiera oído, inquirí:

—¿Me invitaste o no a cenar?

Hubo una pausa.

La puerta se abrió meramente unos cuatro dedos, y el rostro de ella relumbró en la abertura. Seguidamente, abrió la puerta de par en par y exclamó:

—¡Es usted un caso extraordinario, Alteza Real! ¡Usted y sus bromas...!

Crucé el umbral, demasiado debilitado para argumentar.

Ella me hizo una reverencia, captó una bocanada de olor a río y abandonó todo decoro.

—¡Dios santo, cómo huele! Quédese donde está, Alteza. No dé ni un paso con esas ropas tan asquerosas, y manténgase alejado del papel mural.

Y envió a la camarera en busca de papeles de periódico y una bañera.

No deseo sonrojar a los lectores con una descripción copiosa de los siguientes minutos, pues también yo me sonrojaría. Baste con decir que tal es el vigor de la personalidad de la duquesa que me dejé persuadir para, de pie sobre un número del *Morning Post*, quedarme tan sólo con mi empapada ropa interior. En aras de la decencia, ella supo situar su amplia forma entre yo y el equipo de domésticos que trajeron una bañera portátil al vestíbulo y la

llenaron con jarras de agua caliente de la cocina, hecho lo cual se retiraron todos, dejándome que acabara de desvestirme y me metiera en el agua. A pesar de la novedad del entorno, jamás hubo baño tan bien acogido.

Mientras me enjabonaba la cabeza, me asaltó un pensamiento de lo más inquietante.

Charlie Buckfast.

¿Y si no se había ahogado y flotaba en el Támesis, esperando ser rescatado? Parecía improbable, puesto que yo no había oído ningún sonido mientras me encontraba en el río, pero mi conciencia no me permitía abandonar al pobre hombre, si tenía la más leve probabilidad de supervivencia. Me senté en la bañera y llamé a gritos a la duquesa.

Se me ocurre que ustedes puedan creer que me mostré tardío en lo que se refiere a pensar en Charlie Buckfast. De ser así, les ruego que recuerden lo que acababa de ocurrir. No sólo había escapado yo, milagrosamente, de la inexorable guadañadora, sino que allí, en el Támesis, el destino de una nación había colgado de un pelo. Al triunfar sobre la muerte, yo había conservado la línea sucesoria y asegurado, Dios mediante, que siguiera con vida para asumir la gran responsabilidad para la que me he estado preparando toda mi vida. No diré que en aquel momento tuviera plena conciencia de estas cuestiones, pero más tarde tenderían a ahuyentar otros pensamientos.

Otorguemos el crédito merecido a Carrie Montrose, pues, apenas la llamé por su nombre, apareció rápidamente por detrás de una de las puertas medio abiertas que daban al vestíbulo. Por desgracia, no fue tan rápida en aprehender lo que yo estaba diciendo. Mi preocupación por Buckfast no causó una impresión apreciable. No le interesaba Buckfast. Increíblemente, todavía parecía creer que el episodio era uno de los bromazos por los que yo era tan conocido. Peor todavía, pues la estúpida mujer había llegado, no sé cómo, al convencimiento de que yo lo había ideado con la aviesa intención de revelarme ante ella en condiciones más que naturales. Estaba roja de excitación:

Le dije:

—¡En estos momentos, el capitán Buckfast puede estar ahogándose!

Ella me contestó con una inapropiada explosión de hilaridad:

—Su Alteza Real debería trabajar en un escenario. Actúa mejor que Henry Irving. —Agitó un dedo ante mí—. Dejémonos de comedias, Alteza... ¿o debo llamarle Bertie? Vino usted solo.

Desesperado, aullé:

—Duquesa, ¿quieres hacerme el favor de ordenar inmediatamente a tu servidumbre que efectúen una búsqueda a lo largo de la ribera?

Vaciló, con el ceño fruncido, y abrigué la pasajera esperanza de que me hubiera comprendido.

—¿De veras quieres que aleje a los criados, Bertie? ¿A unas horas tan tempranas?

Como ya he mencionado más de una vez, Carrie Montrose es una dama de edad provecta. Además, tiene la constitución de un caballo de sirga y se tiñe el pelo con un repelente tono anaranjado. Lo lleva alto, en apretados rizos sobre la frente y rematado, en esta ocasión, por un penacho de plumas de avestruz rosadas y verdes. Su vestido para la cena de terciopelo color tomate con charreteras de encaje y profusión de rosas, lazos y adornos escarolados que se extendían sobre lo que cabe suponer que fuera un busto, para terminar en una larga cola. Llevaba guantes blancos y blandía un abanico japonés. El efecto era tan extraordinario como nuestra conversación.

—Puede que un hombre se esté ahogando allí —dije—. Alárgame una toalla, por todos los cielos, y yo mismo daré la orden. Negándose todavía a creerme, me preguntó:

—¿Y la cena? Se echará a perder.

Mucho me temo que dije algo poco delicado acerca de la cena, pero ésa era una emergencia que exigía algo más que meras palabras. Puesto que no se me ofrecía ninguna toalla, y a fin de demostrar cuán serio era lo que yo decía, me puse de pie en la bañera. Nunca he sido tímido con respecto a mi cuerpo. No tengo nada de lo que avergonzarme (más bien al contrario) y no hice el menor intento de cubrirme. Crucé los brazos ante el pecho y me enfrenté a ella.

Por una vez en su vida, la temible duquesa de Montrose se quedó sin habla. Abrió su abanico y se tapó con él la mitad inferior del rostro, atemorizada. Al menos, yo lo interpreté como temor.

—¿Hablarás con los criados, o lo hago yo? —pregunté.

Salió disparada del vestíbulo y dio las órdenes, mientras yo me sumergía con satisfacción en el agua otra vez, ya que allí reinaban las corrientes de aire.

Cuando mi anfitriona regresó, llevaba consigo una toalla de baño que, según me dijo, había sido calentada. También me procuró un pijama de seda color verde botella, una bata de lana a cuadros escoceses, y unas zapatillas. Yo le aseguré que me encontraba en perfectas condiciones para utilizar la toalla sin ayuda, y ella se retiró a la sala de estar, dejándome a mí con la incógnita de a qué podía deberse que una dama viuda y de edad más que avanzada, y que vivía sola, ofreciera un juego totalmente nuevo de prendas nocturnas para caballero, de mi medida, y precisamente de mis telas y colores predilectos.

Pero pasemos a asuntos más serios. Es terrible precisar que, cuando los sirvientes regresaron, no tenían la menor noticia referente a Charlie Buckfast. Cinco de ellos habían estado buscando con linternas, aguas arriba, durante una hora. Dijeron que ahora había una fuerte corriente de marea y que lo más probable era que lo hubiera arrastrado a gran distancia. Al recordar cómo había insistido yo en que me acompañara, a pesar de sus aprensiones, experimenté remordimientos de conciencia. Yo conservaba una leve esperanza de que, por algún milagro, el choque de la inmersión le hubiera hecho volver en sí y que, como yo, hubiera conseguido llegar a nado al embarcadero. A veces, el optimismo le mueve a uno a establecer las suposiciones más improbables, pues yo había olvidado convenientemente el brazo izquierdo inválido del pobre Charlie.

La duquesa, asimilando por fin lo ocurrido, preguntó:

—¿No deberíamos llamar a la policía?

Fue ésta una sugerencia que no acogí favorablemente. Soy el primero en aplaudir la labor de los hombres de azul, pero espero de ellos que la efectúen sin hacer referencia a mí, excepto en cuestiones de ceremonial. Resultaría impensable que el heredero del reino se viera implicado en una investigación policial. En cierta ocasión, me convocaron como testigo en un caso de divorcio y, aunque mi participación en aquel penoso asunto fue totalmente inocente y trivial, me es imposible referirles el jaleo que ocasionó

mi aparición. ¡Y esto ocurrió en un tribunal de lo civil! Imagínense el festín que se daría la prensa al informar de que el príncipe de Gales se había visto involucrado en una pelea callejera en el Embankment del Támesis. Y —lo que tal vez resultara todavía más escandaloso— que había efectuado una visita privada a la duquesa de Montrose...

Pero en circunstancias tan apremiantes, hay que agarrarse a todas las posibilidades. Soslayé de momento a la duquesa, pidiéndole que se enviara a un criado a Jermyn Street para ver si, por algún milagro, el capitán Buckfast había escapado con vida y regresado a su casa. El encargo fue cumplimentado, y el mismo hombre recibió instrucciones de pasar por Marlborough House y recoger allí una muda completa para mí.

Sin preocuparse poco ni mucho por la delicadeza de mi posición, Carrie Montrose persistió. Indicó que yo había presenciado un asesinato, o al menos un intento de asesinato, y que resultaría prácticamente imposible, por no decir que sería delictuoso, mantenerlo en secreto. Los atacantes habían de ser aprehendidos lo antes posible. El capitán Buckfast era todo un caballero, un turfista, y ella le tenía en la más alta estima. Y, como súbdita leal de la Corona, no estaba dispuesta a permitir que el príncipe de Gales fuera arrojado al Támesis ante la puerta de su misma casa. Tenía otra sugerencia que presentar. Por una afortunada coincidencia, uno de sus vecinos era *sir* Charles Warren, el comisionado de la Policía Metropolitana, «un caballero de lo más comprensivo y totalmente discreto». ¿No sería sensato explicar informalmente a *sir* Charles lo de aquel asalto? Él era la persona más capacitada para manejar el asunto en la más estricta confianza.

Cuando el criado regresó con la información de que el apartamento del capitán Buckfast estaba a oscuras, y que nadie contestó al timbre, accedí a que llamaran a Warren.

Esto me dejó un intervalo desesperadamente corto para cambiarme de ropas y decidir qué era lo que debía explicar. ¿Tenía que revelar, por ejemplo, que Buckfast se había pasado la semana anterior siguiendo al Squire, y que nuestros dos atacantes eran, casi con toda seguridad, los hombres que le habían perseguido a él desde Newmarket? Ya era bastante desagradable ver mi nombre vinculado con el de Carrie... pero ¿con el del Squire también? Me

estremecí.

En aquel caso de divorcio que acabo de mencionar, el letrado me aconsejó que no añadiera nada que no me fuese preguntado. Es un principio de lo más recomendable.

Sir Charles llegó vestido innecesariamente con el uniforme completo, desde el sombrero de ala vuelta hasta las botas altas, y luciendo todas sus condecoraciones, lo cual, media hora después de haber sido avisado, era un tributo impresionante a su adiestramiento militar. Yo le había visto ya con todos sus arreos en un par de ocasiones, pero no hay grandes posibilidades de evaluar a un hombre cuando éste se inclina y uno le da los buenos días y se vuelve hacia el siguiente que va a serle presentado. Warren es un militar, de los Reales Ingenieros, que ascendió a general, y su nombramiento en la policía era bastante reciente. Fue metido en ella como comisionado para solventar con mayor eficiencia las manifestaciones públicas, después de que su predecesor permitiera a los parados alborotar a lo largo de Oxford Street, rompiendo cristales de escaparates y saqueando tiendas. *Sir* Charles poseía una útil experiencia desde que, en Bechuanaland, se enfrentó a los tumultuosos boers. No es hombre que tolere una mala conducta.

Entramos en el comedor para cenar. El aspecto de *sir* Charles es intimidante, pero también, según me dicen, lo es el mío. Lleva un bigotazo de estilo prusiano, formando espiral bajo las comisuras de la boca, de un colorido entre castaño y plateado verdaderamente excepcional, y que resulta desconcertantemente distinto de sus cabellos, que son negros como la pez y que, ayudados por el fijador, forman una severa línea recta a través de su frente. Y como si esto no fuera suficientemente sobrecogedor, usa un monóculo que le obliga a fruncir el ceño. También yo soy perfectamente capaz de fruncir el ceño.

A veces, tratando con generales, juzgo útil conseguir una victoria moral desde un buen principio, y por tanto le advertí que la Orden de San Miguel y de San Jorge que llevaba correctamente colgada del cuello, quedaba parcialmente oculta detrás de su fajín, que era al menos media pulgada más ancha de lo necesario. Es sorprendente cuán a menudo mi conocimiento de las condecoraciones y del ceremonial acude en mi ayuda. Se mostró visiblemente descompuesto.

Mientras nos servían, aproveché la oportunidad para indicar que era una suerte para Warren estar cenando con nosotros. Si nuestras peores expectativas se confirmaban, él estaba a punto de despachar la cena de un difunto.

En aquel momento se disponía a tragarse un trozo de pan, y tuvo que beber agua para ayudarlo a pasar.

A petición suya, cuando se retiraron los sirvientes relaté mi historia, describiendo a los dos atacantes lo mejor que pude, pero sin aventurar la menor opinión respecto a su posible identidad o propósito. Dije que el pobre Buckfast había llevado la peor parte en el asalto y que, en mi opinión, estaba inconsciente cuando fue arrojado al río. Explicué a Warren que yo le comunicaba semejante información movido por un sentido del deber, y que confiaba en que tuviera la debida autoridad para iniciar inmediatas pesquisas... pero en la más estricta confianza. Añadí que si llegaba a hacerse público el hecho de que yo había sido atacado y casi asesinado, no respondería de la salud de mi madre la reina. Era bien sabido que tales noticias habían provocado más de una vez ataques cardíacos en padres y madres de avanzada edad.

Al oír esto, fue como si se sintiera sobre ascuas.

—¿Me está invitando Su Alteza Real a investigar personalmente ese horrendo asalto?

—¿A quién más podría pedírselo?

—Pero yo soy un militar por vocación. Un ingeniero. Un topógrafo. No tengo un adiestramiento como detective, señor.

—Vamos, vamos —dije yo—, es usted el policía más veterano del país.

Tuvo la osadía de decirme:

—La razón principal de mi nombramiento, tal como fui informado al respecto, señor, es la de dar órdenes a la policía a fin de someter a los elementos indeseables de la sociedad.

Viéndolo todo rojo, le repliqué con energía:

—Y yo le doy la orden, señor, de encontrar a los elementos indeseables que han atacado inicuaamente a un miembro de la familia real, y que posiblemente han dado muerte a su acompañante. ¿Queda claro?

Adquirió tal rigidez que el monóculo se desprendió de su ojo.

—Claro como el cristal, señor.

La duquesa dijo entonces:

—No ha comido usted mucho, *sir* Charles. ¿No le apetece tomar un poco de salsa de rábano picante con esto?

—No, muchas gracias —contestó—. No me restablecería el apetito.

Se marchó poco después.

Consideré juicioso, dada la hora de la noche, anunciar que yo no podía quedarme mucho más tiempo. Carrie lo admitió comprensivamente y me escoltó hasta su salón fumador para saborear un postrer cigarro, pues a ella le gusta tanto un buen puro como a mí. Era una habitación espaciosa, recubierta hasta media pared con paneles de roble oscuro y repleta de toda clase de objetos relacionados con las carreras: blusas de *jockey* con el color escarlata, fustas, estribos, tarjetas de inscripción enmarcadas y retratos de sus ganadores más notables... aunque todavía ha de ganar un clásico, ya que el famoso Sefton pertenecía a su difunto esposo.

Mientras me servía un coñac, observó:

—Antes me he comportado como una estúpida..., como una auténtica mula.

Contesté generosamente:

—Sólo recordaré cuánta ha sido tu amabilidad.

Suspiró profundamente y dijo:

—He enterrado ya a dos buenos maridos y debería darme por satisfecha.

Me sentí incapaz de comentar este punto y ella añadió:

—Estoy loca de atar.

—De ningún modo —repuse.

Guardamos silencio durante un rato y luego ella me preguntó:

—Dime, Bertie, ¿cuál era tu propósito al venir aquí?

¿Mi propósito al ir allí? Parecía remoto ahora, y como si ya no tuviera ninguna importancia.

—Quería hablar contigo acerca de Archer.

—¡Pobre Fred! —Sacó un pañuelo y se lo llevó a un ojo—. No sé si podré soportar hablar de Fred.

—En este caso, te ruego que no lo hagas —le dije.

Se aplicó el pañuelo a la nariz y se sonó.

—Fred y yo teníamos un punto en común. Ambos soportábamos grandes pérdidas.

Contesté con ligereza:

—Él jugaba fuerte.

Como comprenderán, mi mente se encontraba en otro lugar, siguiendo con *sir* Charles Warren la pista de los dos asesinos.

—Me refiero a pérdidas familiares —aclaró ella.

—Oh.

Y prosiguió, avanzándome una información que antes me hubiera entusiasmado conseguir:

—Fred y yo pudimos haber sido un gran consuelo el uno para el otro.

—¿Si?

—Yo había decidido casarme con él. Y entonces se pegó un tiro.

Contemplé mi coñac, diciéndome que aunque sólo fuera iniciar una sonrisa podía resultar atroz. Conseguí decir:

—¿Por qué?

Frunció el ceño.

—¿Por qué casarme con él?

—No. ¿Por qué se pegó el tiro?

—Todo el mundo lo sabe —me contestó—. Fue la tifoidea. Le alteró el cerebro. —Me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Acaso no fue así?

Le dije:

—Archer montó tu caballo *St. Mirin* en la Cambridgeshire.

—¿Y eso que tiene que ver con lo otro? —me preguntó.

—Hay historias según las cuales se jugó toda su carrera en esa prueba.

—Yo no las he oído.

—Se dice que sobornó a Woodburn para que refrenara al favorito.

Meneó la cabeza con una expresión de incredulidad.

—¿Quién te contó eso?

—Arthur Somerset, el hermano del propietario.

—A los Somerset habría que llevarles ante los tribunales por contar estos embustes. Su caballo perdió el impulso. ¿Por qué no lo admiten? Todos ellos fueron batidos por un buen rocín viejo que se había guardado algo para el final, Bertie, y a su dueño lo felicito.

Tras este generoso tributo, no pude resistir la tentación de preguntarle:

—¿Y sabes quién es su dueño?

—¿El dueño de *The Sailor Prince*? Willie Gilbert.

—Él es el propietario registrado.

Se tensó como un predador que acaba de captar un tufillo.

—¿Estás insinuando que había alguien más detrás de aquel condenado *outsider*?

—Abington Baird... el Squire.

—¿Qué? —Arrojó su coñac al fuego de la chimenea y lanzó la copa a través de la habitación—. Si ese monstruo falseó la carrera, le mataré. ¡Juro que le estrangularé con mis propias manos!

Y parecía perfectamente capaz de hacerlo.

12

CARRIE

MONTROSE

, amablemente, había dado instrucciones a uno de sus sirvientes para que llamara un coche de punto, y cuando me despedí de ella ya me esperaba ante la verja un carruaje de cuatro ruedas. El «¿Adónde vamos, jefe?» que, con tono aburrido me dirigió el cochero, me indicó de inmediato que no se le había informado acerca de la identidad de su pasajero, cosa que encajaba con mi plan.

—A Hoxton, por favor. Al Royal Eagle Music Hall.

—Cuando lleguemos allí, casi será la hora de cerrar.

—Eso no tiene la menor importancia —le repliqué verazmente.

—De acuerdo. Entonces no hay prisa.

Hizo restallar el látigo y partimos al trote. No me importaba perderme todo el programa con tal de llegar a tiempo de atrapar a Myrtle Bliss antes de que se marchara. Como verán, yo no había olvidado que el Squire había invitado a Myrtle a ir a Bedford Lodge la mañana siguiente, domingo, y que ella se había ofrecido, en su rebuscada carta perfumada con espliego, para contarme lo que ocurriera. Yo me había sentido inclinado a declinar la oferta hasta esa tarde, cuando Charlie regresó de Newmarket con los hombres del Squire pisándole los talones. A partir de entonces, la ayuda de Myrtle resultaba esencial para mis propósitos. No sólo accedería yo a su propuesta, sino que la persuadiría para que fuese algo más que una mera observadora... para que actuara, de hecho, como mi

espía. Yo tenía la intención de conseguir los nombres, de aquella pareja de asesinos a cualquier precio, y, con el debido respeto para *sir* Charles Warren y la Policía Metropolitana, Myrtle me aportaba mi mejor posibilidad.

Tengan la seguridad de que yo no había subestimado el riesgo que ella iba a correr. Pretendía prevenirla personalmente acerca de lo muy peligrosos que llegaban a ser el Squire y sus «cuidadores».

La vieja que montaba la guardia en la puerta del escenario me recordó —o tal vez el soberano del que me había despojado en la última ocasión— y llegó hasta el punto de llamarme con señas apenas me apeé. Resultó que uno de los artistas le había pedido que le buscara un carruaje de alquiler, y precisamente uno de los de cuatro ruedas. La informé de que el mío no estaba libre, pues ya había dado instrucciones al cochero para que esperase.

No lo aceptó con agrado y me espetó una obscenidad irrepetible, asegurándose con ello que esta vez no recibiría ninguna propina. Crucé impetuosamente la puerta y me adentré en el local, y quiso la suerte que encontrara a Myrtle en la escalera, cargada con varias jaulas que contenían su *troupe* de animales de pluma. Al verme, las depositó en el suelo y yo supuse que lo hacía para dedicarme una reverencia en las mejores condiciones posibles, pero lo que hizo fue inclinarse hacia mí, besarme ligeramente en la punta de la nariz y decir:

—¡Que Dios te bendiga, Bertie! ¡Precisamente cuando necesitaba un par de manos extra!

Por mucho menos he dejado a otras personas sin resuello, pero me sentí tan aliviado al verla que observé meramente:

—Yo creía que los pájaros se quedaban aquí.

—No, cariño. Esta noche he terminado y tengo que largarme. ¿No quieres ser amable conmigo?

Capitulé. Repliqué, benévolamente, que tenía justa fama de ser muy amable. Mi carruaje de cuatro ruedas estaba a su disposición. Transporté las jaulas hasta la calle y las metí en el vehículo.

Myrtle me apretó un brazo y dijo:

—Eres un sol. Arriba hay otras seis. Y tres perchas y un baúl.

Sí, yo era sin duda un sol, ya lo creo, pero nadie se lo había explicado a aquellos loros de arriba. Chillaron con las plumas erizadas, y sus picos asomaron malignamente a través de los

barrotes, cuando mi mano se acercó a la anilla que había en la parte superior de la jaula. Sólo quitándome el abrigo y arrojándolo encima de cada jaula antes de levantarla, logré obtener una cierta cooperación. Después, cuando los pájaros, ya dóciles, estuvieron todos abajo, el cochero empezó a quejarse. Se oponía a que su vehículo se llenara de jaulas de pájaros. Él quería que los loros viajaran en el exterior, sobre el techo, pero Myrtle no estaba dispuesta a exponerlos al frío aire de la noche, mensaje que articuló con unas cuantas palabras selectas que dejaron al cochero tan plano como una camisa recién salida de los rodillos de planchar.

El baúl y las perchas viajaron encima y los demás en el interior, en una proximidad que desgarraba los tímpanos: seis grandes papagayos o cacatúas, junto con periquitos, inseparables y loros, y dos personas, una de ellas con unas faldas voluminosas y polisón. Mi faz se hallaba a un palmo de un gran guacamayo rojo y verde, «un perfecto bonachón» según su dueña, descripción que no dejé de pensar que no cuadraba a su pico, ya que trató repetidas veces de mordirme a través de los barrotes. Tenía una fea lengua negra, parecida a una alcayata, y su mirada era positivamente maligna. Bertie, pensé, ¿cómo te las arreglas? ¿Cómo sigues metiéndote en estos berenjenales, cuando tanto te esmeras en mantenerte al margen de las dificultades? Fuimos transportados hasta Mile End Road y depositados, junto con nuestro aviario y el equipaje, en la acera frente a la casa donde se alojaba Myrtle. Saldé cuentas con el cochero, que, tras embolsarse la propina, comentó con impertinencia:

—Eso queda un poco lejos de Cheyne Walk, ¿no?

Lancé un resoplido despectivo y miré a otra parte.

—Era casi medianoche y sin embargo en la calle pululaba la vida... predominantemente una vida del más bajo orden. Me vi materialmente cercado por chiquillos harapientos y mujeres de rostro flaco y dudosa ocupación, movidos por la curiosidad y deseosos de ver a los loros y saber si hablaban, y de que yo sacara uno de ellos y lo colocara en una percha. Debo explicar que Myrtle ya había entrado en su casa, con Cocky, y mi tarea consistía en vigilar a los otros pajarracos, que, en mi opinión, eran perfectamente capaces de defenderse a sí mismos.

Alguien comentó que yo me parecía al príncipe de Gales y

repliqué jovialmente que todos lo decían. Otra mujer, pintarrajeada de rojo y que hedía a pachulí, dijo que si yo era el príncipe de Gales, ella era la señora L. (un dama conocida mía a la que prefiero no nombrar), y retorció su cuerpo de un modo tan vulgar como indecoroso, llegando hasta el punto de intentar abrazarme. Afortunadamente, en este momento Myrtle se abrió paso a codazos entre la gente y agarró a la mujer por los pelos, mientras me gritaba: «Te ha birlado el reloj y la cadena», y, efectivamente, así lo había hecho aquella buena pieza, aunque de poco le hubiera servido como cronómetro puesto que estaba lleno de agua del Támesis. Agarré su muñeca y lo recuperé, y ella salió a la carrera, dejando en manos de Myrtle un puñado de cabellos negros.

Me encargué de acarrear los bultos y, por etapas, lo trasladé todo arriba. Para entonces, cada vez tenía mayor conciencia del agua del río que había tragado. Pedí dónde estaba el cuarto de baño y me fue entregado un orinal. Con una silenciosa plegaria para que su capacidad fuera suficiente, lo utilicé mientras Myrtle se arreglaba el sombrero. Una vez yo me sentí tranquilo y ella se vio presentable, dejamos a los pájaros entregados a sus ruidosas ocupaciones, y salimos, haciendo tan sólo una pausa para vaciar el orinal en la letrina comunitaria del patio, un lugar donde más valía no entretenerse largo rato.

En la tranquilidad de un reservado en un restaurante de la City, donde de vez en cuando invito a cenar a una acompañante, confié por completo mis cuitas de Myrtle. Sus ojazos pardos me miraron fijamente mientras yo relataba mis esfuerzos para averiguar la verdad en la extraña muerte de Archer, y cómo había delegado en Charlie Buckfast la misión de vigilar continuamente al Squire. Le conté sin circunloquios que Charlie había irrumpido en Bedford Lodge buscando pruebas, y allí había sorprendido a dos de los hombres del Squire juntos en la cama. Se estuvo riendo un rato, hasta que la sobresalté con la noticia del feroz ataque en Cheyne Walk.

—¿Ha muerto? —exclamó con incredulidad—. ¿Tu amigo Charlie Buckfast ha palmado?

—Mucho me temo que sí. Vi cómo lo arrojaban al río. Y él no estaba en condiciones de salvarse por sus medios.

—Caray.

Myrtle no mostró falso sentimiento. Al fin y al cabo, no hacía tanto tiempo que me había descrito a Charlie como un viejo palo de escoba. Pese a sus facetas ásperas, la chica tenía integridad.

—¿Qué aspecto tenían aquellos dos? —me preguntó.

—Querida, no era fácil verlo, pero coincidían con la descripción que hizo Charlie de los hombres que le siguieron desde Newmarket. Un individuo corpulento, semejante a un gorila, y otro más alto, que mediría más de seis pies, diría yo. Llevaban tapabocas y abrigos largos.

Tras unos momentos de reflexión, me dijo:

—¿Y adónde nos lleva todo esto, Bertie? ¿Un par de mariquitas sorprendidos en la cama? ¿Y por esto mataron a Charlie?

Meneé la cabeza.

—No parece probable. Puedo comprender que se sintieran ofendidos. Pudieron haberle perseguido. Incluso atacado. Pero asesinarlo... eso sería excesivo.

—¿Y estás seguro de que hubo asesinato?

Asentí gravemente.

—Ellos sabían que Charlie estaba sin sentido cuando lo arrojaron desde el Embankment.

Volvía a reflexionar, reposando su linda barbilla en su puño, pequeño y apretado.

—Pero no se te cargaron a ti. ¿Por qué no te trataron como hicieron con Charlie?

—Estuve a punto de ahogarme —puntualicé.

—Pudieron haberse asegurado —repuso ella.

—¡Qué cosas tan amables dices!

Se echó a reír y su mano se apoyó en la mía.

—Bertie, ya sabes lo que quiero decir. Iban a por Charlie. No tenían nada contra ti. Sólo que te entrometiste y tuvieron que echarte al río.

Pensaba con rapidez y probablemente tenía razón. Suspiré resignado. Como segundo personaje del país, resultaba un tanto degradante admitir que me había entrometido y que tuvieron que echarme al río, pero ésta, expresada como fuera, no dejaba de ser la explicación más probable.

El champán me puso a tono, un buen Veuve Clicquot infinitamente más agradable al paladar que el veneno que habíamos

bebido en nuestra cena anterior. Ligaba estupendamente con la empanada de pichón. Me apetecía un bocado, puesto que no había hecho muy buen papel en la mesa de Carrie Montrose, tras haber ingerido medio Támesis.

También Myrtle mostraba un apetito decente y pedimos un segundo plato. Estábamos sentados de lado en un sofá doble, de los que disponen previsoriamente los reservados, y el camarero se mostraba visiblemente intrigado ante el hecho de que mi invitada aún no se hubiera quitado el sombrero, pero, aparte comer, había otros pensamientos en nuestras cabezas.

Al quedarnos solos otra vez, dije, enfocando el tema con extremo tacto, puesto que conozco la mentalidad femenina:

—Puede haber otra interpretación de estos eventos. ¿Es posible, verdad, que los dos hombres fueran enviados para matar a Charlie Buckfast? —Frunció el entrecejo y yo remaché—: Cabe que actuaran siguiendo instrucciones.

—¿Instrucciones de quién?

—Del Squire. —Planté sobre su brazo una mano firme y resuelta—. Antes de poner el grito en el cielo, querida, ¿querrás escuchar lo que voy a decirte? Si el Squire llegara a enterarse de que un hombre le había tenido bajo observación durante una semana e incluso había allanado su morada, ¿no se preguntaría qué andaba buscando ese hombre? ¿Y no sospecharía que se trataba de algo incriminante? Y en este caso, ¿no desearía que a ese hombre se le impusiera silencio para siempre?

Myrtle se había vuelto tan blanca como mi camisa. Era como si yo le hubiera asestado un golpe bajo. Denegó con la cabeza.

—Es un bribón, te lo admito, pero no un asesino. Eso nunca.

—Es un chantajista —repuse—. Es más, disfruta con la sangre y la violencia. ¿Qué son, sino, los combates a puñetazos?

—No es lo mismo que matar, Bertie.

—Pero se mata en las peleas de perros. Y en las riñas de gallos.

Myrtle me dirigió una mirada entristecida.

—¿Cuántas perdices matas tú en un día?

—Toma un poco más de empanada de pichón —sugerí para desviar la estocada, y ella me concedió una leve sonrisa—. Volviendo al Squire —dije—, si éste dio órdenes a dos de sus matones para que eliminaran a Charlie Buckfast, y ellos

descubrieron que habían de contar también conmigo, un segundo hombre, ¿no es lógico que se comportaran como lo hicieron? Se aseguraron de matar a Charlie y dejaron que yo tuviera una oportunidad en el agua. No se les había dicho que cometieran un doble asesinato.

Pero ella aún no estaba dispuesta a clasificar a su amigo el Squire como un asesino.

—¿Y por qué podía desear la muerte de Charlie?

—Ya te lo he dicho. Charlie se enteró de lo del chantaje.

—Bertie, al Squire le han llamado ya de todo... bravucón, tramposo y calamidad pública. ¿Qué es el chantaje? Una cosa más en su lista.

—No.

La sorprendió esta denegación y me miró retadora.

—Esto no era una cosa más en la lista —dije—. Puede que el Squire parezca un individuo que no respeta nada ni a nadie, pero no te dejes engañar. Había un hombre al que idolatraba.

Lo comprendió en seguida.

—Aquel *jockey*... Fred Archer.

—Sí. Archer le daba lecciones de equitación. Él adoptó su estilo y aprendió a sacar el mejor partido de un caballo, así como a tener en jaque a los demás *jockeys*. Como resultado de ello, es el mejor caballero jinete del país. Pero esto no era suficiente para el Squire. Quería ser el igual de Archer. Quería establecer una asociación con él. Su sueño consistía en poseer unas cuadras de caballos de carreras con Archer, pero Fred no quiso ni oír hablar de ello. ¿Y qué hizo entonces el Squire? Ideó un complot para tener atrapado a Archer. Le implicó con otros en un círculo de *jockeys*, en una conspiración. Y la única finalidad de esto era lograr que Fred fuese vulnerable al chantaje.

Myrtle lanzó un breve pero audible respingo y una lágrima corrió por su mejilla. Toda su actitud retadora se había disipado ante mi implacable denuncia de la duplicidad del Squire.

Continué:

—Charlie Buckfast oyó hablar de un documento, un contrato: la prueba de que sólo faltaba la firma de Fred para cerrar el pacto de asociación.

Lo comprendió.

—¿Y eso era lo que Charlie andaba buscando en Bedford Lodge?
Asentí con la cabeza.

—Imagínate cómo debió recibir el Squire la noticia de que Charlie había irrumpido en su casa. No podía admitir que el mundo se enterase de que había estado acosando a su héroe hasta llevarle a la muerte. Y por esto Charlie había de ser reducido al silencio.

Myrtle se mordió el labio. Tan rígido estaba su cuerpo que crujían las ballenas de su corsé.

Le llené la copa, haciéndome cargo de su desazón, y después ella me dijo muy compungida:

—¿Y qué quieres que haga yo, Bertie?

Su expresión entristecida me conmovió profundamente. ¿Cómo iba yo a pedirle que traicionara al hombre que, pese a todas sus ruindades, se había ganado manifiestamente un lugar en sus afectos? ¿Cómo podía yo exponer a esa joven tan confiada a semejante peligro?

Sólo con hondos temores y la ayuda del Veuve Clicquot cosecha 1878.

Comprenderán ustedes que, tal como expliqué a Myrtle, nada me hubiera impedido emprender por mi cuenta tan peligrosa misión, de no mediar el hecho desafortunado de ser yo tan conocido. Para mí, resulta prácticamente imposible seguir los pasillos de casas ajenas sin ser identificado.

Cuando hubo accedido a efectuar un registro en el dormitorio del Squire y obtener el contrato, ella me dijo:

—Es extraño, Bertie. Tú dices que el Squire idolatraba a Fred Archer.

—Sin la menor duda.

—Y que Charlie Buckfast era un devoto servidor suyo.

—Sí, excepto montar sus caballos hacía cualquier cosa por Fred.

—Y a ti viene a ocurrirte lo mismo. No puedes olvidarlo. Se te ha metido en la cabeza esa historia de su suicidio.

—Si quieres expresarlo así...

—Entonces dime una cosa: ¿qué pasa con Fred Archer? ¿Qué hacía de él un personaje tan especial?

Era una pregunta profunda, merecedora de una respuesta bien meditada. Osaría decir a los más discriminantes de entre mis lectores que tal vez la misma pregunta haya pasado por sus cabezas

al leer estas páginas. Tras unos momentos de reflexión, dije a Myrtle:

—No es fácil explicarlo. En ciertos aspectos, era odioso. Un tirano en las carreras, especialmente con los *jockeys* más jóvenes y los jinetes menos experimentados. Insistía en ser el primero en pesarse, a fin de obtener la mejor posición en la salida. En una carrera, su lenguaje te hubiera puesto los pelos de punta, y a sus caballos no les daba cuartel. Frecuentemente, hacía brotar la sangre con la fusta y las espuelas.

»Asimismo, era de los más tacaños. Le llamaban el Tinman. Era capaz de sacar peniques de los ojos de un muerto, y, no obstante, a veces su manejo del dinero era incontrolado. Era un hombre orgulloso, nada sociable, carente de sentido del humor y en general antipático. Físicamente, era un saco de huesos, claro. Negligía su salud a causa de las carreras. Por las carreras, era capaz de descuidar todo lo demás, y tengo la seguridad de que su esposa y su hijita así pudieron comprobarlo. Pero, a pesar de todo esto, era un hombre entre cien millones. El mejor *jockey* que jamás haya existido. Sin educación y analfabeto, pero un verdadero genio. Inteligente, sí. Extraordinariamente inteligente. Después de una carrera, no sólo me explicaba cómo se había comportado su montura, sino también qué habían hecho todos los demás. Y nunca ha vivido un hombre más valiente... y por esto sigo sin entender por qué se mató.

—Se necesita ser un hombre valiente para hacer eso —observó Myrtle.

—Pero un hombre más valiente haría frente a sus problemas, ¿no crees?

No contestó a esto, pero dijo:

—Yo no llegué a conocerlo. Háblame de sus ojos.

—¿Sus ojos? Sí, eran notables. Muy hundidos y con unos párpados gruesos, y parecían mirar hacia su interior, excepto cuando algo suscitaba su interés. Entonces era como si brotara luz de ellos. Entonces eran muy expresivos. Nunca los olvidaré.

—Es mucho lo que puede decirse a partir de los ojos —comentó ella.

A lo cual yo repuse:

—Y yo puedo decir, a partir de los tuyos, que ha llegado para ti

el momento de ir a la cama.

Dicho esto, vi algo más en ellos: un destello que no equivalía a pánico, pero no quedaba muy lejos de él.

Yo sabía lo que había pasado por su mente, y en realidad tampoco yo estaba en condiciones para buscar placeres carnales después de mi agotadora velada. Por lo tanto, agregué:

—Para ser más exacto, sospecho que ha llegado el momento de que duermas, ¿y quién soy yo para negártelo cuando te he fijado tan ímproba tarea para mañana?

La escolté de nuevo hasta su vivienda y a las dos y media de la madrugada yo me metía en mi cama de Marlborough House.

13

Sí, EL TRECE..., era el número de la mala suerte. Cuando asisto a una cena, siempre cuento el número de comensales. Si el total es trece, pido de nuevo mi abrigo. En la práctica, esto sucede muy rara vez, porque Francis Knollys previene de antemano a mi anfitriona de que el trece no será más tolerado que unos cuchillos cruzados o la sal derramada. Tampoco permito que me den vuelta al colchón en viernes.

Estas supersticiones mías pueden parecerles ridículas a algunos, y sin embargo no cabe negar que este capítulo 13 contiene una impresión desagradable. Lo menciono en beneficio de los lectores de disposición delicada.

Pero no debo anticiparme...

Salí de Londres para Sandringham el domingo 28 de noviembre, y me puse de un humor de perros al comprar un ejemplar del *News Reynold's*

(¿por qué me castigo a mí mismo?), para leer en el tren. A ustedes no se les ocurriría que el nacimiento de una criatura inocente (la hija de mi querida hermana) pudiera ser objeto de un comentario político, pero eso es porque no calibran debidamente a los propagandistas socialistas. *«La reina tiene ahora treinta y un nietos — observa el autor—, y la gente es de la opinión de que esto representa un número más que suficiente de pobres de la especie real y cara. Para el pueblo, hubiera sido una noticia mucho más placentera que el nacimiento de este niño enterarse de que su padre había adoptado algún tipo de ocupación útil y se hallaba en condiciones de proveer para la*

progenie que lleva al mundo». ¡Qué cháchara tan vengativa! ¿Quiénes son ellos para vocear las opiniones de la gente cuando no lo hago yo? Estrujé el odioso periodicucho, lo arrojé por la ventanilla y desplegué el *British Medical Journal*.

Por si alguien sospecha que tengo inclinaciones mórbidas, me apresuro a declarar que no soy un lector regular de la prensa médica. Casualmente llevaba conmigo un ejemplar que contaba ya más de una semana. Francis Knollys lo había metido en mi maletín con la sugerencia de que encontraría en él algo de interés, y hasta el momento no me había molestado en hojearlo. Resultó ser un comentario acerca del suicidio de Fred Archer. Hablando de la supuesta tifoidea que afligió al *jockey*, decía: *«Esta enfermedad está tan asociada en las mentes, no sólo del público sino también de la profesión médica, con la postración y con un delirio en voz baja, murmurante, que el hecho de que el delirio agudo, acompañado de alucinaciones, sobrevenga a veces durante la fase inicial, será una novedad para muchos»*. Confío en que la ironía de este escrito no les haya pasado por alto a mis lectores; venía a apoyar todavía más, si es que aún era necesario, el hecho de que la tragedia no tenía un origen médico.

En Sandringham, el lunes por la mañana, felicité a Knollys por haber encontrado este comentario. Yo había decidido que la molestia que se había tomado para lograr que yo le prestara mi atención era una indicación de que, por su parte, él aceptaba ya mi implicación en el asunto, aunque tal vez no lo apoyara de todo corazón. Le pregunté qué compromisos tenía yo para la semana y, antes de que contestara, añadí, pensando en Myrtle:

—... porque me propongo pasar el martes y el miércoles en Londres.

Hubo una pausa de aquellas que los novelistas describen como embarazosas. Después dijo:

—¿Puedo tener la osadía de inquirir, señor, si se trata de un compromiso de índole privada?

—Lo es, Francis. Y además insoslayable.

—Comprendo —dijo, y me dirigió aquella mirada.

—Y bien, hombre, ¿cuál es la dificultad? —le pregunté.

—El miércoles, señor, es el primero de diciembre.

—Bueno es saberlo. Noviembre ha sido un mes pésimo.

Tosió detrás de su mano.

—Me tomé la libertad de encargar las rosas rojas de costumbre, señor.

«¡Oh, pobre de mí! —pensé—. El cumpleaños de Alix».

Haciendo un esfuerzo para conservar mi dignidad, dije:

—Este año, he decidido llevar a Su Alteza Real a Londres, para pasar allí su cumpleaños.

—Pero a ella siempre le agrada pasarlo aquí, señor.

—Yo la persuadiré debidamente.

—Como desee, señor.

—Como deseará ella... cuando yo haya explicado lo que me propongo hacer.

—Indudablemente, señor.

Me acerqué a la ventana y contemplé la escarcha.

—Debo admitir cierta dificultad para elegir un regalo apropiado. No puedo darle tan sólo aquellas malditas rosas.

—¿Una gargantilla, señor?

—¡Has dado en el clavo, Francis! Uno de aquellos collares de perro.

Debo explicar aquí que Alix tiene una pequeña marca de nacimiento en el cuello, cosa de la que se siente tan exageradamente consciente que siempre procura mantenerla oculta. Por ser las modas tan imitativas, toda mujer bien vestida del país luce ahora un collar alto o gargantilla, y todo como consecuencia de una pequeña mancha marrón en el cuello de Alix.

Tras un breve intervalo, durante el cual forcejeé con mi memoria, pregunté:

—¿No le regalé ya una el año pasado?

—Sí, señor, pero podría elegir unas piedras diferentes.

Le dije que arreglara el asunto con

Garrard's

, nuestro joyero habitual, tras haber consultado con su hermana Charlotte, que es la dama de cámara.

Durante el almuerzo, anuncié a Alix que me proponía llevarla a Londres con motivo de su cumpleaños.

Se enroscó las perlas de su collar alrededor de un dedo, lo que siempre es una señal ominosa.

—¿No voy a poder ofrecer mi fiesta usual en Sandringham?

—Este año no. Voy a llevarte al teatro.

Tembló su labio inferior y supe que en seguida vendrían las lágrimas, pero cerebro comunicar que fueron lágrimas de alegría.

—¡Bertie, qué marido tan encantador eres, siempre lleno de sorpresas! ¿Y qué veremos?

Afortunadamente, yo había tomado la precaución de estudiar el periódico.

—Una nueva ópera cómica titulada *La Béarnaise*, con Florence St. John y Marie Tempest. Dicen que es comparable a lo mejor de Offenbach.

—¿Una ópera cómica? ¡Qué divertido!

—¿Estás contenta?

—Indescriptiblemente. —Titubeó por un momento—. Bertie, ¿sabes qué acabaría de completarme esta velada?

—¿Cenar en
Romano's
?

—Lo que en realidad me agradaría sería que nos lleváramos con nosotros a nuestras tórtolas.

(Este término afectuoso lo utilizamos para nuestras hijas, las princesas Louise, Victoria y Maud).

—Pues sí... —contesté con todo el entusiasmo que pude mostrar mientras pensaba cómo escaparme a Mile End Road el martes por la noche—. Les hará bien.

(Las tres son como unas modestas violetas, y no acierto a comprender el porqué, con un papá como yo. Me han dicho que en los chismorreos de sociedad se alude a ellas, poco amablemente, como Sus Reales Timideces).

Alix complicó todavía más la cuestión al sugerir que viajáramos a Londres el miércoles, pero esto lo frustré con una mentira piadosa que resolvió la dificultad. Dije que se me había invitado a asistir, el martes a última hora, a una reunión del Comité de Jubileo de la Reina para el East End. Probablemente terminaría un poco tarde, pero yo juzgaba mi obligación otorgarle todo mi apoyo.

Por lo tanto, los cinco, junto con mi perrito Peter y Knollys y su hermana, tomamos el tren en Sandringham el martes por la mañana.

En la entrada de Marlborough House hay un mandril disecado

que sostiene una bandeja en la que se dejan las cartas. Esa mañana el pobre bicho iba cargado hasta el morro de tarjetas de felicitación. Alix quería abrirlas en seguida, pero yo insistí en que esperase hasta el miércoles. Y tampoco le permití desenvolver ninguno de los paquetes apilados junto a la pared. En tales ocasiones, ella es como una niña y me rogó que le permitiera leer las direcciones y ver si lograba adivinar quién los había enviado. Un momento después, anunció:

—¡Esto no es justo! ¡El mayor de todos es para ti, Bertie!

—¿Estás segura?

Sostenía una caja de cartón lo bastante grande como para contener un cuadro con su marco. Es frecuente que reciba mamarrachadas no solicitadas de artistas que van en busca de un mecenazgo real, pero, a juzgar por la manera de manejar Alix la caja, era evidente que no pesaba como un cuadro. Dije:

—Supongo que, en realidad, es para ti. Alguien habrá cometido un error.

—En la etiqueta dice «Personal».

—Desentrañemos el misterio, pues.

Corté el cordel y quité la tapa.

—Papel de seda —comentó Alix—. Algo especial, evidentemente. Tal vez sí que sea para mí.

Retiré los envoltorios y descubrí mi camisa de etiqueta, recién planchada. Y el traje que llevaba cuando caí al Támesis, ahora limpio y con la manga desgarrada invisiblemente zurcida.

—Es de mi lavandería —murmuré.

—Pero si tú nunca mandas tus ropas a una lavandería —alegó Alix, perpleja.

Hundió las manos entre los papeles y extrajo mis calcetines y mis tirantes. A continuación mi camiseta de lana de merino y la prenda que se lleva más abajo. Y un guante solitario. Todo ello prodigiosamente limpio. Ante semejante demostración, cabría recomendar a cualquiera la lavandería de Carrie Montrose, pero en aquel momento deseé que hubieran perdido toda la ropa.

—Debe de ser una broma pesada —dije, y mis hijas me apoyaron con risitas proferidas detrás de sus manos.

También a Alix le encantan las bromas, pero en esa ocasión no quiso unirse a nuestra hilaridad.

—¡Me gustaría saber quién ha hecho esto! —vociferé entonces—. No me sorprendería que fuese Charlie Beresford.

—¿Tus ropas, Bertie? —exclamó Alix con incredulidad—. Tus prendas íntimas... ¿Cómo pudo Charlie hacerse con ellas?

—¡A través de Knollys! —declaré con desesperación—. ¡Francis! ¡Exijo una explicación!

Pero había desaparecido. Francis no es de los que dejan que las moscas se posen en ellos.

—¡Inaudita libertad! —dije—. Más tarde le ajustaré las cuentas. Sin embargo, no deja de ser un bromazo inteligente. Charlie B deberá andar con mucho cuidado, pues se lo devolveré cuando se me ocurra algo lo bastante diabólico. —Volví a meterlo todo en la caja y la tapé, mientras decía a Alix—: Creo que nada se opone a que abras tus regalos, querida mía. Lo más probable es que mañana recibas muchos más.

Y mientras ella cogía un paquete, yo efectué una salida lo más digna que me fue posible con la caja debajo del brazo.

Desde luego, nada le dije a Francis cuando di con él, excepto que asegurase el encargo de una resplandeciente gargantilla.

El día no mejoraba para mí. Resultó que *sir* Charles Warren me estaba esperando en una antesala, con su sombrero de ala levantada. Tenía que comunicarme «una cuestión urgente y confidencial». Pedí a Francis que saliera y que hiciera entrar a Warren.

El comisionado prefirió permanecer de pie. Sus ojos brillaban tanto como sus medallas.

—Ayer al anochecer, Alteza Real, recuperamos algo en el río.

Puntuó esta declaración con una pausa dramática y yo esperé su final, que él resumió diciendo:

—Cuando digo «recuperamos», me refiero a la División del Támesis. Encontramos el cadáver de un hombre que corresponde a la descripción del capitán Buckfast.

Yo ya me lo temía, desde luego, pero a pesar de ello noté que se me ponía la carne de gallina. Supongo que había estado esperando algún milagro.

—¿De veras? —exclamé—. ¿Y dónde encontraron al pobre hombre?

—En Battersea Reach, señor. Fue un golpe de suerte.

—¿Suerte? Ésta es una palabra inapropiada dadas las circunstancias, comisionado.

Ni siquiera parpadeó.

—Quiero decir que fue una suerte que lo recuperásemos, señor. En este tiempo frío, un cuerpo tiende a hundirse y permanecer en el fondo del río durante semanas, antes de que se eleve de nuevo. Un barquero advirtió casualmente el tacón de una bota que sobresalía del nivel del agua. Las botas no suelen flotar, por lo que tomó un gancho de amarre y estableció contacto con algo más voluminoso. Informó a la División del Támesis y ellos me avisaron a mí. —Y Warren añadió, con una nota de satisfacción personal—: Yo ya había pedido que se me notificara el descubrimiento de cualquier cadáver en el río.

—¿Tantos hay?

—Veinte o más semanalmente, señor. En su mayoría, se trata de suicidios o de accidentes. Suelen traerlos los barqueros, y nosotros les pagamos un chelín por su trabajo.

—¿Y están seguros de que se trata del capitán Buckfast? —dije, pero en seguida añadí enfáticamente—: No sería apropiado que yo identificara al difunto. Podrían presentarse dificultades de tipo constitucional con respecto a mi asistencia a las diligencias de un *coroner*.

Warren supo tranquilizarme.

—Esto ya se ha hecho, señor. Yo envié a buscar dos testigos, personas que conocían bien a Buckfast: un tal Harry Sarjent, de Newmarket, que fue mozo de cuadra y ayuda de cámara del difunto Fred Archer, y John Parker, su jardinero.

—Sarjent es un sujeto capaz y un buen testigo —comenté, recordando su declaración en las diligencias en casa de Archer, y cómo había cepillado después mi sombrero y mi abrigo.

—¿Le conoce? —exclamó Warren, un tanto sorprendido.

Apelando a mis recursos, contesté:

—Leí su declaración en el *Times*.

—¡Ah!

—Por tanto, ¿no cabe ninguna duda de que era el capitán Buckfast?

—Por desgracia, ninguna, señor. Identificaron primero las ropas y después se les pidió que examinaran los efectos personales. Su

libreta de bolsillo, que contenía varias de sus tarjetas de visita, se encontró todavía en su chaqueta, y sujeta a la cadena del reloj había una insignia del 17 de Lanceros. Finalmente, ambos vieron al difunto, y los dos observaron un hecho extraño.

—¿Cuál?

—El hombre sacado del Támesis iba totalmente afeitado y, según mis informaciones, el capitán Buckfast lucía un bigote particularmente frondoso.

—Esto es correcto.

Creo haber mencionado ya la exuberancia pilosa sobre el labio superior de *sir* Charles Warren, y, al hablar de la desaparición del bigote de Buckfast, su mano avanzó, protectora, hacia el suyo.

—Se lo había afeitado recientemente —expliqué—. Yo debí mencionar este punto.

—Los dos testigos identificadores se mostraron seguros de que el difunto era el capitán Buckfast, con o sin el bigote. Y había muestras evidentes del ataque que usted describió. Hematomas en la cabeza y los hombros. —*Sir* Charles se permitió un suspiro tan profundo como significativo—. No cabe ninguna duda, señor, de que me encuentro ante un caso de asesinato.

—Ni la menor duda, comisionado.

Warren carraspeó discretamente.

—Entonces, con su permiso, señor...

Alcé una mano para interrumpirle.

—Antes de que prosiga, comisionado, me gustaría aclararle a fondo un punto. Tiene usted mi permiso para proseguir esta investigación como usted guste, siempre y cuando me mantenga a mí al margen de la misma.

Hubo un silencio incómodo, al que puso fin Warren diciendo con sequedad:

—Se me confiaron ciertas responsabilidades al ser nombrado comisionado, señor, y la primera de ellas era perseguir el delito. El asesinato es el peor de todos los delitos.

—Tengo entendido que también juró usted lealtad —observé.

—Al soberano, señor, si se sirve excusarme.

—Yo podría excusarle —repuse—, pero ¿lo haría el cargo soberano si usted provocara un escándalo real? Con todos los respetos, *sir* Charles, yo conozco a tan encumbrada dama mucho

mejor que usted, y, en la opinión de ella, hay un delito todavía más inicuo por parte de personas responsables cuya lealtad jamás debiera titubear. ¿Me expreso con suficiente claridad?

Se había producido un amago de desafío, pero yo lo había dominado. Uno se ve obligado a ello, en tales situaciones. Sir Charles Warren era nuevo en el oficio, y no podía medirse conmigo. Esa oratoria siempre se impone, tanto si uno trata con un marido belicoso como si se enfrenta a un policía excesivamente celoso.

Después de retirarse Warren, pasé unos minutos tranquilos pensando en el pobre Charlie Buckfast. Dudaba de que su muerte pudiera conmover a mucha gente y era improbable que mereciera una necrológica en *The Times*, pero, por otra parte, era un turfista que jamás había dado mala reputación al deporte y, según todas las pruebas, había sido un amigo leal de Archer. Y también me había servido lealmente a mí. No era hombre de conversación muy florida y no lo catalogaría como el acompañante más chispeante que haya conocido, pero era un hombre resuelto y fiable, cualidades que no cabe menospreciar en una labor detectivesca. Como pueden ver mis lectores, a pesar de la tragedia yo seguía pensando como un investigador, implacable en mi resolución. Ese brutal asesinato no iba a detenerme, y más bien representaba para mí un acicate. Le debía a Charlie llevar el caso a una satisfactoria conclusión.

¿Qué debía hacer, pues?

En primer lugar, necesitaba otro ayudante. Al fin y al cabo, hay ciertas tareas en una investigación que sería impensable que yo emprendiera solo por mi cuenta. Necesitaba a alguien de indiscutible lealtad, una persona buena observadora, valiente y capaz de burlar al Squire y a su pandilla de forajidos.

¿Por qué no una mujer? ¿Por qué no Myrtle Bliss?

En lo que al Squire se refería, Myrtle poseía, en comparación con Buckfast, ciertas ventajas físicas a las que antes ya he aludido. Cierto que escribir no era su fuerte, pero yo no le exigía escribir informes ni tomar declaraciones. Respondía muy bien a mis peticiones, lo que no deja de ser una muestra de inteligencia.

En cierto modo, se encontraba ya a prueba para ese empleo. Esa misma noche, yo oiría lo que ella hubiera podido obtener a partir de su cita con el Squire el domingo. Y si ello tenía alguna utilidad, la admitiría como sustitución de Buckfast. No me importaba pagarle

los emolumentos que ella pudiera conseguir de los *music-halls*.

Cené temprano y dejé a Alix entregada a unas partidas de whist con nuestras tórtolas. Ella me rogó que no regresara demasiado tarde de mi reunión con el Comité del Jubileo. Aunque dormimos en habitaciones separadas (lo he hecho durante los últimos quince años), era más que improbable que pudiera turbar su sueño, pero le aseguré que me escaparía a la primera oportunidad, puesto que deseaba estar en mi mejor forma el día de su cumpleaños.

Crucé la calle hasta mi club, el Marlborough, y consulté el *Era* para averiguar dónde actuaban esta semana «Miss Bliss y sus Amigos de Pluma». Tenía la intención de visitar el camerino de Myrtle, pero, cuando vi dónde trabajaba, cambié de opinión. El Bell Music Hall está situado en

St. George's

Street, en la zona portuaria del East End, una calle tan conocida como la antigua Ratcliff Highway, a la que se le cambió el nombre con la intención de sanear un poco su reputación. No es posible imaginar un lugar más notorio ni más peligroso.

Por lo tanto, me quedé un par de horas en mi club y, de modo inevitable, me enzarcé en conversaciones y me quedé allí más tiempo del que pretendía. Cuando por fin pude escapar, eran más de las diez. Corrí hasta la fila de coches de punto en Piccadilly y pregunté al primer cochero si podía llevarme hasta Mile End Road antes de las once.

—No hay inconveniente, señor... ¡Archer está en pie!

Sonreí con desgana y contesté que esperaba que así fuera.

No me importa confesar que, por alguna razón insondable, aquella noche de noviembre en el coche de punto me sentí inquieto. La frase «¡Archer está en pie!» debía de haber sido pronunciada más de un millón de veces para impartir confianza, pero a mí me turbó. Hay algo en la distribución de uno de esos cabriolés, con su conductor de pie en las alturas y fuera de la vista detrás del pasajero, y éste solo con la lona sobre sus rodillas y la grupa del caballo delante, cosa que le da a uno una sensación de aislamiento. Con una niebla que se espesaba a cada minuto, convirtiendo en manchas borrosas las luces de los faroles, la imaginación no necesitaba mucho más para adquirir un toque macabro.

El progreso a través de la City fue lento, y era ya bastante más

de las once cuando llegamos a Mile End Road. Di instrucciones al cochero para que me esperase mientras yo subía, pero mi llamada a la puerta de Myrtle no suscitó ninguna respuesta. Todavía no había vuelto del Bell.

No prolongaré la descripción de lo que para mí fue una tediosa espera de más de cuarenta minutos. Bajé a la calle y hablé con mi rezongante conductor. Éste me dijo que terminaba su servicio a medianoche, por lo que le di media corona y le prometí un soberano para cuando termináramos el trayecto. Yo me sentía tan helado y deprimido como él mismo.

Sin embargo, llegado ya a este punto, yo no estaba dispuesto a darme por vencido. *Chewsdy hacia las 11* era lo que Myrtle había escrito, y a fe mía que yo había modificado el cumpleaños de Alix para cumplir con la cita.

Cuando oí dar las doce, ordené al cochero que me llevara directamente al Bell.

Ésta es la hora en que las casas de huéspedes se han llenado ya y los desafortunados e indigentes pululan a miles por las calles del East End, en busca de escaleras y umbrales donde puedan acurrucarse para pasar la noche. Marineros extranjeros salen tambaleándose de las salas de baile y las tabernas. Es la peor hora para que una joven vuelva a pie a su casa, y yo dudaba de que Myrtle pudiera encontrar —o permitirse pagar— un coche de alquiler.

Buscarla entre la niebla quedaba descartado, de modo que avanzamos con premura a través de Whitechapel, doblamos al sur cruzando Commercial Road y Cable Street (lugares que eran todos ellos antros de iniquidad), y llegamos a

St. George's

Street, donde me sentí consternado. El Bell estaba ya sumido en la oscuridad cuando nos paramos enfrente. Me apeé y atravesé la calzada hasta llegar a su fachada. Las puertas estaban atrancadas y varias familias harapientas, hombres y mujeres cadavéricos con críos entre los brazos, habían fijado ya residencia junto a ellas. Una criatura de atroz catadura intentó importunarme.

Busqué la puerta del escenario, con la esperanza de que algunos de los artistas pudieran salir todavía por ella, pero la puerta estaba cerrada y la entrada la llenaba un hombre gigantesco —

probablemente un estibador— que me indicó con aspereza que me largara, puesto que aquél era su «lugar».

Volví a mi coche y descubrí al conductor en animada conversación con un joven de aspecto sensiblemente mejor que el de los demás habitantes de esa localidad. Al parecer, ese arrogante joven se proponía alquilar mi vehículo, por lo que me adelanté para desanimarle en sus intenciones, y entonces descubrí que era el subdirector (probablemente el barman, en realidad) del Bell, y que acababa de cerrar el local por aquella noche.

Pregunté cuándo se había marchado *Miss Bliss*, y él aventuró la opinión de que debía de haberse marchado hacía una hora como mínimo. Dentro del local ya no quedaba nadie.

Le pregunté también si él la había visto salir, y resultó que no. Dije que no había vuelto a casa, lo cual le llevó a suponer que yo era su padre, cosa que consideré bastante enojosa. Exasperado, elaboré entonces una ingeniosa historia. Dije que yo era veterinario y que había estado tratando a uno de los loros de *Myrtle*. Esta misma noche el pájaro había muerto y yo temía que la causa fuera la psitacosis, enfermedad que puede afectar a las personas y a veces con resultados fatales (esta útil información yo la había obtenido de mi querida mamá, que tiene un aviario en Windsor y jamás se acerca a los loros). Era, por tanto, cuestión de extrema urgencia que yo pudiera examinar a las demás aves.

En realidad, lo que yo quería, desde luego, era ganar acceso al camerino de *Myrtle* para averiguar si me había dejado otra de sus notas con perfume de espliego. No era posible que ella hubiera olvidado nuestra cita.

Tras recibir mi promesa de que podría compartir mi coche de punto si él me dejaba entrar, el joven sacó sus llaves y avanzó resueltamente hacia la familia acampada ante las puertas delanteras. Nos dejaron pasar. Él me dijo que me enseñaría el camerino de *Myrtle*, pero que no estaba dispuesto a entrar, en vista del riesgo que ello podía significar para su salud. Encontró un par de linternas y, a través de la sala, me condujo hasta una puerta situada al lado del escenario. Los camerinos quedaban a nuestra derecha y fui informado de que el de *Myrtle* era el penúltimo, a lo que se agregó la petición de que regresara a la entrada del edificio una vez hubiera terminado.

Abrí la puerta y enfoqué mi linterna hacia el interior. Capté la visión de dos o tres de los pajarracos, somnolientos y silenciosos en sus perchas. Cocky se mecía alternativamente sobre sus patas y contemplaba la luz, flexionando su cresta amarilla.

Bajé algo más el haz de la linterna y tuve un sobresalto momentáneo al reflejarse la luz hacia mí desde el espejo que había sobre el tocador.

Todo esto había ocurrido en pocos segundos, y sin embargo lo recuerdo vívidamente como una serie de impresiones que bien pudieron haber durado varios minutos.

Pensé confusamente que Cocky no debiera encontrarse allí, puesto que ella siempre se lo llevaba a su casa.

Y entonces vi el cadáver de Myrtle sobre la estera, delante de mí. Había sangre. Había un orificio en un lado de su cabeza.

Tengo que marcharme, pensé. No pueden encontrarme aquí. Cualquiera que sea el significado de todo esto, no es lugar conveniente para mí.

Si eso demuestra falta de compasión, así sea. La compasión vino después. Bajo el impacto del descubrimiento, uno sólo piensa en lo práctico.

Retrocedí y, al danzar el haz luminoso de la linterna en aquel cuarto, una voz dijo:

—Hola, Bertie.

Allí no había nadie.

—Hola Bertie —repitió Cocky—. Dios salve al príncipe de Gales.

La carta de Myrtle; *Ha aprendido un truco nuevo y te lo enseñará.*

Maldito fuera el nuevo truco. Daría mi nombre a la policía. Tendría que llevarme a Cocky conmigo.

14

TRAS HABER persistido en mi lectura hasta este punto, sabe el lector que yo no soslayo los hechos de la vida cuando son necesarios para mi narrativa, y sabe ahora que trato el hecho de la muerte con la misma franqueza.

Había pensado en dar instrucciones al impresor para que marcara el capítulo precedente con una orla negra como muestra de respeto, y también como advertencia para los incautos. Después de un profundo examen de conciencia, abandoné la idea. Tengo la mayor dificultad en decidirme a leer todo lo que esté rodeado por una orla negra, y, en consecuencia, ¿cómo iba a pedirles a mis lectores que hicieran frente a lo que yo no me atrevo a afrontar?

Pido perdón. Después de producirse una muerte, el instinto induce a hablar de cualquier cosa, salvo del terrible hecho en sí. Ahora voy a hacerlo.

Me cuesta encontrar palabras adecuadas para describir el horror de aquella triste noche de noviembre. No vayan a imaginar que mi vida de privilegio me ha ahorrado penalidades. No estoy desacostumbrado a la muerte de íntimos amigos y de miembros de mi familia. Conozco el proceso: la sensación de un golpe, superada después por el embotamiento, que se convierte en dolor cuando la mente empieza a aceptar lo que ha ocurrido. Después, puede asentarse la desesperación, o incluso la pérdida de fe.

La muerte violenta de Myrtle me afectó en otros aspectos. Se apoderaron de mí horrendas sensaciones. Estaba anonadado, asustado y, lo que todavía era peor, estaba convencido de ser yo el

responsable.

«¿El responsable?», preguntarán ustedes.

Permítanme explicarme. El asesinato de Charlie Buckfast me había enseñado cuán peligroso era meterse con él Squire y su pandilla. No me es posible explicar mi impresión ante la malignidad de aquel ataque. Me sentía profundamente apenado por Charlie, y me arrepentía de haberle enviado a Bedford Lodge. Mis cálculos habían sido erróneos, pero por otra parte no me sentía directamente responsable de su muerte. Nadie hubiera podido prever que nos las habíamos con unos asesinos.

En cambio, la muerte de Myrtle pesaba directamente en mi conciencia. Ciertamente que yo la había alertado con respecto a los peligros y le había explicado que Charlie había sido asesinado, pero, a pesar de ello, yo la recluté como mi espía, sabiendo que ella estaba dispuesta a correr el riesgo. Contaba con la bendición, o la maldición, de la confianza propia de la juventud. Había revelado valentía y generosidad de corazón, y yo me había aprovechado de su alegre aquiescencia, con tan espantosas consecuencias.

Pero volvamos a aquel cuarto de la muerte. Como ya he explicado, inmediatamente después del descubrimiento mi reacción fue la de huir de aquel lugar, pero Cocky dijo por sexta o séptima vez: «Hola, Bertie», y supe que primero tenía que ocuparme de él.

Dejé la linterna en el suelo y lo transferí a una jaula. Cuando lo agarré, lanzó un chillido, suponiendo, creo, que mi propósito era el de estrangularlo. Pero se sometió obedientemente a su introducción a través de la puerta de alambres y, a partir de entonces, guardó silencio.

No cabía ni hablar de escapar por el mismo camino de mi entrada. El cochero y el ayudante del director me estarían esperando frente al edificio. De momento, todavía no tenían la menor sospecha respecto a mi identidad. Para el cochero, yo era meramente un «pasajero» recogido en Piccadilly, y para aquel jovenzuelo yo era un médico de animales. Después de lo que yo acababa de ver, era de vital importancia que permanecieran en esa ignorancia, pero yo no me hallaba en condiciones de continuar mi comedia, y además estaba perfectamente seguro de que Cocky me delataría si ellos le oían hablar.

Bajé por una ventana del cuarto de aderezos, valiéndome de una

mesa de juego propiedad de algún prestidigitador. Mis pies localizaron un barril muy conveniente en el patio exterior y recordé coger la jaula del loro antes de descender a *terra firma*.

Mi sobretodo estaba copiosamente manchado por una especie de grasa procedente del marco de la ventana y desgarré una pernera de mi pantalón, todo lo cual prestó su buen servicio cuando anduve entre la chusma de

St. George's

Street. Sepan que estoy convencido de que debo agradecerle a Cocky que me evitara verme asaltado y robado. Con la jaula del loro y mi barba, fui confundido con un marino. Recibí numerosas invitaciones de prostitutas que me llamaron marinero, pero ladrones y estranguladores me dejaron pasar, en el supuesto de que un lobo de mar suele plantar cara.

Sin apenas idea de las direcciones, caminé con paso vivo, alerta ante la posibilidad de un súbito ataque por la espalda. Grupos de tipos de mala catadura aguardaban en más de una esquina, pero cada vez que veía una de esas reuniones apretaba el paso y con cierto disimulo pasaba al otro lado de la calle, y, aunque me avergüenza decirlo, hice lo propio cuando distinguí un casco de policía. No obstante, no dejé de pensar que tenemos una deuda considerable con nuestra valiente policía, con sus patrullas nocturnas en esos barrios tan siniestros.

Este escenario se extendía delante de mí, al parecer interminablemente, con viviendas a ambos lados y pasajes llenos de lo que parecían ser fardos de trapos hasta que se oía el llanto de un bebé o la voz de un hombre que lanzaba un juramento. Se abrían puertas de golpe y cuerpos humanos se cruzaban, vacilantes, en mi camino, momentáneamente iluminados. Y las mujeres de la calle seguían importunándome con ofrecimientos que se convertían en burlas y palabras soeces cuando yo me desviaba y me alejaba apresuradamente.

Todo mi futuro se reducía a alcanzar sano y salvo la siguiente farola.

Caminaba con toda la rapidez que podía conferir a mis piernas y, finalmente, discerní una ligera mejora en la indumentaria y la conducta de la gente. La calle se ensanchó. Después, tuve la dicha de reconocer Tower Hill, que, aunque no sea un lugar propicio para

alguien de sangre real, representó un puerto de salvación para mí aquella noche, pues allí, con profundo alivio por mi parte, conseguí parar un coche de punto. Quiso cobrar un extra, claro, sin sospechar que yo hubiera estado dispuesto a ofrecerle la mitad del reino. Me dejó en el Mall y volví a Marlborough House alrededor de las dos menos cuarto.

Knollys debió de oírme, pues bajó en batín y zapatillas, mientras yo calmaba mis nervios con un dram antes de retirarme a mis habitaciones. Sin preguntar nada, se sirvió uno para sí.

—Una hora más que temprana para usted.

De madrugada, Francis y yo nos expresamos con toda franqueza. Asentí y él dijo:

—Tiene roto el pantalón. ¿Cómo se lo ha hecho? ¿Descolgándose desde una ventana?

—En realidad, no es de tu incumbencia.

Con esto hubiera debido bastar, pero cuando Francis se siente inquisitivo, le cuesta pararse.

—Entonces, ¿el marido regresó inesperadamente a casa?

Él da por sentado que yo dedico mis noches a aventuras adulterinas. Ignoré la pregunta, pero él persistió:

—Todavía no son las dos.

—En lo que a ti respecta, Francis —repuse—, es antes de la medianoche.

Finalmente, percibió la escarcha que había en el aire, pues hizo una pausa antes de informarme de una noticia apaciguadora.

—Su Alteza Real, su esposa, se retiró a las once.

—En este caso, yo regresé a las once y cuarto.

Hubo otro intervalo mientras digería la cuestión, y después me comunicó con la debida formalidad:

—La gargantilla está empaquetada sobre su escritorio, señor. Hay una tarjeta, en la que sólo falta su inscripción.

El cumpleaños de Alix. Después de mi reciente excursión al infierno, ¿cómo iba a pensar yo en un cumpleaños?

Sin embargo, tomé buena nota de escribir algo la mañana siguiente.

Knollys me preguntó qué había debajo de mi abrigo (que yo me había quitado y depositado sobre la jaula del loro).

No había posibilidad de recurrir a las negativas, por lo que

contesté con indiferencia:

—Una cacatúa parlante.

—¡Qué espléndida idea, si me es lícito decirlo! —comentó él.

—¿De veras? —dije desconcertado.

—Como regalo de cumpleaños.

Tenía razón. Era una idea genial y me encantó adjudicármela por la mañana. ¿No les he dicho que Alix adora a las aves y los animales en general, hasta llegar a extremos ridículos? Una tarde, durante nuestro viaje por el Nilo hace unos años, ella estaba reclinada en una tumbona en una zona sombreada de cubierta, cuando notó que algo frío ascendía por su falda y husmeaba su rodilla. Era el morro de un carnero negro que se había librado de sus ataduras en la cocina y vagaba por el barco. En vez de asustarse, Alix se mostró encantada. Ofreció a la bestia un terrón de azúcar, y ordenó que le trajeran más. Cuando supo que se había prendado de la cena del día siguiente, se horrorizó, y, en consecuencia, el carnero efectuó todo el viaje de regreso con nosotros hasta Sandringham, donde vivió varios años.

Y esto les permitirá comprender por qué Cocky tuvo tanto éxito como regalo de cumpleaños. Lo sacó de la jaula y le permitió posarse en su brazo, y cuando el pájaro dijo: «Dios bendiga al príncipe de Gales», Alix gritó de pura alegría. Llegó a convencerse de que yo había comprado el ave semanas antes y le había estado dando en secreto lecciones de oratoria. Lo interpretó como prueba de mi devoción, y así me lo dijo con los ojos anegados. Por mi parte, decidí no ilustrarla en el sentido de que Cocky también sabía montar en triciclo, caminar sobre la cuerda floja y arrebatarse cigarrillos de las bocas de los espectadores de un teatro.

En cuanto a la gargantilla de pedrería, no le dedicó una segunda mirada.

Durante la mañana hubo varias visitas, con no poca agitación por mi parte, puesto que esperaba ver aparecer en la puerta, en cualquier momento, el sombrero de ala levantada y el monóculo. Me había llegado a convencer de que mi cochero o el joven del Bell me habían reconocido y habían dado mi nombre como el del probable asesino. Como última persona en visitar el escenario del crimen antes de ser descubierto el cadáver, era mucho lo que yo hubiera tenido que explicar. Sin embargo, todos los visitantes, sin

excepción, habían acudido para felicitar a Alix, y cuando llegó Oliver Montagu para el almuerzo, supe que podría disponer de un tiempo precioso para mí. (Oliver está desesperadamente enamorado de Alix, y lo ha estado a lo largo de unos veinte años. El afecto es mutuo y yo lo permito, pues sé perfectamente que Alix nunca le ha concedido el favor definitivo y nunca se lo concederá. Creo que ha olvidado cómo se hace).

En la quietud de mi estudio, reflexioné angustiosamente sobre el brete en que me encontraba metido. A esas horas, era seguro que alguien, personal de limpieza o portero, habría echado ya un vistazo a aquel cuarto de la muerte y llamado a la policía. Circularía a su debido tiempo una descripción de un caballero barbudo, bien hablado y apuesto, con una intrigante traza alemana en su acento, que había fabricado una historia para lograr acceder a aquella habitación. Abundarían las teorías: la de que había convenido una cita secreta con su víctima, o la de que la había matado antes y regresaba a la escena del crimen, como, según se dice, hacen todos los asesinos, aunque sólo sea para ocultar pistas.

Cabe que ustedes piensen que, como sospechoso en potencia, yo tendría ventaja sobre un ciudadano corriente, pero en realidad es todo lo contrario. Si el príncipe de Gales se afeitara la barba para evitar ser reconocido, todos los periódicos del país lo convertirían en una noticia sensacional. Me sería imposible desaparecer entre una multitud, o adquirir secretamente un pasaje para Francia. Sería blanco de todos los tiros.

Knollys llegó hacia el mediodía y su aspecto de preocupación no representó para mí el menor consuelo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Una dificultad, señor...

Mi corazón se lanzó al galope.

—... y me disgusta profundamente mencionarla en un día tan venturoso.

—Nada de ceremonias conmigo, Francis —le espeté—. ¿Hay alguien afuera?

—Pues... sí.

—¿Es *sir* Charles Warren?

Frunció el entrecejo.

—No, señor. Es *sir* Frederick Leighton.

—¿Fred Leighton? —Ni remotamente se me ocurría qué podía inducir al presidente de la Royal Academy a visitarme sin antes haber concertado una cita. Era un conocido de cenas y fiestas, que en más de una ocasión había dedicado su talento a supervisar las decoraciones para algunos de los bailes de disfraces que ofrecíamos, un individuo al que resultaba útil conocer, pero sin un gran sentido de la diversión, y que difícilmente hubiera podido incorporarse al grupo de Marlborough House—. ¿Y qué quiere?

—Parece ser que en ciertos sectores de la Academia se han formulado críticas, señor, y él desea someterlas a su atención antes de que se hagan públicas.

—¿Críticas de qué, exactamente?

Knollys tosió y yo le miré con fijeza.

—¿Contra mí?

Vaciló sobre sus pies y bajó los ojos.

—¿De qué se me acusa? —inquirí.

—Creo que de favoritismo, señor.

—¿Favoritismo? ¿Y con respecto a qué, válgame el cielo?

—La estatua de Wellington.

¡Imagínense! Yo corría inminente peligro de verme conducido a Scotland Yard para contestar a preguntas referentes a un asesinato, y Fred Leighton quería hablar conmigo de la estatua de Wellington. ¡Como si yo no hubiera sacrificado ya bastante tiempo mío en aquel soporífero comité!

—Sírvase perdonarme, señor, pero *sir* Frederick insiste en que tiene el deber de comunicarle a usted esta información.

Knollys se mostraba tan visiblemente desdichado que empecé a sentir pena por él.

—En otras palabras, para conservarme en el cuadro —bromeé, y me mostré algo más afable—. Muy bien. Dile que puede tomar un rápido bosquejo, Francis.

Como ya me esperaba, toda la cuestión era una perfecta tontería. Se supone que los artistas tienen un sentido de la proporción, del que, desde luego, carecen por completo. Resultó que ciertos disidentes en la Royal Academy se quejaban porque en el concurso para la estatua de Wellington la obra había sido adjudicada a Edgar Boehm. Decían que su modelo en yeso era inferior a otros varios de los presentados y había llegado a sus oídos que yo, como

presidente, había patrocinado a Boehm e influenciado en la decisión.

Procurando contenerme, pregunté a Leighton por qué no podía un presidente expresar sus opiniones, y él me contestó que existía la sospecha (que él no compartía, claro) de que mi apoyo a Boehm era más bien cuestión de tendencia proalemana que de juicio artístico.

Solté la carcajada al oír esto, y con ello se le bajaron los humos a Leighton. Le dije verazmente que la nacionalidad de Boehm no me había influenciado en lo más mínimo. Y en realidad, él nada tenía de alemán. Era un vienés que había adquirido la nacionalidad inglesa más de veinte años antes, y sugerí que Leighton comunicara esta información a sus mezquinos miembros. Y cuando ya atravesaba la puerta, le asesté un puntapié hanoveriano en el trasero diciéndole que pintura y política no deben mezclarse.

Este encuentro me hizo sentir mejor. Me fue útil durante el almuerzo. Di dos o tres codazos a Oliver y fui muy amable con Alix, hasta el punto de que supe fingir sorpresa cuando ella explicó que Cocky había robado el cigarrillo de Oliver.

Unos bienvenidos rayos de sol se filtraron durante la tarde, lo cual me alentó para sacar a mi perro *Peter* a dar un paseo por los alrededores, mientras Alix bebía té con su admirador. A medida que pasaban las horas y *sir* Charles Warren no hacía acto de presencia, empecé a nutrir seriamente la esperanza de que no se me hubiera denunciado a Scotland Yard. Mis pensamientos adoptaron un cauce más constructivo y reflexioné sobre lo que habría de hacerse con el señor Abington Baird, conocido como el Squire.

Pensar en él me hizo apretar los dientes y dar un tirón a la correa de *Peter*, de modo que el inocente animal se enderezó súbitamente sobre sus patas posteriores. El Squire era un asesino por asociación, aunque no lo fuera por obra de sus propias manos. Por razones cuya obviedad impide repetirlas, yo no podía contárselo todo a la policía, cosa que me dejaba con una pesada responsabilidad en mi haber.

¿Se hacen ustedes cargo de mi dificultad?

Me pregunté si, privado de ayuda, yo era capaz de hacer frente al Squire y a su mortífera pandilla.

Claro que no.

Y si enrolaba personal ayudante, ¿en quién podía confiar?

¿El grupo de Marlborough House? Ni pensarlo.

¿Los francmasones? Soy, claro está, el Venerable Gran Maestro de Inglaterra, y mis hermanos masones han prometido ayudarme. La hermandad sería más discreta que individuos tipo Charlie Beresford y Podge Somerset, pero, por desgracia, resulta que el segundo masón de Londres, por orden de eminencia, es *sir* Charles Warren.

Descartados los francmasones, me veía obligado a actuar solo. Pero ¿cómo? ¿Y qué convenía hacer?

No se le podían dar más vueltas al asunto: debía ver al Squire en persona. Yo necesitaba algo más que pruebas circunstanciales de que había acosado al pobre Archer hasta llevarle a la muerte, y de que había ordenado asesinar a Charlie y a Myrtle. Era un fanfarrón incurable, y por tanto yo estaba plenamente seguro de que no me sería difícil persuadirle de que hablara. Mi objetivo sería conseguir una confesión, una declaración firmada de su culpabilidad, junto con los nombres de sus cómplices. Le enviaría a Warren, y el caso quedaría resuelto sin la menor referencia a mi persona.

¿Era todo eso un simple sueño, o era yo capaz de convertirlo en realidad?

Aquella noche, fuimos al teatro tal como estaba previsto, y creo que Alix y nuestras hijas disfrutaron con la opereta. Yo recuerdo muy poco de ella, puesto que estuve montando argumentos y programando con mayor inventiva de la que presidía lo que estaba ocurriendo en el escenario.

Mi razonamiento era el siguiente. Estaba dispuesto a arrancar del Squire una confesión completa sobre las muertes de Archer, Charlie Buckfast y Myrtle. Evidentemente, sería por mi parte una locura ir a Bedford Lodge. Y sería otro tipo de locura convocarle a él en Marlborough House o Sandringham. Por tanto, la confrontación debía tener lugar en terreno neutral, y él había de ser persuadido o inducido a acudir allí sin sus esbirros. Primero pensé en el Jockey Club, pero hay allí demasiados oídos bien afinados. El encuentro debía tener lugar en un lugar privado.

Terreno neutral, donde él se sintiera seguro.

Antes de que tocaran por segunda vez el himno nacional, ya lo había elegido.

Fuera ya este peso de mi mente, dediqué el resto de la noche a

Alix. Apenas estuvimos en casa, desafiamos a Knollys y a su hermana a los bolos y los ganamos tres veces seguidas. Después jugamos a la gallina ciega con las princesas, a continuación a los mensajeros, y finalmente organizamos un tumultuoso juego del escondite por toda la casa. Por tratarse de una mujer de cuarenta y dos años, mi querida esposa posee una energía excepcional. Prefiere los juegos activos, en los que todo el mundo grita a pleno pulmón, a las partidas de naipes, en las que ella no puede oír los anuncios de subasta. Estoy seguro de que se acostó cansada y feliz, y esto me complace, puesto que le tengo un gran afecto.

La mañana siguiente, puse en marcha mi plan. Cuando entró Knollys con mi lista de compromisos, le dije que debía incluir otro.

—¿De qué se trata, señor?

—Quiero ver al Gran Christopher.

—¿Al señor Sykes, señor? Puede resultar difícil. Ya he tenido que efectuar algunos reajustes, para dejarle libre la tarde.

—No es la tarde lo que me preocupa, Francis —repuse—. Quiero verle aquí lo antes posible.

—Sí, señor.

Empleé algún tiempo preparándome un cigarro.

—¿Cuál es la dificultad, pues? ¿Qué es lo que está trastornando mi tarde?

Revolvió sus papeles.

—Su Majestad la reina, señor. *Sir* Frederick Ponsoby ha llamado por teléfono desde Windsor. Su Majestad desea verle en privado, a las tres.

Una mariposa aleteó en mi estómago... la especie conocida como monarca.

—¿Es un asunto urgente, pues?

—Parece serlo, señor.

15

DOS TEXTOS en diferentes páginas de *The Times* llamaron mi atención esa misma mañana. Entre los anuncios de defunciones recientes, encontré el nombre de Buckfast, *capitán Charles, de Jermyn Street, perteneciente al 17 de Lanceros*. No se daba ninguna información acerca de las circunstancias de la muerte de Charlie. Sólo se enunciaba... *repentinamente, en Londres, el 27 de noviembre*. «Repentinamente» no era ninguna exageración, pobre diablo. El funeral tendría lugar privadamente en Highgate, el viernes por la mañana. Escribí un memorándum a Knollys, para que encargara una corona.

El segundo texto era un informe al pie de una columna dedicada a la actividad policial.

MISTERIOSA MUERTE DE UNA ARTISTA DE MUSIC-HALL. - *El cadáver de una joven bien conocida como artista de music-hall fue descubierto, ayer por la mañana, en un camerino de The Bell, en Street y en el East End. Había recibido un balazo en la cabeza. Fue identificada como la señorita Myrtle Bliss y de 23 años de edad y domadora de aves. La Policía de Whitechapel ha anunciado que desea interrogar a un hombre que consiguió entrar en el local después de haber cerrado éste el lunes por la noche. Se le describe como un hombre de unos 50 años, de procedencia extranjera, bajo y más bien grueso, con barba y ataviado con un sobretodo marrón y un sombrero de fieltro*
St. George's

Mi primera reacción fue la de lanzar un resuello despectivo ante mi descripción. Después, tras haber visto en letras de imprenta que yo era, en efecto, un hombre buscado, adopté diferente actitud. Aquellas graves distorsiones podían obrar en mi ventaja. Sin duda alguna confundirían al público, en el que yo confiaba que no pensaría en su futuro rey como hombre de procedencia extranjera, de cincuenta años, y otras afirmaciones calumniosas. La única información exacta era la del sombrero, pues incluso mi sobretodo es más gris que marrón. ¡Peor para la policía de Whitechapel, y tanto peor para todos los extranjeros obesos y de más de cincuenta años!

Pero en realidad había algo que me turbaba más que la policía, y este algo era la llamada recibida desde Windsor. Si mi madre, la reina, había llegado a oír algo sobre mis aventuras en Chelsea y en el East End, era mejor para mí encontrarme detrás de rejas y con una bola sujeta por una cadena a mi pierna.

Para distraerme, inicié un discreto papeleo. El tema del Steeplechase del Príncipe de Gales en Sandown Park exigía mi estudio detenido. Me encapriché de un animal denominado *Hornpipe*, y, en el memorándum destinado a Knollys, añadí: «L25 - "*Hornpipe*", 1.30, Sandown». Entonces me asaltó un pensamiento inquietante: ¿y si Knollys interpretaba estas palabras como el mensaje que debía acompañar la corona de Charlie Buckfast? Oso decir que, como hombre aficionado a las carreras, era muy posible que Charlie hubiera agradecido este detalle.

Christopher Sykes fue anunciado antes de que yo llegara a una decisión con respecto a la carrera de las dos de la tarde. Seamos justos con el Gran Xtopher, pues había respondido a la convocatoria y llegaba desde Hill Street antes de que hubiera transcurrido una hora, apuntando su cabezota hacia mí como el búfalo sediento que acaba de encontrar un pozo de agua.

—¡Espléndido! —le saludé—. Esperaba que estuvieras en Londres. Siéntate y deja de contemplar tus zapatos, Christopher. Nada hay de ofensivo en ellos, ¿no?

Acomodándose en el borde de una silla de alto respaldo, dijo:

—Alteza Real...

—Antes de que prosigas —le interrumpí—, nos conocemos desde hace mucho tiempo y puedes prescindir de eso. Estoy buscando

ayuda.

—Lo que usted ordene, señor.

—Mejor será que antes escuches de qué se trata. Me gustaría que montaras otra de tus fiestas hogareñas en Brantingham Thorpe.

Brantingham es la cuna de Sykes en el Yorkshire, una casa solariega jacobina cerca de Beverley, la población a la que él representa en el Parlamento. Es un lugar apropiado para la prueba hípica de Doncaster, y por esto siempre damos una fiesta en septiembre.

Parpadeó ante el honor que se le concedía.

—¿Otra fiesta en casa, señor? ¡Qué idea tan soberbia! ¿Está pensando en el Año Nuevo?

—El fin de semana después de éste.

Tragó saliva y trató de mantener la calma.

—¿Tan pronto?

—Es inevitable —dije—. Estoy seguro de que a la gente le entusiasmará venir.

—Sí, desde luego... —Había retorcido sus largas piernas hasta conseguir con ellas una forma extraordinaria que me recordó el azúcar cande—. Entonces, lo mejor será que me ocupe en seguida de las invitaciones. ¿Ha pensado en algunos invitados en especial, señor?

—Tu cuñada Jessica, por ejemplo.

—¿Jessica? —Sus piernas intentaron otro retorcimiento, pero fallaron—. Espero que vendrá... si se la invita. —Ahora, sus mejillas se habían hundido como las de un santo en espera del martirio—. Señor, ya conoce su reputación de disoluta...

—Sí —admití con tolerancia—. Y tiene también varias amistades disolutas. Habla discretamente con ella, Christopher. Dile que te recomiende media docena de las chicas más casquivanas de Londres.

Dejó caer el sombrero, y cuando se inclinó para recogerlo, le expliqué:

—Quiero que esta fiesta casera sea una gozada, una verdadera gozada. Océanos de espumoso, desde luego. Fuegos de leña en todas las habitaciones. Luces de colores. Una orquesta alemana. Un oso acróbata.

Se enderezó y me miró parpadeante:

—¿Un oso en Brantingham, señor?

Hice un gesto expansivo.

—Está bien, un violinista irlandés si lo prefieres. O un tragasables. Algo para divertir a las señoras.

Sykes parecía a punto de pedir los últimos sacramentos.

—¿Te duele la barriga? —le pregunté.

Denegó con la cabeza.

—¿Sabañones, ciática o almorranas?

—No, señor.

—Pues entonces, ¿á qué viene esa cara?

Tragó saliva y me preguntó:

—Todas esas jóvenes tan activas... ¿y sólo usted y yo?

A veces puede llegar a ser extremadamente obtuso. Repuse:

—La mayoría de las amigas de Jessica están casadas, ¿no es cierto? Dejemos que se traigan a sus maridos. No creo que eso afecte a su estilo si son las chicas deportivas que yo me figuro. Además, hay otras dos personas a las que deseo que invites.

—¿Invitados personales, señor?

Sonreí.

—Depende de lo que tú entiendas por personal, Christopher. Hay una mujercita encantadora llamada *lady* Florence Dixie a la que me gustaría que tú conocieras. Excesivamente pintarrajeada según algunos, pero llena de bríos. Tiene un jaguar amaestrado que la acompaña en sus paseos por Kensington Gardens.

Tuvo la gentileza de murmurar débilmente:

—Qué exótica...

—Invítala, pues.

—Bien, yo no quería decir que...

—Y hay otro invitado al que debes incluir en la lista.

—¿La señora Langtry? —aventuró Sykes.

Le lancé una mirada furibunda.

—¡No, por los cielos! Está en América. Además, yo no permitiría que Lillie se acercara siquiera a una fiesta como ésta. Me refiero a un caballero: el señor Abington Baird..., el Squire.

Sykes se envaró como un conejo al oír los primeros escopetazos.

—Comprendo tu aprensión, Christopher —dije—. Es un odioso individuo.

—Infame —susurró Sykes.

—Christopher, voy a poner mis cartas sobre la mesa. Necesito tener una conversación con el Squire, de hombre a hombre. Una conversación de la mayor importancia. No exagero al decir que se trata de una cuestión de vida o muerte, y Brantingham Thorpe ha de ser el escenario para este encuentro.

—Pero ¿y los demás invitados? ¿Todas esas damas tan excitables?

—El cebo, por así decirlo.

—¿Cebo? —repitió Sykes, como si no entendiera la palabra.

—El Squire es un perfecto Lotario.

—Oh.

—Cuando redactes las invitaciones, no menciones mi asistencia. No digas palabra de ella a nadie. Dile al Squire que varias de las damas más aventureras de Londres desean conocerle, y deja bien sentado que la invitación sólo va dirigida a él. No queremos que sus amigos pugilistas se dediquen a lanzar puñetazos contra tus jarrones Ming.

Llegado este momento, Sykes ya no se hallaba en condiciones de angustiarse por sus jarrones. Le despedí amablemente y él se retiró caminando como un sonámbulo.

Lector, cabe que simpatice usted con Sykes. También yo lo hago cuando está ausente. Me resulta más que difícil explicar por qué la visión de ese individuo me convierte en semejante ogro. Es algo que choca profundamente con mi naturaleza, como usted habrá adivinado ya. Sea como fuere, tal vez el lector piense que se impuso una cierta justicia aquel día, mientras viajaba rumbo a Windsor, camino de mi audiencia con la reina. Me encontraba en un estado de trepidación rayano en el pánico. Ahora, la bota la calzaba el otro pie... y mi querida mamá tiene una coz como la de una mula.

Me esperaba un carruaje en el patio de la estación de Windsor. Durante el camino, ensayé mi discurso de defensa. No debes traslucir nada, había decidido. No te dejes enredar con detalles. Orienta la discusión hacia el tema general de tu misión como heredero de la corona.

Era un carruaje cerrado, cosa que me permitía hablar en voz alta, dirigiéndome al asiento vacío delante de mí, y recordándome que los mejores años de mi vida podían desperdiciarse si seguía viéndome excluido de los asuntos de Estado. Hacía diez años, a mi

hermano Leopoldo, que en paz esté, se le entregó la llave del Gabinete de la reina. A la edad de veintidós años, se le permitió abrir las cajas de los despachos secretos. Y a mí, a los cuarenta y seis, y siendo el futuro rey, todavía se me seguía denegando este privilegio. ¿Era yo tan irresponsable, tan negligente con mis deberes? ¿Había llevado por mal camino a alguno de los comités de tres al cuarto de cuya presidencia se me juzgó merecedor?

Pero, bien pensado, esto sonaba demasiado a queja. Debía mostrarme más asertivo. Estoy en la flor de la vida, mamá. Soy un hombre capaz, rebosante de salud y enérgico. No desfalleceré cuando me vea llamado a iniciar la gran tarea que me espera. Desde luego, yo no desearía que esto ocurriera ni un día antes de lo que tenga decretado, en su sabiduría, el Todopoderoso, pero no es necesario que se te recuerde que te encuentras ahora en el quincuagésimo año de tu reinado. ¿No ha llegado ya el momento de que yo asuma parte de las cargas del Estado, que tú has llevado con tanta capacidad durante todos estos años?

Esto ya estaba mejor.

Debía de haber despedido abundante vapor corporal, pues la ventanilla del carruaje se había empañado. Limpié parte del cristal y vi árboles. Demasiados árboles. No era la entrada del castillo.

Me llevaban a Frogmore, al Mausoleo.

«Bertie —pensé—, eso no es un buen augurio».

Habían pasado veinticinco años desde la muerte de mi padre, el príncipe Alberto. Exactamente veinticinco. En familia, hablamos del 14 de diciembre como el «Día del Mausoleo», en el que nos reunimos anualmente para presentar nuestros respetos, pero a mamá se la encuentra en el «querido lugar de reposo» tan a menudo como usted o yo podamos sacar el perro a dar un paseo. En cualquier ocasión o aniversario del más ínfimo significado, ella encontrará tiempo para hacer una visita a ese lugar. El día antes de casarnos, nos llevaron a Alix y a mí para que mamá uniera nuestras manos y nos dijera que papá nos dispensaba sus bendiciones. Erróneamente, yo lo interpreté como señal de que se me perdonaban anteriores culpas de menor cuantía, pero mucho me temo que ella siempre me culpará de la última enfermedad de papá, a pesar de que el doctor Jennes les echó la culpa a las canalizaciones del agua en Windsor. (Sin el menor deseo de exponer

una historia que a muchos les es ya familiar, debo explicar que mi padre se creyó obligado, encontrándose más que indispuesto, a visitarme en Cambridge para reprenderme por haber avergonzado a la familia con una actriz que fue introducida en mi cama, en el campamento militar de Curragh, a consecuencia de una broma de mis compañeros oficiales de la Guardia de Granaderos, y ello en unos momentos en que mis padres me presionaban para que me comprometiera matrimonialmente con Alix. Ese resfriado de papá degeneró en un tifus, y mamá, en su desespero, se negó a mandarme aviso, por lo que sólo me fue posible acercarme al lecho de muerte de mi padre cuando mi hermana Alice envió un telegrama sin que mamá lo supiera).

Mi abuela materna, la difunta duquesa de Kent, tiene su mausoleo en Frogmore. Había muerto aquel mismo año, algo antes, lo que sin duda acrecentó la pena de mi madre. Durante años hubo un pique entre ellas, cuestión sobre la que no he de extenderme aquí, pero mamá sintió profundamente su muerte. Se negó a salir de Frogmore y de la habitación en la que su madre había fallecido, y me acusó de ser tan desalmado como egoísta por haberle escrito en un papel dotado de una orla negra insuficientemente ancha. Cuando traté de consolarla personalmente, me dijo que el pesar que yo mostraba era también insuficiente. Y agregó que yo no tenía suficientes sesos para mostrar una emoción. En resumidas cuentas, el lector comprenderá por qué Frogmore no es mi lugar predilecto para sostener un *tête-à-tête* con mamá.

Paramos ante el Mausoleo, un sitio cuya concepción es tan alegre como pueda permitir el gusto, ya que mi madre quiso un memorial viviente más bien que un *Sterbezimmer*, una cámara mortuoria. La obra de piedra es de color claro y el interior está profusamente decorado, con abundantes dorados que captan la luz desde numerosas ventanas de arco, aunque en diciembre la fuente principal de la iluminación es el gas.

Una vez dentro, el frío penetró en mí, y recordé todas aquellas vigiliass de diciembre junto a la tumba, mirando a mis hermanos y hermanas sumidos en la plegaria y preguntándome quién de nosotros sería el primero en caer víctima de una pulmonía.

Apenas franqueada la entrada, un criado indio me dio un buen susto al salir de entre las sombras, haciéndome una reverencia e

indicándome con un ademán la cámara interior. Avancé y mis zapatos armaron tanto ruido en aquel suelo de mármol que no oí el saludo que me dedicó mi madre la reina. Sin embargo, la vi bajo la luz de gas, una figurilla velada junto a uno de los cuatro ángeles esculpidos que custodian la tumba de papá.

Me limité a decir: «Mamá querida», pues no parecía adecuado añadir, como suelo hacer siempre: «¡Qué alegría!». Me miró por unos momentos a través de su velo y suspiró hondamente. Era evidente que su humor hacía juego con sus prendas de viudez.

Recordé decir:

—Nuestra querida Alix te manda su cariño.

A mamá le cae bien Alix y me preguntó:

—¿Pudo celebrar su cumpleaños?

No supe qué respuesta pretendía suscitar semejante pregunta. Si era negativa, sería como si la pobre Alix estuviera muerta. Contesté con todo el entusiasmo que las circunstancias permitían:

—No pudo ser mejor.

—Supongo que recibió el pequeño obsequio que yo envié...

—¡Ya lo creo! —No tenía ni la menor idea de lo que pudo haber sido—. ¡Un detalle tan encantador! Lo utiliza constantemente.

—Bertie, otra vez vuelves a mentir. Recemos.

Nos arrodillamos, pues, y mamá dirigió las plegarias. Rezamos por papá y por todas las almas que ya habían emprendido el vuelo. Rezamos por la Iglesia y el Parlamento, por las fuerzas armadas, por los campesinos y los pescadores, por mis hermanos y hermanas y por toda la familia. Rezamos por nuestros criados y por nuestros animalitos domésticos. Y después rezamos para que la verdad penetrara en nuestros corazones.

—Amén —dijo mamá por fin, y a continuación, aprovechando el mismo aliento se dirigió a mí—. ¡Lo utiliza constantemente! Le envié un cesto para su perrito pequinés. Y ahora, Bertie, quiero hablar francamente contigo.

Le pregunté:

—¿No podemos levantarnos antes? Tengo las rodillas entumecidas.

Paseamos alrededor de la sepultura y ella me dijo:

—Es necesario que te hable de cierta persona.

Debiera explicar que, en el vocabulario de mamá, una persona

no es, ni mucho menos, una persona como ustedes o yo pudiéramos interpretar, sino un ser indeseable, un réprobo, un monstruo de iniquidad. Rápidamente, pasé revista a las personas a las que yo había visto durante la última semana, más o menos: Myrtle, el Squire y Carrie Montrose. Cualquiera de ellas podía aspirar a las censuras de mamá.

Pregunté con toda la indiferencia de la que fui capaz:

—¿Te refieres a alguien a quien yo conozca?

—Desde luego.

—¿Una dama?

Una pregunta improductiva, como comprendí apenas la hube pronunciado, pues una persona podía ser hembra, pero nunca podía ser una dama.

—Desde luego que no.

Hubo un intervalo mientras seguíamos caminando en silencio. Extrañamente, mamá parecía poco proclive a continuar con el tema, ahora que ya lo había iniciado.

—¿Una persona con título? —inquirí.

Produjo un ruido en su garganta, una risa sofocada en la que no había ni alegría ni humor. Ironía, quizá. Me contestó secamente:

—No me extrañaría que no tardara en tenerlo.

Me sentí totalmente desorientado.

—Temo no saber a quién te refieres —dije.

—Al señor Boehm.

—¿Boehm, el escultor? ¿Edgar Boehm?

—¿Y quién, sino?

¡Qué alivio! Estuve a punto de ejecutar una danza triunfal alrededor de la tumba de mi padre. Dije:

—¿Tiene esto algo que ver con el Comité de la Estatua de Wellington?

—¿Acaso no es evidente?

—¿Y con nuestra elección de Edgar como el escultor ganador del concurso? ¿Acaso hay alguna dificultad?

Me gritó con tanta fuerza que las negras plumas de avestruz que adornaban su sombrero vibraron:

—¿Y le llamas por su nombre de pila, como si fuera un amigo íntimo? Yo apenas consigo mencionar a esa persona.

Quedé desconcertado. Edgar Boehm era un viejo amigo de la

familia. Incluso papá había posado para él, y había aprobado los bustos de bronce que él hizo. Sus esculturas de varios de nosotros habían sido presentadas en la exposición de la Royal Academy. Tanto me gustó a mí la estatua ecuestre que me hizo como coronel del 10.º de Húsares, que le invité a hacer un busto de la princesa Maude, al que él le puso el título encantador de «El pequeño Harry», nombre que le dábamos a ella en familia. En 1878, creó una figura mía a caballo que en el catálogo fue descrita como colosal. Hice donación de ella a la ciudad de Bombay, para celebrar mi visita a la India. Incluso había esculpido en mármol a mi madre la reina.

—Perdona —dije—. No tenía la menor idea de que él te hubiese ofendido.

—No sólo a mí —contestó—. También a sus colegas artistas. He sido informada de que ayer por la mañana se hizo una gestión ante ti.

La reina posee unas antenas muy sensibles. Puede parecer que se encuentra aislada del mundo, pero cuenta con sus medios para reunir información. Como detective, a su lado yo era un mero principiante.

—*Sir* Frederick Leighton vino a verme al respecto, sí —admití—. Al parecer, en la Academia existe una cierta impresión de que yo influencié indebidamente al Comité.

—¿Te pidió que alterases la decisión?

—No lo expuso tan llanamente.

—¿Hiciste alguna promesa?

—Promesa no, exactamente —prevariqué—. No obstante, vistos tus sentimientos acerca de este tema, convocaré de nuevo el Comité, lo antes posible. No es demasiado tarde para recapacitar. Rechazamos algunas propuestas muy aceptables.

Con gran desaliento por mi parte, ella se detuvo, agitó el puño y exclamó:

—¡Imbécil!

Esforzándome por mantener la calma, dije:

—Mamá, te lo acabo de explicar. Puedo hacer que se rescinda la decisión.

—¡Yo no quiero que se rescinda! —replicó—. Leighton es un marrullero que debería ser despojado de su título. La decisión debe

mantenerse. Boehm es el escultor que ha vencido, ¿queda claro?

Quedó debidamente anotado, pero nada claro.

Describimos otro circuito alrededor de la sepultura antes de que ella hiciera nuevo uso de la palabra. Finalmente, suspiró otra vez y añadió:

—Puedo comprender tu silencio. El hecho es que algo ocurrió en el pasado, algo que ahora permite al señor Boehm insistir en que le favorezcamos.

—Ah.

—Tu Comité tomó la decisión correcta. No podemos permitir que ese badulaque de Leighton la cuestione.

Rebusqué profundamente en mi memoria, hasta llegar a Balmoral en el verano de 1870. Una crisis familiar. Se me había llamado para inducir un poco de sentido común en mi hermana Louise, que se había enamorado de un plebeyo: un escultor bien parecido, de treinta y cinco años de edad, y llamado Erasmus Boehm. Más tarde, cambió su nombre de pila por el de Edgar, que tenía un toque más inglés. Louise contaba entonces veintidós años, era una artista de talento y una muchacha muy sugestionable. El romance comenzó de la manera más inocente. La reina había invitado a Boehm en Balmoral para que hiciera una escultura de John Brown, el criado por el que ella sentía tan insensato afecto. Boehm se trasladó allí y trabajó con su martillo y su cincel durante tres meses. Se sintió atraído por Louise y no tardó en darle lecciones de modelado en arcilla, y, según creo, muchas más lecciones por añadidura. Una mañana, mamá decidió ir a ver qué progresos se habían hecho en la estatua de Brown, y encontró a Louise a solas en el estudio con Boehm.

En el pandemónium que se produjo, Louise declaró su amor imperecedero por el escultor. Por una vez, la reina se quedó sin habla, y por tanto se me convocó para cantar las cuarenta, mientras mamá canalizaba su furor en la búsqueda de un marido adecuado para aquella hija extraviada. No era posible que Boehm se vinculara matrimonialmente a la familia; era miembro de la Real Academia, pero esto era lo único que de real había en él. He de decir algo en su favor, y es que, teniendo en cuenta la situación, se comportó con tanta dignidad como encanto, pues de lo contrario yo no habría seguido encargándole obras.

A Louise la casaron con el marqués de Lorne el marzo siguiente, pero mucho me temo que fue un enlace desdichado. No tienen descendencia y llevan unas vidas virtualmente separadas. Bajo la infatigable enseñanza de Boehm, Louise se ha convertido en una escultora muy notable.

Yo pensaba que todo ese episodio había sido olvidado y perdonado por mamá, dado que, por otra parte, ella posó para Boehm dos o tres años más tarde. Personalmente, creo que hay mucho que admirar en ese individuo. No me es posible decirles si en realidad se administra o no a mi hermana, pero al menos tiene el buen gusto de reservárselo para sí.

¿O bien —me asaltó este inquietante pensamiento— lo habría utilizado para promocionarse?

Pregunté sin circunloquios a mi madre:

—¿Tiene eso algo que ver con aquel episodio en Balmoral, el año en que Boehm hizo la estatua de Brown?

—¿Necesitas preguntarlo? —replicó con amargura.

—¿De modo que está dispuesto a amenazar la reputación de una dama con tal de promocionarse él? —exclamé—. ¡Esto es deplorable!

—¡Detestable! —murmuró mi madre.

—Pero yo tenía la impresión de que estaba sinceramente prendado de Louise...

Se alzó el velo y me miró con aquellos ojos de color azul pálido.

—Esto nada tiene que ver con Louise. Absolutamente nada.

Dejó caer de nuevo el velo y echó a andar, abandonando la cámara que contenía la tumba de mi padre.

Yo la seguí, totalmente confuso.

Afuera, en la antesala, hizo una breve pausa junto a la placa que ella había insistido en que se colocara allí en recuerdo de John Brown, aquel insinuante montañés de Escocia, de rudos modales, al que ya he mencionado.

No se dijo ni una palabra más y la reina salió del Mausoleo, pero ahora yo ya no me sentía desorientado. No era la reputación de mi hermana la que se hallaba bajo amenaza como resultado de la estancia de Boehm en Balmoral, el año 1870, sino la de mi madre.

16

EN UN RESERVADO del Marlborough Club, el viernes 3 de diciembre por la tarde, pasé varias horas con Christopher Sykes planeando la fiesta privada en Brantingham Thorpe. Supe que las invitaciones ya habían sido enviadas, que se había contratado una pequeña orquesta, y que la servidumbre de Brantingham ya preparaba las habitaciones y los menús. Como siempre, el gran Christopher, pese a sus torpezas, no había regateado esfuerzos.

¿Qué era, pues, lo que quedaba para retenernos tanto tiempo en el Marlborough Club? Era, desde luego, la *raison d'être*

de la fiesta: lograr que el Squire cayera en la trampa. Si Sykes no tiene rival en la organización de fiestas, yo puedo jactarme, modestamente, de una reputación de excelente cazador. Un día, en Nepal, abatí seis tigres, dos de ellos devoradores de hombres. He metido en mi zurrón el animal terrestre más rápido del mundo, el guepardo, y también el más grande, el elefante. En Baviera, tomé parte, en cierta ocasión, en una cacería de diez escopetas que batió todos los récords al cobrar más de 20 000 perdices en diez días. Soy el primero en admitir, sin embargo, que cuando el cazador aprieta el gatillo, esto es tan sólo el acto final en un proceso que implica un pequeño ejército de guardas forestales, ojeadores y batidores, y de ahí la necesidad absoluta de una planificación. Y de ahí también nuestras deliberaciones en el Marlborough Club.

Por consiguiente, enfoqué la tarea como un cazador, teniendo en cuenta los instintos bestiales de mi presa. El Squire era más

peligroso que el tigre y más taimado que el leopardo. Supongo que, de tener en cuenta la índole de sus muertes, se asemejaba al buitre, por dejar que otros realizaran el ataque, pero sería una tarea ímproba clasificarle en cualquier categoría. De lo que no cabía duda era de que se trataba de un hombre capaz de matarme a mí si yo le ofrecía esta oportunidad.

Me quedé en Londres hasta el martes día 7, desempeñando con diligencia mis deberes oficiales, mientras me preparaba para el inminente y peligroso encuentro. Esa mañana tuvo lugar una placentera ceremonia en Marlborough House, cuando el príncipe Komatsu de Japón, en representación del emperador, me confirmó la Insignia de la Orden Imperial japonesa del Crisantemo. Alix, tan ignorante acerca de Japón como respecto al ceremonial, no podía comprender por qué no habían elegido otra flor más adecuada, como el narciso (por Gales, ¿comprenden?), y yo le expliqué que habían optado por el crisantemo para mí, porque era una flor grande, redonda y velluda, lo cual demuestra que el humor no me había abandonado a pesar de las tensiones.

Aquella tarde abandonamos la metrópolis para corresponder a la invitación del embajador danés y su esposa, *Madame* de Falbe, en su espléndida residencia de Luton Hoo. Me alegraba la perspectiva de unas buenas cacerías y a Alix la de poder charlar en danés hasta hartarse. Yo ya me las había arreglado para ausentarme de la fiesta el sábado: asuntos de Estado, le había explicado a mi anfitrión. Es seguro que Alix tendría algo sarcástico que decir, en danés, acerca de mis asuntos de Estado, pero esta vez se equivocaría de cabo a rabo.

Y ahora, valiéndome del poder de la pluma, vamos a trasladarnos a Brantingham Thorpe la tarde del 11 de diciembre. Puedo asegurarles con toda sinceridad que el viaje en tren desde Luton hasta York, un sábado por la tarde, no merece la menor descripción.

Mi llegada estuvo envuelta por el más completo secreto. Afortunadamente, soy ya un veterano en el arte de entrar en las casas por la puerta cochera o la del servicio. Embozado hasta las cejas, salí del cobertizo de la estación y atravesé directamente el almacén de leña para meterme en la cocina, donde un mayordomo de toda confianza, provisto de un candelabro, me acompañó hasta

la escalera posterior y, a través de un espeso cortinaje, hasta el ala donde Sykes acomodaba a sus invitados.

Habíamos convenido que yo ocuparía el Cuarto Beverley, un dormitorio con paneles de roble y de modestas proporciones, en el que tuve la satisfacción de descubrir un llameante fuego en la chimenea y, cosa todavía más placentera, una mesa dispuesta para la cena: tostadas y anchoas, pechugas de pollo y jamón dulce, huevos de codorniz, ancas de rana en gelatina, un surtido de quesos y un gran bol de mermelada de grosella. Después de servirme el mayordomo un poco de Chablis, le despedí y puse manos a la obra, pues me sentía hambriento.

Pasó un tiempo apreciable antes de que tuviera conciencia de algo más, aparte de las necesidades del hombre de carne y hueso. Cuando dirigía mi atención al oporto y los cigarros, mis oídos captaron las notas de la orquesta, abajo. Una danza escocesa. Para entonces, la fiesta en la casa marchaba a todo vapor... ¡y el hombre más sociable de aquella mansión estaba recluido en el piso alto! Era como para inducir a un párroco a lanzar juramentos.

Yo sabía con exactitud lo que estaba ocurriendo. Los invitados, incluida nuestra presa, el Squire, habían llegado mucho antes que yo. Una reunión de tarde alrededor del piano había dado a las damas, ataviadas con sus conjuntos para el té, una oportunidad para exhibir sus talentos, y a los caballeros otra para calibrarlos. Los flirteos y las actitudes desenvueltas habían comenzado de firme durante la cena, tras aparecer *lady* Jessica y sus livianas amigas con seductores escotes. Después de cinco o seis platos, con sus vinos, las damas se habían retirado para renovar sus perfumes y prepararse de cara a las nuevas excitaciones en perspectiva, mientras los caballeros planeaban sus conquistas entre copas de *brandy* y grandes cigarros.

Lector: puesto que yo era el principal responsable de que las fiestas privadas de fin de semana se hubieran puesto de moda en la sociedad, mejor será que explique las normas de conducta. Debe usted comprender que el objetivo principal es la diversión y unos juegos de carácter adulto (por no decir adúltero), de modo que en lo referente a las invitaciones se prodiga un cuidado infinito. El anfitrión capaz de discernir se asegura de que sus huéspedes tengan inclinaciones deportivas y sean atractivos y amenos, y de esto

depende precisamente el éxito del fin de semana. No menos importante es la adjudicación de los dormitorios. No se espera que maridos y esposas duerman juntos, y se otorga a cada persona una habitación individual. Con ello, los cónyuges pueden obedecer independientemente a sus caprichos, siempre y cuando, claro está, la esposa haya satisfecho previamente las convenciones procurando a su marido un descendiente varón. Las esposas sin hijos se encuentran más allá de los límites para los caballeros con honor, al igual que las chicas solteras. Si una *liaison* es del dominio público, cabe que a la afortunada pareja se le faciliten habitaciones en una razonable proximidad. De lo contrario, como en el presente caso, el campo se considera libre y no se prestan favores.

En lo que a mí se refiere, esta noche me reservaba algo mucho menos placentero. Me quedaría en el Cuarto Beverley, esperando el momento en que el Squire cayera en la trampa.

Oí que Sykes gritaba abajo:

—¡Por favor, señoras y caballeros, por favor!

Como maestro de ceremonias, trataba de alternar el programa de baile con unos cuantos juegos propios para después de la cena, pero el bullicioso grupo al que habíamos invitado apenas se dejaría impresionar por la cara solemne del anfitrión. Las Charadas y las Consonantes Tontas rápidamente darían paso a otros juegos, como el de las Sardinas, en los que intervinieran escondrijos, retozos y pago de prendas. ¡Y prendas en abundancia! Hay algo en el carácter inglés que ansía las situaciones embarazosas, ya sea para uno mismo o para los demás. Por esta razón, la mayoría de los juegos de salón tienen como expresa finalidad la de conseguir el rescate de las prendas.

Como siempre, el clímax de la velada había de ser «el pago de prendas». Todos los obligados a pagar una prenda entregan al anfitrión algún artículo personal, tal como una joya, una llave o un reloj. El que haya incurrido en el pago de varias se ve obligado a depositar más de un artículo. Estas posesiones quedan redimidas cuando se ha completado el pago de prendas a satisfacción de todos.

Las prendas son anunciadas por dos de los invitados. Uno de ellos, conocido como el maestro de prendas, está sentado, con los objetos en su regazo. El otro (generalmente una dama) lleva

vendados los ojos y debe arrodillarse ante el primero, que toma un objeto y lo levanta en alto, mientras grita:

—¡Hay aquí una cosa, y por cierto muy hermosa! ¿Qué deberá hacer el propietario de esta cosa tan hermosa?

La señora de los ojos vendados pregunta entonces:

—¿Es de una señora o de un caballero?

Hecho lo cual, nombra una tarea apropiada y el desdichado propietario o propietaria del objeto efectúa la indigna hazaña. En una fiesta animada, este juego puede dar lugar a singular jolgorio.

Me he extendido un poco al explicar cómo funciona el mismo, porque yo me proponía utilizar la devolución de las prendas para poner en práctica mi plan. Confiaba en Sykes para que todo el mecanismo se pusiera en marcha. Durante la velada, él observaría atentamente al Squire para ver cuál de las damas suscitaba más intensamente sus pasiones. Cuando estuviera seguro al respecto, saldría discretamente de la sala y sacaría de su bolsillo un medallón de plata con su cadena, que yo le había proporcionado. En el interior del estuche del medallón habría un trozo de papel con las siguientes palabras: *«Esta noche en el Cuarto Beverley, apuesto Squire. Te estaré esperando con impaciencia»*. Sykes le añadiría una firma falsificada, la de la dama admirada por el Squire.

¿Ven la trampa? Sykes llama al Squire para que haga de maestro de prendas. Los objetos depositados como garantía de las prendas, entre ellos el medallón, se amontonan en su falda. Naturalmente, cuando levante el medallón, nadie lo reclamará. Intrigado, el Squire lo abrirá y leerá el mensaje.

Por consiguiente, yo tenía que armarme de paciencia. Si se dice que la paciencia es la virtud del mendigo, ¿qué tiene de extraño que un príncipe carezca de ella? Odio la inactividad y no esperaba a mi visitante al menos durante un par de horas, pero previsoriamente Sykes había dispuesto para mí un buen montón de revistas y periódicos, y me acomodé para pasar el rato, cerrando mis oídos ante los ruidos de la algarabía reinante abajo.

Elegí *The Sporting Life*, sintiéndome agradecido de que alguien comprendiera mis aficiones en materia de lectura. Estudié los resultados en Sandown Park. Ningún ganador el día anterior, ni siquiera un colocado. Las carreras de obstáculos no ofrecen para mí el mismo atractivo que las carreras en llano. Ya hay suficientes

imponderables en un hándicap llano, sin tener que añadirles además los saltos.

Una nota sobre el testamento de Archer captó mi mirada. Era una noticia bastante sorprendente. Su fortuna se evaluaba en 60 000 libras, una cantidad sustanciosa en más de un aspecto, pero sensiblemente inferior a lo que todos habían pronosticado, excepto Charlie Buckfast. La estimación más baja que yo había visto en la prensa era la cifra de 100 000 libras en el *News*, y

Reynold's

algunos habían llegado a hablar hasta de medio millón. La principal beneficiarla era la hijita de Archer, Nellie Rose, que se encontraba ahora bajo la custodia de sus abuelos. Otros ocho parientes y amigos recibían legados.

Incapaz de concentrarme por más tiempo en los periódicos, fumé dos o tres cigarros, mientras pensaba en Archer y en las tragedias que se habían abatido sobre él. Incluso después de fallecido, la Muerte había reclamado más víctimas, como si todavía le exigiera pagar por su genio. ¿Quién podía decir que el precio hubiera sido pagado ya?

Me estremecí, y no porque sintiera alguna corriente de aire.

Mis morbosos pensamientos fueron ahuyentados por un chillido procedente de abajo, seguido por unas carcajadas estentóreas. En los intervalos entre los bailes, Sykes todavía seguía intentando virilmente dirigir los juegos de salón, y, a juzgar por la histérica respuesta de algunas de las señoras, o bien estaba consiguiendo un éxito brillante o cosechando un rotundo fracaso. ¡Qué tentaciones me asaltaban dé darles una sorpresa a todos! Hablando con franqueza, *lady* Florence Dixie era demasiado despilfarro para un Sykes. Es una coqueta maliciosa y chispeante, y nunca he tenido la oportunidad de explorar las profundidades de su malicia. Una vez formó una cuadrilla en Blenheim con Bay Middleton y otra pareja que incluía a Gladys de Grey (en aquel entonces *lady* Lonsdale). Echó una ojeada a la elegante Gladys, exclamó: «¿Por qué no puedo yo ser tan alta como tú?», y saltó a gran altura en el aire, como una acróbata.—

Poco después de medianoche, cesó la música. Para mí, la velada estaba a punto de empezar. Arrojé a la chimenea la colilla del cigarro y abandoné la butaca, mientras aguzaba el oído. Respiré

varias veces profundamente, preparándome para un mano a mano con el Squire. Me hormigueaba la piel y mis manos temblaban un poco cuando las cerré. No se consigue mucha práctica de combate personal en los círculos de la Corte, pero al menos, pensé, tendría la sorpresa a mi favor.

Finalmente, oí un rumor debajo de mi ventana. Corrí medio dedo la cortina y vi a los músicos que cargaban sus instrumentos en un carruaje. Esta tarea duró unos diez minutos, y luego fustigaron el caballo y se marcharon.

Hubo después muchas risitas en la escalera y roces de faldas al retirarse las señoras para acostarse. Crucé sigilosamente la habitación para escuchar. Cuando sus voces estuvieron más cercanas, oí que una de ellas comentaba plañideramente:

—Es divino, pero nunca sabrá dónde estoy.

Una voz tranquilizadora le contestó:

—Daisy, querida, le basta con encontrar su camino hasta aquí. Esta luz de la luna es realmente muy descarada.

—¡Y también lo es Daisy! —observó otra, entre explosiones de hilaridad.

Reinó un silencio relativo durante toda una hora, antes de que el grupo del salón de fumadores se disolviera y resonaran pasos pesados en la escalera. Los representantes del sexo fuerte mantienen los labios sellados en tales ocasiones. Oí murmurar algunos «Buenas noches, amigo», se cerraron puertas y esto fue todo.

El buen gusto decretaba otro intervalo de al menos media hora antes de iniciar los primeros movimientos nocturnos. Como todos los demás, me atrevo a decir, abrí un poquitín mi puerta y esperé el crujido de alguna tabla del suelo. Antes había reducido mi luz a un mero puntito azulado.

Había tomado posiciones a la izquierda de la puerta, con la intención de agarrar al Squire apenas entrase. No soy muy aficionado a la lucha, pero confiaba en dominar a un individuo que en la báscula se sitúa por debajo de las ciento cuarenta libras. Además, el indispensable Sykes estaba apostado al otro lado del pasillo, dispuesto a correr en mi ayuda apenas yo gritara.

Hice gala de una meritoria paciencia durante los siguientes veinte minutos, y finalmente percibí un movimiento en mis cercanías.

Agucé el oído.

Los primeros pasos de puntillas siguieron el pasillo, rápidamente, con suprema confianza respecto a la dirección que debían tomar. Los pasos llegaron al nivel del Cuarto Beverley... y ni siquiera hicieron una pausa. Oí un leve chasquido al abrirse y cerrarse una puerta, seguido por una salutación en voz baja, y después silencio de nuevo.

Tras un tenso hiato, alguien más se movió, avanzando resueltamente en mi dirección.

Contuve el aliento.

Éste sí se detuvo ante mi puerta. Estaba tan cerca que podía oír su respiración. Incluso le oí sorber por la nariz. Estaba necesitando un tiempo inexplicable para entrar. Sólo con dificultad logré contenerme, pues ansiaba abrir de golpe la puerta y meterle dentro de la habitación de un empujón.

Y entonces... aunque parezca inexplicable, ¡se alejó!

Tal como lo oyen: los pasos se alejaron por el corredor.

¡Por todo el té de China! ¿Por qué?

La puerta del Cuarto Beverly estaba debidamente rotulada y no podía haber tenido la menor dificultad para verla, puesto que, como ya habían hecho observar las damas, la luz de la luna bañaba el pasillo. Un haz luminoso se extendía a través de la abertura de la puerta y cruzaba la alfombra. Mis ojos lo siguieron de nuevo, hacia la puerta, y esto fue lo que me hizo observar que había algo en el suelo de madera. Primero pensé que se trataba de algún bicho, pero el sentido común me dijo que las cucarachas de Brantingham Thorpe no podían ser ni mucho menos tan grandes.

Me incliné y lo recogí.

Mi medallón con su cadena. Lo había arrojado al suelo, ante el umbral de mi puerta. Me sentí tan despechado como una mujer.

¿Qué diablos había salido mal? Era un gesto totalmente, absurdamente impropio de él. El Squire jamás podía comportarse de ese modo. Su timidez y pudor podían compararse a los de Casanova.

Y entonces surgió en mí una fea sospecha: ¿habría estropeado de algún modo el plan Christopher Sykes?

Abrí el medallón, saqué el papelito y leí el mensaje. Era, desde luego, la invitación que yo había escrito. Y de acuerdo con mis

instrucciones, se había añadido una firma: *Jessica*.

No podía culpar a Sykes. Éste había hecho exactamente lo que yo le había ordenado, aunque esto significara admitir que su propia cuñada era la elegida por el Squire como compañera de cama.

Por lo tanto, a nadie podía echarle la culpa. El plan había fallado y yo era incapaz de dilucidar el porqué.

Y entonces di vuelta al trozo de papel y vi un mensaje escrito en su anverso:

«Debería dejar de fumar cigarros... no son lo conveniente para una señora».

El Squire había olido el humo de los míos.

¡Tantos y tan cuidadosos preparativos, tantas esperanzas puestas en ese fin de semana, y todo mi plan se había ido al traste por no haber resistido la tentación de fumar!

Llamé en voz baja a Sykes, y éste acudió precipitadamente, armado con un atizador de la chimenea. Le dije que no le necesitaba y le expliqué el motivo. Diría que se mostró más aliviado que contrariado.

—Será mejor que lo olvide con un sueño reparador, señor —sugirí—. Mañana por la mañana pensaremos otra cosa.

—Deja de hablar como si fueras mi niñera, Sykes —le ordené—. Pretendo zanjar el asunto esta misma noche.

—¿Esta misma noche? —repitió.

Parecía más aturrullado incluso que de costumbre.

—Inmediatamente.

—Pero ¿qué puede usted hacer, señor? Ahora, él está sobre aviso.

Repuse secamente:

—Y pronto estará en el primer tren de regreso a Newmarket, si no le detenemos.

Pregunté a Sykes el nombre del dormitorio del Squire y le ordené que se situara, con su atizador, al pie de la escalera, por si acaso había una persecución. Me proponía meterme en el cubil del león.

La habitación ostentaba el nombre de York y estaba situada en la misma planta que la mía, dos recodos más allá a lo largo del pasillo. Deben aceptar mi palabra al decirles que ni un explorador indio se hubiera deslizado por la casa más sigilosamente que yo.

Fue como si caminara sobre huevos sin romperlos, y sin embargo desafío a quien sea a dominar por completo las tablas sueltas en los suelos de Brantingham Thorpe. Cuando noté el ominoso movimiento bajo la suela de mi zapato, el ruido fue más bien un roce que un crujido. Me detuve, en tensión.

Un atrayente murmullo de origen femenino respondió desde una puerta que había quedado entreabierta, pero me negué a dejarme distraer.

Titubeé ante el primer recodo, y fue oportuno que lo hiciera, puesto que una figura en camisón avanzaba con rapidez hacia mí. Tenía demasiada circunferencia para ser el Squire y seguía una línea tan recta que supuse que su destino era el cuarto de baño situado al extremo del corredor. ¿No hemos pasado todos por esta aflicción, poco después de meternos en cama?

Retrocedí apresuradamente, crucé aquella puerta semiabierta de la que había emanado el murmullo, y la cerré casi del todo.

La voz de la dama preguntó en seguida:

—¿Eres tú?

—No —contesté.

—No importa —dijo ella, generosamente.

Afuera, la tabla suelta rechinó estridentemente y, con gran consternación por mi parte, se abrió la puerta. El individuo del camisón pasó directamente ante mí, en dirección a la cama.

La dama que la ocupaba preguntó con voz llena de interés:

—¿Sois dos?

Contesté:

—Sí, y éste se marcha.

Cosa que hice acto seguido.

Mi segunda patrulla de noctámbulo se desarrolló con una finalidad más precisa. Abandoné todo sigilo, eché a andar audazmente y localicé el Cuarto York. La puerta estaba cerrada y en vista de ello, después de aplicar mi oreja a ella y no oír nada, forcejeé con el pomo. Éste giró dócilmente, pero la puerta no cedió. Cabía que el Squire se hubiera encerrado dentro. Llamé con los nudillos y no obtuve ninguna respuesta.

¡Qué pésima suerte!

Llamé con mayor energía, pero en el fondo de mi apesadumbrado corazón sabía que el Squire no contestaría, por más

que yo redoblara mis esfuerzos. No era mi intención que todos los habitantes de la casa se dejaran ver para quejarse del alboroto, y por consiguiente regresé de mala gana al Cuarto Beverley.

Entré, y ya alargaba una mano hacia el oporto cuando alguien agarró por detrás el cuello de mi camisa y tiró de él hacia arriba, casi asfixiándome.

Debí de armar un buen jaleo, puesto que mi asaltante dijo con una voz que no reconocí, la voz ronca y gruñona de un hombre ineducado:

—Cállate ya, Teddy, o te estampo la jeta contra la pared.

Soy hombre prudente y me callé, y mi cooperación me valió ser arrojado sobre la cama. Mi cabeza se estrelló contra la madera de la cabecera y vi un castillo de fuegos artificiales digno del Crystal Palace.

17

A PESAR DEL DOLOR, dije:

—¿Sabe quién soy yo?

Mi asaltante acercó un rostro de increíble brutalidad a dos pulgadas del mío y contestó.

—Sí, Señoría. Usted es el príncipe de Gales. Y yo soy Charlie Mitchell, el campeón de Inglaterra. Usted tiene un título, y yo también. La diferencia es que yo tuve que luchar para conseguir el mío.

Esto es imposible, me dijo mi atormentado cerebro. Al Squire se le dijo que viniera solo.

Mitchell, como recordarán ustedes, era el principal guardaespaldas del Squire, y también el boxeador más famoso de Inglaterra. Y tan notorio pugilista había sido introducido en Brantingham Thorpe para habérselas conmigo. Había visitado Estados Unidos en 1883 para dirimir rivalidades con John L. Sullivan

, el campeón del mundo. De tez morena y totalmente afeitado, sin un destello de inteligencia que animara sus amenazadoras facciones, me recordó prodigiosamente a mi odioso cuñado, el marqués de Lorne.

«Bertie —me dije—, a no ser que aguces tu ingenio, estás a punto de seguir el mismo camino de Buckfast y Myrtle».

Le pregunté con afabilidad:

—¿Quiere dinero?

Mitchell me replicó burlonamente:

—Si quiere, puede nombrarme Caballero de la Jarretera.

Y dicho esto, me metió lo que prefiero creer que era un pañuelo sin usar en la boca para hacer las veces de mordaza, y con mi propia corbata de seda, colgada de un gancho junto a la puerta, rodeó mi cara, impulsando mi cabeza hacia arriba para hacer un nudo detrás. Sus manos tenían el tacto de unos zapatos bien desgastados. Me puso boca arriba y me ató las muñecas, hecho lo cual me previno superfluamente:

—Nada de tonterías, ¿comprendido? Vamos abajo.

«Tiene planeado asesinarme en los alrededores», decidí. Era menos probable que incomodara a la gente de la casa, y ello también le permitía escapar con mayor facilidad.

Agarró mi brazo izquierdo por el bíceps, me arrancó de la cama y me condujo hacia la puerta, todo ello haciendo gala de una fuerza terrible.

Había una esperanza de salvación, pero no osaba depositar grandes esperanzas en ella. Christopher Sykes esperaba al pie de la escalera, con un atizador de respetable longitud. Pero incluso desde su gran estatura, Sykes necesitaría descargar el atizador con una fuerza y una velocidad prodigiosas para derribar a Charlie Mitchell de un solo golpe, pues, tan seguro como el Credo, no dispondría de una segunda oportunidad. Sin embargo, si desplegaba la vigilancia y la agilidad necesarias, tal vez me permitiera escapar a mí.

Por desgracia, esto no fue posible, puesto que, en vez de dirigirse hacia la escalera principal, Mitchell me condujo hacia la izquierda, y en estos momentos todas las puertas de los dormitorios estaban cerradas. Pasamos ante el del Squire sin detenernos, giramos a la derecha, cruzamos la puerta afelpada y bajamos por la escalera del servicio hasta la cocina, que se encontraba desierta si exceptuamos la presencia de un par de gatos.

Mitchell corrió el cerrojo de la puerta y me hizo caminar a través de un patio adoquinado, ante las cuadras. Un cielo despejado nos proporcionaba una intensa luz lunar y un frío penetrante. Con la cabeza descubierta y sin un mal abrigo encima, experimenté el horrible recuerdo de que, al parecer, las ejecuciones entre la realeza siempre tenían lugar en los momentos más inclementes del año.

Al otro lado del patio había un edificio alto y gris, cuyas tejas brillaban ya a causa de la escarcha que las cubría. Las cocheras,

pensé, y esta impresión se vio confirmada cuando Mitchell abrió una puerta de un puntapié y me empujó hacia el interior.

¿Cochera o matadero?

Había, ante mí, cuatro o cinco vehículos, y detrás de ellos uno con sus linternas encendidas. No tuve mucho tiempo para estudiar mis alrededores, puesto que una figura con chistera y sobretodo salió de la zona iluminada y avanzó bamboleándose hacia nosotros. Realmente, aquella sonrisa burlona enmarcada entre unas patillas del color de la arena no resultaba reconfortante, pero de todos modos yo no había esperado que el Squire quisiera asistir a mi defunción.

Se quitó el sombrero y lo balanceó ante él, en una reverencia tan insolente como exagerada. Dirigiéndose a Mitchell, dijo:

—Charles, amigo mío, no es necesario tener sujeto al príncipe como un remo en una barca. No creo que vayamos a perderle de vista ahora. Y quítale ese pañuelo de la cara. Tiene todo el aspecto de un atracador de bancos. Más que suficiente para meternos a todos en un apuro.

Mitchell me desató y me quitó la mordaza. Tosí estrepitosamente al entrar de nuevo el aire en mi garganta.

—Que Dios nos proteja, Alteza, no me gustan nada estas toses —comentó el Squire—. Pillará un resfriado mortal si no nos ocupamos de usted. ¿Por qué no se mete en mi carruaje particular? Dentro, hay una manta que podrá abrigarle los hombros.

No me dejé engañar por esta solicitud, pero me sentía tan aliviado ante el hecho de que se me ofreciera algo que no fuera un balazo en la cabeza, que no pensé dos veces cuál había de ser mi reacción ante esta sugerencia. Me metí en aquel coche (como ya habrán supuesto, era el de los faros encendidos, pero eso no tenía gran importancia en aquel momento), me apoderé de la manta y me envolví en ella.

El Squire subió detrás de mí, ocupó el asiento opuesto y cerró la puerta. La luz que entraba por la ventanilla reveló las huellas de la disipación en su rostro, aunque, como me constaba, apenas tendría veinticinco años. Sus labios mostraban una permanente mueca despectiva y tenía unos ojos tan hinchados como si hubiera estado boxeando con Mitchell.

—Y ahora que estamos a solas, Alteza —me dijo—, le hablaré

con toda franqueza. He sido cochinamente insultado.

No dejaba de ser reconfortante que tuviera la intención de hablar. Mi mejor esperanza de que se aplazara la sentencia era la de recordarle en todo momento quién era yo, y por tanto repuse:

—Le agradeceré que demuestre el debido respeto.

—¡Valiente respeto me ha mostrado usted a mí! —replicó—. ¡Tratando de gastarme una jugarreta de folletín, con aquel mensaje en el medallón!

Miré a otra parte. No estaba obligado a escuchar sus disertaciones, pero, movido por la curiosidad, lo hice, y él prosiguió:

—Su servil amigo Sykes no organizó, evidentemente, esa fiesta para divertirse él. Yo sabía que usted estaba en la casa, y también sabía por qué. ¿Se trata de Myrtle, verdad?

Estupefacto ante su desfachatez al suscitar ese tema, contesté:

—Sí. Y, puesto que lo saca a colación, señor Baird, quiero saber por qué la mató.

Me dirigió una mirada que sólo puedo describir como maníaca.

—¿Que yo la maté? ¿Me está acusando a mí de matar a Myrtle?

—Usted o su jauría de chacales.

Protestó con un tropel de palabras que no me impresionaron en lo más mínimo.

—Nadie puede hablarme así. ¡Nadie! Ella era mi chica, mi invitada en Bedford Lodge. Una perla de chica. Yo nunca hubiera sido capaz de tocarle ni un cabello...

—Pero lo hicieron sus esbirros.

—¡Esto es una vil sugerencia!

—Fue un crimen repugnante —repuse—. Y también atacaron y mataron al capitán Buckfast. Antes de que lo niegue, le diré que yo me encontraba allí. Me arrojaron al Támesis... a mí, el heredero del trono, y bien pude haberme ahogado con él.

Con la misma preocupación de una pescadera al palpar una langosta, inquirió:

—¿Me está diciendo que usted estaba presente cuando Buckfast la diñó?

—¿Acaso puedo explicarlo con mayor claridad? —Todavía parecía dudar y, por tanto, añadí—: ¿No se lo contaron sus dos matones?

Guardó silencio varios segundos. No llegaría yo hasta el punto de afirmar que le había asestado un golpe capaz de ponerle fuera de combate, pero no cabía duda de que le había dejado sin resuello.

Afuera, Mitchell había abierto las grandes puertas al final del edificio, y alguien más entraba en él con un par de caballos grises.

El Squire reanudó la conversación con una nota más conciliadora en su voz.

—Estoy tratando de encontrarle un sentido a todo esto. ¿Qué motivo podía tener yo, o mis amigos, para matar a Buckfast y atacarle a usted?

Cabía esperar un farol por su parte, pero mi paciencia no me permitía soportarlo. Dije:

—Esta protesta de inocencia no me impresiona, Baird.

—¿Lo ve? —exclamó—. Me acusa y no puede explicar por qué.

—¡Claro que puedo explicar el porqué! —repuse airadamente—. Nos acercábamos demasiado a la verdad con respecto a los tratos de usted con Fred Archer.

—¿Tratos? ¿Qué tratos?

Ahora, yo ya me dejaba llevar por la fuerza del argumento.

—Buckfast pasó una semana en Newmarket reuniendo pruebas. Entró en Bedford Lodge...

—¿Qué tratos? —repitió groseramente.

Le fulminé con la mirada y dije:

—El chantaje que le llevó a pegarse un tiro.

—¡Chantaje! —exclamó, fingiéndose ultrajado.

—Usted corrompió a Archer con sobornos, y después le amenazó con revelarlo todo.

—Yo no hice tal cosa. Fred no aceptó un soborno en toda su vida.

No dejaba de resultar irónico que yo, que había partido de la base de que Archer era incorruptible, me encontrase ahora explicando sus pecados a aquel odioso villano.

—Falseaba continuamente carreras —dije—, y usted le pagaba por hacerlo. Lo tenía usted en su bolsillo, para citar sus propias palabras.

—¿Y de dónde saca que yo dije tal cosa?

—De Buckfast. Él le oyó jactarse de ello en todo Newmarket.

—Pues mentía.

—¿Y por qué había de mentirme Buckfast? De hecho —añadí, expresando ahora una sospecha que me había estado guardando para este encuentro—, ahora comprendo por qué el resultado en la Cambridgeshire fue tan peculiar. Usted y Archer engañaron a todo el mundo.

—Nada hubo de amañado en la Cambridgeshire. Sólo oculté la buena forma de mi caballo a los corredores de apuestas.

—¿De veras? ¿Cuántos *jockeys* son capaces de batir a Archer en una final apretada? ¿Dos o tres como máximo? Cannon, tal vez, y Wood... ¿Y quién montaba su animal? ¿Albert White? Vamos, hombre... ¡Albert White! No podía ni acercarse a Archer en una final debidamente llevada. Es evidente que Fred le dejó adelantarse. ¿Y qué ocurrió con *Carlton*, el favorito? Acabó de cualquier manera. ¿Por qué? Porque usted desafió a su *jockey*, Woodburn.

—Nada le pagué yo a Woodburn —replicó desafiante.

—Si no fue usted, fue Archer quien le entregó el dinero. Usted tenía a Archer bien cogido. Estaba dispuesto a hacer de él su socio, o a dar al traste con su reputación.

—No hay ni la menor prueba al respecto —me dijo.

—Sí que la hay —repuse—. Por esto Buckfast entró en Bedford Lodge.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Ayer hizo dos semanas. Aquella noche en que usted asistió a las peleas de perros en el Greyhound.

Mi conocimiento de los hechos lo estaba inquietando manifiestamente, y dijo, como excusándose:

—Vamos a menudo al Greyhound.

Añadí:

—Entró en el dormitorio de usted y sorprendió a dos de sus hombres...

—¿En mi dormitorio?

—... en un estado de desnudez y en una proximidad que nada tenían de natural.

Lanzó un resuello para expresar su incredulidad y yo proseguí:

—Los mismos hombres siguieron a Buckfast hasta Londres, el sábado, y efectuaron su mortífera agresión.

Me pidió que se los describiera, lo cual no dejaba de ser un cambio respecto a sus anteriores negativas, y una cierta indicación

de que yo le había impresionado. Después de ofrecerle yo la mejor descripción de la que fui capaz, me dijo en un tono mucho más aplacado:

—Si hay un grano de verdad en esto, haré que ahorquen a esos hombres. No sé a quién se refiere, pero interrogaré a todos y cada uno de mis asociados.

—No descargue la culpa en otros, señor Baird —le dije severamente—. Yo le sigo teniendo como el responsable de tres muertes.

—¿Tres?

—Archer, Buckfast y *Miss Bliss*.

—Está diciendo una sarta de sandeces —replicó con voz estridente—. Le aseguro que yerra desde el principio hasta el fin y que yo lo demostraré. —Abrió de golpe la portezuela del carruaje y gritó—: ¡Enganchad esos malditos caballos y larguémonos de aquí!

18

AQUEL TRAYECTO en plena noche y en el coche del Squire fue una experiencia que no me agradaría repetir. Recorrimos el camino de entrada a Brantingham Thorpe como si nos persiguieran los lobos. Yo esperaba que se desprendiera una rueda en cualquier momento, pero no afligían tales premoniciones a Charlie Mitchell, que, en el pescante y junto al cochero, no cesaba de gritar a éste que fustigara con su látigo a los caballos.

Dentro del carruaje, en medio de un traqueteo que sólo con gran dificultad me permitía permanecer en mi asiento, pregunté adónde íbamos a horas tan tardías y con tanta velocidad, pero el Squire se negó a contestarme. Se había sumido en un silencio huraño, que me irritó vivamente, puesto que, si alguien tenía razón para sentirse enojado, era yo.

Viramos a la izquierda al llegar al camino principal, con un tremendo chirrido de hierro sobre gravilla, y entonces se presentó una alarmante posibilidad. Nada sabía yo acerca de lo que podía haber en esa dirección, excepto la orilla norte del río Humber. Mi afortunada salvación, tras haber estado a punto de ahogarme en el Támesis, estaba todavía más que vivida en mis recuerdos. En aquella ocasión, yo me había puesto a salvo con unas cuantas brazadas rápidas, pero en ciertos lugares el Humber tiene hasta dos millas de anchura. Si esta vez se proponían realizar una tarea más eficiente para acabar conmigo, el vasto y desierto tramo fluvial al sur de Brantingham Thorpe sería ideal para sus fines. Era más que probable que mi cuerpo nunca fuera hallado.

¡Cómo lamentaba ahora haber hablado tan abiertamente sobre la culpabilidad del Squire! Nunca he tenido fama de saber contener mi lengua y una y otra vez esto me ha metido en apuros, pese a lo cual nunca he escarmentado.

«Bertie —pensé—, esto no puede tolerarse. Si alguna vez ha sido puesto a prueba el encanto de la locuacidad de los Saxe-Coburg, es en esta ocasión». Por consiguiente, refrené mis iras y compuse una sonrisa fraternal.

—Señor Baird —dije cortésmente—, cualesquiera que sean nuestras diferencias, ambos respetamos a Fred Archer como el mejor *jockey* que haya existido jamás.

Me ignoró, pero yo persistí con testarudez:

—Por esto he optado por interesarme personalmente en el misterio de su suicidio.

Me miró como si viera a través de mi cuerpo, y yo agregué con el mismo tono conciliador:

—Sin embargo, empiezo a abrigar la opinión de que sería sensato que alejara de mi mente tan desafortunado asunto.

¿Saben ustedes lo que mereció del Squire esta oferta, más que generosa? Nada, ni siquiera una ceja enarcada. Ese hombre era impermeable a la simpatía o al compromiso, y me negué a seguir, rebajándome hasta que ello fuera absolutamente necesario.

De nuevo me sumí en el silencio y procuré dominar mi cólera encauzando mis pensamientos hacia otras cosas. ¿Qué haría en tales momentos un detective experimentado? Estudiar el paisaje desde la ventanilla para averiguar adónde le llevaban.

Atisbé a través de ella y poca información me aportaron mis ojos. Todavía no podía ver agua, y pensé que, dado el ímpetu con el que viajábamos, deberíamos haber llegado ya al Humber. Al poco rato, un acusado viraje a la izquierda me dio un leve pretexto para alentar el optimismo. El ruido más regular de las ruedas sugería que nos encontrábamos en una carretera principal. Después de todo, tal vez viajáramos hacia el este, en dirección a la ciudad de Hull.

Resultó que no era así. Mi sentido de la orientación me había fallado por completo, pues nos estábamos aproximando a Beverley. Y yo supe que era Beverley, porque a la luz de la luna vi la silueta familiar de las torres gemelas en la fachada oeste de la Catedral. Cuando digo «familiar», debería aclarar que nunca he rezado en

ella, pero suelo pasar por sus inmediaciones camino del hipódromo, que se encuentra en la campiña, al sur de la población.

Seguimos avanzando hasta detenernos junto a la cruz del mercado, lugar donde Mitchell se apeó para efectuar una consulta. Preguntó por una calle, y yo me esforcé en oír la respuesta, pero nada importante conseguí captar, puesto que el Squire lanzó un juramento y ordenó a su matón que cambiaran de lugar. Mitchell no necesitó que se lo repitieran, pues, cuando se metió en el carruaje, pude ver que su abrigo estaba cubierto por una gruesa capa de escarcha.

Nuestro destino resultó ser una casa de pisos en una estrecha callejuela cercana a la plaza del mercado. Automáticamente, me dispuse a apearme apenas se detuviera el carruaje, pero Mitchell gruñó y me apuntó con un dedo, y yo volví a inmovilizarme. El Squire avanzó hacia la puerta de la casa y llamó, mientras que yo me preguntaba qué recepción podía esperar a semejantes horas, puesto que, al atravesar la ciudad, había oído que un reloj daba las tres.

Casi en el acto, se abrió una ventana arriba y, muy a mi pesar, no pude oír lo que se decía. Tras una breve conversación, el Squire volvió al coche, abrió la portezuela y me ordenó apearme.

La finalidad de todo esto me inquietó profundamente y por mi cabeza pasaron varias posibilidades horribles. Si esta vez no iba a ser ahorcado, tal vez mi destino consistiera en recibir un golpe en la cabeza y ser enterrado en el patio posterior. O acaso intentarían meterme en un baúl y sepultarme en el mar...

Mientras cruzaba la calle con el Squire, éste dijo:

—No le he dicho quién es usted.

—La ignorancia es mutua —repliqué.

Pero sí reconocí la cara cuando la puerta fue abierta por un jovencito diminuto con cara ratonil y en camisa de dormir. Probablemente no tendría ni veinte años. Sus facciones estaban abotargadas por el sueño y apenas pude distinguir sus ojos, pero le conocía. Le había visto, y a menudo. Lo malo era que no me era posible recordar dónde, ni quién era él.

El Squire le habló con brusquedad:

—No vamos a necesitar mucho tiempo. ¿Dónde podemos hablar?

—En la habitación de detrás, señor Baird, siempre y cuando lo hagan en voz baja.

Seguía sintiéndome incapaz de situarle. Había en su voz una nota ronca que no me era familiar, pues no tengo el menor oído para los acentos.

Nos condujo —a mí, al Squire y a Mitchell— a través de un pasadizo que olía a humedad hasta una pequeña habitación donde ardían débilmente los rescoldos de un fuego. Un jilguero enjaulado gorjeó cuando nuestro anfitrión encendió una lámpara de aceite, cuya llama nos mostró un mobiliario más bien escaso. Me apropié de un sillón de madera cercano al mortecino fuego y los demás ocuparon taburetes a cada lado de una mesita cuadrada cubierta por un hule.

Con aquella luz más intensa, contemplé al jovenzuelo al que acabo de dar el título de anfitrión, buscando la pista que pudiera indicarme dónde le había visto yo. Mi primera impresión de él como un joven de cara ratonil tal vez no fuera muy caritativa, pero si hubieran visto ustedes sus ojuelos negros, su nariz afilada y sus dientes salientes, sin duda habrían llegado a una conclusión no muy distinta de la mía. Curiosamente, pese a su escasa estatura, yo tenía la idea de estar acostumbrado a mirarle en un plano más alto que el mío.

Y esto me dejaba perplejo, puesto que lo normal es que la gente me mire a mí desde abajo. Invariablemente, me veo elevado por encima del público en algún tipo de estrado o dosel, e incluso en las carreras me subo sobre el carruaje para ver mejor.

Las carreras...

—¡Ya lo tengo! —exclamé—. ¡Tú eres un *jockey*!

Alarmado, alzó las manos y me rogó con su voz ronca:

—No tan alto, amigo. Mi patrona duerme arriba.

El Squire me miró asintiendo con la cabeza y dijo:

—Es Woodburn.

—Woodburn... ¡claro!

Reapareció en mi memoria aquella escena en Newmarket. Vi todo el pelotón de nuevo, corriendo cuesta arriba, cada vez más enfocado por mis prismáticos. Woodburn era el jinete de azul con rombos blancos sobre *Carlton*, el favorito, y llevaba la delantera, con *Melton* y *St. Mirin* inmediatamente detrás. No pudo oponerles

resistencia cuando se situaron a su altura, y ello significó una tremenda decepción para la multitud.

Se oyó arriba alguien que se revolvía en una cama, presumiblemente la patrona de Woodburn, y el *jockey* se llevó un dedo a los labios y señaló hacia el techo.

El Squire le ignoró. Había decidido por fin explicar la razón de tan extraña reunión.

—Woodburn trabaja aquí, en invierno, con Tom Green, el entrenador de Beverley que se ocupa de algunos de mis caballos. Le estoy ofreciendo, Alteza, la oportunidad de interrogarle.

Yo me sentía tan impresionado al comprobar que me encontraba en realidad ante Woodburn, el *jockey*, y no (al menos que yo supiera) ante un asesino o un experto en hacer desaparecer cadáveres, que de momento ni siquiera pude pensar qué era lo que deseaba preguntarle.

El Squire me apremió al respecto.

—Acerca de Fred Archer —añadió.

—Archer, eso es —dije, asintiendo vigorosamente. Lo que ahora necesitaba yo era una bebida reconfortante que me ayudara a ordenar mis pensamientos y, con cierta inconsciencia, me dirigí al joven Woodburn y le pregunté—: ¿Tienes algo más o menos parecido a una botella de coñac?

El rostro de Woodburn se contrajo al consultar éste al Squire:

—¿Es ésta una de sus famosas bromas, señor Baird? Quiero decir si se supone que he de tomar a ese viejo chiflado por el príncipe de Gales...

La respuesta del Squire fue contundente:

—No es ninguna broma.

—No puede negarse que hay una cierta semejanza —comentó estúpidamente Woodburn, aunque tal vez no se le pudiera culpar por persistir en su error. Unos minutos antes había estado durmiendo profundamente, y creo que si mi madre la reina se hubiera encontrado a mi lado con la capa de la Coronación, tampoco lo hubiera creído.

El Squire se dirigió entonces a mí, con un tono irritado:

—¡Vaya de una vez al grano, maldita sea!

Sin duda, usted, lector sensible, se sentirá atónito ante el hecho de que alguien se me pudiera dirigir de semejante manera. Por

tanto, podrá imaginar cuáles eran mis sentimientos. Por el momento, los refrené, puesto que ya había recuperado mi sangre fría. Me daba cuenta de que se me ofrecía una oportunidad perfecta para verificar la aseveración del Squire, según la cual ni él ni Archer habían sobornado a Woodburn, y confiaba en que dentro de pocos momentos el Squire se encontrara con la horma de su zapato.

Dirigiéndome a Woodburn, dije:

—Quiero que me des unas cuantas respuestas sinceras, muchacho. Deseo llegar hasta el fondo en lo que se refiere al resultado de la Cambridgeshire.

Woodburn se mostró muy alarmado, como yo ya esperaba, y exclamó:

—¿La Cambridgeshire? —Se volvió hacia el Squire y preguntó—: ¿Qué es esto, señor Baird..., una investigación del comité?

Mi respuesta fue rotunda.

—Es algo mucho más importante. Tú montaste a *Carlton*, el favorito, y corrió como un galápago. Quiero saber por qué.

Se removió en su taburete.

—El mejor potro puede tener a veces un mal momento.

Ignorando esta maniobra evasiva, me lancé a fondo con la pregunta:

—¿Es verdad que aceptaste un soborno de este caballero?

Woodburn parpadeó y nos miró, primero al Squire y después a mí, como si acabara de impugnar al arzobispo de Canterbury.

—¿Del señor Baird? ¡Jamás!

Al oír esto, el Squire adelantó su grueso labio inferior en una mueca de triunfo, y yo comprendí cuán fútil era semejante ejercicio. Era indudable que Woodburn había de apoyar al Squire si ambos estaban conchabados.

—¿De Archer, pues? —sugerí.

—¿Fred Archer?

—No me hagas perder la paciencia, Woodburn.

—A Fred le ofrecieron montar a *Carlton* y él rehusó —fue su respuesta.

—No has contestado a mi pregunta.

El Squire salió entonces en su defensa.

—Sí que la ha contestado. Si Fred rehusó montarlo, bien debía saber que *St. Mirin* era mejor caballo.

—No necesariamente —repuse—. Hubo una prueba antes de la Cambridgeshire y *Carlton* venció fácilmente a *St. Mirin*. ¿Qué dices a esto, Woodburn?

Muy nervioso, el *jockey* se humedeció los labios.

—Fred deseaba montar a *Carlton*, pero se encontraba bajo una obligación, señor.

Advertí este «señor». Yo estaba causándole una cierta impresión.

—¿Una obligación? ¿Con quién?

—Con la propietaria de *St. Mirin*: la duquesa de Montrose. Es una señora muy mandona.

—Esto me consta.

—Yo me encontraba en Irlanda con Fred para correr la Curragh de octubre, y estaba a su lado cuando abrió el telegrama. Decía: *Mi caballo corre en la Cambridgeshire. Cuento contigo para montarlo. Montrose*. Para Fred, esto significaba reducir su peso a menos de ciento veinte libras, una pérdida terrible para un hombre de su estatura.

—Sigues soslayando mi pregunta —le dije—. ¿Aceptaste o no un soborno de Archer?

Apareció en los ojos de Woodburn una expresión que me resulta difícil describir. Había en ella embarazo, cosa que yo ya esperaba, y desafío, pero además algo que no esperaba: miedo, casi lindante con el pánico.

También el Squire debió de notarlo, puesto que decidió en aquel momento orientar descaradamente al testigo.

—¡Por todos los cielos! Fred era honrado hasta la médula. ¡Contesta de una vez a esa maldita pregunta, hombre!

—No puedo —dijo Woodburn—. No me atrevo.

—¿Por qué?

Y con gran sorpresa y confusión de todos, Woodburn contestó:

—Podría estar escuchando.

Tras un intervalo en el que nadie respiró, inquirí:

—¿A quién te refieres, exactamente?

—A Fred.

Hubo una pausa llena de estupefacción, hasta que, tratando de que su explicación sonara a razonable, Woodburn dijo:

—En realidad, yo no creo en estas cosas, pero cuando ciertas personas a las que yo conozco, personas honradas y fiables, me

dicen que le han visto con tanta claridad como si fuera la luz del día, no puedo ignorar lo que dicen, ¿no creen?

—¿Qué han visto qué? —quiso saber el Squire.

—Su espectro.

—¡Caray! —exclamó Mitchell.

Woodburn se apresuró a añadir:

—Dicen que es un espíritu inquieto. Fred no quiere quedarse en su tumba.

—¡Esto es absurdo! —dije yo, no sin desear que hubiera más convicción en estas palabras.

Verán, mamá me habla constantemente de fenómenos psíquicos, de voces y apariciones, y algo de eso se pega aunque uno se esfuerce en adoptar una postura racional.

El Squire dijo entonces:

—Algo al respecto se ha comentado en el periódico. Dicen que cabalga por Newmarket en un caballo espectral.

—En este caso —intervine útilmente—, no se dejará ver en Beverley. Los fantasmas sólo rondan un mismo lugar.

—Así es —corroboró Mitchell, aunque no me es posible imaginar que él pudiera erigirse en experto de lo sobrenatural.

—Puedes decirnos la verdad, Woodburn —insistí—. ¿Aceptaste un soborno?

El Squire abandonó su taburete y puso una mano alentadora sobre el hombro del *jockey*. Después dijo:

—Ni siquiera tienes que hablar para contestar a esta pregunta. Basta con que muevas la cabeza.

Aquellas facciones de roedor se contrajeron. Woodburn era, en aquellos momentos, un joven muy afligido.

—¿Perdiste adrede la carrera, verdad? —dije.

Bajó la cabeza como confirmación.

—¿Y Archer te pagó para que lo hicieras?

Otra silenciosa afirmación.

Esto fue demasiado para las capacidades digestivas del Squire. Agarró a Woodburn por el camión y lo levantó de su taburete.

—¿Qué diablos estás diciendo, sabandija..., que el mejor *jockey* que jamás ha existido era un tramposo? Mírame a los ojos y repítelo.

—Es la verdad —susurró Woodburn—. Es tan verdad como que

yo vivo y respiro, señor Baird.

De pronto, el Squire palideció intensamente.

Charlie Mitchell, que sólo había comprendido que la sabandija había ofendido a su amo, se levantó y se dispuso a aplastarla, pero el Squire le indicó con un gesto que siguiera sentado.

Una llamarada triunfal brotó en mi interior. Había demostrado mi caso. En vez de la habitación trasera de una humilde casa de Beverley, bien hubiera podido encontrarme en el Tribunal Central de lo Criminal en el Old Bailey. Bien me merecía yo ocupar un lugar entre los grandes abogados forenses.

Bastaba un breve paso para pasar desde allí al banquillo ante el juez, y con la mayor seriedad dije a Woodburn:

—Has dicho lo suficiente para poner un final prematuro a tu carrera como *jockey*, pero no será necesario repetirlo más allá de estas paredes si confiesas todos los detalles con toda franqueza. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor.

Se pasó los dedos por el cuello de su camisón. Sus manos estaban temblando.

—¿Cuánto te pagaron?

—Doscientas, señor.

—¿Para frenar a *Carlton*?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo, exactamente, te pagó Archer este soborno?

—Él no lo hizo, señor.

—¿Qué?

—Fred no me pagó. Lo hizo Charlie Buckfast.

—¿Buckfast?

Me di perfecta cuenta de que mi voz había sonado ridículamente chillona.

—Él actuaba en nombre de Fred —dijo Woodburn, comprendiendo que le correspondía aportar una rápida explicación—. Fred no podía hacer nada sin que hubiera alguien vigilando. La gente nunca le quitaba la vista de encima, y por tanto el capitán hizo la operación en su nombre. Se dirigió a mí el primer día de las pruebas de Houghton. Me entregó la primera mitad el día antes de la Cambridgeshire y el resto la mañana siguiente.

—Por consiguiente, ¿no tuviste tratos directos con Archer? —

inquirió el Squire.

—Así era como lo prefería Fred, señor.

Creo que el Squire le arrancó a Woodburn algo más acerca del dinero y de cómo éste se quedó, dentro de una caja de cigarros, en un coche de cuatro ruedas alquilado para que le esperase al finalizar las carreras del día, pero mi concentración se había desvanecido. Me sentía anonadado ante la sugerencia de que Charlie Buckfast, mi ayudante, un oficial y un caballero, no sólo hubiera sido cómplice en el soborno, sino que además lo hubiera promovido activamente, sin mencionármelo para nada. Y era deplorable, sobre todo si uno pensaba que podía tratarse de una maligna difamación contra un muerto.

Me pregunté si Woodburn y el Squire habían fabricado esa historia entre los dos y me resultaba tentador creerlo, pero me vi obligado a admitir que el relato de Woodburn contradecía al del Squire. Según éste, Archer era prácticamente un santo, incapaz de una bajeza tal como el soborno. La declaración de Woodburn en el sentido de que Archer era un hombre corrupto había impresionado profundamente al Squire. Cabe confiar en mi capacidad para saber cuándo un hombre lo ve todo rojo. No cabía la menor duda de que su arrebató de ira había sido genuino.

¿Qué podía yo sacar de todo aquello? Sólo me cabía asumir que Woodburn estaba desequilibrado. Esta posibilidad ya había pasado por mi mente cuando empezó a hablar del fantasma de Archer, pero hay que reconocer que cabezas más sabias y eminentes que la suya han alimentado tales nociones. Sin embargo, la historia referente a Charlie Buckfast era absurda. Era una locura.

No creía yo ni una palabra de ella.

Poco después, regresamos a Brantingham Thorpe, pero durante la mayor parte del viaje guardamos silencio. Sólo al enfilar el camino de entrada de la propiedad, el Squire me preguntó:

—¿Ha quedado convencido?

—En absoluto —contesté con toda sinceridad.

—¿Querrá continuar este asunto?

—Hasta el final, señor Baird. Hasta el mismísimo final.

Sonrió impudicamente.

—En este caso, le veré allí..., si es que sobrevive.

19

NADIE SE LEVANTÓ temprano en Brantingham Thorpe el domingo por la mañana. *Lady Jessica* y su equipo no se mostraban tan vivarachas en una helada mañana de diciembre, cuando los fuegos de toda clase habían cesado de llamear. Ni siquiera se pensaba en el desayuno. El mero pensamiento de renovar el contacto social ante el *porridge* y los arenques ahumados debía de representar una perspectiva infernal para aquellos personajes que erraban en camisón la noche anterior. Por consiguiente, pude escabullirme mediada la mañana sin ser visto por nadie, excepto Sykes, que muy decentemente dispuso que me condujeran a York, donde el jefe de estación, un buen hombre, hizo formar un tren especial.

Reanudé mi investigación el martes siguiente, 14 de diciembre, por la tarde. Me trasladé a Newmarket y me instalé en mi *suite* privada del Jockey Club. Estaba convencido de que mi labor detectivesca llegaría a una triunfal conclusión en la población a la que nosotros, los turfistas, conocemos como el Cuartel General, y así fue, como verán ustedes.

Después de una opípara cena, pasé una instructiva velada con el capitán James Machell, fuente de todos los conocimientos referentes a la hípica y sus personalidades. Machell es un sujeto de aspecto melancólico y una cierta causticidad en su habla, que a lo largo de los años se ha creado muchos enemigos, pero yo siempre le he considerado como una compañía estimulante, y como juez de un caballo no tiene rival. En la historia de las carreras, siempre se le vinculará con el Derby que corrió *Hermit* en 1867. Una semana

antes de la prueba, a *Hermit* se le rompió un vaso sanguíneo en Newmarket. Henry Chaplin, el propietario, deseaba retirarlo, pero Machell le puso un remiendo al potro, insistió en que corriera y lo respaldó personalmente con su dinero, lo que le hizo ganar 3000 libras, ya que ganó sensacionalmente, con las apuestas a 1000 contra 15. Es más, cuando *Hermit* fue dedicado a semental engendró numerosos caballos sobresalientes, entre ellos dos ganadores del Derby y uno cuyo nombre le será familiar al lector: *St. Mirin*.

En el curso de esta velada, el capitán se mostró vindicativo al relatar el último incidente en su interminable feudo con su vecina en Newmarket, Carrie Montrose, a la que él llamaba «esa mujer odiosamente insaciable». Resultaba que Carrie había llegado de Londres con un joven de veintidós años, al que había «levantado al amanecer, pese a su postración, para cabalgar a través de los Limekilns». Después de pasar una noche con Carrie, el joven no estaba en condiciones para el galope. Su jaca se encabritó, arrojó a su jinete por delante e interfirió la montura de Machell, y hubo tal altercado entre Carrie y el capitán que nadie se dio cuenta de que el joven se había roto una pierna.

Nuestra conversación pasó inexorablemente a Archer, y Machell me dijo que, antes de la desavenencia entre los dos, Fred había llegado a consultarle acerca de si era aconsejable su matrimonio con Carrie Montrose. Quería saber si ello le convertiría a él en duque. ¡Pobre e iluso Archer! Oír esto me hizo retorcer de risa.

Desde este punto, fue fácil transición llegar a las historias tremebundas que circulaban acerca de las apariciones de Archer en Newmarket. Con gran sorpresa por mi parte, Machell anunció que él mismo lo había visto. Yo no hubiera apostado ni un penique por la posibilidad de que aquel viejo cínico y agriado viera un fantasma, pero me lo contó con la mayor seriedad.

—No sé hacerme a la idea de que haya muerto aquel pobre hombre —me dijo—. Lamento decir que tuvimos una diferencia poco antes de que se matara. Me dijo que apostara por un caballo en el Seller de Newmarket y *Wood* lo ganó por una cabeza. Después, oí decir a una amiga, en la tribuna, que Archer le había aconsejado que se jugara el dinero en *Wood*. Yo había pasado una semana muy mala y cometí la necedad de creerla. Cuando encontré a Fred en el *paddock*, le hice un desplante. Le volví la espalda al hombre que me

había montado más ganadores que cualquier otro. Y todo por creer las palabras de una comadre. ¡Cuánto desearía hacer marcha atrás en el tiempo! Fue la última vez que le vi... vivo.

Yo dije con la debida seriedad:

—Pero ¿usted cree haberle visto en forma de espíritu?

—El viernes pasado por la noche, señor. Yo estaba acostado pero despierto —y estoy dispuesto a jurar sobre la Biblia que estaba completamente despierto— cuando vi a Archer de pie junto a mi cama. Llevaba su atuendo de *jockey*, aunque no podría decirle qué colores lucía. Le estuve mirando varios minutos, y no sé si le hablé o no. Al cabo de un tiempo, alargó una mano y me dio unas palmadas amables en el hombro, y este gesto, aunque resulte extraño decirlo, me tranquilizó tanto que me quedé dormido y desde entonces he dormido perfectamente.

Le pregunté cuánto había bebido la velada anterior, pero él me aseguró que no estaba achispado. Tenía la seguridad de que el espíritu de Archer rondaba por Newmarket, para atender a algún asunto aún no concluido. Una noche, a horas tardías, un policía había observado un raro resplandor en Falmouth House, cuando esta casa había permanecido deshabitada y cerrada desde la investigación judicial. La exploró y no había nadie dentro. Además, varios habitantes de la localidad aseguraban haber visto al fantasma en el Heath después de la medianoche, corriendo a caballo por el trazado de la Cambridgeshire. Se suponía que el pobre Fred todavía trataba de ganar la carrera en la que nunca había podido triunfar cuando vivía, si bien, como puntalicé sin visible oposición, era una prueba fácil y al gran *jockey* no hubiera debido importarle tanto.

Me retiré tarde y al lector escéptico le agradará enterarse de que durante la noche no recibí a ningún visitante, mortal o inmortal.

A la mañana siguiente, empecé por lo que había de probar la etapa crucial de mi investigación. En primer lugar visité Heath House, aquel establecimiento de aprendizaje donde Archer, a la edad de once años, había tomado lecciones del temible Mat Dowson. El actual director era George, el sobrino de Mat, al que a mí me interesaba ver porque era uno de los ejecutores del testamento de Archer. Me había propuesto averiguar si en las cuentas había alguna prueba que apoyara la historia de Woodburn referente al soborno por valor de 200 libras.

Fui recibido con la debida cortesía (un. cambio placentero después de mi experiencia en Beverley) e introducido en la sala, que era un auténtico museo del Turf, con Archer bien representado en dos pinturas al óleo y en una estatuilla ecuestre de Edgar Boehm, el escultor y chantajista de la reina. Me habían preparado el primer ponche de la temporada de fiestas, y obtuve la impresión de que el joven Dawson se esperaba una conversación de tipo social, en cuyo caso pronto le decepcioné al lanzarle sin preámbulos mis preguntas inquisitivas.

—Deseo serle útil, señor —contestó a mi pregunta—, y será para mí una satisfacción que examine las cuentas tal como están en este momento.

—Esto no me parece demasiado prometedor.

—La verdad es que resulta muy difícil extraer uno a uno todos los gastos. Fred efectuaba la mayoría de sus transacciones en metálico. Antes de que terminara su vida apostaba abundantemente, y retiraba su dinero en cantidades respetables, superiores a las mil libras, al comenzar cada mes.

—Esto no me parece muy propio del Tinman —comenté.

—Había amasado una fortuna y la gastaba, señor, a pesar de su reputación de tacañería. Los libros de caja así lo confirman. ¿Desea examinarlos ahora?

La teneduría de libros es, para mí, algo tan extraño como Tombuctú, y por lo tanto le expliqué con precisión lo que andaba buscando. Recorrió con un dedo una de las columnas, y, tal como ya me temía, me fue imposible encontrar las 200 libras pagadas a Woodburn.

—¿El capitán Buckfast llevaba estas cuentas? —inquirí.

—Sí, señor.

—¿Son exactas?

—Cuadran, si esto es lo que usted quiere saber, señor.

—Pero usted ha dicho que cada mes se retiraba un millar de libras en metálico...

—Aquí hay las entradas, señor, si desea usted verlas...

—Por lo tanto, es posible que las 200 libras que estamos buscando fueran pagadas realmente al señor Woodburn, y no aparecieran en los libros.

Juzgó adecuado salir en defensa de Charlie.

—Estoy seguro de que el capitán Buckfast hizo cuanto pudo para convencer a Fred de atender más a fondo el negocio, pero él se encontraba atado de pies y manos. Para Fred, competir en las carreras era lo único que contaba después de haber muerto Helen, su esposa.

—No sería esto único —observé.

—¿A qué se refiere, señor?

—Me refiero a las mil libras mensuales. ¿Adónde iban a parar? ¿Mujeres?

La contundencia de mi pregunta le escandalizó. Era preciso defender la reputación de la familia.

—Lo niego categóricamente, señor. Me temo que debió de haber estado apostando más dinero de lo que todos nosotros imaginábamos.

—¿Y perdiendo?

—No puedo imaginar adónde más podía ir a parar ese dinero —repuso Dawson, cerrando el libro.

No era éste el momento adecuado para airear mis teorías, y dije:

—Hay otra cuestión que me gustaría tratar. Cuando usted revisaba los papeles de Archer, ¿encontró algún documento o borrador de documento que sugiriese algún posible acuerdo financiero con otras personas?

—¿En qué está pensando, señor?

—¿Tal vez un acuerdo matrimonial?

No tuve la satisfacción de conseguir otra respuesta escandalizada, puesto que me preguntó con toda tranquilidad:

—¿Se refiere con esto al rumor de que Fred planeaba casarse con cierta duquesa viuda?

—Podría ser... si es que hay alguna prueba al respecto.

—Yo no lo he visto, señor.

De poco podía servir presionarle más sobre este punto.

—Tal vez encontrara algo más: alguna indicación acerca de una asociación en proyecto con el señor George Alexander Baird.

—¿El Squire? —Parecía más sorprendido ante la posibilidad de una relación con el Squire que con una vinculación con Carrie Montrose—. Tengo entendido que este caballero goza de una reputación muy negra.

—Y no sin fundamento —le confirmé.

—No me es posible recordar haber visto algo al respecto en sus papeles personales.

—Es posible que no —dije, y añadí con firmeza—: Pero me gustaría revisarlos personalmente.

—Estoy seguro de que esto puede arreglarse. Se encuentran en un escritorio en la que fue la residencia de Fred, Falmouth House.

—Conozco este lugar.

—Sí, señor, pero mucho me temo que ahora esté cerrado a cal y canto. Nos preocupaban los cazadores de recuerdos.

—¿Tiene usted la llave?

—La tiene el que fue su ayuda de cámara, un hombre llamado Sarjent.

Yo recordaba a Sarjent, aquel joven alto que había prestado declaración en la diligencia judicial, y que después tan bien había sabido cepillar mi sombrero y mi abrigo.

—¿Y dónde puedo encontrarle?

—Debería venir aquí esta tarde a primera hora, señor. Él es quien se ocupa de los caballos.

Se ofreció para llevarme al Jockey Club, pero yo opté por recorrer a pie aquel breve trecho. Era una mañana de diciembre esplendorosa y no gozo a menudo de la oportunidad de hacer ejercicio en las vías públicas, por lo que aproveché al máximo ésta, aunque echara de menos la compañía de mi perro *Peter*.

Tras un reconfortante almuerzo, emprendí de nuevo camino a pie, esta vez en dirección a Falmouth House, y después de unos minutos de caminata a lo largo de Ely Road divisé los gabletes de la fachada a mi izquierda, a poco menos de una milla más allá de la población. Al recordar mi anterior visita a aquella casa y todo lo que había ocurrido desde entonces, me era difícil admitir que sólo hubieran transcurrido cinco semanas.

Ascendí por el camino de gravilla en dirección a aquella triste mansión con sus cortinas echadas, no sin preguntarme si alguna vez volvería a estar habitada. Desde luego, por nada del mundo hubiera vivido yo en ella.

Estaba rodeando su ala lateral y cruzando el jardín delante de la cocina, en dirección a las cuadras, cuando un grito de prevención me obligó a detenerme.

Se trataba tan sólo de un jardinero que había aparecido desde

detrás de un muro, y yo estaba dispuesto a pasar por alto su descortesía, pero, por alguna razón insondable, la visión de aquel hombre hizo sonar timbres de alarma en mi cabeza. No era una figura particularmente grotesca y sus facciones nada significaban para mí. Sólo podía suponer que su físico y sus andares —aquella desproporcionada anchura de hombros en un cuerpo más bien rechoncho— me recordaron algún momento odioso de mi pasado. Pero he conocido a tantas personas odiosas que este detalle de poca ayuda me servía, excepto que pocas de ellas, y quizá ninguna, eran jardineros.

—¿Qué busca?

Su voz era tan grosera que tuve la seguridad de que la habría reconocido de haberla oído antes, pero no estableció ninguna conexión en mi memoria.

Pregunté por Sarjent y el hombre me indicó el edificio al que yo me dirigía antes de pararme él.

Era una cuadra de cuatro compartimientos que contenía un par de caballos de caza, uno de tiro y el caballo tordo de Archer. Una voz me llamó desde el cuarto trastero y allí encontré a Sarjent, el ayuda de cámara, acomodado en una silla apoyada en sus patas traseras, fumando un cigarro y con sus largas piernas sobre el banco en el que unos arneses esperaban ser limpiados.

Al entrar yo, prácticamente se cayó de su silla. A diferencia del jardinero, me reconoció en el acto, y yo me apresuré a capitalizar su espanto preguntándole:

—¿Así es como sirves ahora a tu antiguo amo?

Dejó caer el cigarro y lo aplastó con el tacón, aprovechando el mismo movimiento para ponerse firmes como un soldado de la guardia. Tenía la estatura apropiada para serlo.

Tras olisquear el humo, inquirí:

—¿Cómo puede un hombre de tu clase fumar habanos? ¿Los hurtaste de la casa?

Esto le movió a responder e incluso protestó con energía:

—Yo no sería capaz de tocar ni una sola cosa de las pertenencias del señor Archer. Yo mismo los compré en la tienda de tabacos de High Street. Puede preguntarlo allí, si quiere.

Yo me había sentido favorablemente impresionado por él en nuestro anterior encuentro, pero ahora le repliqué secamente:

—Si has de dirigirte a mí, ten la cortesía de hacerlo como es debido. He hablado con el señor Dawson, el albacea, y ahora me gustaría examinar el interior de la casa.

—No faltaría más, Su Majestad.

—Basta con que me llames «señor».

Al cruzar el jardín ante la cocina, busqué al bellaco que antes me había interpelado a gritos, pero no se dejó ver. Pregunté a Sarjent:

—¿Cuánto tiempo llevaba al servicio del señor Archer el jardinero al que he visto antes?

—¿Parker, señor? Cinco o seis años al menos.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Va a comprar una taberna en Cambridge, señor.

—Pues espero que no hable a gritos a sus clientes.

La experiencia de entrar en la oscurecida vivienda de Archer después de las historias que había oído contar me puso un tanto nervioso. Olía a moho. En el vestíbulo, un reloj de pared guardaba silencio. Sarjent me hizo pasar al salón donde había tenido lugar la investigación judicial. Corrió las cortinas y me abrió el escritorio.

—¿Prefiere que le deje a solas, señor?

¿En una casa encantada? ¡Por nada del mundo!

—No —contesté con toda la indiferencia de que fui capaz—, puedes quedarte. ¿Has encontrado ya un nuevo empleo?

—Me propongo tomarme un año libre, señor, para visitar a mi hermano en Nueva Zelanda.

—Entonces ¿has ahorrado algún dinerillo?

—Sí, señor.

—¿Era generoso con sus servidores, pues?

—Yo siempre le consideré como tal, señor.

Me dediqué a la tarea de buscar entre los papeles, que formaban un revoltillo terrible. Lo hice observar a Sarjent y éste dijo:

—Estuvieron bien ordenados hasta ayer, señor.

—¿Y qué ocurrió ayer?

—El señor Baird los examinó.

Le miré estupefacto.

—¿El Squire? ¿Y qué estaba haciendo aquí?

—Buscando algo que le pertenecía, según tengo entendido, señor.

—¿Y qué diablos podía ser? —exclamé—. ¿Lo encontró?

—No tengo la menor idea, señor.

Era evidente que yo estaba perdiendo el tiempo si el Squire había pasado por allí antes. Volvía meter los papeles en su caja y la cerré.

—Entonces, por lo que veo, cualquiera puede entrar aquí y rebuscar entre los papeles privados de Archer, ¿no es así?

Era una pregunta retórica y él tuvo el sentido común de no contestar, pero me pareció detectar el inicio de una sonrisa en las comisuras de su boca.

Decidido a sacar alguna ventaja de esa visita, inquirí:

—¿Conocías bien al capitán Buckfast?

—Venía a menudo por aquí, señor. Se ocupaba de la correspondencia del señor Archer y otras cosas por el estilo.

—Por lo tanto, tendría ocasión para hablar contigo, ¿verdad?

—Él nos pagaba nuestros salarios.

—Tengo entendido que la policía te pidió que identificaras su cadáver...

—Alguien de la casa tenía que hacerlo, señor. Que nosotros supiéramos, el capitán no tenía familiares. Por lo tanto, Parker y yo nos ocupamos de ese penoso deber.

—¿Parker, el jardinero? —Intenté dar a la conversación una nota de humor que, escrita, resulta vergonzante pese a mis buenos deseos—. Todo un cambio después de tanto podar y rastrillar. ¿Alguna noticia de la policía desde entonces?

—Ayer estuvieron aquí unos detectives, señor.

—¿Han interrogado al señor Abington Baird?

—Esta mañana, según he oído decir, señor. Fue conducido a la ciudad para contestar a las preguntas de un caballero muy importante, llegado especialmente de Scotland Yard.

No me importa admitir que sentí un placer maligno al imaginarme a *sir* Charles Warren habiéndoselas con el Squire.

Había otra cuestión importante que interesaba dilucidar, y observé:

—Sin duda, habrás oído hablar de esas historias de que han visto el fantasma de Archer...

—No las creo, señor —dijo Sarjent, pero me fijé en que un músculo de su mandíbula vibró al oír mis palabras. Uno de esos

detalles que a un detective de mi categoría no le pasan por alto.

—¿Y aquí no has notado nada? —proseguí—. Se ha hablado de unas luces que se veían en plena noche.

—Por la noche nunca estoy aquí, señor.

—¿Hay alguien?

—La casa está deshabitada y cerrada.

—Tanto mejor —comenté—. Ya resulta bastante inhóspita de día. Puedo asegurar que hace más frío dentro de ella que afuera. Como si fuera una tumba. ¿Supongo que no sabrás dónde guardaba Archer su botella de *whisky*?

Sarjent salió disparado cómo una flecha.

Por mi parte, el *whisky* era una mera excusa. Los pocos momentos que pasé a solas en la habitación me permitieron acercarme a la ventana y descorrer el pestillo, a fin de poder abrirla desde el exterior. Cuando Sarjent regresó, yo ya ocupaba de nuevo mi lugar frente a la chimenea.

Más reconfortado y más enterado, regresé al Jockey Club.

Pero ¿qué hacer a continuación?

En primer lugar un baño caliente.

Lector, te invito a hacer lo propio.

20

AH, ESE BENDITO MOMENTO de la inmersión, cuando la piel de gallina desaparece bajo el agua... Soy un firme creyente en las facultades restauradoras del baño en una bañera. De hecho, diré más. Un remojón apacible aclara la mente, e incluso puede dar como resultado una inspiración. Una de las pocas cosas que vale la pena recordar de una educación basada en los clásicos es la historia de Arquímedes. He olvidado qué fue, exactamente, lo que descubrió éste en su baño, pero la verdad de su experiencia perdura a través de los siglos. Uno se relaja en la bañera, dejando que el agua se deslice exquisitamente sobre su vientre, y de pronto surge la inspiración.

¿Les gustaría probarlo? No insistiré en que lean este capítulo en la bañera (aunque no estaría de más, con tal de que mantuvieran el libro fuera del contacto con el agua), y tampoco insistiré en que lo lean en cualquier otro lugar, a no ser que tengan interés en desenmascarar a la asesina, al asesino o a los asesinos (así expresado para no delatar nada, excepto la precedencia del bello sexo).

Lo que sigue es el proceso de razonamiento que me llevó a gritar «¡Eureka!» cuando capté la verdad del misterio. Bien entendido que la ofrezco por serios motivos, y confío en que ustedes la acepten en el mismo espíritu. No tengo la menor intención de tratar tres muertes espantosas como si se tratara de un juego de salón. Me complace tener la esperanza de que la ciencia de la criminología llegue a aprovecharse de mis experiencias como detective.

Tumbémonos pues, literal o figurativamente según las circunstancias, y consideremos los hechos esenciales del caso, como hice yo aquella tarde crucial en mi cuarto de baño del Jockey Club.

Tres personas han muerto violentamente (me dije). Fred Archer, por su propia mano; Charlie Buckfast, aturdido a golpes y ahogado por dos hombres enmascarados; y Myrtle Bliss, a la que un intruso desconocido pegó un balazo en la cabeza.

Las muertes de Buckfast y Myrtle se produjeron después de haber accedido los dos a ayudarme a investigar el suicidio de Archer. Por lo tanto, parece ser que la clave del misterio es la muerte de Archer. Busquemos la relación para ésta, y bien puedo descubrir por qué fueron asesinados los demás.

¿Nos sentimos cómodos con esto, o debo añadir un poco más de agua caliente?

El veredicto de la investigación, según el cual la mente de Archer se extravió a causa de la tifoidea, debe considerarse como extremadamente dudoso. Se apoya en unas pruebas médicas muy precarias. Yo no soy médico, pero hablo de esta enfermedad en base a una experiencia personal, y cuento con el apoyo del *British Medical Journal*, según el cual «*el hecho de que el delirio agudo, con alucinaciones de tipo suicida, sobrevenga a veces durante la fase inicial, será una novedad para muchos*». Personalmente, yo sospecho que el pobre muchacho no padecía nada peor que un resfriado febril, producido por haber llevado ropas insuficientes en el terreno de las carreras. No se anunció la sospecha de la tifoidea hasta el día en que murió, y aquel día su temperatura era la normal, era capaz de mantener conversaciones racionales y, según la declaración de varios testigos, incluido su propio médico, estaba mejor. Parece probable que los médicos se pusieran de acuerdo en lo de la tifoidea en beneficio de la familia de Archer y de su propia reputación pues deseaban excluir la posibilidad de que éste se hubiera matado fríamente y en plena posesión de sus facultades mentales.

Veamos la suposición, más probable, de que Archer estuviera bien de la cabeza y de que su suicidio hubiera sido deliberado. ¿Qué pudo haber provocado una acción tan desesperada?

La causa más obvia de un suicidio es la desesperación. Por dos veces, la vida de Archer había sido trastornada por la muerte, en los tres últimos años: primero su hijito, un bebé que sólo vivió unas

pocas horas en enero de 1884, y después, en noviembre del mismo año, su esposa Helen Rose, tras dar a luz una hija. La muerte de una criatura en su primera infancia es dolorosa pero no inusual, como Alix y yo podemos atestiguar. La muerte de una esposa en el parto tampoco es inusual, pero más dura de soportar, estoy seguro de ello. Todo el mundo está de acuerdo en afirmar que Archer quedó muy afectado. Para hacer algo y distraerse después de la tragedia, visitó América acompañado por Charlie Buckfast, y cuando regresó su afán por las carreras no había menguado. Como *jockey*, era mejor que nunca, ya que ganó cuatro de los cinco clásicos en 1885. Este año añadió a su palmarés su quinto Derby y su sexto St. Leger. Habían pasado dos años desde el fallecimiento de su mujer, de modo que lo peor ya había quedado atrás. Tenía una hija de dos años para la que vivir, y la perspectiva de muchos años más como *jockey* campeón.

No, yo no puedo creer que se matara a causa de la pena.

Muy al contrario, estaba pensando en casarse otra vez. Carrie Montrose admitió ante mí que ella había «decidido casarse con él». Y él debía de haberlo pensado seriamente porque preguntó al capitán Machell si casarse con una duquesa le convertiría a él en duque. Fred tenía veintinueve años de edad, y Carrie Montrose sesenta y ocho. Tiene sin embargo unos sesenta y ocho pletóricos de energía y es extremadamente rica, la propietaria de la mayor caballeriza de pura sangres del reino.

Mejor será cerrar ahora el grifo del agua caliente, porque pasamos a la Cambridgeshire y es seguro que esto elevará notablemente la temperatura.

Archer montó a *St. Mirin*, el caballo de Carrie, en la gran carrera y dejó que todos supieran que esperaba ganar. Según el joven Woodburn, se pagó un soborno para frenar al favorito y dejar que *St. Mirin* se llevara la palma, pero este plan quedó frustrado cuando *St. Mirin* fue batido en el último tramo por un *outsider*.

Mis investigaciones revelaron que el propietario *de facto* del caballo ganador era el Squire, y con eso basta para que cualquiera huela a chamusquina. La probabilidad de que él esté implicado en tales delitos es insoslayable.

Consideremos ahora las tres muertes. Dos semanas después de la Cambridgeshire, Archer se pegó un tiro tras articular aquella

misteriosa y última palabra: «¿Vienen?». Esta pregunta, aparentemente desprovista de sentido, fue citada en la diligencia judicial como prueba de delirio. No estoy de acuerdo con ello. El paciente había mejorado. Estuvo hablando racionalmente con sus amigos aquella mañana. Según su hermana, su actitud fue perfectamente normal hasta el momento del fatal incidente.

No es posible ignorar esa palabra de un moribundo. Bien puede contener la clave del misterio.

Y mientras estamos todavía con Archer, me gustaría deshacer otro *canard*. He oído sugerir que su suicidio fue debido, oscuramente, a los constantes esfuerzos que se obligaba a hacer para reducir su peso. Ciertamente tenía un peso inferior al correspondiente a un hombre de su talla, pero lo mismo les ocurre a otros muchos *jockeys*, y como deportistas profesionales aceptan los gajes de su oficio. La falta de alimento pudo haberle vuelto irritable, pero es más que improbable que le hubiera trastornado la mente.

¿Dónde más puedo buscar una explicación? ¿Sería financiera? En los últimos meses de su vida, estuvo gastando de firme, retirando cuantiosas sumas en metálico, supuestamente para apostar. Dejó unos bienes inferiores a los que generalmente se suponía, excepto en el caso de Charlie Buckfast, que administraba la hacienda de Archer y correctamente estimó que la cifra no pasaría de las 60 000 libras. Pero, en realidad, sesenta mil libras representan más de lo que muchísimos hombres pueden ganar en toda su vida. ¿Qué sentido tiene quitarse la vida cuando uno todavía dispone de una fortuna a su nombre?

La segunda desgracia que debemos considerar fue el asesinato de Charlie Buckfast... que estuvo a punto de convertirse, peligrosamente, en un doble asesinato.

Recordarán que envié a Charlie a Newmarket para que vigilara al Squire. Cuando regresó, me contó que había oído al Squire hablar de presionar a Archer para formar una asociación con él. Y, guiándose por esta información, Charlie irrumpió en Bedford Lodge en busca de pruebas. Los dos hombres a los que sorprendió le siguieron hasta Londres. Dos hombres que respondían a la misma descripción efectuaron su criminal ataque contra Charlie y contra mí ante la casa de Carrie Montrose. Golpearon a Charlie hasta

dejarle sin sentido, lo arrojaron al Támesis y más tarde su cadáver fue recuperado e identificado. Yo tuve mucha suerte al poder escapar con vida. Como resultado, mis sospechas respecto al Squire aumentaron hasta casi convertirse en certidumbre de su culpabilidad.

Y el Squire está vinculado con la tercera muerte, la de Myrtle Bliss.

Myrtle era el último capricho del Squire. La noche de la Cambridgeshire, éste fue a Londres y celebró su victoria con ella. Subsiguientemente, Buckfast y yo visitamos el *music-hall* donde ella actuaba. Todavía proseguía yo mis investigaciones cuando el Squire nos interrumpió en la habitación de Myrtle en Mile End Road. Más tarde, ella escribió, ofreciéndose para ayudarme. Tras la inoportuna muerte de Charlie, la vi por segunda vez y acepté su oferta de ayuda. Fue a Newmarket como invitada del Squire, y como mi observadora. Había convenido reunirme con ella en Londres la semana siguiente, pero, con gran horror por mi parte, la encontré muerta en su camerino.

Trágicamente privado de mis dos ayudantes, desde entonces he proseguido mis investigaciones en pleno aislamiento. Como es natural, me concentré en el Squire, puesto que todas las pruebas sugieren que los asesinatos fueron cometidos bajo sus órdenes. Decidí que yo había de extraerle una confesión y que entonces él identificaría en seguida a los granujas que habían realizado la sangrienta tarea.

Por desgracia, en Brantingham Thorpe supo burlarme y, lo que es más, se sacó a Woodburn de la manga y todo el caso experimentó un vuelco. Al principio, me mostré poco proclive a creer la historia de Woodburn, según la cual éste había aceptado un soborno para refrenar al favorito. Y yo no esperaba oír que Charlie Buckfast fuera quien le había entregado el dinero.

¿Es concebible que Woodburn estuviera diciendo la verdad? Su confesión era como un guiño procedente de la esposa de un obispo: una cosa tan improbable que sería una estupidez ignorarla. ¿Cuáles son las implicaciones?

Por un lado, significa que el resultado de la Cambridgeshire debió de impresionar a Archer más de lo que cualquiera de nosotros pudiera imaginar, puesto que había actuado deshonestamente a fin

de garantizar la victoria de *St. Mirin*, sólo para ser batido por un *outsider* con las apuestas a
25-1

. ¿Por qué asumir semejante riesgo en el apogeo de su fama? ¿Era porque el hecho de jugar se había apoderado de él hasta el punto de hacerle anteponer las apuestas a su reputación? ¿O era porque oía campanas de boda? ¿Lo hizo para complacer a la propietaria de *St. Mirin*, Carrie Montrose?

Otra cosa que indica la historia de Woodburn, caso de ser cierta, es que Charlie Buckfast retuvo esta información cuando él y yo hablamos de la Cambridgeshire, y esto me cuesta tragarlo. Cierto que yo no tenía motivo para preguntarle acerca de una transacción ilegal, pues ni remotamente imaginaba semejante cosa. Pero en todas nuestras conversaciones, él jamás apuntó a semejante posibilidad.

Si Woodburn mintió acerca del soborno, ni siquiera barrunto el porqué. Nada tenía que ganar admitiéndolo. Hubiera podido negarlo, decir las palabras que el Squire estaba deseando oír, y haber mantenido limpia su reputación.

Bertie, pienso mientras enderezo las piernas y me pongo de pie, en todo esto hay algo fundamentalmente erróneo. Una falsa suposición en alguna parte.

Y entonces grito:

—¡Eureka!

¿Te oigo gritar lo mismo, querido lector? ¿También te lanzas? ¿Has llegado ya a tu conclusión?

En este caso, busquemos la toalla y salgamos de la bañera, pues casi estoy oyendo la palabra pronunciada por el pobre Archer antes de morir: «¿*Vienen?*».

21

ANTES DE TOMAR EL BAÑO, había dado instrucciones a mi ayuda de cámara para que sacara un juego de prendas de noche que tal vez sorprendan a los lectores, pues me refiero a la chaqueta Norfolk, los calzones de montar y las polainas que generalmente uso para ir de caza. Pero ello no sorprendió a Massie, mi ayuda de cámara. Es un austero escocés que lleva tanto tiempo ocupándose de mi guardarropía que ya es incapaz de sorprenderse ante nada. Después de tomar el té en mis habitaciones, salí del Jockey Club tras esperar que oscureciera, y provisto de un capote y un gorro de cazador. Soy partidario de vestirme adecuadamente para cada ocasión, y en ésta se trataba de cazar un fantasma.

Había resuelto echarle la mano encima al espectro de Frederick James Archer.

Según las historias que se contaban en el Jockey Club, el inquieto espíritu de Archer era muy capaz de materializarse al lado de una cama, pero ofrecía el inconveniente de que no se le podía ordenar que hiciera su aparición, por lo que si uno deseaba verlo se le aconsejaba ir al Heath de noche y esperar hasta oír el retumbar de unos cascos espectrales. Yo tenía un plan mejor. Yo me disponía a visitar al difunto señor Archer en su hogar de Falmouth House, donde la última vez le había visto yacente en su ataúd, y donde el policía local había informado acerca de su visión de un «resplandor luminoso».

En el bolsillo de mi abrigo descansaba el pequeño revólver de plata que había comprado a Dougall, mi armero, unos años antes,

en una época en que los anarquistas estaban redoblando sus esfuerzos para barrer a toda la realeza en Europa. No, no necesito que se me diga que una bala pasaría limpiamente a través de un fantasma legítimo, pero pese a ello yo sentía la necesidad de contar con un revólver cargado, y que cada uno saque de ello sus propias conclusiones.

El frío aire de la noche era un antídoto espléndido contra los pensamientos morbosos. «Vampiros y espectros y bestias de patas largas y cosas que golpean en la noche» contienen más terrores puertas adentro, entre las sombras proyectadas a través de una sala por un fuego de leños, que en el exterior, a la luz de los faroles de la calle mayor de Newmarket... o al menos esto me decía yo. Delante de la taberna Rutland Arms, en el extremo este, un coro procedía a la ruidosa ejecución de «La primera Navidad». Si algo llegaba a inquietarme para mis adentros, era esa temporada festiva. Las tiendas estaban abarrotadas de tarjetas de felicitación navideñas, y yo todavía no había enviado ni una sola de ellas. ¿Sabían ustedes que la costumbre de enviar esas cargantes cartulinas la inició mi querido papá, bendita sea su memoria? Todavía posee los medios más insidiosos para turbar mi conciencia.

Dejé atrás las luces de Newmarket y me encaminé intrépidamente hacia el camino de Ely, en dirección de Falmouth House. Había decidido ir a pie porque no quería que las ruedas de un coche anunciaran mi llegada. Después de diez minutos de avanzar por aquel camino desierto, mi actitud confiada se vio un tanto mermada por un rótulo que señalaba la dirección hacia Phantom House. ¿Qué puede apoderarse de la gente para hacerles elegir un nombre tan siniestro para su vivienda? Casi en el mismo momento asusté a un faisán que descansaba en el seto y no sé cuál de los dos profirió el chillido más penetrante. Peor todavía, dejé caer mi petaca y vertí un buen *whisky* en pleno camino.

La casa que había construido Archer apareció al otro lado de un terreno despejado a mi izquierda, en la parte opuesta del camino procedente de la finca Belford Lodge. Brillaba la luz de la luna en las blancas guardamalletas bajo los gabletes, con una intensidad que no contribuyó a mi tranquilidad de ánimo. Sin embargo, apuré las últimas gotas de mi petaca y crucé la cerca, hecho lo cual los pasos de mis botas sobre la gravilla empezaron a resonar como si se

procediera a un cambio de guardia. En consecuencia, abandoné en seguida el camino de entrada y enfilé la ruta silenciosa a través de la pista de tenis, en dirección al lado sur de la casa.

Si algo de carácter sobrenatural había en el interior, todavía no manifestaba su presencia. Las cortinas estaban corridas en todas las ventanas, y en el interior no se veía la menor luz, ya fuera de origen espectral o cortesía de la compañía del gas.

Haciendo acopio de audacia, me acerqué a la ventana de la sala de estar cuyo pestillo había corrido yo antes, agarré la parte inferior y la levanté un poquitín, para comprobar que seguía moviéndose. Me respondió satisfactoriamente y entonces la alcé del todo, puse una pierna sobre el alféizar y trepé.

Sin entregarme a jactancias, puedo afirmar con aplomo que tengo tanta experiencia en introducirme de noche en casas de campo como el mejor allanador de moradas. Crucé aquella habitación sin alterar la posición de un solo ornamento. Ya ante la puerta, hice girar el pomo y mantuve mi presa en él hasta confirmar que el vestíbulo estaba desocupado.

¿Por dónde se da comienzo a la búsqueda de un fantasma? ¿Arriba o abajo? ¿Por las buhardillas o por el sótano? Opté por este último.

Generalmente, cabe confiar en mí cuando se trata de recordar dónde se guarda el champán, y nunca se sabe cuándo estos providenciales talentos serán necesarios. La puerta del sótano estaba situada en la despensa, y en la cocina tuve la satisfacción de descubrir una vela sobre la repisa. Un fumador nunca deja de llevar cerillas encima, y, tras aplicar la llama al pabilo, abrí la puerta del sótano y empecé a descender por los escalones de piedra, con la llama oscilando, temblorosa, bajo la corriente de aire.

Unos escalones más abajo, la llama se apagó. Saqué otra cerilla y me dispuse a frotarla, pero entonces hice una pausa.

No puedo explicar exactamente por qué, pero adquirí el convencimiento de que no estaba solo en el sótano. No me es tampoco posible decir que oyera algo, o que aprehendiera ese algo con alguna de mis facultades, a no ser que uno crea en un sexto sentido.

Mejor quedarse en la oscuridad, pensé. ¿Por qué revelarme ante lo que hubiera allí, fuese lo que fuese? Me metí de nuevo las cerillas

en el bolsillo, dejé la vela en el suelo y saqué mi revólver. Al propio tiempo, apoyé la espalda contra la pared y escuché.

Nada.

Esperé tal vez medio minuto antes de bajar dos escalones más, contemplando una perspectiva tan negra como las botas de montar del Señor de los Infiernos.

Y entonces algo se movió en las profundidades del sótano. Hubo un rumor muy leve, pero perceptible.

—¿Quién anda por ahí? —pregunté en seguida.

No hubo respuesta. Posiblemente lo que había oído era una rata, pero también cabía en lo posible que no lo fuera. Con la cautela del que ha seguido en sus buenos tiempos la pista del leopardo, bajé los escalones restantes hasta el suelo. Palpé en la oscuridad con mi mano libre, y encontré la estantería de botellas de vino más próxima. Tras localizarla, avancé siguiéndola y tocando las botellas con las puntas de los dedos. Deseaba alejarme cuanto antes del lugar donde había pronunciado aquellas cuatro palabras.

Por lo que podía recordar de mi anterior visita al sótano con Charlie Buckfast, las estanterías formaban siete hileras paralelas que se extendían al menos sesenta pies de un extremo al otro. Había, además, barriles y otros envases alineados junto a los costados.

Llegué a la última botella de la hilera. Mi mano hurgó en la oscuridad sin establecer ningún contacto, pero mi pie chocó con algo que frotó el suelo de piedra con un ruido más que inconveniente.

Agaché la cabeza y contuve el aliento.

La cosa que mi pie había golpeado había sonado inconfundiblemente como un objeto de loza, una fuente o un plato soper, objetos de improbable presencia en el suelo de la bodega de Archer, que me había impresionado por su pulcritud casi maniática la última vez que la vi. Y todavía más improbable era la hogaza de pan sobre la que mi mano libre se apoyó: inconfundiblemente una hogaza de pan, de miga tierna y corteza crujiente, y recientemente cortada. El extremo cortado tenía un tacto blando y elástico.

No tuve oportunidad para reflexionar acerca de la importancia de este descubrimiento, porque algo ocurría en el extremo más distante del sótano. Desde mi posición pude distinguir un vago resplandor que confería relieve a las vigas sobre mi cabeza. Titiló,

pareció extinguirse y luego se intensificó.

¡Oh, Géminis! ¡Avanzaba hacia mí, entre las estanterías!

Si hubo un momento en que mis nervios fueron puestos a prueba, fue éste. Me agazapé y esperé, empuñando mi arma. No tenía una visión clara, pero capté destellos en los intervalos entre las botellas. El resplandor se volvió más brillante, filtrándose a lo largo de la hilera de botellas, como si careciera de sustancia.

La cosa estaba casi sobre mí cuando hice un disparo.

Tenía la intención de ser un disparo de advertencia y por lo menos me sobresaltó a mí, puesto que conseguí hacer añicos varias botellas del champán de Archer, creando una fuente considerable de espuma y cristales.

La luz se alejó, revelándome que su origen nada tenía de sobrenatural, sino que se trataba de una linterna común, tipo ojo de buey.

Quien fuese que sostenía la linterna emprendió la fuga con un estrépito de suelas de cuero que en nada sugería el mundo de los espíritus. Me lancé en su persecución, pues era evidente que se dirigía hacia la puerta. Le di el alto a gritos, pero subió precipitadamente por la escalera, deteniéndose tan sólo para lanzar la linterna en mi dirección, antes de cruzar la puerta y cerrarla de golpe. Después oí que daba vuelta a la llave.

Ascendí por los escalones y lancé todo mi peso contra la puerta, con lo que logré confirmar con cuánta solidez había sido construida la casa. Todo mi físico quedó entumecido por el impacto. Hubo un momento en que vi las estrellas, antes de pensar en utilizar mi revólver. Retrocedí y disparé dos veces contra la cerradura, y a continuación asesté una impresionante patada que hizo saltar la ensambladura.

¿Y dónde se encontraba ahora mi presa? El interior de la cocina, gracias a la luna, estaba tan claro como en pleno día, para mis ojos, después de aquella permanencia en el sótano. Ante mí, la puerta que daba al vestíbulo se movía sobre sus goznes, informándome de que alguien acababa de pasar por ella. Continué la persecución, tuve un atisbo de una silueta que corría, disparé un tiro por encima de su cabeza y, por una afortunada casualidad, hice caer la cabeza de un ciervo disecado, instalada sobre la puerta principal. Instintivamente, el individuo se detuvo en el momento en que

aquello caía sobre él. Una yarda más, y sin duda alguna le hubiera descerebrado.

El susto le dejó petrificado y apenas pudo alzar las manos cuando le ordené que diera media vuelta y se encarase conmigo.

De pronto, me pareció una figura muy patética. Era tan sólo un individuo flacucho.

Cuando vio quién era yo, gritó:

—¡Dios todopoderoso!

Él era el Squire.

No sé cómo describir la furia que me invadió al verle. Mi carácter irascible es notorio, pero lo que sentí esta vez superó todo lo que jamás hubiera experimentado. No sé cómo me contuve y no vacié en él la recámara de mi revólver.

Le aterrorizaba la posibilidad de que yo lo hiciera, y farfulló sin ton ni son mientras yo pugnaba por encontrar palabras adecuadas para semejante momento. Y mejor será que explique la razón de mi furor, pues de lo contrario el lector podría llegar a una conclusión errónea. El Squire no era el asesino. Hubiera apostado Marlborough House contra un piso de alquiler a que él no era el asesino. Era, eso sí, un aguafiestas, un saboteador, una molestia congénita que me había dado un buen susto, me había hecho perder un tiempo precioso y, según todas las probabilidades, había permitido escapar al verdadero asesino.

Finalmente inquirí:

—¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Tratando de encontrar la verdad acerca de Archer..., Alteza.

—¿Y cómo entró?

—Por la puerta principal. Hice un molde de la llave cuando ayer la pedí prestada. —Empezó a farfullar una especie de justificación —: Sepa que me está persiguiendo la policía. *Sir Charles Warren* quiere colgármelo todo a mí. Los asesinatos, el suicidio de Archer... ¿Qué clase de monstruo se figuran que soy?

—Ésta es una cuestión absolutamente indiferente para mí, Baird —repose.

—Por favor, señor, ¡yo he venido aquí para atrapar al asesino! —aseguró.

—Eso estoy dispuesto a creerlo —comenté—. Hubo alguien en el sótano, y de ello no hace muchas horas.

—¿Encontró el pan?

Contesté con menosprecio a tan tosca suposición:

—Yo ya lo había deducido.

Le dejé que digiriese esto mientras yo buscaba la manera de salvar algo de aquel desastre. Por lo menos, estoy acostumbrado a encontrarme en pasos difíciles, y también a salir de ellos.

—En contra de toda evidencia, voy a confiar en usted, Baird —resumí—. Sé dónde encontrar al asesino.

—¿De veras? —susurró.

—Pero exigiré su ayuda.

—Se la ofrezco, señor. Sin la menor reserva. ¿Adónde quiere que vayamos?

—Iré allí yo solo.

—¿Es prudente hacer tal cosa?

—Ni mucho menos, pero hay otras cosas a las que atender, y tendré que confiar en usted.

—Puede estar seguro de ello, señor.

¡Vaya jeta! Imagínense a alguien seguro de la fiabilidad del Squire. Sin embargo, yo no tenía otra opción.

Me preguntó:

—¿Dónde está eso? ¿Adónde piensa ir?

—A Sefton Lodge —contesté—. La residencia de la duquesa viuda de Montrose.

22

POR TANTO... Carrie Montrose.

Mi decisión de visitar a esta dama y exponerla a la verdad puede parecerles a algunos de mis inteligentes lectores tan obvia como tardía; si usted se cuenta entre ellos, yo me quito ante usted mi gorro de cazador, pero le advierto que no debe mostrarse excesivamente complacido. La historia aún no ha terminado.

No obstante, una abrumadora mayoría (a la que Dios bendiga) querrá saber qué demonios me estaba proponiendo yo. Si es así, ruego que prosigan la lectura.

Sefton Lodge se encuentra en la Bury Road, una mansión gris en un terreno espacioso lindante con el Heath, y al otro lado del camino de Bedford Lodge, el cuartel general del Squire. Contigua, hay una iglesia construida por la duquesa como mausoleo para William Stirling Crawford, su segundo marido. Ella enterró a «Craw» en Cannes, en 1883, y dos años más tarde le hizo desenterrar y expedirlo de vuelta hasta Newmarket, para que fuera su vecino, cosa que fue ensalzada en la prensa deportiva como prueba de una devoción casi sin precedentes (otro ejemplo sería el del Cuarto Azul en Windsor, donde cada tarde todavía se disponen las ropas de mi difunto papá, junto con agua caliente y una toalla limpia, veinticinco años después de su fallecimiento). A propósito de lo dicho, la iglesia lleva el nombre de St. Agnes, ya que éste es también el segundo nombre de pila de Carrie.

Para ahorrar un tiempo precioso después de dar mis instrucciones al Squire, abandoné el camino a la primera

oportunidad y atravesé a pie los Severals. La luna menguaba ya, pero todavía proyectaba una pálida luminosidad sobre las pistas escarchadas. Era un trayecto traicionero, y me alegró llegar a Bury Road. Cuando Sefton Lodge surgió ante mi vista, a la derecha, había luces en todas las ventanas.

Mi llamada fue atendida por la misma camarera que había gritado «¡Jerusalén!» al llegar yo a Cheyne Walk, chorreando agua del Támesis. Me preguntaba yo si su conocimiento de las Escrituras llegaba algo más allá, pero la recepción que se me dispensó esta vez fue decepcionante, por no decir otra cosa. Me dirigió una mirada muy breve, se volvió y anunció por encima del hombro:

—No pasa nada, señora... ¡no es él!

Sé aceptar espontáneas manifestaciones de temor reverencial por parte de los sirvientes, pero no les permito jamás ignorarme, y por consiguiente avancé hacia la luz, me quité el gorro y dije con voz tajante:

—Me sentiré muy agradecido si ahora informas a tu señora de que *sí* es él.

—¡Por la santa madre de Moisés! —exclamó, y emprendió la fuga.

Poco dispuesto a helarme ante el umbral de la puerta, entré en un vestíbulo con suelo de mármol y paredes revestidas con paneles de roble, con una araña de cristal sobre mi cabeza y una escalera ante mí. Casi al momento, Carrie Montrose hizo su aparición en lo alto de la escalera, con un vestido negro en el que relucía la pedrería. Yo esperaba darle una sorpresa, pero no me había imaginado la situación como una escena de un melodrama. Se mostraba inusualmente agitada, murmuraba y movía los brazos de forma extravagante. Incluso empezó a oscilar tan alarmantemente que temí que llegara a caerse. Con un gesto instintivo, avancé hasta el pie de la escalera y le tendí los brazos.

Ella se agarró al pasamano y me suplicó:

—¡Bertie, cualquier noche menos ésta!

Le contesté con un tono de suave autoridad:

—Duquesa, estoy esperando ser recibido.

Meneó la cabeza.

—No sería conveniente.

No pude evitar una respuesta áspera y reprensiva:

—No seas idiota. Nadie puede hablarme así. Te ordeno que bajes en seguida, o de lo contrario subiré a buscarte.

Revolvió los ojos de una manera muy extraña y dijo:

—Esto me suena a música celestial, querido... ¡pero no puede ser esta noche!

Repliqué con hielo en la voz:

—No me entiendes. He venido aquí para interrogarte.

—La respuesta debe ser negativa.

Puse un pie en el primer escalón y ella, alarmada, dio un respingo y exclamó:

—¡No lo hagas!

—¿Bajarás, pues?

—Es imposible.

—Duquesa —dije, esforzándome, pese a todo, en mostrarme razonable—, no tienes otra alternativa.

Tras un cierto titubeo, me preguntó:

—¿Se me puede conceder un momento?

—Siempre y cuando sea breve.

—Te ruego que me esperes en el salón, pues.

Entré en una estancia de agradables proporciones, decorada en tonos rosados y con paneles ovalados que representaban escenas de caza. Había imágenes de *jockeys* alineadas sobre la chimenea, y, como era de esperar, Archer ocupaba el centro. A un lado había el grabado *La feria de las vanidades*, por Lib de Newmarket, fechado en 1885, con toda la élite del Turf agrupada alrededor de una figura que supuestamente era yo, aunque en mi opinión la semejanza fuera más que discutible. Carrie aparecía a mi derecha con su sombrero de mensajero de correos y su chaqueta de piel de foca, y nos dominaba a todos Archer, montado, creo, en «Ormonde».

Mientras todavía procedía a identificar las figuras, la voz de Carrie resonó detrás de mí como si hablara a través de una bocina:

—Me quedaré aquí, ante la puerta abierta.

Me volví y pregunté:

—¿A quién estás esperando?

—¿A quién?

Sin contestar a la pregunta, se llevó la mano a los cabellos y procedió con esmero a ordenar los rizos rojizos que colgaban junto a sus orejas. El espectáculo de una Carrie Montrose confusa era una

novedad en mi experiencia. Estaba tan aturrullada como una avispa en el cristal de una ventana. Finalmente, dijo:

—¿Qué sugieres?

—Vamos, mujer, ya has oído lo que dijo, la camarera al abrirme la puerta.

—¡Ah! —hizo, llevándose ambas manos a la garganta—. Bertie, me encuentro en un estado terrible.

—Esto es obvio, duquesa —repuse, al tiempo que le dirigía una mirada penetrante—. ¿Y esto tiene, por casualidad, alguna relación con Archer?

Asintió con la cabeza por lo menos seis veces.

—Le han visto, como sabes, y le han visto testimonios fiables. Lord Rossmore. Y Machell. Machell es un individuo testarudo y sin modales, pero no es ningún tonto.

Repuse con desdén:

—¿No irás a decirme que crees en los fantasmas, verdad?

Como respuesta, procedió a recitar con voz sepulcral unos versos que yo recordaba haber visto en el *Newmarket Journal*.

*A lo largo del terreno, de la pista,
Dicen que monta ahora caballo espectral;
El mejor jockey de nuestros días
Cabalga de noche bajo la luz lunar.*

Comenté, sin dejar duda acerca de que no me sentía impresionado:

—Siempre te había tenido por persona muy prosaica.

Me contestó con un tono dramático:

—Si Fred se aparece en Newmarket, vendrá a visitarme. Más tarde o más temprano, vendrá. Cuando tú has llamado, creí que era él.

—Él no necesitaría llamar —señalé—. Puede filtrarse a través, de las paredes.

—No te burles de los muertos, Bertie —me reprendió.

Hablé con voz tranquilizadora:

—No es necesario temer a los fantasmas.

—¡Si no los temo! —exclamó, con una nota chillona de indignación—. Quiero cazar a ese truhán y preguntarle por qué me dio calabazas.

Hablaba en serio y yo dije calculadoramente:

—Puesto que tanto deseas verlo, ¿por qué no vas al Heath? Es posible que ahora esté cabalgando allí.

Carrie meneó la cabeza.

—No puedo dejar la casa.

Señaló el techo con un dedo, al tiempo que retorció sus facciones en una mueca que significaba tortura.

Recordando la historia de Machell acerca del joven que se había roto una pierna, comenté con voz compasiva:

—Lamenté enterarme del accidente sufrido por tu huésped.

—¿Gilbert? —exclamó despreocupadamente—. No sufre. Le han dado morfina y dormirá unas cuantas horas.

Esta observación confirmaba lo que yo ya esperaba oír: que la causa de su agitación tenía otro origen muy diferente. Dije:

—Cuando nos vimos la última vez, te pregunté acerca de la Cambridgeshire; en particular, acerca del rumor según el cual Archer sobornó a Woodburn. Tú lo negaste enfáticamente.

Me contestó con una voz aturdida:

—¿De veras?

—La semana pasada hablé con Woodburn —proseguí—. Con gran sorpresa por mi parte, confesó que el rumor era cierto. Me dijo que había cobrado 200 libras de manos del capitán Buckfast.

Carrie no hizo el menor comentario, pero yo no estaba dispuesto a tolerar evasivas, por lo que le dije:

—Duquesa, me propongo preguntarte si eres capaz de confirmar esa vergonzosa transacción.

Su respuesta a estas palabras fue ya el colmo, puesto que asintió enfáticamente y al propio tiempo dijo:

—Desde luego, yo no puedo confirmarlo. No sé nada acerca de un soborno.

—¿De modo que lo niegas?

—Enérgicamente —me contestó... ¡y al propio tiempo denegó con el movimiento de su cabeza!

Esto recordaba intensamente aquel viejo juego de salón denominado «La regla de lo contrario», en el que se imparten instrucciones a los jugadores y se espera de ellos que hagan precisamente lo contrario. Sin embargo, Carrie y yo estábamos practicando un juego más peligroso, y un fallo incluso podía equivaler a la muerte. Por lo tanto, hablé con la voz más firme que

pude reunir:

—Han muerto varias personas, duquesa. ¿Estás dispuesta a ayudarme, sí o no?

Asintió tres veces con la cabeza y contestó:

—No puedo arrojar ninguna luz sobre este asunto. ¿Acaso no lo he dejado bien claro?

—Si no quieres hablar conmigo —repuse—, mucho me temo que tendré que pedir a la policía que te interroge.

Como yo ya me esperaba, esto la alarmó todavía más, puesto que agitó vigorosamente la cabeza y batió palmas para desalentar esta idea mía.

El motivo de este juego absurdo me resultaba ya clarísimo. Enarqué las cejas interrogativamente y señalé hacia el techo, y Carrie afirmó enérgicamente con la cabeza.

Eché un vistazo al reloj de bronce dorado que había sobre la repisa de la chimenea. Había captado el mensaje de ella, con el que me indicaba que deseaba que me quedara, aunque dijera lo contrario. Desde luego, yo no tenía todavía la menor intención de marcharme. Sólo ansiaba poder confiar en que el Squire desempeñara su papel en el plan.

—¿No prefieres apartarte de esta puerta y sentarte? —pregunté—. No insisto en que estés dé pie en mi presencia. Las señoras lucen más debidamente sentadas.

Carrie me dirigió una mirada penetrante y contestó:

—Esto no será posible.

Dicho lo cual, sin molestarse siquiera en cobrar aliento, se lanzó a una diatriba acerca del puesto ocupado por las mujeres en la sociedad, y su pugna durante toda su vida por afirmar su independencia. Al parecer, ella había llevado pantalones a cuadros para cazar, en la década de 1840, años antes de que se implantara la moda ideada por la señora Bloomer. Lo que esto tuviera que ver con el asunto cuya investigación me había llevado a mí hasta allí distaba de resultar claro, pero accedí a dejarla continuar mientras fuera posible.

Lo que sucedió a continuación pondrá a prueba la credulidad de mis lectores, y estoy bien seguro de ello. Es tan cierto como que yo vivo y moriré. En determinado momento, dejé de escuchar a Carrie. La idea de damas con pantalones no me seduce en lo más mínimo, y

por otra parte mi oído había captado otro sonido. No estuve seguro de que hubiera sido un caso de autosugestión y me esmeré en escuchar con mayor atención, pues me había parecido oír el estruendo de unos cascos en el césped, y procedía del Heath.

También Carrie lo oyó, pues interrumpió su discurso y preguntó: —¿Qué ha sido eso?

—Algo que se quema en la chimenea —respondí para evitar nerviosismos.

—Pues a mí me ha parecido alguien cabalgando.

—Imaginaciones tuyas. Prosigue, por favor. ¿Hablabas de pantalones con motivos escoceses? ¡Qué divertido!

Aunque sólo me ofreció un resumen, bien hubiera podido ahorrarse las palabras, pues no escuché ni una más de ellas. Mi corazón había redoblado sus latidos y tuve que contener mis rodillas para que no denotaran el temblor que las agitaba. Archer estaba allí afuera, entregado a su galope fantasmagórico. Ya había pasado una vez, y ahora volvía.

Carrie guardó silencio. Ahora, los dos podíamos oír el batir de los cascos, y se acercaban cada vez más. El ritmo se aminoró, pasando del galope al trote, un trote que se hizo más lento.

Nos miramos.

Un grito repercutió a través de la casa, y la camarera de Carrie acudió taconeando desde la zona del servicio.

—Que Dios nos ampare, señora, es él... ¡el fantasma! ¡Sé que es él!

—¡Tranquila, muchacha! —la reprendió Carrie—. Su Alteza Real se las verá con él.

Su Alteza Real se había situado ya detrás del sofá. Yo no mantenía ninguna disputa con Archer; en realidad, habíamos mantenido unas relaciones satisfactorias, pero ahora, una vez muerto, no me apetecía en absoluto una reunión con él.

—Está en el jardín... —gimió la camarera.

Con una sorpresa considerable por mi parte, Carrie interpretó estas palabras como una orientación alentadora, y ordenó:

—Apaga el gas y corre los cortinajes.

Yo era el que estaba más cerca de la lámpara y no me importó sumirnos a todos en la oscuridad, si con ello habíamos de resultar menos visibles desde el exterior, pero mi audacia no llegó hasta el

punto de correr los cortinajes. Carrie cruzó la habitación y lo hizo por su cuenta, mediante un movimiento poderoso de su brazo.

Después dijo con una voz apagada, como si estuviera en trance:

—Ahí está. Luce mis colores y monta a *St. Mirin*.

Convencido de que se había vuelto loca, me aventuré lo suficientemente cerca de la ventana como para probar la veracidad de su declaración, hecho lo cual supe lo que significaba decir que a uno se le erizan todos los pelos. Los míos se enderezaron como un ejército de galápagos dispuestos a emprender la marcha.

A menos de treinta yardas de distancia, sobre el césped recubierto por la escarcha, pálido bajo la luz de la luna, había un *jockey* montado al que reconocí como Archer. El estilo y la manera de ocupar la silla sólo podían ser los suyos, con las largas piernas casi verticales sobre los estribos, de modo que sus pies eran visibles bajo el cuerpo de su montura, los hombros combados y la manera de llevar la gorra, de modo que la visera apuntara hacia arriba desde su frente.

Caballo y jinete permanecían inmóviles, contemplando la casa.

—Dios se apiade de mí, pobre pecadora... —murmuró la camarera.

—Voy a salir a su encuentro —anunció Carrie.

—¡No, señora! —imploró la camarera—. ¡Sería una imprudencia, señora!

Pero Carrie había salido ya disparada como un rayo. Aunque se trataba de una mujer de peso, se movió con una rapidez excepcional a través de la sala, en dirección al vestíbulo. Oí que se abría la puerta principal, antes de que yo empezara a seguirla. Hubiera sido incapaz de poner un pie más allá de la puerta, de haber estado solo, pero cuando Carrie se desplazó para saldar sus cuentas con el espectro, descubrí que la curiosidad es el mejor antídoto contra el canguelo.

Carrie ni siquiera se había detenido para echar mano a un abrigo. Avanzó por el terreno blanqueado por la escarcha, sólo con su vestido de noche, y gritando:

—¡Fred Archer, quiero hablar contigo!

Otorguemos crédito al caballo. Podía haber sido espectral, pero la visión de la duquesa viuda de Montrose cargando en dirección a él, debía de resultar terrorífica. El animal se mantuvo firme sobre el

terreno, hasta que ella estuvo a una docena de yardas de él, y entonces retrocedió ligeramente, pifó y se alejó al trote hacia una plantación de hierbas perennes al borde del césped, mientras su jinete le permitía la retirada, aunque volviendo la cabeza para ver si le perseguían, que era precisamente lo que ocurría.

—¡Fred, quiero saber el porqué! —gritó Carrie.

En lo que a mí se refería, ella hablaba por ambos. Corrí tras ellos, ahuyentando ya todo temor. Es decir, hasta que se situaron tras las hierbas y oí un grito de Carrie que me paró en seco.

Fue un grito proferido a todo pulmón y que cesó de pronto, sofocado como si ella se hubiera desmayado.

Después oí una voz que decía:

—Que alguien recoja a esa señora, por favor...

Había gente tras las matas de acebo.

Supuse que se trataba de gente de carne y hueso, y no de fantasmas, pero estuve menos seguro de ello cuando asomó un sombrero entre el follaje, un sombrero de ala levantada como los que utilizaba el difunto duque de Wellington. Durante un momento petrificante, pensé que el Duque de Hierro se había materializado para prestar su refuerzo al encantamiento, y sin duda para presentar una queja contra su dichosa estatua. Pero después vi el destello de su monóculo y recordé a *sir* Charles Warren.

—Ahora está totalmente a salvo, Alteza —me dijo el comisionado, mientras yo llegaba a las matas de hierbajos.

Contemplé el espectáculo que se desarrollaba detrás de la plantación. Tres policías, en mangas de camisa y tirantes, se habían arrodillado y trataban de revivir a Carrie Montrose, a la que habían envuelto con sus chaquetas. Otra docena de policías, como mínimo, vigilaban la casa con las porras desenfundadas. Y el «fantasma» de Archer había desmontado y procedía a atar el caballo a un árbol. Él era el causante del desmayo de la duquesa, puesto que no se trataba de Fred Archer, sino del archienemigo de Carrie, el Squire.

—¡Usted! —exclamé.

El Squire mostró su insoportable sonrisa sarcástica.

—¿También a usted le he engañado, señor? Aceptable semejanza, ¿verdad? Fred me enseñó a montar debidamente y mi figura es similar, lo cual me ha permitido ofrecer una buena imitación. Y también el caballo parece un doble de *St. Mirin*.

Resoplé para mostrar mi menosprecio y pregunté qué demonios había justificado semejante pantomima. Ésta, desde luego, no formaba parte de mis instrucciones.

—Alerté a la policía y la concentré aquí, tal como usted ordenó, señor —explicó—. Rodeamos la casa y esperamos una señal suya, pero no nos llegó ninguna.

—Yo no dije que fuera a darla —contesté glacialmente.

El Squire prosiguió, como si hablara en nombre de *sir* Charles Warren y de toda la policía.

—Con el paso del tiempo, nos sentimos cada vez más preocupados por su seguridad. No podíamos hacer que entrara la policía mientras usted estaba corriendo un riesgo, por lo que decidimos sacarles, a usted y a la duquesa, de la casa, utilizando algún medio. Tan sólo el espectro de Archer podía obligar a la duquesa a salir, por lo que yo ideé esta pantomima, como la ha llamado usted, y *sir* Charles accedió. Probablemente, ha salvado las vidas de ambos.

—¡Y un cuerno! —exclamé—. Lo más probable es que muramos de una pulmonía.

En este preciso momento, Warren susurró a mi oído:

—¿Le importaría agacharse un poco, señor?

—¿Qué?

Ya empezaba a dudar de mi cordura, o de la de ellos.

—Es que vamos a asaltar la casa —explicó Warren.

—Para arrestar al asesino —añadió el Squire, haciendo alarde de un descarado desparpajo, como si a él le correspondiera parte del mérito.

De mala gana, me encontré cooperando con Warren y su petición, y desapareciendo de la vista como un galeón en trance de hundirse.

—Que usted sepa, ¿cuántas personas hay ahora en la casa, señor? —inquirió Warren.

—Que yo sepa, tres. La camarera y un joven llamado Gilbert. Tiene una pierna rota y se encuentra bajo los efectos de unos sedantes.

—¿Y la tercera persona?

—El asesino. Yo no lo he visto. Se encontraba arriba, según he deducido a partir de la duquesa.

Carrie lanzó un gemido. Estaba recobrando el conocimiento. Poco después, dijo:

—Soy inocente. Entró por la fuerza y amenazó con matar a Gilbert. Apuntaba con una pistola a la cabeza de Gilbert.

—Y todavía lo está haciendo, Señoría —dijo Warren, palabras que tuvieron como efecto sumir de nuevo a la duquesa en la inconsciencia.

Warren sacó un silbato, lo hizo sonar y todos los presentes, excepto Carrie, se levantaron y corrieron a través del césped en dirección a la casa. En todo el jardín, brotaron policías detrás de muros y setos. Se oyeron dos disparos, pero no podría decir de dónde procedieron, puesto que mantenía agachada la cabeza.

Me encontré entre una multitud de policías que esperaban junto a una ventana que el Squire procedió a abrir.

—Todo va bien —nos aseguró—. Todavía se encuentra arriba.

Quince hombres o más trepamos al alféizar y penetramos en la sala de estar. Warren ya se encontraba en ella, junto a la puerta y dirigiendo a sus hombres.

—Que se adelanten los que vayan armados —dijo, y varios así lo hicieron.

Alguien me dijo:

—Usted lleva una pistola.

Tenía razón. Había sacado del bolsillo mi revólver mientras corríamos hacia la casa.

—Es el príncipe de Gales, compañero —avisó otro.

—Pero bien puede apretar el gatillo —repuso el primero.

Esta simple lógica me galvanizó. Éste era mi gran momento, y casi lo había dejado pasar por defecto. La policía no se hubiera concentrado allí de no haberla convocado yo. Mi investigación estaba a punto de concluir triunfalmente, y por Júpiter que iba a encargarme de ella personalmente.

Ordené a Warren que se hiciera a un lado. Abrió la boca y tragó saliva, pero obedeció.

Ojalá hubiera estado presente allí algún pintor de temas heroicos para registrar la escena. Plantado al frente de aquella fuerza armada, me dirigí a mi adversario, el asesino al que por fin había acorralado:

—Soy el príncipe de Gales. Me siguen veinte hombres armados.

Deje caer su arma y baje con las manos en alto.

Todos miramos hacia lo alto de la escalera.

—Sea sensato, hombre —rogó Warren, que no se resignaba a guardar silencio y confiarme la tarea a mí.

Se oyó un movimiento arriba, una silla que era retirada y algo que caía al suelo. Unos pasos atravesaron el rellano.

—¡Los brazos en alto! —ordené.

Se dejó ver una figura. Mantenía en alto un brazo, pero el otro colgaba laciamente a su lado. Y si ustedes creían que todos los fantasmas de Newmarket descansaban en sus tumbas, se equivocaban.

Ante nosotros teníamos a Charlie Buckfast.

23

REINÓ UN SILENCIO impresionante mientras Buckfast bajaba por la escalera sin pronunciar palabra y era esposado.

Después oí que el Squire susurraba:

—Debería estar muerto... —Y un momento más tarde añadió con una voz más sonora—: ¡Maldito sea, sacaron su cadáver del Támesis! Vestía sus ropas. Fue identificado.

—Por sus cómplices —señalé yo, manifestando bien a las claras mi creencia de que hasta el más tonto hubiera podido deducirlo—. Los señores Sarjent y Parker, el ayuda de cámara y el jardinero de Falmouth House. Sugiero que envíe a alguien para proceder a su arresto, *sir* Charles.

—Sarjent y Parker... ¡en seguida, señor! —respondió el comisionado. Miró severamente al infortunado policía de mayor grado en Newmarket, y dijo—: Inspector, ¿todavía no ha atendido a ello?

—Dos tipos de lo más sospechoso —comentó el Squire, en un transparente intento de recuperar un cierto respeto—. Nunca me habían gustado.

Desde luego, no impresionó a nadie.

—Sugiero también que se lleve a su prisionero y le haga unas cuantas preguntas pertinentes —aconsejé a *sir* Charles.

Excepto yo, todos parecían incapaces de pensar en cualquier acción, aturridos, supongo, por el giro sensacional de los acontecimientos. El propio Buckfast me estaba contemplando como si yo me hubiera convertido en el Genio de la Lámpara.

—Inmediatamente, Alteza —respondió *sir* Charles. Después carraspeó, se sonrojó intensamente y me preguntó con un tono sumiso—: ¿Se dignaría acompañarnos al cuartelillo, señor?

Le obsequié con la mirada airada de los Saxe-Coburg.

—Ello resultaría improcedente, comisionado.

—Meramente lo sugería por razones interesadas: para beneficiarnos de su indispensable opinión, señor —farfulló.

El desdichado no tenía ni la menor idea de lo que debía decirle a Buckfast.

—Capitán Buckfast —dije—, ¿está dispuesto a hacer lo que es honorable?

—¿Y confesar? —exclamó Buckfast, y cuadró sus hombros en lo que equivalía (inintencionadamente, estoy seguro de ello) a una parodia del regimiento en el que en otro tiempo había servido con distinción—. Sí, señor, lo expondré todo y claramente.

—¿Ante el comisionado?

—Ciertamente.

Me volví hacia el comisionado.

—En este caso, comisionado, yo volveré al Jockey Club para cenar. Si tal es mi inclinación, es posible que visite los locales de la policía algo más tarde.

Hacia la una de la madrugada, restaurada mi persona con un buen caldo escocés, empanada de perdiz, tocino con alubias, pudín de ciruelas y champaña, entré en el cuarto de los interrogatorios, una cámara angosta y funcional, con ventanas enrejadas, paredes encaladas y suelo de piedra. Me senté frente a Buckfast, el asesino, sólo con una mesa entre nosotros y la custodia de un enclenque policía.

Buckfast, el asesino. ¿Suena raro, verdad? Los méritos de su detención eran tan sólo míos, pero al enfrentarme a él mis sentimientos andaban mezclados. Créanme que se me podían ocurrir maneras más agradables de pasar aquellas primeras horas de la madrugada, y por otra parte yo ya sabía casi todo lo que él pudiera decirme. Sin embargo, quedaban por aclarar algunos puntos de menor importancia y, como ustedes ya saben, soy muy exigente en cuanto a los detalles.

Primero lancé una fría mirada a aquel individuo. Pocas semanas antes le había nombrado mi ayudante. Seguía pareciendo el mismo

ex oficial enhiesto, discreto y fiable, que entonces me había causado tan buena impresión. La única diferencia notable era la ausencia de aquel espléndido mostacho de oficial de la caballería, y yo no podía culparle por ella.

Me abstuve de saludarle. El vil asesinato de Myrtle había calado muy hondo en mis pensamientos.

—No he leído su declaración. Supongo que habrá hecho una confesión total, ¿no es así?

No quería mirarme a los ojos, pero seguía dirigiéndose a mí con toda corrección:

—Sí, señor.

—Estoy más interesado en sus motivos que en lo que hizo. ¿Qué se apoderó de usted?

Un suspiro, tal vez de remordimiento, o acaso de profundo agotamiento.

—Me metí en aguas profundas, señor.

Iba a observar que no fue él solo en hacer tal cosa, cuando comprendí que estaba hablando metafóricamente.

—Me aproveché de mi amistad con Archer. Me invitó a cuidar de sus asuntos comerciales puesto que él estaba tan ocupado cabalgando y viajando, y en seguida me resultó obvio que era analfabeto e incapaz de vigilar lo que yo estuviera haciendo. Me apropié de su dinero y lo utilicé por mi cuenta.

—Malversación —dije con repugnancia.

—De unas proporciones monumentales, señor. Me apropié de sus fondos sistemáticamente.

—Deplorable.

—¿Cuándo sospechó de mí, señor?

—Bien, resultó evidente que debía de haber ocurrido algo sospechoso cuando fue publicado el testamento —le contesté—. Forzosamente, él había de valer más de sesenta mil libras.

—Para mí, sí —observó Buckfast con tanta frialdad como si estuviéramos comentando una especulación en la Bolsa.

Estaba contemplando una nueva faceta de su carácter.

—Desgraciadamente para usted —observé—, alguien más empezó a interesarse por él. Con un interés matrimonial.

—La duquesa de Montrose.

—La infatigable duquesa.

Hizo una mueca.

—Y no en cuadro al óleo, precisamente. Cualquiera podía pensar que se trataba de una idea grotesca. Al menos, así lo pensé yo, pero había subestimado a la duquesa. Después de morir su esposa, Fred era un hombre solitario. Había perdido el interés por todo, excepto las carreras, y, claro está, se encontraba una y otra vez con Carrie Montrose en los Limekilns y en los hipódromos. Él corría con sus caballos y ella le pagaba más generosamente que cualquier otro propietario. Le halagaba al seguir todos sus consejos, y era prácticamente la única mujer a la que él veía, con la excepción de su hermana. Un día, me dijo que Carrie le había ofrecido casarse con él. Me preguntó qué pensaba yo al respecto, y primero lo interpreté como una broma, hasta que me di cuenta de que realmente recababa mi opinión.

—Cosa que le puso en un dilema.

—Exactamente, señor. Si se casaba con la duquesa, se harían preguntas respecto al estado de sus finanzas, y ella no tardaría en; revisar sus libros y pedir explicaciones. Mi primer impulso fue el de hacer cuanto estuviera en mi poder para disuadir a Fred. Pero, cuando sopesé la cuestión, comprendí que con toda seguridad más tarde o más temprano la duquesa se saldría con la suya. La fuerza de su personalidad superaba con mucho a la de Archer. Por consiguiente, decidí adoptar una táctica diferente. Me emplearía a fondo siguiendo el rumbo de la duquesa.

—Apremiarla para que se proclamara como la prometida de Archer —dije, sin disimular mi desagrado.

Asintió con la cabeza.

—De hecho, me disponía a actuar como un agente matrimonial.

—A cambio de una ganancia financiera.

—Más bien para protegerme, señor. Una oportunidad para meter algo en el cesto. Le dije a Carrie que la mayor ambición de Archer era ganar la Cambridgeshire. Si ella podía procurarle una montura ganadora, yo estaba seguro de que él accedería a casarse con ella. Recuerdo que sus ojos se iluminaron como una muchacha de dieciséis años al recibir una postal de su enamorado. Me dijo que su potro *St. Mirin* tenía todas las posibilidades de ganar si lo montaba Archer. En realidad, yo sabía que *Carlton* era el que tenía todas las de ganar, pero me había trazado un plan, una manera de salir del

terrible lío en que estaba metido, y complacer a Archer y a la duquesa. Apostaría una suma cuantiosa por *St. Mirin*...

—... y pagaría a Woodburn una cantidad para que frenase a *Carlton*.

—¿Se enteró usted de esto? —exclamó Buckfast frunciendo el ceño.

—En el transcurso de mis investigaciones —murmuré con indiferencia.

Tal vez quiera alabarme, pero creo que se quedó impresionado. Después prosiguió:

—Si Woodburn refrenaba a su montura, era segura la victoria de *St Mirin*, y yo cobraría lo suficiente como para remendar las cuentas antes de entregarlas a la duquesa.

—¿Estaba dispuesto a retirarse?

—Ya lo creo, señor. No podía soportar a Carrie Montrose, aunque no lo demostrara, ni mucho menos. Le hablaba como si fuera un hermano más joven e incluso la alenté a redactar un borrador de contrato matrimonial. Le prometí asegurar que Archer montara a *St Mirin* y sellar la unión con su primera victoria en la Cambridgeshire.

—¿No le dijo nada a la duquesa acerca de sobornar a Woodburn?

—¡Dios mío, no, señor! Ella creía que su potro podía ganar sin la menor dificultad.

—¿Y qué le dijo a Archer?

—Nada..., excepto que tenía la confianza de que *Carlton* tosía y que tal vez se viera obligado a retirarse. Todo funcionó perfectamente hasta cierto punto.

Me permití una fugaz sonrisa.

—Hasta el punto en que *The Sailor Prince* colocó su hocico delante.

—Sí, señor. Un desastre para todos.

—Excepto el Squire.

—Maldita sea su estampa.

Por proceder de un hombre que acababa de admitir haber asesinado, este improprio parecía singularmente benigno. Resumió:

—Después de la carrera, yo me encontré en una situación

desesperada. Todo se derrumbaba a mi alrededor. Acababa de perder otras mil libras del dinero de Archer. La duquesa, a su vez, perdió los estribos y vendió a *St Mirin*, dando la culpa a todos menos a Archer. Seguía dispuesta a casarse con él y esperaba que yo consiguiera el milagro. Fred se había desmoralizado al perder la carrera. Había estado pasando hambre para dar el peso, y poco después pilló un resfriado. Pasaron días antes de que yo pudiera hablarle del asunto. Tras aquel fin de semana febril, se repuso.

—Ah, ¿de modo que llegamos al día en que se pegó el tiro?

—Sí, señor. Esto también pesa sobre mi conciencia, pero puede creermelo si le digo que yo nunca tuve esa intención.

—¿Habló con él a solas aquella mañana?

—Sí.

—¿Pudo él sostener una conversación?

—Perfectamente. Gozaba de todas sus facultades.

—¿Qué le dijo usted?

—Todo. Admití que había pagado el soborno y había dicho a Woodburn que seguía órdenes de Archer. Confesé que durante dos años había estado malversando sus fondos y que éstos se encontraban entonces penosamente mermados. Le hice saber que la duquesa esperaba casarse con él. Y eso sugerí, sería su salvación.

—¡Valiente salvación! ¿Y cómo se lo tomó él?

—Tuvo una gran impresión, naturalmente.

—Yo diría que estaría dispuesto a darle una buena tanda de latigazos.

Buckfast se aclaró la garganta de una manera que auguraba otra confesión.

—En realidad, no le di semejante oportunidad. Le dije que no tenía otra opción que la de casarse con la duquesa.

—¿Por qué?

—Porque, si se negaba, yo diría a las autoridades de las carreras que había sobornado a Woodburn siguiendo las órdenes de él. No era cierto, pero Woodburn así lo creía y, además, yo estaba seguro de poder persuadir a la duquesa para que aportara su peso si la informaba de lo que se estaba jugando. Archer no era tonto y comprendió cuáles serían los efectos. Se le expulsaría del Turf. Su carrera, su razón para vivir, terminarían. Aunque negara las acusaciones, gran parte del barro le salpicaría, y su reputación de

absoluta integridad tocaría a su fin.

—Charlie —dije—, usted le mató.

—Él tenía una alternativa —respondió Buckfast impasible—. Podía casarse con la duquesa, prescindir de mis servicios y no formular ninguna pregunta. Y de hecho accedió. Dijo que fuese a ver a la duquesa y que le comunicara la buena noticia. Al poco rato, teníamos que regresar con un contrato matrimonial para que él lo firmara.

—¿Y consintió tal cosa? ¿Está seguro de ello?

—Absolutamente. Y yo partí en seguida para informar a la duquesa.

—Cosa que explica su última y enigmática palabra. «¿Vienen?». Usted y Carrie Montrose. «¿Vienen?» se refería a ustedes dos.

Sin el menor interés por mi observación, Buckfast prosiguió su historia.

—Dijeron en la investigación judicial que Fred estaba fuera de sus cabales cuando se pegó el tiro. Totalmente erróneo. Fue deliberado. Yo había calculado mal. No quería casarse con la duquesa.

¡Y todo esto dicho sin la menor traza de remordimiento o de compasión! Escuchando a Buckfast, comprendí lo que margina a un asesino respecto a otros hombres: su lógica, que no reconoce ningún sentimiento humano.

Dije:

—Usted debió de alarmarse cuando supo que yo deseaba asistir a las diligencias judiciales.

Reflexionó unos momentos, y repuso:

—No me sentí preocupado hasta que usted me confió que no se mostraba de acuerdo con el veredicto.

Una observación certera, que me hizo enderezar las orejas.

—¿No sin cierta justificación, verdad?

—Así es, señor.

—Especialmente cuando le propuse investigar. Y no sólo esto, sino que además le quise como ayudante. Inconveniente, para decir lo mínimo, ¿no es así?

Tuvo la jeta de comentar:

—El inconveniente fue mínimo, señor. Bien mirado, yo lo consideré como una ventaja. Se me otorgaba la posibilidad de trazar

una pista falsa. Por suerte mía, usted sospechaba del Squire casi desde un buen principio, y yo alenté esta postura. No quería que usted interrogara a Woodburn o a Carrie Montrose, y por lo tanto me satisfizo que se me pidiera espiar al Squire.

Yo no estaba dispuesto a dejar que me sacara de mis casillas y pregunté con indiferencia:

—¿Y lo hizo? ¿Cumplió mis órdenes?

—Claro que no. Fui a Newmarket, pero ni siquiera me acerqué al Squire o a Bedford Lodge. Pasé este tiempo planeando mi desaparición.

—¿Me está diciendo que todo lo que contó acerca del Squire y su planeada asociación con Archer fueron invenciones suyas?

—Ya lo creo, señor. En cierta ocasión, el Squire hizo esta sugerencia, pero Fred no quiso ni oír hablar del asunto. De esto hace ya dos años...

—¡Válgame el cielo! ¿Y aquel incidente en Bedford Lodge... cuando usted se metió en la casa y encontró a aquellos dos hombres juntos?

—Pura imaginación. Todo encajaba en mi plan.

—¿Un plan destinado a demostrar ante todo el mundo que había sido asesinado?

—Sí.

Hizo una pausa, supongo que para dejarme absorber el significado de todo lo que me había dicho. Yo debía de ofrecer un aspecto ligeramente aturrullado, puesto que me sentía como un pugilista sorprendido por un golpe bajo.

Hablando en sentido figurado, quise partir nuevamente de cero y dije:

—Será mejor que me cuente todo lo que sucedió aquella noche en el Embankment.

—En primer lugar —me dijo—, quiero contarle por qué fue necesario aquello. Antes de ir yo a Newmarket, usted me dijo que pensaba visitar a la duquesa. *Cherchez la femme*, me dijo.

—Lo recuerdo.

—Fue lo peor que pudiera haberme dicho. Si usted y Carrie se reunían, era seguro que ella le contaría que había estado a punto de casarse con Archer, y pronto se habría enterado usted de mi participación en promocionar este matrimonio.

—Pues en realidad, no fue así. Supongo que la buena señora es demasiado orgullosa como para concederle a usted el menor crédito.

—Esto yo lo desconocía —replicó arteramente—. Yo tenía que asumir lo peor, y lo peor era que usted siguiera hurgando hasta conseguir enterarse de la malversación de fondos. Ello representa una sentencia de catorce años de presidio. Y no se me ocurría ninguna manera de atajar sus pesquisas.

—Soy un hombre persistente, cierto.

—Por tanto, decidí desaparecer. Era lo más obvio. Cuando empecé a trazar mis planes, vi que mi mejor oportunidad consistía en dar la impresión de que había muerto. ¿Muerto, pensé? Todavía era mejor dar la de haber sido asesinado.

—¿Por qué? No sigo su razonamiento.

—Yo me lo representé desde el punto de vista de usted, señor. Un asesinato había de pararle a usted de golpe. Un asesinato no es cosa en la que un heredero del trono deba estar implicado. Es una cuestión reservada tan sólo para la policía. Y yo confiaba en que usted abandonara sus pesquisas como algo que le quemara los dedos.

—En este caso se engañó, pues.

—Evidentemente.

—Y por consiguiente, basó sus planes en Newmarket...

—Sí. Necesitaba dos hombres que representaran el papel de matones del Squire.

—Sarjent y Parker. Han sido arrestados los dos. Esta noche los han detenido en Exning.

Buckfast no mostró la menor preocupación al respecto.

—Les conocía bien, gracias a los dos años que yo había estado trabajando en Falmouth House. Una de mis tareas era la de pagar los salarios, y sabía lo que representaba el dinero para ambos. Eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de echar mano a unas cuantas monedas más, y la muerte de Archer les dejaba sin trabajo. Apenas se liquidara la finca, ellos dos se quedaban en la calle. Les ofrecí cincuenta soberanos a cada uno para realizar un asalto ficticio.

—Y ellos fueron los dos bellacos que nos asaltaron en el Embankment.

Como mi estimado lector comprenderá, esto yo ya lo había deducido mucho antes. Seguramente recordará mi observación acerca del desagrado que experimenté al ver la figura corpulenta y simiesca del jardinero. Y por su parte, Sarjent, con su buena estatura, también correspondía al físico del hombre enmascarado del Embankment. Con un gesto, indiqué a Buckfast que continuara.

—Y les ofrecí también otros cincuenta para que identificaran el cadáver.

—Pero... ¿el cadáver de quién?

—De algún desgraciado que fue pescado en el Támesis la misma semana. Cada día se sacan del río tres o cuatro, generalmente por pescadores a los que la policía les paga un chelín por presentarlos en Wapping. Fui a Blackfriars, hice mis gestiones entre gente del ámbito fluvial y ofrecí una libra por el cadáver de un hombre afeitado. Al día siguiente, pude elegir entre cuatro. Escogí el que más se aproximaba a mi edad y mi talla, me lo llevé aguas arriba, cosa de una milla, en una barca, lo desnudé y lo vestí con mis ropas, y después volví a arrojarlo al agua. Un hombre ahogado no se parece mucho a su versión en vida después de unos cuantos días de inmersión, pero, para mayor seguridad, cuando fue hallado y se hicieron investigaciones en Newmarket, Sarjent y Parker se presentaron para identificar el muerto.

—¿Y por qué no se pidió que lo hiciera algún familiar de usted?

—No tengo familiares próximos. La familia Archer tenía todavía muy reciente la experiencia de la muerte de Fred y no estaba dispuesta a desempeñar tan morboso deber, y por tanto agradecieron a Sarjent su oferta para ocuparse él de ella.

—¿Y su brazo..., su herida de guerra?

—No fue mencionada. La División del Támesis nada sabía acerca de mí. Mis ropas y mi agenda de bolsillo, junto con otras pertenencias, fueron consideradas como una prueba positiva. La identificación fue una mera formalidad.

Personalmente, la descripción de tan horripilante procedimiento me pareció más que nauseabunda, pero Buckfast la había presentado con tanta tranquilidad como si se tratara de explicar un paseo a lo largo del Strand.

—¿Y qué ocurrió después de que le arrojaran al río? —quise saber—. Porque le arrojaron al agua, ¿no es así?

—Sí, señor. Había allí aguas poco profundas.

—¿Poco profundas?

—Marea baja. Lo suficientemente poco profundas para que yo pudiera llegar hasta el desembarcadero.

—¡Dios mío! Yo las creí mucho más profundas...

Sin la menor compasión, se encogió de hombros.

—Le vi a usted chapotear en ellas.

—¿Y dónde estaba usted?

—En el agua, en el extremo opuesto del desembarcadero. Esperé hasta verle fuera del agua y golpeando la puerta de la duquesa, y entonces salí y me reuní con mis confederados. —Hizo una pausa—. Y esto debió ser el fin de Charlie Buckfast.

Esperé para que me pudiera contar, a su modo, el resto, y él añadió con un tono de voz más sombrío:

—Señor, lamento haber matado a Myrtle. Ya lo he confesado y merezco ser ahorcado por ello. Sir Charles Warren se ha mostrado muy sorprendido al sacar yo a colación este tema. Debía de estar enterado de que a una chica le habían pegado un tiro en un *music-hall*, pero estoy seguro de que no sospechaba que su muerte tuviera una relación con lo que sucedió allí. Supongo que usted desea saber cómo pude ser capaz de cometer un crimen tan odioso. —Buckfast suspiró y este suspiro sonó como la genuina expresión de quien se siente disgustado con su propia persona—. En un cierto momento, creí que con toda seguridad Myrtle iba a arruinar todo mi plan. ¿Recuerda que usted me enseñó la carta que ella le escribió?

Tuve la desagradable impresión de que trataba de implicarme en el asunto, y por consiguiente no contesté. Entonces, él dijo, como para tranquilizarme:

—No trato de desviar la culpabilidad, señor. Fue una desdicha para Myrtle que a usted se le ocurriera enseñarme su carta. Usted me dijo que pensaba aceptar el ofrecimiento de ella. Seguía deseando obtener pruebas de los tratos del Squire con Archer. Cuando oí esto, me consideré perdido. No sólo revelaría ella que mi historia acerca de la asociación era una patraña, sino que ella sabría que yo no me había acercado para nada al Squire en toda aquella semana, y que, desde luego, no había puesto mis pies en Bedford Lodge. —Apartó la vista, como si se sintiera incapaz de resistir mi mirada de reproche—. Aquel fin de semana transcurrió muy

lentamente para mí. Mi plan había funcionado con toda precisión, pero Myrtle era capaz de arruinarlo. Si usted se enteraba de que yo le había engañado, temía que no cesara hasta que tropezara con toda la verdad.

—¿Que tropezara? —exclamé, sintiéndome afrentado, pero él no me escuchaba.

Dijo:

—Seguía pensando en los catorce años de sentencia por la malversación de fondos, mas sólo Dios sabía lo que pudieran imponerme por conspiración en un ataque contra el príncipe de Gales. El lunes por la tarde, tomé el tren subterráneo hasta Aldgate y recorrí el East End hasta el *music-hall* donde trabajaba Myrtle. La encontré en su camerino y le impuse silencio con mi revólver de reglamento.

Me estremecí y pareció como si la temperatura de aquel cuarto bajara varios grados.

Pasado un rato, le pregunté:

—¿Y por qué regresó a Newmarket?

—Para organizar mi fuga. Sarjent conoce a uno de los patrones pesqueros de Yarmouth, un hombre dispuesto a admitirme a bordo en su próxima salida y dejarme en un puerto holandés. Entretanto, decidí ocultarme en el sótano de Falmouth House. Sarjent tenía la llave, ¿comprende? La casa estaba vacía y cerrada, y en ella me quedé tranquilo hasta ayer, cuando el Squire insistió en entrar para fisgar por todas partes. Bajó al sótano y yo tuve que efectuar una rápida retirada. El tipo es astuto, ¿verdad? Supongo que había hecho sus deducciones y sabía que yo seguía con vida. Y esto ocurrió en pleno día. ¿Dónde podía meterme yo?

Ignoré sus observaciones referentes al Squire, que, con toda evidencia, habían sido hechas con malicia contra mí. La actitud de Buckfast era insoportable, aun teniendo en cuenta que se trataba de un malvado y un asesino. Contestando a su pregunta con un tono que no le dejara lugar a dudas respecto a mi desprecio, le dije:

—Fue usted a Sefton Lodge.

—Sí —confirmó—. No tenía ningún lugar donde esconderme y la duquesa me debía un favor. Yo no había reparado en medios para conseguir su enlace con Archer. —En las comisuras de su boca apareció la sombra de una sonrisa—. Tuvo un susto de órdago

cuando me vio. Se puso histérica. Cuando usted llegó a su casa, yo estaba arriba, apuntando con mi pistola a la cabeza de su más reciente capricho, digamos amoroso. Pero yo no sabía que el Squire estaba afuera, con la policía.

El Squire otra vez. Hablé secamente:

—El Squire actuaba siguiendo mis instrucciones.

Me dirigió una mirada insolente que recordaré largo tiempo y replicó:

—No debe preocuparse, señor. Si está pensando en el juicio, conmigo su reputación queda a salvo.

Su desvergüenza me dejó pasmado. ¿Qué se imaginaba... que un juez inglés permitiría que mi nombre quedara expuesto en un proceso por asesinato?

—No necesito ningún favor por su parte, Buckfast —dije—. No es necesario.

—Cierto, señor.

Y cuán cierto era no supe apreciarlo en aquel momento, ni tampoco después, hasta enterarme de las noticias unos días después de su muerte. Se las había arreglado para utilizar su camisa y ahorcarse con ella en su celda de la prisión de Cambridge. Hasta el último momento, fue un hombre de conducta imprevisible.

Y ahora, leal compañero mío a través de estas páginas, es hora de poner fin a mi humilde narración y guardarla bajo llave. ¿Qué le ha parecido mi investigación? Yo diría que fui culpable de algún que otro error, y que al lector puede asaltarle la tentación de llegar a la conclusión de que hay mejores detectives que yo. Lejos de mí el afán de tratar de convencerle de lo contrario, así como de pretender felicitaciones. Simplemente, le doy las gracias, paciente lector, por haber persistido hasta el final, tal como hice yo, en la búsqueda de la verdad y la justicia. Gracias, totalmente, a mis esfuerzos, un asesino y sus confederados fueron aprehendidos. ¡Buen trabajo, Bertie! Ya está dicho, y lo digo en nombre de mis lectores.

UNA NOTA DEL EDITOR

EL LECTOR habrá sacado sus propias conclusiones respecto a la autenticidad de esta narración. Resultaría extremadamente dudoso que «Bertie», ya fuese como príncipe de Gales o como rey Eduardo VII, hubiera encontrado el tiempo o la inclinación para escribir un libro. Se sabe que dejó instrucciones para que, después de su muerte, sus papeles y correspondencia personales fueran quemados, y *sir* Francis Knollys, leal hasta el último momento, desempeñó esta tarea. No ha quedado establecido si el documento guardado en una «caja metálica de seguridad» fue confiado alguna vez al Registro Público, ya fuese por el rey o por Knollys. Por consiguiente, el manuscrito publicado aquí por primera vez debe ser tratado con toda circunspección.

Sin embargo, se sabe que existieron muchos de los personajes que han poblado estas páginas, y cabe que al lector le interese saber qué fue de ellos subsiguientemente.

- *Caroline Agries Graham, duquesa de Montrose*, casada por tercera vez en 1888, cuando contaba setenta años. Su marido, Marcus Henry Milner, tenía veinticuatro años de edad. Los caballos de ella corrieron a nombre de Milner hasta 1893, cuando al parecer se produjo una disputa. Ella falleció el año siguiente, a la edad de setenta y seis años.
- *El Honorable Christopher Sykes* siguió prodigando su fortuna para entretener y divertir al príncipe. Un día, su cuñada Jessica fue a Marlborough House e informó a S.A.R. de que el «Gran Xtopher» se encontraba al borde de la quiebra, y persuadió al príncipe para

que éste liquidara las deudas más apremiantes. Cuando murió Sykes en 1898, Bertie asistió a su funeral en Brantingham Thorpe. El pobre Sykes fue motivo de jolgorio incluso en su propio entierro, cuando, tras numerosos intentos y no pocas risas disimuladas con pañuelos, se admitió que su ataúd era demasiado largo para caber en la tumba.

- *George Alexander Baird, el Squire* vivió exuberantemente otros siete años antes de morir en Nueva Orleáns, a la edad de treinta y un años, a causa de una combinación de malaria, neumonía y disipación. Se había apuntado muchos éxitos como jinete y como propietario de caballos. En 1887, enfureció al *establishment* del Turf al negarse a presentar a su caballo «Merry Hampton» después de ganar éste el Derby. En 1888, acompañó a Charlie Mitchell a Francia para luchar por segunda vez por el título supremo de los pesos pesados. Después de treinta y nueve asaltos, el combate fue declarado nulo.

- *Sir Charles Warren, comisionado de la Policía Metropolitana*, se mantuvo obstinadamente en su cargo otros dos años, a pesar de la creciente preocupación que suscitaba su incompetencia. En 1887, concentró 4000 policías y 600 guardias con mosquetes cargados y bayonetas, para hacer frente a una manifestación de parados en Trafalgar Square, en lo que ha quedado registrado como el «Domingo sangriento». Finalmente, dimitió en 1888 tras haber fracasado en la investigación de los crímenes de Jack el Destripador.

- *Sir Joseph Edgar Boehm*, el escultor, siguió disfrutando del patrocinio de la reina Victoria y su familia. En 1889 le fue otorgado el título de *baronet*. Murió el año siguiente, en circunstancias dudosas. Según las habladurías de la célebre cortesana Catherine Walters (conocida como «Skittles»), citadas en el diario de Wilfred Scawen Blunt, Boehm falleció a causa de una hemorragia, entre los brazos de la princesa Luisa. Al público se le explicó que su muerte se produjo cuando trataba de desplazar una estatua muy pesada. Se le honró con su inhumación en la Abadía de Westminster.

- *Frederick James Archer*. Se dice que su espíritu atormentado todavía anda errante por Newmarket. De vez en cuando, si un caballo se desvía o tropieza inexplicablemente en plena carrera,

no falta quien adjudica la responsabilidad al espectro de Archer.

- *Cocky*, una cacatúa blanca, fue mantenida por la reina Alejandra durante largos años, y sobrevivió a todos los mencionados en estas páginas. Después de la muerte de la reina, en 1925, se cree que Cocky fue regalada al Zoo de Londres, donde presidió el pabellón de los loros hasta mediados de los años treinta, con un rótulo en su percha en el que se indicaba que era un animal peligroso. De vez en cuando, al ofrecerle su cuidador una uva de buen tamaño, Cocky musitaba: «Dios bendiga al príncipe de Gales».

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

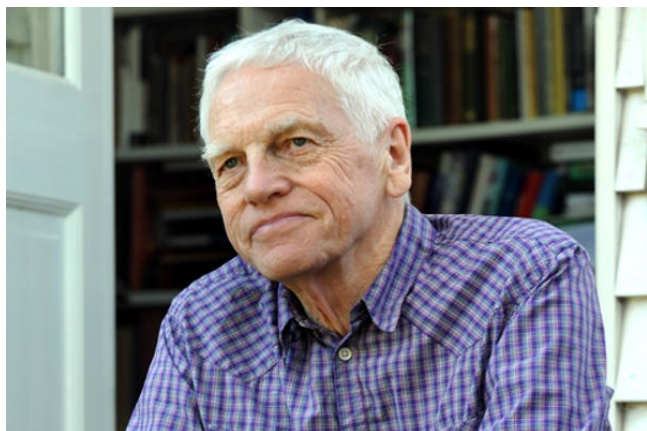
41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



PETER LOVESEY (Whitton, Reino Unido, 1936). Peter Harmer Lovesey, también conocido por su seudónimo Peter Lear, está considerado como uno de los mejores autores de misterio británicos. Estudió en Reading y trabajó como profesor para adultos. Debutó como escritor en 1970 con la novela *Wobble to death* (donde apareció, por primera vez, su personaje el sargento Cribb, un detective victoriano) y no tardaría en dedicarse a ello profesionalmente. También escribió una serie de novelas protagonizadas por el detective Peter Diamond, que aparece por primera vez en *The last detective* (1991). Ha sido traducido a más de veinte idiomas y ha hecho incursiones como guionista de cine y televisión. Además, ha tenido un papel decisivo en la Crime Writers Association, donde ha servido de maestro para otros autores. Tras ganar el CWA Silver Dagger por *Waxwork*, Lovesey obtendría el Gold Dagger gracias a *El falso inspector Dew*. También ha obtenido el French Grand Prix de Littérature Policière y el Prix du Roman d'Adventures

. En Estados Unidos ha sido nominado a los Edgar y Dilys Awards.

Notas

[1] En inglés *tinman* significa literalmente «hojalatero», pero se aplica también coloquialmente, como en el caso de este personaje, a alguien poco dado a la generosidad, tacaño (*N. del T.*). < <

[2] Juego de palabras al parecer verdaderamente intraducible. Las siglas KCMG significan «Knight Commander of the Order of St. Michael and St. George», un alto título en la nobleza británica. Por otra parte, *gee* significa en inglés *arre*, es decir, una voz de mando para los caballos, y al mismo tiempo alude a la letra «g» (*N. del T.*).

< <